AMOR ETERNO

Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-¿Aún vives, muchacho?

Parecía dudoso. Y poco deseable, en ese momento. Pero el dolor era más irritante que agudo, y Lachlan MacGregor, mientras yacía ensangrentado, descubrió que la herida mortal la tenía en el orgullo. Triste era que el señor del clan MacGregor se viera reducido a la condición de vulgar salteador de caminos, pero ser tan necio como para dejar que lo hiriesen...

-¿Lachlan? -apremió su pariente.

-A fe que, si no estoy muerto, debería estarlo. Conque no pienses en llevar mi cuerpo a casa para enterrarlo, Ranald. Déjalo aquí para que se pudra, como se merece.

Del otro lado de Lachlan se oyó una risa ahogada.

-¿No te he dicho que no hay que afligirse, Ranald? -dijo Gilleonan MacGregor-. Se necesita más que una miserable bola de plomo de una pistola inglesa para acabar con un cuerpo tan grande.

Lachlan respondió con un bufido. Ranald, que lo había sacudido en busca de señales de vida, suspiró.

-Ah! Eso ya lo sabía yo -dijo con una extraña mezcla de suficiencia y alivio-. Lo que me preocupaba era cómo subirlo al caballo. Porque si no puede montar él solo, tendrá que pudrirse aquí, que nosotros, ni aun entre los dos podríamos izarlo.

-Pues a mí eso no me preocupa. Recuerdo que, siendo un mozalbete, encendíamos fuego junto a sus pies. Asombra que un hombretón como MacGregor pueda moverse como el azogue cuando...

Lachlan gruñó por lo bajo, porque también él recordaba el episodio. Gilleonan volvió a reír entre dientes. Ranald hizo chasquear la lengua y dijo muy serio:

-Yo no lo haría, primo. El fuego revelaría a los ingleses dónde estamos, si tan majaderos son como para andar buscándonos todavía.

-Tienes razón, ni haría falta el fuego si, para caer del caballo, nuestro señor hubiese esperado a que llegáramos a nuestros lares. Pero, como no ha esperado y en tierra está, ya me dirás qué hacemos.

-Lo diré yo -terció Lachlan, malhumorado-: os retuerzo el pescuezo a los dos y nos pudrimos aquí los tres.

Los dos primos sabían que Lachlan era muy susceptible en lo tocante a sus más de dos metros de estatura, y si ahora lo mencionaban era para que el furor le diera fuerzas para levantarse, aunque no tantas como para romperles la crisma, o al menos en ello confiaban.

No había manera de adivinar hasta qué punto estaba furioso su pariente en ese momento, por lo que Ranald dijo:

-Si no te importa, Lachlan preferiría no pudrirme tan cerca de la frontera inglesa. Morir en nuestras tierras altas, no me desagradaría tanto, pero aquí en las tierras bajas... No señor, no me gusta tu idea.

-Así pues, si os calláis y me dejáis reposar por un momento, quizá os haga la merced de montar a caballo por mis propias fuerzas. Si alguna conservo.

A esta petición siguió un silencio, y Lachlan supuso que se trataba de la tregua solicitada. Lo malo era que, por mucho que descansara, no creía que le quedasen energías para hacer el menor movimiento. Se debilitaba por momentos, y hasta le parecía sentir cómo se le iban las fuerzas con la sangre que escapaba de su cuerpo. Condenada herida. De no haber sentido el aguijonazo de la bala, no sabría que se había alojado en algún lugar de su pecho. El torso le había quedado insensible mucho antes de que se desplomara del caballo y el golpe contra el suelo agregara estragos a su cuerpo. Otro de los inconvenientes de su tamaño: cuando caía, el batacazo era duro.

-Apostaría a que otra vez andaba distraído y por eso lo hirieron - volvió a la carga Gilleonan al cabo de unos minutos, en vista de que Lachlan no se movía-. Así está desde hace más de un año, suspirando por la bella pelirroja que el inglés le robó.

Lachlan comprendía que su pariente quería provocarlo para que se sacudiera la modorra y dejase de tenerlos en vilo. Y por supuesto que lo había conseguido, porque Gilleonan no iba descaminado en su suposición.

Cuando lo hirieron, Lachlan estaba pensando con desesperanza en la gentil Megan, de pelo llameante y grandes ojos azul de medianoche, bonita como ninguna. Pero en ella pensaba cada vez que merodeaban por la frontera inglesa, porque allí la había encontrado... y allí la había perdido. Y también pensaba en ella otras veces, pero eso era asunto suyo y nadie tenía por qué traerlo a colación, ni siquiera con la mejor de las intenciones.

-Yo se la robé al inglés -farfulló Lachlan-. Él sólo la recuperó. Es diferente.

-La recuperó y te vapuleó...

Ese recordatorio merecía una respuesta, y el puño de Lachlan, aun privado de fuerza, hizo perder el equilibrio al acuclillado Gilleonan que, al encontrarse sentado en el suelo, profirió un gruñido de sorpresa, a pesar de que ésta era la reacción que esperaba y deseaba de su pariente y señor.

Ranald, al otro lado, rió.

-Muy bien, Lachlan. Si pones la misma energía en montar tu robusta persona en este hermoso caballo, nos iremos a casa para que Nessa pueda curarte la herida.

Lachlan gimió. Gilleonan, que le leyó el pensamiento, reconvino a Ranald:

-¿Estás mal de la cabeza, hombre? Qué torpeza. La sola idea de caer en manos de Nessa bastaría para ponerme en fuga. Esa muchacha te cura a fuerza de regaños, después de hartarse de llorar. Vaya panorama.

Ranald alzó las cejas.

-¿Crees que Nessa regañaría al jefe del clan?

-Seguro -murmuró Lachlan. «Y sería un justo castigo», agregó para sí.

Con ese pensamiento, se volvió y se puso a gatas. Se le nubló la vista, aunque vio había mucho que ver, pues era una noche sin luna, buena para merodear por los caminos. Pero no se podía andar desvalijando y soñando despierto a la vez, y tendría que procurar no mezclar lo uno con lo otro... si salía de ésa.

-Traedme ese pobre caballo -dijo a sus amigos.

Ellos hicieron más que eso: trataron de ayudarlo a montar, pero, como eran más estorbo que apoyo, él se los ahuyentó con un gruñido. Al fin, con esfuerzo, se encaramó a la silla. Y, con esfuerzo, sus parientes lo llevaron a casa, aunque él poco o nada recordaba del largo y penoso viaje ni de los altos que hicieron en el camino para curarle la herida, antes de que Nessa lo tomara a su cuidado.

Pero al fin lo tomó, y siguieron tres semanas de suplicio, hasta que Lachlan pudo hacer que escuchara sus súplicas y lo dejase en paz. Lo malo de Nessa era que creía estar enamorada de Lachlan y daba por descontado que algún día se casarían. A pesar de que él nunca le había dado pie para que se hiciera ilusiones, a ella parecía bastarle con que Lachlan no hubiera cortejado a ninguna otra. Pero ¿cuánto tiempo había tenido para cortejos, si asumió la jefatura del clan siendo tan joven?

Nessa vivía en su casa, como otros muchos miembros del clan. Lachlan la había tenido siempre a su lado; cuando eran pequeños fue su compañera de juegos, y cuando él empezó a interesarse por las muchachas se convirtió en un incordio, ya que nunca había visto en ella mas que a un intrépido camarada. Ahora Lachlan tenía veintiséis años y Nessa, cinco menos y un genio muy vivo. Ella llevaba la casa desde que el padre de Lachlan había muerto y la madrastra había huido llevándose todos los bienes tangibles de los MacGregor. No les había dejado más que las tierras, por lo que el heredero se había visto obligado a robar por los caminos, mal que le pesara.

Lachlan había dicho a la bella Megan que hacer incursiones al otro lado de la frontera para robar a los ingleses era tradición de la familia, pero no era la verdad. Hacía más de doscientos años que ningún MacGregor salía a los caminos por la noche, y antaño salían más para hostigar a otros clanes que para llenar las arcas. La fortuna de los MacGregor se había acumulado a lo largo de generaciones gracias a dádivas reales, inversiones acertadas y la buena fortuna de un jugador. Pero también hubo que hacer cuantiosos desembolsos para reparar el viejo castillo y procurar que, en las numerosas bodas que se celebraban al cabo del año, los miembros del clan fueran bien provistos al matrimonio.

Las cosechas eran parcas, y los animales de granja no bastaban ni habían bastado nunca para alimentar tantas bocas como había en el castillo. Para colmo, la única inversión que seguía proporcionando buenas rentas se había malogrado. A pesar de todo habrían salido adelante, de no ser por lady Winnifred.

Lachlan se enfurecía cuando pensaba en todo lo que su madrastra había arrebatado al clan. Aquella mujer, a pesar de haber vivido en el castillo de Kregora desde que Lachlan era un niño, no había intervenido en su educación, ni él la había detestado durante los doce años en que había sido esposa de su padre. Sencillamente estaba allí, formaba parte del entorno, de vez en cuando le sonreía y poco más. Era una persona

demasiado frívola para interesarse por la educación de los niños y sólo pensaba en sí misma y, por supuesto, en su marido.

Nadie sospechaba que fuese una ladrona, pero lo era. No hacía ni una semana que había muerto su esposo cuando desapareció, y con ella la herencia de Lachlan. Estuvieron buscándola durante más de un año sin encontrar el menor rastro. Al parecer, tenía bien planeados tanto el robo como la huida, lo cual demostraba claramente su alevosía, por si aún quedaba alguna duda.

Ahora, al cabo de tres años, el castillo de Kregora iba de mal en peor. Lachlan no obtenía de los pocos ingleses a los que atracaba en la frontera lo suficiente para reparar el viejo edificio. Pero no quería robar más porque le repugnaba causar graves perjuicios a terceros, aunque fueran ingleses. Él, que apenas podía alimentar a todos los que estaban bajo su tutela, conocía muy bien las estrecheces. Había que postergar las bodas y algunos miembros del clan que siempre habían vivido en los dominios de los MacGregor se marchaban incluso de las Highlands.

Desde niño se le había enseñado cuál sería su responsabilidad, pero nadie podía suponer que su patrimonio sufriría tan fuerte quebranto. A los veintitrés años, Lachlan no se hallaba en condiciones de soportar semejante carga. A los veintiséis, la situación era aún peor, y él seguía sin encontrar un remedio que no hubiera de dejarle en la boca un regusto aún más amargo que el que le dejaban sus andanzas de salteador. Debía dinero a los pocos parientes lejanos ricos que le quedaban y hacía tiempo que se habían vendido todos los objetos de valor del castillo.

En tan apurada situación, todavía convaleciente de su herida, Lachlan llamó a conciliábulo a Gilleonan y Ranald, sus más fieles secuaces en el delito.

Gilleonan era un primo segundo varios años mayor que Lachlan y Ranald un primo tercero un año mas joven. Ninguno de los dos habitaban en el castillo sino en casas próximas, pero con frecuencia se los veía junto a Lachlan, como esa fría y ventosa noche de noviembre en que compartían cena.

Lachlan esperó a terminar el frugal ágape para declarar:

-Esto no funciona.

Puesto que sus amigos ya habían sido advertidos de cuál era la cuestión a debatir, no necesitaron aclaraciones.

No iba del todo mal antes de que dejaras que te hiriesen.

-Mi herida en nada ha influido en algo que resulta patente. Mira en derredor, Ranald -dijo Lachlan y repitió-: Esto no funciona.

No era necesario mirar mucho; saltaban a la vista las manchas claras del entablado de la pared donde antes pendían cuadros, los aparadores vacíos de porcelanas y la mesa huérfana de plata y fino cristal. Pero hacía tanto tiempo que faltaban aquellas cosas que quizá sus amigos habían olvidado el aspecto que tenía el comedor en vida del padre de Lachlan.

-¿Quieres decir que se ha acabado lo de salir a los caminos? - preguntó Gilleonan.

-Para qué seguir. Sólo una vez regresamos con una bolsa que nos sacó de apuros durante una temporada. Es un viaje demasiado largo, seis o siete veces al mes, para recoger una miseria...

-Tampoco a mí me entusiasma el viaje, y menos en esta época del año -admitió Gilleonan-. Lo malo es que nunca nos hemos tomado muy en serio eso de ser salteadores. Ha sido poco más que un juego.

Lachlan tuvo que darle la razón. Hasta la última incursión, en la que fue herido, sus correrías habían sido, sobre todo, diversión. Pero no se trataba de eso.

-Si nos lo tomáramos en serio, Gill, no seríamos más que vulgares ladrones -dijo Lachlan.

Gilleonan alzó una ceja.

-¿Y no lo somos?

Ranald resopló.

-A mí no me parece que robar a un inglés sea robar.

Lachlan tuvo que sonreír a su pesar. No lo parecía, y eso era lo gracioso. Aunque en apariencia escoceses e ingleses actualmente mantenían buenas relaciones, en el fondo de su corazón siempre se considerarían enemigos. Por lo menos, eso sentían tanto los escoceses de las Highlands como los de la frontera, que venían atacando a los ingleses desde tiempo inmemorial. Las gentes de la frontera eran violentas, y las riñas podían ser encarnizadas a causa de la profunda y ancestral hostilidad que se profesaban.

-Cuando decidimos probar fortuna en los caminos no andábamos tan de capa caída -dijo Lachlan-. Pero no podemos seguir así, hay que buscar otra solución, o perderemos hasta Kregora.

-¿Has pensado en algo? -preguntó Gilleonan.

-No -suspiró Lachlan-. Pero, como de costumbre, estoy dispuesto a escuchar propuestas.

Sus parientes se arrellanaron en sus asientos. Gilleonan hacía girar el vino barato en el vaso de estaño y Ranald balanceaba una pierna sobre el brazo del sillón. Lachlan enlazó los dedos en la nuca, preparado para rechazar las sugerencias que no fueran de su agrado.

-Dicen que allá, en ese sitio que se llama California, hay oro -dijo Ranald-. Pepitas como puños, y que no tienes más que agacharte para recogerlas.

Lachlan alzó las cejas, pero, antes de que pudiera contestar, Gilleonan dijo:

-Sí, eso he oído también yo, pero el jefe MacGregor no puede marchar tan lejos del hogar. Quizá deberíamos enviar a alguno de los hombres del clan para que vieran lo que hay. Arnald tiene la hormiguilla de los viajes, y seguramente su hermano le acompañaría. Pero no podemos fiarnos de rumores ni esperar tanto para actuar. El viaje es largo y tardaríamos meses en recibir noticias.

El propio Lachlan no habría podido expresarlo mejor, por lo que se limitó a asentir con la cabeza. Sentía no poder viajar a aquellas lejanas tierras, pero tenía razón Gilleonan: el jefe del clan debía permanecer cerca de su gente.

-Decidido -dijo Ranald-. Preguntaremos a Arnald si quiere ir en busca del oro. Mientras tanto... Hace tiempo se me ocurrió una solución, pero entonces Lachlan todavía era muy joven.

-¿Qué solución?

-Una esposa. Una esposa *rica*, naturalmente.

Lachlan puso los ojos en blanco, resistiéndose a tomar en serio la sugerencia. Pero Gilleonan se inclinó hacia adelante y dijo con vehemencia:

-Sí, Ranald. Muy bien. Eso es. Ya va siendo hora de que el MacGregor nos dé un rollizo heredero.

-¿Y dónde queréis que encuentre una esposa rica? -preguntó Lachlan, remiso.

-Por aquí están todas comprometidas. Pero en el sur...

-En las tierras bajas tampoco abundan las herederas.

-No; pero en Inglaterra las hay a montones. E Inglaterra está sólo a unos días de caballo, no al otro lado de un gran océano del demonio.

Lachlan se impacientaba porque sus parientes no abandonaban aquel tema con toda la rapidez que él deseaba.

-¿Una esposa inglesa? -resopló.

-Tu tío abuelo Angus no tuvo inconveniente en casarse con una inglesa -le recordó Ranald con presteza.

-El tío Angus, a quien Dios tenga en su gloria, estaba enamorado - respondió Lachlan-. En tal caso se admite la excepción.

-¿Y no hubieras hecho tú lo mismo, si la hermosa Megan te hubiera dado el sí? -apuntó Gilleonan-. Si mal no recuerdo, era inglesa por los cuatro lados.

Lachlan se ruborizó, porque lo que decía su primo era verdad: a los pocos minutos de conocer a Megan le había pedido que se casara con él y, como ella se negara, se la había llevado en su caballo para que pudiese recapacitar. Y quizá hubiera conseguido que lo aceptara, de no haberse dado tanta prisa el novio en ir a rescatarla. Pero ella sí era una verdadera excepción. No le sería fácil encontrar a otra igual.

Qué diantre, hablaban de una esposa, una mujer a la que estaría atado el resto de su vida. Desde luego, si era necesario el jefe debía sacrificarse por la familia, pero, a su modo de ver, este sacrificio era excesivo. Porque él siempre había imaginado que se casaría con una mujer de su gusto, no del gusto del clan.

Y esto vino a decirles con un gruñido:

-¿Así que queréis que me case con una vieja rica?

-Nada de eso -le aseguró Gilleonan-. Tú sólo piensas en las escocesas, y aquí son muy pocas las ricas. Pero piensa en las inglesas. ¡Qué abundancia! Con tantas para elegir, ¿no vas a encontrar a una de la que puedas enamorarte?.

La alusión al amor le hizo volver a pensar en Megan. ¿Se habría casado ya con su novio inglés? No todos los que se fugaban al pueblo fronterizo de Gretna Green con intención de casarse, como se había fugado ella, contraían matrimonio. Algunos rectificaban a tiempo. De todos modos, ya hacía un año de aquello. Si no con aquél, se habría casado con otro. Pero ¿y si no era así? ¿Y si seguía soltera? Merecía la pena ir a Inglaterra sólo para averiguarlo.

Aún quiso objetar:

-Olvidáis que no soy lo que se llama un buen partido.

Ranald resopló.

-Tienes tan buena presencia como el que más. Por ti suspiran más chicas de las que imaginas.

Lachlan era apuesto, en efecto. Tenía el cabello castaño oscuro, con un tenue reflejo de caoba, según la luz, ojos verde claro y unas facciones bien talladas que habían acelerado los latidos de más de un corazón.

-Me parece que él se refiere a su estatura, Ranald -apuntó Gilleonan, titubeando. Su figura altísima y musculosa, heredada de su padre, siempre había sido una cruz para Lachlan.

-Me refiero a que no tengo ni un penique -rezongó.

Sus amigos resoplaron despectivamente, y Gilleonan expresó el pensamiento de ambos con tono de franca indignación:

-Eres el jefe del clan MacGregor. Eso hace de ti un partido inmejorable para cualquier mujer.

Lachlan suspiró. Siguiendo el consejo de sus parientes se había hecho salteador, y no había conseguido nada. Ahora no estaba dispuesto a lanzarse a la aventura del matrimonio sólo porque a ellos les pareciera una buena idea. De todos modos, valía la pena meditarlo y hasta esforzarse un poco en considerar las posibilidades, porque empezaba a estar cansado de tantas tribulaciones.

-Sea. Pero no iré a Inglaterra sin contar con una ayuda para que este asunto se resuelva pronto. Escribiré a mi tía para pedirle su apoyo y recomendación. Ahora bien, si he de verme rodeado de ingleses a todas horas, vosotros dos vendréis a sufrir conmigo. Lo dice el MacGregor.

Lo que significaba que la orden no admitía réplica.

2

-Partirás esta misma semana, muchacha -dijo Cecil Richards, conde de Amburough, a su única hija, con tono que no admitía réplica-. El duque y la duquesa te esperan en Sherring Cross y te acogerán con gusto. Puedes estar segura de que en ambiente tan selecto no te costará encontrar marido.

Kimberly Richards miraba atónita a su padre, que había entrado en la salita donde ella se encontraba cosiendo, para comunicarle tan asombrosa nueva. Cecil era un hombre de cincuenta y tantos años, más bien grueso, de cara colorada, cabello castaño y ojos grises. Kimberly no se parecía a él ni en físico ni en temperamento, por lo que daba gracias al cielo.

No hubiera debido sorprenderla el anuncio, a pesar de que hacía sólo unos días que había puesto fin a su luto. Durante todo un año había vivido retirada, sinceramente apenada por la muerte de su madre, rehuyendo toda diversión y limitando su actividad social a la visita dominical a la iglesia. El período de luto le había hecho perder al que había sido su prometido de toda la vida, quien no había podido, o querido, demorar la boda seis meses siquiera.

Sin embargo, sabía que algo tenía que ocurrir, ya que desde hacía un tiempo estaba enterada de que su padre no quería tenerla en casa. Desde luego, él nada había hecho por disimular sus deseos ni su propósito de contraer matrimonio con la viuda Marston, quien no hacía mucho se había instalado en su pequeña ciudad del condado de Northumberland. Kimberly estaba al corriente de que la viuda se negaba a compartir la vivienda con otra mujer.

Así pues, cuanto antes Kimberly se casara y se marchase, antes podría Cecil contraer nuevamente matrimonio. Por supuesto, él no había guardado un año de luto en memoria de su esposa, la madre de Kimberly, cuya muerte no había sido para él más que una incomodidad.

Kimberly seguía sin reaccionar ante el anuncio de su padre. Sólo dijo, refiriéndose a los duques de Wrothston:

-¿Cómo has conseguido que aceptaran ayudarte?

-El duque me debe un gran favor -gruñó él-. Jamás creí que me lo pagaría con semejante trivialidad, pero qué le vamos a hacer.

Ella arqueó una ceja. Evidentemente, considerarlo una trivialidad era cuestión de opiniones, y en lo que a él respectaba tenía la mayor importancia. Pero se abstuvo de mencionarlo. No pretendía discutir con él sobre esa cuestión, puesto que deseaba marcharse del único hogar que había conocido. Muerta su madre, aquello ya no era un hogar sino un lugar triste y sombrío en el que Kimberly no hacía sino dejar pasar los días.

-Y ahora no tardes meses en decidirte -agregó Cecil severamente-. El duque está al corriente de mis deseos, y tú los conoces también. Conque no pierdas el tiempo con un hombre que sepas que no ha de merecer mi aprobación.

La amenaza de que si lo hacía renegaría de ella estaba implícita en el tono de su padre. Y ella lo había oído suficientes veces como para darse cuenta de ello. El conde había estado a punto de renegar de ella seis meses atrás, cuando Kimberly se había negado a quitarse el luto por su madre. Pero en aquella ocasión Cecil había claudicado. De todos modos, ella podía casarse sin su consentimiento, pues tenía veintiún años y ya no lo necesitaba. Y el que Cecil Richards, conde de Amborough, renegara de ella no era una gran desgracia en opinión de Kimberly, sobre todo porque no podía perjudicarla económicamente. Su madre se había encargado de que así fuera, con gran disgusto para su padre. Claro que, en ese caso el escándalo social sería enorme, y ella prefería evitarlo.

El matrimonio. La sola idea de salir en busca de marido hacía que Kimberly se estremeciese. No había tenido necesidad de ello. Desde que nació estaba prometida a Maurice Dorrien, hijo de Thomas Dorrien, buen amigo de su padre y tres años mayor que ella. Siempre había hecho buenas migas con él durante las temporadas que pasaban el uno en casa del otro. Sin ser grandes amigos, procedían del mismo entorno social y esto parecía suficiente.

Sin embargo, no habían llegado a fijar la fecha de la boda. Cuando Kimberly tuvo edad de casarse, él marchó de viaje hacia Europa, lo que se consideraba la culminación obligada de la educación de los jóvenes de buena sociedad. Hasta el padre de Kimberly había manifestado categóricamente que el muchacho no debía renunciar a tan valiosa experiencia sólo para casarse. De modo que Kimberly se mostró dispuesta a esperar un año, que era el tiempo que solía durar el viaje. Lo malo fue que Maurice se divertía tanto que no estuvo ausente un año sino dos.

¿Alguien preguntó a Kimberly si tenía inconveniente en esperar un año más? Por supuesto que no. Sencillamente, se le informó que Maurice retrasaba el regreso y que la boda tenía que aplazarse.

Cuando Maurice regresó del extranjero, Kimberly acababa de cumplir veinte años. Por fin se hicieron planes para la boda, se enviaron las invitaciones... y entonces la madre de Kimberly murió y ella se puso de luto. Quería mucho a su madre y no estaba dispuesta a acortar el período de luto habitual sólo porque su boda ya había sido aplazada dos años y ello prolongaba el aplazamiento a tres. Kimberly había esperado a Maurice. Lo justo habría sido que ahora fuese él quien esperara, considerando que ella acababa de perder al único miembro de su familia con el que se sentía, unida.

Pero no fue así. Maurice había contraído fuertes deudas a causa no sólo de su largo viaje sino de su afición al juego, y necesitaba desesperadamente el dinero y las propiedades que recibiría en virtud de las capitulaciones matrimoniales.

A Kimberly nunca le había entusiasmado la idea de casarse con Maurice, pero lo aceptaba como algo inevitable. Sin embargo, siempre había estado segura de que él no pretendía su dinero... hasta hacía seis meses. Cuando descubrió la situación financiera en que se encontraba su prometido y ella se negó a casarse de inmediato, él no vaciló en romper su largo compromiso. Fue una decisión inesperada que la dejó atónita.

Y su padre se puso furioso, pero no con Maurice, sino con ella. Ante él sólo balbuceó unas palabras de sorpresa. Pero ¿qué podía hacer? Maurice, cuyo padre, Thomas, había muerto, no tenía que rendir cuentas a nadie de sus actos ni se sentía obligado a cumplir un compromiso contraído por su padre sin consultarlo. En los tiempos que

corrían eso ya no suponía un imperativo moral. Además, él seguía dispuesto a casarse con Kimberly; lo que no quería era esperar seis meses a que ella acabase con el luto.
Cuando Kimberly, imprudentemente, se permitió observar que, al parecer, Maurice sólo la quería por su dinero, Cecil, sin pizca de delicadeza ni comprensión, se limitó a decir:

-Es la vida. ¿Imaginas que yo estaba enamorado de tu madre? La única mujer a la que le amado murió por culpa de esos condenados escoceses del norte, que Dios confunda. Tu madre fue mi segunda elección, porque su familia tenía dinero. Pero no nos fue del todo mal.

De modo que así había sido. Kimberly recordaba la melancolía de su madre y el modo en que se estremecía cuando él levantaba la voz. Era una mujer dulce, casi tímida, que no tenía nada en común con su esposo. Su madre necesitaba un marido afectuoso y comprensivo, no un turbulento lord de la frontera. Todo lo que necesitaba era un marido enamorado, y por cierto que no lo había encontrado en Cecil Richards.

Aunque Kimberly era tan tolerante como su madre, no había heredado la timidez y perdía fácilmente los estribos, pero no serviría de nada perderlos en la presente situación. Tenía que encontrar marido, y pronto. Aceptaba la idea porque deseaba tanto librarse de la tutela de su padre y salir de su casa como él verla marchar. Pero, después de lo ocurrido con Maurice, se preguntaba cómo podía saber si el hombre que la eligiese para esposa la querría por sí misma o por el dinero y las propiedades que aportaría al matrimonio.

Eso nunca la había preocupado. Ni tenía por qué interesarle ahora, como su padre sería el primero en señalar. Sencillamente, lo consideraba importante desde el punto de vista puramente egoísta. Porque prefería tener un marido que la amase.

Cuando había tenido que hacerse a la idea de ser la esposa de Maurice, tales consideraciones no habían pesado tanto; estaba resignada. Ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de aspirar a algo mejor. Pero ahora ya no tenla que resignarse a ser la esposa de Maurice y no veía razón para no casarse con un hombre que de verdad la hiciera feliz.

No sería fácil encontrar a un hombre así. Kimberly no era precisamente una de esas mujeres cuya belleza espectacular hace que los hombres pierdan la cabeza. Su madre decía que tenía una sonrisa dulce, de hada, pero las madres siempre dicen esas cosas a sus hijas. Kimberly nunca había visto nada extraordinario en su sonrisa, aunque es difícil sonreír con alegría cuando lo que se ve en el espejo son unas facciones bastante insípidas.

Kimberly poseía las dotes naturales en una muchacha de su posición: una voz agradable para el canto, buen gusto para tocar el piano, destreza con la aguja y buena mano para administrar una casa. Recientemente había descubierto que era un genio para los números y que tenía buen olfato para las inversiones, aunque ésta no era virtud que un marido fuese a apreciar ni a utilizar, ya que las finanzas se consideraban asunto exclusivo de los hombres.

En cuanto a físico, era delgada, quizá en exceso, o tal vez así lo pareciese debido a su estatura. El color de su cabello, rubio ceniza, estaba de moda, aunque ella habría preferido que fuese rubio dorado. Sus facciones no tenían nada de particular, si bien el mentón un tanto cuadrado, denotaba una testarudez que Kimberly raramente manifestaba pero de la que era perfectamente capaz. Tenía, sí, unos bellos ojos de un

verde oscuro purísimo que la gente alababa. Pero como la mayoría de personas que Kimberly trataba eran agradables, para serlo por fuerza tenían que decir algo agradable.

Kimberly dejó la labor, se puso en pie y se situó frente a su padre contemplándolo desde arriba. Medía un metro setenta de estatura, característica que había heredado de la rama materna de la familia, y era tres centímetros más alta que su padre. Este hecho irritaba tanto a Cecil como producía en ella una íntima satisfacción. Por lo demás, no le gustaba ser tan alta, pues siempre sobresalía del grupo de sus amigas.

-No tengo intención de perder el tiempo, padre; pero no esperes resultados inmediatos, porque tampoco pienso aceptar al primer hombre que los duques me recomienden. No eres tú quien tendrá que vivir con él el resto de tu vida sino yo, y si no puedo sentir por él al menos cierta simpatía, no daré mi consentimiento.

Él ya se había puesto rojo antes de que ella terminase de hablar, pero su hija no esperaba menos. Porque le indignaba que Kimberly pusiera condiciones y las mantuviera.

-No pensarás hacerte la melindrosa sólo para fastidiarme ...

-¿Por qué habías de creer tal cosa? -replicó Kimberly-. ¿Es que no comprendes que no me gusta vivir en esta casa? ¿0 acaso ni has reparado en ello, como todo lo que se refiere a mi persona?.

Él no supo qué responder. ¿Qué podía decir? Efectivamente, solía desentenderse de ella, excepto cuando deseaba pedirle algo. Ni siquiera tuvo el detalle de mostrarse ofendido por el comentario. Se limitó a rezongar entre dientes antes de decir:

-Está bien, sólo te pido que no pierdas el tiempo... -Con estas palabras, salió de la sala.

Kimberly suspiró y volvió a sentarse, pero no cogió la labor. Ahora que podía comenzar a pensar en lo que se le avecinaba, se puso nerviosa. Tendría que viajar sola, algo que nunca había hecho. Ella, que siempre había estado rodeada de rostros familiares, se vería obligada a tratar con personas desconocidas. Y tendría que elegir marido, uno que fuera aceptable tanto para ella como para su padre. Eso era lo más difícil, porque no esperaba que le llovieran las proposiciones. Una o dos, probablemente, y no era mucha variedad cuando se trataba de elegir a la persona con quien debería pasar el resto de su vida.

3

Megan St. James, duquesa de Wrothston desde hacía nada menos que un año, levantó la mirada de la carta que acababa de leer. Al entregársela, su esposo había comentado que esperaba que le gustara hacer de casamentera. Ahora comprendía el porqué del comentario y no le producía la menor satisfacción.

Miró a Devlin levantando una ceja, y por si este gesto no era bastante elocuente, dio una patada en el suelo para manifestar su impaciencia.

-¿Y a qué se debe el que tenga que cargar ahora con la responsabilidad de encontrar marido para esa muchacha, siendo tú quien está en deuda con su padre? La carta va dirigida a ti, si no me equivoco.

-Desde luego -respondió Devlin-. Pero las bodas son de la incumbencia de las mujeres.

-¿Quién lo dice?

-Lo digo yo -contestó él, y sonrió, porque sabía que esa respuesta irritaría aún más a su esposa, quien soltó un bufido poco digno de una duquesa.

-Sabes perfectamente que Duchy es más indicada que yo para estas cosas -dijo Megan-. Ella conoce a todo el mundo y sabe quién busca esposa y quién no. Bastante trabajo tengo para acordarme del nombre del conde de tal y del vizconde de cual y mantenerme al día de los últimos escándalos. Ni siquiera he tenido tiempo de empezar con la historia de todos los lores y ladies de quienes esperas que me haga amiga.

-Por cierto, cariño, estás haciéndolo magníficamente-. Él sabía que lo que ella necesitaba en ese momento era precisamente un cumplido-. Muy cierto, mi abuela Duchy tal vez sea más competente, pero no puede encargarse de los aspectos sociales que la tarea supone, si hemos de hacer las cosas como es debido. Desde luego, puedes pedirle que te ayude, y también a la tía Margaret. Estarán encantadas de colaborar, pero el favor me lo han pedido a mí, cielo, y por lo tanto, tú, mi esposa, debes cargar con la responsabilidad.

Tenía razón, desde luego. Él era el duque; no podía pedírsele que se involucrara en algo tan trivial. Pero ella era la duquesa y, por lo tanto, digna de las mismas consideraciones, al menos en su opinión. Quizá existiese una escapatoria. Con esta idea, Megan pregunto:

-¿Es absolutamente necesario?

-Absolutamente -respondió él-. El favor que debo es muy grande. Lo que me piden no es nada comparado con lo que habrían podido pedirme. Y es un alivio que la deuda pueda saldarse tan fácilmente.

La duquesa habría vuelto a resoplar de buena gana, pero se contuvo. Para él la cosa era fácil, desde luego; ya había delegado la responsabilidad, ya se había lavado las manos. Pero estaba equivocado. Si ella tenía que organizar mas fiestas y actos sociales de lo habitual a fin de buscar un buen marido para esa muchacha, ya procuraría que Devlin no se perdiera ninguno de los festejos.

Entonces Megan recordó que pronto tendrían un invitado, además de lady Kimberly. Quizá no le llevara tanto tiempo encontrar marido para aquella señorita.

-Tu tía Margaret me dijo que su sobrino vendría a hacernos una visita.

-Bien, bien.

-Eso quiere decir que otra vez la casa estará llena.

-¿Y cuándo no lo ha estado? -repuso Devlin ásperamente.

Ella rió entre dientes. Con más de cien criados bajo su techo, la casa estaba más que llena. Sin embargo, él se refería a los invitados, y tenía razón. Eran muchos los que tenían que resolver asuntos de negocios con Devlin, y como Sherring Cross quedaba bastante lejos de Londres, cuando aquél se instalaba en su mansión campestre, muchos venían a verlo y se quedaban, en ocasiones durante semanas.

-Lo que yo trataba de sugerir antes de que me interrumpieras es que el sobrino de Margaret puede ser un buen partido. Quizá pudiéramos ahorrarnos el invitar a todo Londres si él y Kimberly simpatizaran, puesto que vamos a tenerle con nosotros una temporada.

-Excelente -dijo él con una sonrisa-. Confío en que consigas que simpaticen.

-Creo que podría hacer algo al respecto. Siempre será más fácil que organizar bailes y recepciones a los que tendrías que asistir.

Su esposo la miró aterrado.

-Creo que me iré una temporada a Londres.

Ella lo contempló pensativa.

-Ya que lo dices, sería más fácil llevar este asunto en Londres. Allí no tienen por qué quedarse todos a dormir en casa.

Él cambió de idea rápidamente.

-Pensándolo mejor, creo que me quedaré en el campo.

-Como prefieras -dijo ella con una cándida sonrisa-. Si quieres aguantar a treinta o cuarenta personas a la hora del desayuno todos los días...

La mirada que le lanzó el duque era francamente adusta.

-Estás decidida a hacerme intervenir en esto, ¿verdad?

-Por descontado.

Devlin suspiró.

-Me parece que hablaré con la tía Margaret acerca de ese sobrino. Si es apto, y no sé por qué no habría de serlo, yo mismo contribuiré a emparejarlo con la hija del conde. -El duque dio un ligero abrazo a Megan-. Has tenido una gran idea, cielo. A ver si podemos acabar con esto cuanto antes.

Ella lo abrazó a su vez, pero no tan ligeramente.

-Y quizá entonces podamos tomarnos unas vacaciones solos tú, yo y el niño. Al fin y al cabo, desde que Justin nació, hace ya meses, no hemos tenido tiempo para nosotros. No hace más que venir gente para conocer a tu heredero. Quizá podríamos escapar a esa casita que tienes cerca de Bath.

Él reprimió una carcajada.

-La casita tiene treinta habitaciones y servidumbre completa. Poca intimidad tendríamos allí, cielo.

Ella frunció el entrecejo; había imaginado algo mucho más pequeño. Desechó la idea y propuso una alternativa:

-En realidad, Sherring Cross es tan grande que si nos trasladáramos a una de las alas que no se utilizan nadie sabría que estamos allí.

Él la miró para averiguar si bromeaba. Como su expresión no le daba indicio alguno, preguntó:

-¿Acaso estás quejándote del tamaño de mi casa?

-Ni por asomo. Es Tiffany quien llama mausoleo a Sherring Cross, no yo.

Tiffany era la amiga de infancia de Megan. Las dos eran unas niñas la primera vez que vieron Sherring Cross. En efecto, Tiffany había dicho que la mansión ducal era un mausoleo, pero estaba tan asombrada como Megan de sus proporciones.

-Yo siempre he considerado que tiene el tamaño justo -dijo Megan-. A pesar de que a veces me pierdo.

-¿Perderte? -protestó él.

-Sólo un par de veces.

-Megan ...

-Bueno, sólo una vez, y por poco tiempo. -Sonrió.

Le encantaba bromear con su marido. Así era corno había conseguido que perdiese su seriedad y su rigidez, de las que sin embargo todavía daba muestras en ocasiones. Ella prefería aún al audaz y apasionado mozo de cuadra con el que creía casarse cuando se fugaron a Gretna Green. Qué sorpresa descubrir que, sin saberlo, había contraído matrimonio con el duque, el mismo en quien el año anterior había puesto sus miras.
-Hace tiempo que no visito las alas deshabitadas de Sherring Cross -dijo Devlin en respuesta a sus bromas-. Si mal no recuerdo, son muy discretas. ¿Estás completamente segura de que siguen siéndolo?

Megan adivinó en los ojos color turquesa de su marido la verdadera intención del comentario. Ella se estremeció, como siempre le ocurría cuando veía aquella luz en los ojos de su esposo. Una cita en pleno día, en un ala deshabitada de la casa, parecía algo muy divertido.

-¿Por qué no vamos a averiguarlo? -propuso ella, con la voz un poco más ronca de lo habitual.

-Me has adivinado el pensamiento.

4

Era la mansión más enorme que Kimberly había visto en su vida. La última vez que había estado en Londres con su madre había ido al palacio de Victoria para ser presentada a la reina, por lo que algo sabía de edificios regios, pero Sherring Cross, la residencia ducal de Ambrose Devlin St. James, aventajaba en grandiosidad a cualquier palacio. Por si no estaba lo bastante nerviosa, los enormes jardines primorosamente cuidados acabaron de intimidarla.

Cuanto más pensaba en el motivo de su visita, menos le gustaba. La desfachatez de su padre al pedir a una persona tan importante como el duque de Wrothston que la ayudara a encontrar marido no tenía límites. Y su excelencia el duque seguramente estaría tan contento de hacer ese favor como Kimberly de recibirlo.

El viaje no había tenido nada de placentero. Por si no eran suficientes las magulladuras que habían dejado en su cuerpo tres días de traqueteo, se había salido una rueda y había tenido que esperar varias horas mientras la arreglaban. Además, el clima era más frío de lo normal para esa época del año, y el pequeño brasero que llevaba no daba suficiente calor.

Luego, en una de las posadas en que habían pasado la noche había tenido una desagradable experiencia con un grupo de escoceses mal educados que ocupaban la habitación contigua y que la habían impedido conciliar el sueño hasta pasada la medianoche. Ella no tenía nada contra los escoceses, pero sí su padre, quien no perdía ocasión de atacarlos culpándolos de la muerte de la mujer a la que amaba. Una muerte que, en opinión de su hija y de los magistrados, había sido accidental.

A pesar de que desde niña Kimberly había sido testigo de ese odio -su padre no sólo no ocultaba a su esposa que amaba a aquella otra mujer sino que no perdía ocasión de recordárselo-, no había influido en ella, seguramente porque no sentía por su progenitor la menor afinidad o simpatía. Más aún, en ocasiones incluso había llegado a pensar que la otra mujer había sido afortunada al librarse de pasar la vida con el conde, aun cuando el motivo de ello hubiese sido su muerte. Pero, en general, esto lo pensaba sólo cuando el conde hacía algo que a ella le parecía realmente aborrecible.

De todos modos, Kimberly no aceptaba que los escoceses alborotasen como lo habían hecho aquella noche en la posada. Tres veces se había quejado al hospedero, y ellos habían seguido vociferando. Por fortuna no estaba allí su padre, pues habría provocado un altercado. Con lo que él detestaba a los escoceses, la situación habría sido explosiva en lugar de meramente molesta.

Ahora Kimberly incluso lamentaba haber increpado a uno de los escoceses con el que había tropezado por la mañana en el pasillo. El pobre hombre, que aún estaba medio dormido, parecía estupefacto cuando ella acabó de hablar. Horas después, otra vez en camino, a Kimberly le pesaba su intemperancia. Intentaba no dejarse llevar del mal humor, y el que estuviera cansada y, por lo tanto, irritable, no era excusa.

Y la nueva doncella no era de la menor ayuda. A Mary le gustaba viajar todavía menos que a su señora. Sus constantes lamentaciones por las sacudidas, las demoras y las inclemencias del clima habrían puesto a prueba la paciencia de un santo. Sin

embargo, ella al menos había podido descansar por las noches, en las habitaciones que compartía con Kimberly. La muchacha dormía como un leño.

Para colmo, Kimberly había cogido un resfriado. De tanto estornudar, debía de tener la nariz tan colorada como una cereza. A eso debía sumarse el que después de tantas horas de viaje le doliesen todos los huesos y la cabeza pareciese a punto de estallarle. Y ahora el protocolo exigía que tratara de causar buena impresión a sus excelencias. Era cosa de risa. Nada más verla, se preguntarían en qué absurdo lío se habían metido.

Pero la cosa no tenía arreglo. Había llegado a Sherring Cross. Ya venían los lacayos con sus vistosas libreas para ayudarla a apearse. Y las grandes puertas se estaban abriendo de par en par. No habría más remedio que entrar por ellas. Dadas las circunstancias, esperaba que la llevaran directamente a su habitación, para poder descansar un poco antes de presentarse ante sus excelencias. Pero la suerte no estaba de su lado. La duquesa de Wrothston en persona se hallaba en el gran pórtico, esperando para saludarla.

Las dos mujeres se miraron sorprendidas. Kimberly no esperaba que la esposa de St. James fuese tan menuda e increíblemente bella. Aunque debería haberlo imaginado. Había conocido al duque hacía unos diez años, cuando él tenía apenas veinte y, aun cuando Kimberly era apenas una niña, le había parecido extraordinariamente atractivo. No era de extrañar, pues, que su esposa fuera también muy hermosa.

Megan St. James era el paradigma de la belleza, aunque quizá excesivamente vistosa. Su cabello color de cobre bruñido no estaba de moda, pero armonizaba admirablemente con su cara. Sus ojos azul noche eran cálidos y afectuosos. Su figura no debía de haber cambiado mucho con su primer embarazo, a juzgar por su esbeltez y sus esculturales formas. A su lado, Kimberly se sentía larguirucha, desgarbada e insulsa. Ocurría que en su pequeña ciudad de Northumberland no había muchas oportunidades para vestir a la moda. Además, acababa de quitarse el luto y su vestuario era anticuado y le iba demasiado holgado. Aunque eso no se notaba bajo el grueso abrigo de viaje, por lo menos hasta que uno de los lacayos se acercó a pedírselo y no se movió de su lado hasta que ella se lo dio.

En cuanto a Megan, ya repuesta de la sorpresa, pensaba que un vestido a la medida, un peinado un poco más favorecedor y menos color en la nariz harían maravillas con lady Kimberly. No sería la reina de los salones, lo cual era una lástima, pero de nada servía lamentarse. No podía esperarse que todas las jóvenes casaderas fueran beldades.

Podría ser peor, se dijo Megan. Al menos no era fea del todo. Kimberly Richards era, sencillamente, en fin... del montón. Aunque tenía unos ojos de un límpido verde oscuro muy bonitos, incluso hermosos, si uno los miraba bien. Sólo que casarla quizá llevase más tiempo del que pensaban. En aquel momento, para hacer más memorable su primera impresión, Kimberly estornudó y, peor aún, descubrió que había dejado su pañuelo de encaje en el coche. Notó que se le humedecía la nariz y a punto estuvo de dejarse dominar por el pánico, pero advirtió que en la cara de Megan aparecían los hoyuelos de una sonrisa tan deliciosa que, atónita, ni se preguntó a qué podía deberse.

-¿Resfriada? -preguntó Megan con tono esperanzado-. Eso explica... Ah, cuánto lo siento. Pero es natural, con este clima tan espantoso que tenemos.

Ahora sí que a Kimberly le extrañó la sonrisa de su anfitriona, y también el tono festivo de su voz, que desmentía la conmiseración que pretendían transmitir sus palabras. Y se sintió un poco ofendida. Pero comprendió que antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse debía tomarse unos momentos para considerar que quizá el agotamiento le hacía ver lo que no era. Con esa intención, dijo:

-Vuelvo enseguida, excelencia. Creo que he olvidado algo en el coche.

Sin más explicaciones, y sin dar a la duquesa la oportunidad de detenerla, se volvió para abrir la puerta que acababa de cerrarse detrás de ella. El coche seguiría allí, ya que Mary estaba vigilando la descarga del equipaje. Eso era todo lo que Kimberly esperaba ver cuando abrió la puerta. Pero no fue así.

Allí de pie, a punto de llamar con un puño enorme que se retiró cuando iba a golpearla en la frente, que había ocupado el lugar de la puerta, había un hombre. Era alto. ¡Debía de medir al menos dos metros de estatura!, y extraordinariamente apuesto, tanto que Kimberly quedó momentáneamente paralizada de sorpresa.

Tenía el cabello oscuro, recogido en la nuca para impedir que el viento impertinente lo despeinara. Un fugaz rayo de sol, poco más que un destello, arrancó tenues reflejos rojizos de la espesa melena. En sus ojos, de color verde pálido, había una expresión risueña, que desapareció cuando ella permaneció mirándolo sin pestañear. También era robusto, con unas piernas como troncos de árbol y un pecho amplio y musculoso.

-En lugar de quedarte ahí como un pasmarote, muchacha, ¿por qué no te apartas para dejarme entrar?

Tenía una voz ronca pero sorprendentemente cálida, con un leve acento escocés, por más que ahora su tono fuera áspero. Al parecer, no era hombre al que gustara que lo mirasen fijamente. Pero ¿cómo evitarlo? Kimberly nunca había visto a un hombre tan alto ni tan guapo. Bien, quizá con la excepción del duque de Wrothston. Y dudaba que alguien más lo hubiera visto.

Tan aturdida estaba que no acertaba a hablar ni a moverse, y cuando sintió en el labio superior el cosquilleo que indicaba que la nariz no iba a esperar a que ella fuese por el pañuelo maquinalmente levantó el brazo y enjugó la gota con la manga. Un gesto poco elegante, propio de una niña, no de una señorita. Y ella no se dio cuenta de lo que había hecho hasta que lo oyó resoplar. Aquel sonido hizo que su azoramiento se multiplicara por cien. Y entonces él le puso las manos en la cintura y, casi levantándola en vilo, la apartó de su camino.

Pero el rojo de sus mejillas, que ahora rivalizaban con su nariz, pasó inadvertido, porque en aquel momento, cuando quedó libre el camino, la duquesa de Wrothston y el recién llegado se vieron por primera vez. Kimberly, que seguía con los ojos fijos en él, advirtió de inmediato su alborozo.

La alegría parecía brotar por cada poro de su cuerpo, su sonrisa resplandecía y sus ojos brillaban de júbilo. Cualquiera hubiese dicho que estaba a punto de ponerse a bailar una danza escocesa.

Megan St. James, por el contrario, estaba consternada.

-¡Válgame Dios, el escocés! -exclamó al tiempo que se, llevaba una mano al pecho-. Espero que no haya venido a robar.

De repente, la sonrisa del hombre se tornó sensual y tuvo en Kimberly un extraño efecto; fue como si le diesen un puñetazo en el estómago, no muy fuerte, sólo lo suficiente para cortarle la respiración, pero sin que llegara a doler. Y eso que la sonrisa no era para ella.

-Si me dejas que te robe el corazón, amor mío, sí, vengo a robar -respondió él-. ¡Por mi vida! ¿La muchacha más bonita de Inglaterra, bajo el mismo techo que mi tía Margaret? No puedo creerlo. No puedo tener tanta suerte.

Megan sacudió la cabeza.

-¿Es el sobrino de Margaret? ¡Imposible! ¡Qué horror! Pero el marido de Margaret era un MacGregor, no Mac... -Trató de recordar el nombre que él le había dicho hacía tanto tiempo-. Duell, ¿no? Sí, usted dijo llamarse Lachlan MacDuell.

-Vamos, no esperarás que un salteador de caminos te diga su verdadero nombre mientras trabaja -dijo él sin dejar de sonreír-. Soy MacGregor, sí, MacGregor, el actual jefe del clan. Y Lachlan es mi nombre. Me alegra que te acuerdes.

Era evidente que se alegraba. No podía dejar de sonreír. También era evidente el disgusto de Megan ante tan inesperado descubrimiento.

-¡Esto no puede ser, MacGregor! -exclamó-. Devlin nunca le permitirá permanecer en su casa. Si mal no recuerdo, no siente ninguna simpatía por usted.

-¿Devlin Jefferys? ¿Qué tiene que ver con Sherring Cross?

-Es su dueño -respondió ella con aspereza. Y añadió-: Por cierto, no se llama Jefferys. Lo mismo que usted en aquel entonces, también él era dado a usar nombres supuestos.

-¡Un momento! -dijo él, horrorizado-. ¡No me digas que tu condenado inglés, ese Ambrose St. James, es el sobrino nieto de mi tía!

-Sssh. Él aborrece ese nombre de pila. Sí, lo es.

-Oh, por favor, vida mía -gimió el escocés-, dime que no te has casado con él.

-Naturalmente que me he casado con él -respondió Megan con indignación.

El gemido se convirtió en gruñido, que de inmediato dio paso a otra sonrisa.

No importa -dijo encogiéndose de hombros-. He vencido obstáculos mayores que éste.

Megan lo miró entornando los ojos.

-Si eso significa lo que imagino, olvídelo. Estoy casada y soy muy feliz -dijo con tono de determinación-. Además, casi puedo garantizarle que no se quedará en Sherring Cross. Y me parece que Margaret ha dicho que estaba buscando esposa.

La mirada que el escocés lanzó a Megan decía claramente que había encontrado la única esposa que deseaba. La duquesa se sonrojó. Al ver aquella mirada, Kimberly

sintió una irritación inexplicable, ya que aquello no tenía nada que ver con ella. Carraspeó para recordar que era testigo de aquella conversación tan personal a la que deseaba poner fin. Pero ellos siguieron ajenos a su presencia.
-Tanto si estoy en esta casa como en sus alrededores, intentaré obtener lo que deseo. Sería un necio si no lo hiciese.

-Será un necio si lo hace -replicó Megan, y agregó con un suspiro-: Qué terquedad. -Sacudió la cabeza como si no lo comprendiera-. Sigue tan obstinado como hace un año, cuando le dije que estaba comprometida y no quiso escucharme.

-Soy una persona de convicciones fuertes -dijo él sin dejar de sonreír-. Al fin y al cabo, ¿qué importa un marido cuando se encuentran dos corazones que están hechos el uno para el otro?

Megan puso los ojos en blanco, Kimberly, más impaciente a cada instante, volvió a carraspear, ahora con más fuerza. Esta vez Megan la oyó y se volvió, aunque la miró con ojos inexpresivos, como si no recordara quien era ni qué hacía allí. Pero enseguida reacciono y ahogó una exclamación.

-¡Oh, mi querida lady Kimberly! Le ruego que perdone mi distracción. Debe de estar agotada del viaje y yo la tengo aquí de pie mientras discuto con este escocés incorregible... -Hizo una pausa para lanzar a Lachlan una mirada de reproche, con la que pretendía atribuirle la culpa de la situación. Luego, se volvió nuevamente hacia Kimberly y se disculpó con sinceridad-. Le pido perdón. Venga, la acompañaré a la habitación que le hemos preparado, y nos ocuparemos de ese resfriado. Duchy, la abuela de Devlin, tiene remedios milagrosos...

Cuando Megan ya se alejaba con Kimberly, Lachlan la atajó:

-Cariño mío, no te vayas aún. Llevo tanto tiempo privado del sol de tus ojos...

Megan hizo chasquear la lengua ligeramente, de modo que sólo Kimberly la oyó. Siguió subiendo por la escalera, pero debió de cambiar de idea, pues se detuvo, dio media vuelta, frunció el entrecejo con severidad y siseo:

-Tengo una invitada a quien atender, que es bien recibida en esta casa, mientras que usted no lo es. Diga a uno de los criados que busque a Margaret e infórmele de su anterior encuentro con Devlin. No dudo que ella le dirá que cambie de planes, pues esa querida señora no puede estar enterada de sus viles actividades. Ella jamás habría invitado a esta casa a un ladrón.

-Un salteador, cariño mío -rectificó él con expresión dolorida-. Es muy distinto.

Megan suspiró antes de responder con exasperación:

-No hay diferencia, MacGregor. Para ustedes, los escoceses, quizá no sea delito robar a un inglés, pero nosotros lo vemos de otro modo.

-Ah, pero ya no importa, todo eso es agua pasada- le aseguró él-. Lo hecho, hecho está, y tenía mis motivos, pero espero que me creas si te digo que ya he vuelto esa página.

-No espere que le crea. Y ya hemos hablado bastante. Buenos días.

Kimberly observó la mirada de tristeza que asomó a los ojos del escocés y la expresión de decisión que siguió a ésta**.** Al parecer, no era hombre que se diera fácilmente por vencido. De todos modos, su intento de conquistar el afecto de Megan St. James estaba condenado al fracaso. Toda Inglaterra sabía que los duques de Wrothston se amaban intensamente. Eso se sabía hasta en la lejana Northumberland, pero, al parecer, aún no era de dominio publico en Escocia.

Un hombre de las Highlands. Kimberly había sentido cierta atracción por Lachlan MacGregor. Bien, debía reconocer que se sentía fuertemente atraída hacia él. De nada serviría negarlo. Pero era inútil seguir pensando en ello por dos buenas razones. Él amaba a otra, aunque esa otra estuviese casada. Y era escocés. Aunque pudiera vencer el primer obstáculo, el segundo era insuperable. Su padre jamás consentiría que se casase con un escocés. Antes renegaría de ella y provocaría un escándalo.

Un escocés. Lástima. Una verdadera lástima.

5

-¡Pobre muchacho! -exclamó Margaret MacGregor, compadecida, cuando Lachlan le hubo explicado con total sinceridad las circunstancias que lo habían conducido allí en busca de esposa-. ¡Winnifred! ¿Quién iba a imaginar una cosa así? ¡Con lo buena muchacha que parecía!

Lachlan no pudo evitar sonreír. A sus casi cincuenta años, Winnifred no era precisamente una muchacha, pero Margaret, que había rebasado los setenta, solía llamar muchacha o muchacho a todo el que no hubiera cumplido los sesenta. Se trataba de una dama cariñosa y plácida, más bien gruesa y siempre risueña o, por lo menos, siempre que Lachlan había estado en su compañía. Pero en algo llevaba razón: nadie podía imaginar que Winnifred fuera capaz de semejante fechoría.

Mientras volvía a llenarle la taza de té -tía y sobrino estaban solos en el mastodóntico salón de Sherring Cross- Margaret le reconvino:

-¿Por qué no me pediste ayuda económica? Tu tío abuelo Angus, que Dios lo tenga en la gloria, me dejó bien provista, aunque sabía que no lo necesitaba. Poseo más dinero del que podré llegar a gastar.

El tema incomodaba a Lachlan. Y peor habría sido tratar de explicar sus razones. Pedir dinero a los parientes carnales era perfectamente admisible; pero Margaret era tía suya sólo por matrimonio, y su esposo ya había fallecido, o de lo contrario Lachlan no estaría allí sino que habría acudido directamente a su tío Angus. Por lo tanto, se limitó a decir:

-Tengo que remediar la situación por mis propios medios, tía Margaret. -Confiaba en que ella no insistiese sobre el tema. Y no insistió, pero hizo chasquear la lengua para darle a entender que no estaba de acuerdo con él.

-Está bien. Y ahora parece que has tomado una sabia decisión. Una esposa con la bolsa bien repleta es lo que necesitas para acabar de una vez con tus dificultades. Es la solución que adopta todo el que puede.

Él asintió, aunque habría preferido no tener que recurrir a ese medio.

-Pero hay otra cosa, tía Margaret. Algo que no he sabido hasta que he llegado a esta casa. Conocí a tu sobrino Ambrose en circunstancias que no podría definir de ideales. Entonces él utilizaba un nombre distinto, y por eso yo ignoraba que nos conociéramos.

-¿Un nombre distinto? -Margaret frunció el entrecejo-. ¿Fue hace un año, cuando estuvo en Escocia?

-Entonces precisamente. Siento tener que decirlo, pero traté de llevarme su dinero y acabé llevándome a su novia.

Margaret lo miró sorprendida, pero al instante una expresión de regocijo surgió en su rostro.

-¡Santo Dios, fuiste *tú*! -rió por lo bajo-. Mi hermana y yo algo supimos de aquel episodio, por Megan, desde luego, ya que Devlin nunca habló de ello, aun cuando su papel de liberador fue francamente heroico. Lo que nos reímos Duchy y yo.

Lachlan se sintió aliviado al advertir que a Margaret le había hecho gracia el lance. Él no lo consideraba en absoluto divertido y estaba seguro de que tampoco se lo parecía a Devlin.

-Lo malo es que Megan está segura de que él no querrá que me quede en su casa.

-No digas tonterías, por supuesto que querrá -replicó ella con tono festivo. Pero segundos después rectificó-: Por lo menos, cuando sepa cuál es tu situación, y yo se la explicaré. No te preocupes, muchacho, te casaremos en un periquete.

Lachlan sonrió, aunque le irritaba que Devlin tuviera que enterarse de su penosa situación. ¡Qué mala suerte que la bella Megan se hubiera casado con un pariente de su tía! Claro que, de no ser así, probablemente no habría vuelto a encontrarla. Topar con ella había cambiado sus planes en cierta medida, mejor dicho, por completo. Ahora ya no pensaba en dedicarse a buscar esposa, al menos hasta que hubiera intentado por todos los medios conquistar a Megan y hacer que dejara al duque. Si lo conseguía, tendría que buscar otra forma de rehacer la fortuna familiar, aunque no sabía cuál.

Megan... seguía tan bella como la recordaba, o más, si ello era posible. Y se la veía tan enérgica como siempre, pensó cariñosamente. Era una irónica paradoja que la búsqueda de esposa lo hubiese conducido hasta ella. Ay, Megan era la mujer ideal, pero no para el inglés sino para él. Tenía que hacérselo comprender, y estaba decidido a conseguirlo.

-Mi hermana y yo hemos pensado en unas cuantas herederas posibles -proseguía Margaret, ignorante de los propósitos de su sobrino-. En realidad, una de ellas llegará de un momento a otro para pasar aquí una temporada. Busca marido. Es hija de un conde riquísimo. No podrías pedir algo mejor. Dicen que su dote es inmensa e incluye varias propiedades magníficas.

Lachlan asintió, porque no podía decir a su tía que había cambiado de planes y que ya no le interesaban las herederas, o lo echarían de Sherring Cross. Además, necesitaba

su ayuda si pretendía quedarse, porque no se imaginaba tratando de convencer al marido de Megan de que le permitiese permanecer en su casa para de ese modo estar en condiciones de seducir a su esposa. Francamente, no sería correcto. De modo que dijo:

-Parece la mujer ideal, tía Margaret. Tendrás que presentármela cuando llegue, es decir, si antes no me obligan a regresar a Escocia, que me parece lo más seguro. -Dejó escapar un suspiro.

Ella se inclinó y le dio una palmadita en la mano.

-No te preocupes por eso. Nuestro Dev no será tan rencoroso como para echarte de su casa sólo porque hace un siglo tuvisteis una pequeña desavenencia. Ahora mismo voy a hablar con él. De modo que tranquilízate y ponte cómodo, Lachlan muchacho, que ya verás como te quedas.

6

-¡No se quedará, y es mi última palabra!

No era la primera vez que Devlin pronunciaba esa frase durante las últimas horas, pero nadie parecía hacerle caso.

Megan había sido la primera en informarle de la identidad del pariente de la tía Margaret, y se sintió muy contrariado por el revés que ello suponía para sus planes. Luego se había presentado en su estudio Margaret con la triste y disparatada historia de que al escocés le habían robado todo su patrimonio y a fin de mantener unido a su clan había tenido que dedicarse al pillaje.

¿Una madrastra que se fuga con las joyas de la familia y desaparece como si se la hubiera tragado la tierra? Resultaba poco creíble. Seguramente se trataba de una patraña que había inventado el escocés para enternecer a su tía y a otras crédulas señoras. Pero ahora hasta Megan parecía haber cambiado de actitud, cuando al principio se mostraba indignada por el hecho de que Lachlan MacGregor estuviese bajo su mismo techo.

Se encontraban en la sala en que la familia solía reunirse antes de la cena.

Su abuela y su tía abuela Margaret cuchicheaban en el sofá, de modo que Devlin y Megan, que estaban al lado de la chimenea, no oían lo que decían. Lord Wright, que había venido de Londres a comprar uno de los purasangres que se criaban en Sherring Cross y se quedaría a pasar la noche en el castillo, hablaba con lady Kimberly de un tema tan inspirado como el clima. ¡Lástima que tuviese más de cincuenta años y ya estuviera casado, porque demostraba un marcado interés por aquella señorita!

Por lo menos, el maldito escocés había tenido el buen tino de no aparecer. Era una suerte, porque Devlin no respondía de sus actos si volvía a encontrarse cara a cara con aquel granuja. Si se le había permitido permanecer en la casa era por pura cortesía, para que descansara antes de que por la mañana emprendiese viaje a Escocia o adonde se le antojara.

Devlin había tenido que ratificarse en su decisión, ya que ahora Megan sugería que dejasen que el escocés se quedara. Aún no le había dicho la razón de su cambio de parecer, pero estaba seguro de que se lo explicaría en su momento, ya que más tarde o más temprano siempre exponía los motivos de sus razonamientos.

-No seguirás enfadado por una tontería que ocurrió hace más de un año, ¿verdad? -se limitó a preguntar ella.

Devlin la miró levantando la ceja.

-¿Una tontería? Ese hombre se puso de rodillas delante de ti y te pidió en matrimonio nada más verte. Y cuando lo rechazaste, como habría hecho cualquier muchacha en su sano juicio, te raptó.

-Pero tú me rescataste y, además, le diste una paliza -le recordó ella-. ¿0 has olvidado que ya te vengaste?

Quien no conociera bien a Devlin no habría advertido en la leve crispación de sus labios una señal de complacencia. Pero el grato recuerdo que la había provocado se desvaneció al instante.

-Esto no tiene nada que ver con su manera de ganarse la vida. ¿Olvidas que es un vil ladrón? ¿Por qué las mujeres pasáis por alto este hecho? Pues yo digo que, aunque fuera ahijado de mi tía en lugar de sobrino, seguiría sin ser bien recibido en esta casa.

Los demás empezaban a mirarlos, y Megan susurró:

-Baja la voz, por favor. Ahora permíteme una pregunta. ¿Has mirado bien a lady Kimberly? Es una persona tan... corriente. Eso significa que va a costarnos mucho encontrarle marido. Y tú te propones descartar a uno de los posibles candidatos. ¿Has olvidado que íbamos a tratar de emparejarlos?

El duque comprendió entonces la razón por la que su esposa había cambiado de opinión. Pero no importaba.

-Tú lo has dicho, Megan, «íbamos». Pero sus antecedentes no hacen de él un marido apto para la hija de un conde.

-Vamos, Dev -repuso ella con impaciencia-. Es un noble escocés y, además, jefe de su clan. Esto lo hace perfectamente apto para la hija de un conde, y lo sabes. En cuanto a sus reprobables actividades, pueden serle perdonadas por las circunstancias que las provocaron. Ya has oído a tu tía. El pobre estaba desesperado. De todos modos, eso es agua pasada y ha venido a buscar a una esposa rica precisamente para no tener que volver a las andadas. Con la dote de lady Kimberly no tendría necesidad de seguir robando por los caminos, ¿no crees?

-A menos que lo haga porque le gusta -resopló el duque-, lo que sería una buena razón para que siguiese cruzando la frontera en busca de víctimas a quienes atracar, con dote o sin ella. Y no me negarás, Megan, que parecía disfrutar mientras nos robaba.

-Parecía, pero no lo sabemos con certeza. Y la circunstancia de que esté aquí buscando una esposa rica es, a mi modo de ver, la prueba de que no quiere continuar

por ese camino. No comprendo por qué no podemos darle la oportunidad de demostrar que es sincero. Hasta tu abuela está de acuerdo

-Si es sincero, me comeré mi...

-No hagas promesas de las que puedas arrepentirte -lo interrumpió ella con una sonrisa-. Y reconoce que tu principal objeción es que le tienes ojeriza.

-Eso es sólo una pequeña parte -insistió él-. Y ya hemos hablado bastante de ese canalla. No se queda. Es mi última palabra.

7

De modo que el escocés era realmente un ladrón. El mismo MacGregor había admitido que era un salteador, pero Kimberly no lo había tomado en serio, ya que la conversación a que se había visto obligada a asistir en el vestíbulo parecía más baladronada que realidad. Sin embargo, el duque acababa de confirmarlo.

MacGregor era un ladrón, había tratado de robar al duque, y eso no era lo peor, porque, además de robar, raptaba a las mujeres. Asombroso. Pero más asombroso aún era el que no se hubiera llamado a un magistrado para que lo pusiera a buen recaudo. Kimberly suponía que ello se debía a que estaba emparentado con la tía del duque.

La única razón por la que Kimberly había bajado a cenar esa noche a pesar de lo mal que se encontraba, era la posibilidad de volver a ver al escocés. ¡Qué tonta! Y él ni se había presentado. Habría sido mucho mejor para ella acostarse temprano, pues ahora que trataba de conciliar el sueño, quienquiera que ocupase la habitación de al lado se lo impedía.

Se oían golpes, crujidos, alguna que otra carcajada y unas voces molestas aunque no lo bastante fuertes como para entender qué decían. Eso le recordó la mala noche que había pasado en la posada. Pero allí las paredes eran más delgadas, y había podido identificar el dialecto escocés. Este alboroto no era menos irritante y, si continuaba, tendría que hacer algo, aunque no sabía qué. Dar unos golpes en la pared era lo más cómodo. Estaba cansada y no le apetecía ir en busca del ama de llaves, suponiendo que la buena señora estuviese levantada, para pedirle que le diera otra habitación, lo que exigiría tiempo y retrasaría aún más su descanso. No era la primera vez que Kimberly deseaba no tener un sueño tan ligero, ya que de ese modo quizá hubiese podido dormir a pesar del barullo.

Lo más discreto era sufrir en silencio, pero Kimberly no estaba dispuesta a seguir sufriendo por mucho rato. Al cabo de quince minutos, en vista de que el ruido continuaba, se decidió a golpear la pared de detrás de la cama.

De inmediato se hizo el silencio. Habían captado el mensaje. Suspiró, ahuecó la almohada, se echó en la cama... y dio un respingo, sobresaltada por unos golpes mucho más sonoros que los suyos.

Aquello colmaba la medida. No habría más remedio que recurrir a medios más enérgicos. Pediría que la trasladaran a otra habitación; en una casa tan grande seguramente habría alguna disponible. Pero antes les diría cuatro verdades a sus desconsiderados vecinos. Si no le hubiera ocurrido lo mismo recientemente, nunca le habría pasado por la imaginación buscar un enfrentamiento. Pero estaba furiosa, hacía dos noches que había tenido que soportar la misma molestia y en ese momento no se sentía inclinada a la discreción ni a la tolerancia.

Se puso la bata y se ató el cinturón con tanto furor que casi se cortó la respiración. Abrió la puerta impetuosamente y segundos después golpeaba con el puño la de al lado. No le extrañó que se abriera de inmediato. El portazo que había dado al salir había anunciado su llegada. Lo que la sorprendió fue encontrarse frente a Lachlan MacGregor. Pero esta vez Kimberly estaba tan furiosa que no enmudeció de asombro, aunque él le pareció tan atractivo como antes.

Mirándolo con ojos centelleantes, preguntó:

-¿Es que no sabe lo que es educación? ¿Acaso no tiene idea de la hora que es? ¿No se da cuenta de que con este ruido impide descansar a otras personas?

Él se limitó a arquear una ceja con gesto de curiosidad.

-De modo que el pajarito tiene voz.

Esta alusión a su actitud de aquella tarde hizo que Kimberly se sonrojara, pero su indignación no decreció, menos aún cuando oyó la voz de un hombre que estaba sentado en un sillón y que no era otro que aquel a quien había increpado en el pasillo de la posada por no dejarla dormir.

-¡Vaya si tiene voz! -exclamó el hombre con voz pastosa propia de un borracho al tiempo que sacudía la cabeza-. De eso doy fe. Y una voz que es como el lamento de la hechicera que anuncia una muerte en la familia. Es la que hace un par de días, en aquella posada, estuvo gritándome hasta dejarme sordo. Y todo para nada.

-Bah, no me sorprende que me hayan puesto en el ala de la servidumbre -dijo Lachlan como si hablara con su amigo, aunque sus ojos seguían fijos en Kimberly-. Pero ya me resarciré de esto. Siento mucho haberte molestado, muchacha. -Se encogió de hombros-. Pero la culpa es de tus señores por haberme dado esta habitación.

Era posible que cuando la encontró en la puerta de la casa y la apartó de su camino la hubiese confundido con una criada, pero, a menos que fuera sordo, tuvo que oír a la duquesa utilizar su título cuando se disculpó con ella. Megan también había dicho que era una invitada, de modo que esa suposición de que se encontraba en el ala de los criados sólo porque ella estaba allí era pura y simplemente un insulto deliberado. ¡Qué hombre tan odioso! Sus modales eran abominables, lo cual no era de extrañar dada su falta de consideración. Y Kimberly no iba a amilanarse sólo porque él se mostrara insultante.

-Evidentemente, tiene usted la costumbre de alborotar dondequiera que esté. Pero ésta no es el ala de los criados, y usted lo sabe perfectamente. Yo soy una invitada en Sherring Cross, lo mismo que usted. Además, estoy enferma y cansada. Necesito dormir y no puedo porque ustedes hacen todo lo posible para que nadie en la casa concilie el sueño.

-Me parece que eso no sería posible en una casa tan grande como ésta, muchacha. Pero pienso que no es mala idea, ya que me ayudaría a desahogar mi mal humor.

La sonrisa malévola con que el escocés pronunció estas palabras hizo que ella se sintiese aún más furiosa. Evidentemente, aquel hombre era incorregible.

-Y a mí me parece que no tiene usted cerebro para pensar -replicó Kimberly airadamente-. ¿Son todos los escoceses tan groseros o es usted tan egoísta que no le importa a quien pueda molestar con sus groserías?

Ahora había conseguido que él se enfadase. Así lo denotaba su repentina expresión de cólera. Dio un paso hacia ella, que retrocedió y contuvo la respiración. Luego dio otro paso, y otro, y otro. Ella sintió miedo y deseó haber ido en busca del ama de llaves en lugar de decidir quejarse personalmente.

-De modo que me consideras un grosero... -dijo el escocés con voz amenazadora-. Tú no sabes lo que es ser grosero ni rudo, muchacha. Pero lo sabrás, como no dejes de incordiar.

Cuando acabó de hablar, la había hecho retroceder hasta su habitación, y entonces pareció darse por satisfecho, ya que se limitó a rubricar sus palabras con un seco movimiento de la cabeza, asió el picaporte y cerró la puerta con firmeza.

Kimberly estaba temblando, con los ojos muy abiertos. La había asustado, desde luego. Pero sólo porque ella no sabía de qué podía ser capaz aquel hombre. Había dejado que la intimidase. Qué satisfecho debía de sentirse ahora.

En la habitación de al lado volvieron a sonar risas. Kimberly, segura de que ella era el motivo de aquellas risas, sintió que se le encendía el rostro.

El pajarito había sido ahuyentado y obligado a regresar al nido. Ella deseaba salir otra vez a decirles lo que pensaba, pero su corazón aún no había recuperado su ritmo normal. Y no estaba segura de que el brutal escocés no volviera a asustarla.

Pero lo que más la indignaba era no poder dominar la situación. Ello se debía a que aquel hombre era una incógnita, y Kimberly estaba acostumbrada a tratar con factores conocidos. Sencillamente, estaba asustada y no se atrevía a enfrentarse nuevamente a él.

Con un gemido de cólera dirigido sobre todo contra sí misma por su falta de valor, echó la llave, se quitó la bata y volvió a acostarse en la gran cama de columnas. Era un lecho muy cómodo, pero Kimberly abandonó toda esperanza de poder dormir, por lo menos, esa noche. Estaba furiosa y el ruido en la habitación contigua no cesaba.

A pesar de todo, decidió no cambiar de habitación. Esperaría hasta que al lado se hiciera el silencio y entonces sería *ella* quien alborotase. Si no podía conseguir satisfacción de un modo correcto, al menos pagaría a aquel miserable con su propia moneda. Menos mal que se marchaba al día siguiente. Se lo había oído decir claramente a Ambrose St. James. El escocés no se quedaría.

-¿Le has dado un susto de muerte a esa pobre muchacha? -preguntó Gilleonan cuando Lachlan volvió a su habitación-. No la he oído pedir socorro. El miedo debe de haberla dejado muda.

Lachlan miró sombríamente a su primo.

-¿Por qué iba a pedir socorro? No la he tocado.

-Quizá hubieras tenido que tocarla, pero con cariño. Siempre te las has arreglado mejor con halagos y mimos que con violencia. Por lo menos, cuando te lo propones.

-Con las que me conocen, quizá; pero las que no saben lo amable que soy se echan a temblar cuando las miro con ceño.

Ranald, repantigado en un cómodo sillón de lectura, soltó una carcajada.

-¿Tierno? Al *laird* de los MacGregor pueden llamarle muchas cosas menos amable. -Lanzó otra risotada.

Al ver el gesto de mal humor que estas palabras provocaban en Lachlan, Gilleonan dijo:

-No le hagas caso, Lachlan. Ha bebido demasiada cerveza. Y me parece que razones no le faltan.

No escapó a Lachlan el tono de censura de Gilleonan, y lo encontró francamente irritante. Ranald no hacía más que beber desde que se había enterado de la identidad de su anfitriona. Sus primos no se alegraban en absoluto de que hubiera vuelto a encontrar a Megan. Y Ranald estaba demasiado ebrio como para advertir que la discusión había vuelto al punto en que se encontraba cuando la muchacha que ocupaba la habitación de al lado los había interrumpido.

Por eso Ranald prosiguió:

-Cuando a ésa se le pase el susto, volverá a la carga, no te quepa duda. Menudo rapapolvo me echó mientras tú y Gill estabais en la cama y yo andaba aún medio dormido y no sabía de qué me hablaba. Lástima que tenga tan mal genio, porque es un placer mirarla. Tiene buena figura, vaya que sí.

Lachlan elevó la vista al techo. Gilleonan, que estaba de pie al lado de la chimenea con su jarra de cerveza, reía para sus adentros.

Ranald sentía debilidad por las buenas figuras. Ya podía una mujer ser fea como un pecado que si tenía un físico como a él le gustaban, iba tras ella con la lengua fuera. El propio Lachlan reconoció que hasta él había reparado en las esculturales curvas que revelaba el ceñido cinturón.

Y había observado también otras cosas en que al verla con su vestido holgado y descolorido no había reparado. Por ejemplo, pechos opulentos y buena estatura. Para un hombre que acostumbraba a aventajar a cualquier mujer en más de un palmo, era raro encontrar a una al lado de la cual no se sintiese un gigante. También tenía unos

ojos verdes espectaculares, encendidos de indignación, y una piel tersa y blanca como la nata fresca. Y una espléndida melena rubia hasta la cintura que le daba un aire de sensualidad.

Se trataba, sin duda, de una mujer extraordinaria. ¡Y pensar que a primera vista parecía un pajarito tímido y asustadizo que pasa inadvertido! Pero este pajarito escondía otro plumaje y no tenía empacho en decir lo que pensaba a un desconocido, para lo que se necesitan arrestos, o atolondramiento.

A Ranald tenía que parecerle interesante. También habría podido parecérselo a Lachlan de no estar ya herido por la dulce Megan.

Pero lo estaba, y Megan era la mujer a quien deseaba tener a su lado el resto de su vida. Por supuesto, había un pequeño problema, y era que ya tenía marido. Y sus primos parecían creer que no se daba cuenta.

Cuando Lachlan les dijo quien era la duquesa de Wrothston y que pensaba conquistarla, Gilleonan le preguntó sin rodeos:

-¿Te has vuelto loco? ¿Robarle la mujer a un duque? ¿Olvidas que está casada?

Desde luego, Lachlan no lo había olvidado, pero no le daba tanta importancia como sus primos parecían creer que merecía.

-Se equivoco en la elección -se limitó a responder-. Pienso convencerla de su error. La gente se divorcia.

-Para la aristocracia el divorcio es un baldón -señaló Gilleonan-. ¿Y pretendes que renuncie a una corona ducal? No sé de ninguna mujer que haya hecho tal cosa.

-Bueno, será una prueba de amor.

-Una prueba de idiotez lo llamo yo -resopló Gilleonan-. Además, Lachlan olvidas que has venido a buscar una esposa rica, con la bolsa bien repleta. ¿Y si ella no tiene dinero?

-¿Crees que un duque se casaría con una muchacha pobre? -replicó Lachlan-. Seguramente procede de una familia de duques o marqueses. Los duques no se casan con mujeres que pertenezcan a una clase social que esté muy por debajo de la suya.

-Yo creo que los duques se casan con quien les apetece, y un hombre tan rico como él no va a pararse a considerar si es rica o pobre. De una esposa no desea más que su persona y los hijos que pueda darle. Y a ésta debe de quererla tanto como tú, porque bonita lo es. Pero tú sí que necesitas el dinero. ¿0 ya no te acuerdas?

En este punto, la discusión había sido interrumpida por los fuertes golpes en la puerta y las enojadas quejas de la escultural vecina. Si Lachlan no hubiera estado tan nervioso por la incomprensión de sus primos, tal vez se hubiese mostrado más complaciente y caballeroso. Claro que ella estaba hecha una furia, y hablaba con un tono que a la fuerza tenía que sublevar a un hombre, de modo que quizá también se hubiera enfadado, cualquiera que fuese el humor que tuviera en aquel momento.

Aún seguía malhumorado.

-Si tu voz no subiera de tono a cada jarra de cerveza que tomas, Ranald -dijo ásperamente-, no nos visitarían a altas horas de la noche vecinos furiosos.

-Ah... bueno... de modo que es culpa mía -dijo Ranald arrastrando las palabras-. Entonces... tú no gritabas, imagino.

-Sólo lo suficiente para hacerme oír debido al escándalo que tú armabas.

-Por si no os habéis dado cuenta -terció Gilleonan con calma-, ya estáis gritando otra vez.

Los dos miraron airadamente a Gilleonan, irritados por su observación, y Lachlan se mesó el pelo con ademán de exasperación mientras gruñía.

-Ahora tendré que disculparme con esa muchacha. Y ella, seguramente me contestará con un bufido.

-Lo de siempre -le reconvino Gilleonan-. Cuando te dejas llevar por tu genio, después te arrepientes y tratas de arreglarlo.

-Siempre, no -respondió Lachlan-. Sólo cuando sé que no tengo razón. Y en este caso ella ha atacado primero en lugar de pedir las cosas con educación. Por lo tanto, no me arrepiento. Pero el que ahora estemos otra vez molestando vuelve a quitarme la razón.- Lanzó una airada mirada a sus primos para darles a entender quien era, en su opinión, el verdadero culpable de lo que había pasado, y preguntó-: ¿Y por qué vosotros dos no os alegráis de que haya encontrado a la mujer de mi vida?

-Porque los obstáculos son insuperables, Lachlan-. Lo razonable es suponer que estás condenado al fracaso.

-¿Es que acaso no confiáis en mí?

Gilleonan tuvo la delicadeza de sonrojarse.

-No es cuestión de confianza. Hay que aceptar los hechos. ¿Se habría casado con él si no lo amase?

-¿Iba a despreciar a un duque? -dijo Lachlan con tono burlón.

-Es que este duque tiene algo más que título y posición. ¿Olvidas que todos lo conocemos? Ha conquistado a tantas como tú y desde hace mucho tiempo. Es probable que esté enamorada. ¿Esperas que abandone a su amado y sacrifique su posición para escaparse con un lord arruinado? Si no te guiaras por el corazón sino por el cerebro, verías con tanta claridad como Ranald y yo que no es posible.

-Yo puedo ofrecerle cosas que ese inglés aburrido no puede.

-¿Qué cosas?

-Alegría y risa.

Gilleonan puso los ojos en blanco.

-No todas las mujeres aprecian esa clase de cosas. Y ni siquiera sabes si ella puede darte lo que has venido a buscar.

-Respecto a eso, ya encontraré otra manera de conseguir el dinero sin renunciar a mi Megan.

-No hemos tenido mucha suerte con las otras maneras, Lachlan. ¿0 ya no te acuerdas?

El sarcástico comentario valió a Gilleonan otra mirada airada.

-Tengo que conseguirla, Gill -dijo Lachlan-. Y la muchacha más hermosa de este país será mía. No tratéis de disuadirme.

Gilleonan sacudió la cabeza.

-No puedo hacer lo que me pides -dijo-. No estaría cumpliendo con mi deber si no intentase hacerte comprender que tus planes son descabellados. Además, una cara bonita no es garantía de una buena esposa, Lachlan. Sí, ésta es más bonita que la mayoría, eso no lo niego. Pero tampoco he olvidado que tiene peor genio que Nessa. Por ahí tiene que haber otras muchachas no menos bonitas y no tan molestas para el oído. Pero tú ni siquiera estás dispuesto a buscar.

-Porque ahora que he vuelto a encontrar a Megan sería una pérdida de tiempo. Y las circunstancias de nuestro primer encuentro, Gill, hacen imposible que manifieste su verdadero carácter. Estaba disgustada por la manera en que me la había llevado, y es comprensible. Pero eso no significa que tenga mal genio siempre.

-0 sí.

Lachlan. miró a su primo entornando los ojos.

-Entonces seríamos tal para cual -dijo con tono amenazador-. Y ahora dejémoslo ya, Gill, antes de que haga algo de lo que tenga que pedirte perdón por la mañana.

-En fin... Ya es hora de acostarse -dijo Gilleonan con una sonrisa inocente-. Me llevaré a nuestro primo. -Se cargó al hombro a Ranald, que roncaba, y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió y añadió-: Confío en que, cuando llegue la mañana, habrás recapacitado, Lachlan. No olvides que una de tus mejores cualidades es la habilidad para evitar cometer graves errores.

Lachlan. aspiró profundamente mientras la puerta se cerraba. El error sería no tratar de conquistar a Megan, un error que lamentaría mientras viviese.

9

Cuando a la mañana siguiente Lachlan entró impetuosamente en la habitación del desayuno, que era bastante más grande que la mayor parte de los comedores de gala aunque mucho más pequeña que el comedor de gala de Sherring Cross, mostraba el aplomo del invitado que se sabe bien recibido. Devlin, que presidía la mesa, farfulló

entre dientes mirando al recién llegado con encono y resignación, porque la verdad era que ahora el escocés era bien recibido, al menos por las mujeres de la familia.

Megan había logrado convencer a Devlin, desde luego. Él no sabía cómo, pero lo había hecho. Y, evidentemente, ella no había demorado en poner al corriente al escocés de la nueva situación. Pero Devlin no iba a fingir que estaba contento, y la mirada que lanzó a MacGregor no dejaba el menor resquicio para la duda acerca de sus verdaderos sentimientos.

Lachlan no dejó de advertir, ni de interpretar, la mirada. Supuso que su tía Margaret habría convencido a St. James. No podía sospechar que la única persona que poseía este poder era Megan, y se habría sentido profundamente apenado si hubiese sabido el verdadero motivo por el que ella deseaba que se quedara. El mismo motivo que le había hecho ordenar a los criados que retiraran la mitad de las sillas de la larga mesa, de modo que cuando entró Lachlan el único lugar libre era al lado de lady Kimberly.

Lachlan y Kimberly repararon en la falta de sillas al mismo tiempo. Ella se sonrojó por lo que consideraba, sencillamente, mala suerte. De haber sido ella la última en llegar y haberse encontrado con que la única silla libre estaba al lado del escocés, habría dado cualquier excusa para no quedarse, por mucha hambre que tuviera.

Pero si se marchaba ahora de nada serviría la excusa que diese, pues todos creerían que el motivo era la presencia del escocés. De haberse hallado a solas los dos no habría vacilado en abandonar la mesa, pero estaban presentes los duques y el resto de la familia, y no era cosa de dar la nota sólo porque encontrara odioso a uno de sus invitados.

Lachlan también podría haberse marchado, pero no se le ocurrió tal posibilidad, porque en aquella habitación estaba Megan. Lanzó una brillante sonrisa a la anfitriona, besó en la mejilla a su tía y se sentó en la única silla libre. Se produjo una situación incómoda cuando Margaret, ignorante de sus desagradables encuentros anteriores, los presentó.

Kimberly soportó la escena y, tan pronto como el protocolo se lo permitió, se desentendió del hombre que tenía al lado y trabó conversación con el simpático lord Wright, al que había conocido la noche anterior y que estaba sentado frente a ella. Pero el diálogo fue breve, porque una observación de la duquesa desvió hacia ella la atención de lord Wright.

Antes de que Kimberly pudiera seguir la conversación lo suficiente como para intervenir, notó que MacGregor se inclinaba hacia ella.

-Le debo una disculpa por haber turbado su sueño anoche -susurró.

Ella se sorprendió y no pudo evitar volverse hacia él. Después del modo en que la había intimidado para que volviese a su habitación amenazándola con medidas más desagradables, no esperaba una disculpa ni la deseaba. Esperaba haberle pagado con la misma moneda, y confiaba en que él no tuviera el sueño pesado, o habría pasado el resto de la noche en vela para nada.
El escocés parecía sincero, pero después de la manera vil en que se habían comportado él y sus amigos, ella no podía por menos que desconfiar. Se comportaba como si esperase que ella se disculpara a su vez. Pues podía esperar sentado, Pensó Kimberly, quien bajó la mirada y susurró:

-En efecto, me la debe.

No necesitaba mirarlo para saber que se había puesto rojo, ignoraba si de indignación o de turbación, pero le daba igual. Una disculpa no la compensaba de la mala noche que había pasado. Deseaba que estuviera tan cansado como ella, pero eso era difícil de adivinar.

-Mis parientes se echaron sobre mí debido a que tomé una decisión que desaprueban -dijo a modo de explicación-. ¿Qué excusa tiene usted?

Ahora le tocó sonrojarse a Kimberly. Él se refería al ruido que había hecho ella cuando al otro lado de la pared imperó el silencio. Y ella no tenía más excusa que el puro afán de desquite. Aun así, no iba a disculparse.

Él y sus parientes podrían haberse ido a discutir a otro sitio, después de comprender que estaban molestándola. Pero no; habían seguido vociferando e impidiéndole dormir... Y ella no tenía por qué justificar sus actos. Todavía estaba enferma y casi no podía ni abrir los ojos para ver qué tenía en el plato, mientras él parecía fresco y en perfecto estado de salud.

-Tratar de justificar su conducta no lo absuelve, MacGregor. Las tres últimas noches apenas he dormido, y dos de ellas por culpa de su falta de consideración.

-Ah, a sí que ésa es su excusa.

-No estoy disculpándome -siseó Kimberly-. Señalo, sencillamente, que su conducta es mucho peor de lo que usted supone.

-Si hubiera venido a pedir paz con buenos modales, cariño mío, mi comportamiento habría sido distinto. Pero no fue así -dijo él con suficiencia.

Ella dio un respingo. ¿Se permitía echarle a ella la culpa de su mala conducta? No podía esperarse otra cosa de un... Kimberly rectificó antes de que el pensamiento adquiriera forma en su cabeza, al comprender que estaba dejando que los prejuicios de su padre influyeran en ella. Y eso sí que no. Además, no le hacían falta prejuicios para aborrecer a ese escocés. Él había hecho méritos sobrados.

Su comentario no merecía respuesta. Continuar con aquella conversación equivaldría a permitir que la rebajara a su mismo nivel de rudeza. De todos modos, Kimberly no pudo resistir la tentación de decir:

-¿Es necesario que le recuerde que si el ruido que hacían anoche hubiera sido tolerable yo no habría tenido necesidad de quejarme? Y puede usted llamarme lady Kimberly. Yo no soy su «cariño».

-Y no sabe cuánto me alegro de ello -replicó él.

Ella sintió el deseo de levantarse y darle una bofetada. Pero, recordándose dónde estaba y con quién, concentró sus esfuerzos en dominar sus impulsos.

-Entonces estamos de acuerdo, MacGregor -dijo apretando los dientes. E, imitando su cadencioso acento escocés, agregó-: Y no sabe cuánto me alegro yo de no tener que volver a soportar su compañía cuando termine el desayuno.

Esto le valio un siseo y una insolente sonrisa de oreja a oreja.

-¿Se marcha de Sherring Cross?

-No; es usted quien se marcha.

Él sacudió la cabeza.

-Siento defraudarla, pero no me marcho.

Ella frunció el entrecejo y dijo:

-Eso es mentira. He oído de boca del duque...

-El duque ha cambiado de idea -la interrumpió el escocés-. Y, antes de que me enfade por haberme llamado embustero, he de oír sus disculpas.

-Pues no las recibirá. Aunque las circunstancias sean ahora otras y usted no haya mentido en este caso, habida cuenta de su profesión, MacGregor, no dudo que mentir ha de ser para usted tan natural como robar. Y ya que, por desgracia, se queda, procuraré poner bajo llave todas mis pertenencias.

Si se lo hubiese propuesto, no habría podido infligirle insulto mayor. Aunque, en realidad, eso era justamente lo que se proponía. Estaba tan alterada y mortificada por aquella conversación que respondía sin recapacitar en sus palabras.

Y él estaba seriamente ofendido. Que lo llamaran embustero cuando mentía era una cosa, pero que lo hicieran cuando decía la verdad era intolerable.

-Lo único que yo le robaría es esa lengua de víbora. Hará bien en guardarla bajo llave.

Kimberly ahogó otra exclamación y, con tono seco como el cuero, dijo:

-Esa costumbre suya de amenazar a las mujeres habla por sí misma. Anoche consiguió intimidarme, pero puede estar seguro de que no volverá a ocurrir. Por lo tanto, le agradeceré que se abstenga de dirigirme la palabra, y a cambio me guardaré mi lengua de víbora.

-Me está bien empleado por pedir disculpas a una arpía -murmuró él para sí.

Ella lo oyó, desde luego, y ésa había sido la intención de él. Pero el silencio que siguió a su observación hizo que se sintiese un poco avergonzado. No solía intercambiar insultos con las mujeres. No es que le importara, al menos con ésta, pero lo suyo no era reñir sino seducir y halagar, y ni siquiera sabía por qué en ese momento se comportaba así.

Esa mañana, con su vestido marrón, holgado y sin adornos y el pelo recogido en un moño muy poco favorecedor que hacía resaltar la rojez de su nariz, lady Kimberly estaba perfectamente anodina. Sin embargo, Lachlan no podía desentenderse de ella. Le irritaba. Cada palabra que salía de su boca era una provocación que lo inducía a responder con el mismo tono.

Ella había conseguido turbar su sueño varias veces durante la noche y esa mañana había despertado tan cansado como lo estaba cuando por fin se durmió. Kimberly no

le había disgustado; más bien le divertía que una inglesa pudiese ser tan vengativa. Sencillamente, lo había aceptado como lo que se merecía. Y, después de que un criado le informase de que era bienvenido en Sherring Cross indefinidamente, había bajado a desayunar con optimismo. No obstante, estaba cansado y ni siquiera ver a su bella Megan lo había reanimado tanto como esperaba. Pero maldito si no estaba despierto ahora, después del duelo verbal que había mantenido con la belicosa dama que tenía a su lado.

¿Abstenerse de dirigirle la palabra? Ni soñarlo. Él, MacGregor, no se arredraba ante un desafío. Pero había ganado ese asalto. Por el momento, podía descansar.

Tenía agallas la muchacha, aunque sin duda estaba envalentonada por la presencia de los otros, de eso no cabía duda. Si hubiesen estado solos no se habría mostrado tan agresiva. 0 quizá sí. Ya lo averiguaría. Al fin y al cabo, no se marchaba. Tenía todo el tiempo que necesitara para satisfacer los deseos de su corazón. Y entretanto no dudaba de que él y lady Kimberly volverían a enfrentarse.

10

Kimberly pasó durmiendo buena parte del día. No era la suya una actitud muy sociable, considerando que era su segundo día de estancia en Sherring Cross, pero no tuvo alternativa. La propia duquesa comprendió que sería lo más conveniente cuando Kimberly empezó a dar cabezadas mientras Megan exponía el «plan» que había de conducirla al matrimonio.

Después de aquel desayuno un tanto tempestuoso Megan se había llevado a Lucinda, la abuela de Devlin, y a Kimberly a su gabinete. Todas las mujeres de la casa estaban de acuerdo con su plan, que consistía en poner a Kimberly en contacto con el mayor número posible de solteros en el menor período de tiempo, a fin de facilitarle diferentes alternativas y darle ocasión de examinarlas con calma.

De acuerdo con esa estrategia, en las semanas venideras se celebrarían varias recepciones en Sherring Cross. Por otra parte, había que hacer una selección de las invitaciones recibidas a bailes y reuniones diversas.

Kimberly se había dormido en el momento en que Lucinda, o Duchy, como la llamaba cariñosamente la familia, empezó a hablar de uno de esos bailes, que se celebraría en Londres al cabo de apenas cuatro días. Kimberly iba a confesar que no podía prepararse para un acontecimiento de tanta importancia en tan poco tiempo, ya que no poseía ni un solo vestido de baile, cuando se le cerraron los ojos por enésima vez, y así quedaron.

Kimberly no se enteró de nada más hasta que Megan la despertó sacudiéndola suavemente y le dijo riendo que se fuera a la cama.

Era una lamentable falta de cortesía dormirse en presencia de la anfitriona, y Kimberly se sintió avergonzada. Pidió disculpas y atribuyó su estado al resfriado y el cansancio del viaje. No sabía por qué había evitado mencionar al verdadero culpable, el ruidoso invitado de la habitación de al lado.

Ahora, mientras se vestía para la cena, tampoco se explicaba por qué no había pedido que la cambiaran de habitación. Saber que el escocés dormía cerca turbaría su paz de espíritu, estaba segura. Pensar que podía topar con él en los corredores, al ir y venir de la habitación, que tendría que oírlo, tanto si decidía mostrarse un poco más considerado como si no, la distraería, y puesto que debía tomar decisiones trascendentales para el resto de su vida, eso no le convenía.

No obstante, nada había dicho a su anfitriona, ni, estaba segura, se lo diría. La verdad era que, a pesar del cansancio y el resfriado, nunca se había sentido tan estimulada. MacGregor hacía que sintiese excitación, temor, emoción, y antes de poner fin a todo ello, Kimberly quería averiguar si era bueno o malo.
La anciana duquesa le había enviado con Mary una tisana de muy mal sabor, y ahora, ya vestida y dispuesta para salir de la habitación, se dio cuenta de que estaba algo mejor. Por lo menos, ya no le goteaba la nariz, ni estornudaba. Incluso podría disimular un poco la rojez de la nariz aplicándose unos polvos. Tampoco le dolían tanto los huesos y caminaba con más donaire.

Por todo ello, dadas las circunstancias, se sentía bastante satisfecha con su aspecto. El vestido color lavanda que había dado a planchar a Mary no le sentaba del todo mal, porque tenía una faja drapeada que permitía ceñirlo al cuerpo, aunque, por supuesto, no olvidaba que tenía que renovar urgentemente su vestuario. Decidió preguntar a la duquesa si en Sherring Cross o cerca de allí había alguna modista a la que pudiera ir a ver al día siguiente. ¿Recepciones en Londres? Hasta que estuviera debidamente equipada, ni hablar.

Kimberly no había oído en la habitación de al lado el menor sonido en todo el día, aunque dudaba que algo hubiera podido despertarla del profundo sueño en que había caído. Pero tampoco se oía nada ahora. Quizá *él*, para ahorrarles molestias a ambos y en vista de que le permitían quedarse, hubiese pedido otra habitación. No comprendía por que el duque había cambiado de parecer y consentido en que el escocés permaneciese en la casa; el día anterior su decisión parecía irrevocable.

Esa noche había varios invitados más, a los que Kimberly fue presentada cuando acudió al saloncito. Lady Hester Cowles y su hija Cynthia habían venido a visitar a la anciana duquesa y se quedarían una semana. Cynthia era una muchacha bonita y parlanchina de dieciséis años, edad que le permitía asistir a algunas reuniones con los adultos, pero aún no se había acostumbrado a tal privilegio.

También estaba Tiffany Whitely, a quien Megan presentó como «su amiga más querida», que acompañada de su marido, el honorable Tyler Whitely, había venido a pasar el fin de semana y casi monopolizaba a la duquesa, por las muchas cosas que ambas parecían tener que contarse. Kimberly deseaba volver a hablar del «plan», durante cuya discusión se había dormido aquella mañana, pero era evidente que tendría que esperar.

De todos modos, consiguió averiguar que una tal señora Canterby, una modista excelente según Margaret MacGregor, se dedicaba en exclusiva a coser para las señoras de la casa; eran tantos los encargos que éstas le hacían que había sido necesario, y más conveniente para todas, que se instalara en Sherring Cross de modo permanente. Megan ya le había dado instrucciones para que se presentara ante Kimberly a primera hora de la mañana.

Esto disipó las preocupaciones de Kimberly en materia de indumentaria. De todos modos, confiaba en que el baile que iba a celebrarse dentro de pocos días no figurara

en el programa. Deseaba introducirse en la vida de sociedad poco a poco, acostumbrarse a la compañía de personas desconocidas gradualmente, en lugar de empezar por acontecimientos de tanta envergadura. Pero, por lo poco que aquella mañana había podido oír del «plan», la duquesa, al parecer, tenía ideas muy distintas.

A medida que se acercaba la hora de la cena y advertía que Lachlan MacGregor no aparecía, Kimberly empezó a pensar que tal vez no tuviera que volver a soportar su compañía. Pero no sería tan afortunada.

Estaba sentada al lado de Cynthia Cowles, escuchando las lamentaciones de la muchacha acerca de la falta de colorido y variedad de su vestuario -a las jovencitas aún se las vestía con los inevitables tonos pastel que imperaban desde hacía un siglo, por lo que el vestido verde esmeralda de Megan le había arrancado un suspiro de envidia- cuando entró en el salón el escocés, muy atractivo con su chaqueta color borgoña oscuro, casi del mismo tono de su cabello cuando captaba ciertos reflejos de la luz que llevaba suelto sobre los hombros, desafiando flagrantemente la moda; pero ¿cuándo habían seguido la moda los hombres de las Highlands? Sin embargo, había que reconocer que le sentaba bien aquel estilo. Una estrecha banda de encaje en el cuello y los puños de su camisa de seda blanca hacía que su aspecto fuese aún más espectacular.
Cynthia lo contempló boquiabierta. Kimberly tuvo casi la misma reacción, aunque consiguió mantener la boca cerrada. No cabía duda de que aquel hombre la atraía, la hacia vibrar de expectación.

Pero él no reparó en ella, ni en nadie más. Entró con su sonrisa seductora, pero allí sólo había una dama a la que él deseaba seducir, y hacia ella se dirigió.

La dama no era otra que la duquesa, por supuesto, y dado que se hallaba en el otro extremo del salón, Kimberly no podía oír de qué hablaban. Pero resultaba cómico mirarlos. Cuando Megan advirtió que él iba a tomarle una mano, rápidamente la puso fuera de su alcance, pero tuvo que repetir el movimiento una y otra vez, porque Lachlan no cejaba. Su mano perseguía la de ella hasta que por fin la atrapó y se la llevó a los labios para besarla largamente, o por lo menos ésa era su intención. Pero Megan se lo impidió y, en recompensa a sus esfuerzos, le obsequió con una torva mirada.

Todos estaban pendientes de la escena. Lucinda rió por lo bajo. Devlin torció el gesto. Kimberly sacudió la cabeza.

En el silencio que siguió, Cynthia recuperó el habla para decir, impresionada:

-¡Es un verdadero gigante!

Lo mismo había pensado Kimberly la primera vez, pero después de haber estado cerca de él había cambiado de parecer.

-No tanto -puntualizó.

Cynthia debería haberse sentido avergonzada por su atolondramiento, al menos tanto como lo estaba su madre. Pero la joven parecía totalmente ajena a su metedura de pata.

Al oír la respuesta de Kimberly, Cynthia la miró como si dudase de su cordura, y Kimberly se puso de pie para demostrar por qué a ella no le parecía un gigante. En el

rostro de Cynthia surgió una expresión de descontento consigo misma, como si se reprochara su falta de observación.

-Bueno, no me sorprende que a usted no se lo parezca, porque también es una giganta -dijo.

La pobre lady Cowles estaba roja como la remolacha, pero el comentario pareció divertir a Kimberly, que se echó a reír. Hacía tanto tiempo que no reía de buena gana que la sensación le resultó extraña y muy grata. Cuando su risa se trocó en sonrisa observó que Lachlan la miraba de un modo curioso. Ella no pretendía llamar su atención, y volvió a sentirse azorada. Afortunadamente, en aquel momento se anunció la cena y todos empezaron a encaminarse hacia el comedor.

Megan también había procurado limitar el número de sillas, pero como los sitios no estaban asignados, esta vez su estrategia no dio resultado. Kimberly y Lachlan fueron los primeros en sentarse, y lo hicieron en extremos opuestos.

Megan se sentía defraudada. Pero después de observar en el saloncito el efecto de la sonrisa de lady Kimberly, pensó con satisfacción que al fin y al cabo la situación de los comensales no importaba demasiado.

Aquella franca sonrisa transformaba por completo a la muchacha. Al principio, Megan quedó sorprendida y, después, entusiasmada. Era asombroso lo que un par de hoyuelos podían hacer en una cara, por no hablar de la expresión. Aunque Kimberly no era una belleza en el sentido tradicional de la palabra, cuando sonreía sus facciones se iluminaban confiriéndole un encanto sensual. Y Megan estaba contenta de que Lachlan MacGregor también lo hubiera advertido.
Y entonces se le ocurrió poner a prueba su teoría. Durante la cena, mantuvo una conversación chispeante que hacía que quienes la rodeaban no dejasen de sonreír. Dio resultado. Kimberly parecía relajada y risueña. Y cada vez que reía Lachlan volvía la mirada hacia ella.

Lo malo era que también él lanzaba sonrisas seductoras a la joven duquesa.

Megan suspiró diciéndose que antes de que Devlin se percatara, tendría que hablar seriamente con Lachlan acerca de su conducta. La única forma de vencer la firme oposición de su esposo a que el escocés permaneciera en Sherring Cross había sido hacerle ver la posibilidad de casarlo con la hija del conde de Amborough. Si se daba cuenta de por quién estaba interesado Lachlan en realidad -aunque ella se encargaría de que ese interés no durase por mucho tiempo- no habría manera de impedir que tomara medidas drásticas, y el escocés tendría que marcharse de inmediato, tal vez después de que Devlin le hubiese dado otra lección con los puños.

Desgraciadamente, no había que descartar esta posibilidad, habida cuenta de la antipatía del duque hacia el escocés. Pero esa noche, sentados muy cerca el uno del otro, a los lados de Duchy, hacían un admirable despliegue de mutua indiferencia. Quizá demasiado admirable.

Aunque tanta indiferencia podía llamar la atención de los presentes y dar pábulo a comentarios, no sería causa de preocupación hasta que empezaran a asistir a reuniones fuera de Sherring Cross.

Duchy había conseguido convencer a Megan de que no sería conveniente hacer todas las apuestas a la misma carta. Aunque a la anciana le gustaba la idea de poner a

Kimberly y a Lachlan en la senda del verdadero amor, y por muy ventajoso que para tal fin fuese tener a ambos viviendo bajo el mismo techo, quizá el proyecto estuviese destinado al fracaso, sencillamente. Por lo tanto, lo más equitativo sería hacer que cada uno se relacionara con el mayor número de personas adecuadas. Y el baile de los Wiggins en Londres, para el que sólo faltaban unos días, sería la ocasión ideal.

11

Kimberly, gratamente cansada, caminaba lentamente por los pasillos rumbo de su habitación. Aún tenía sueño atrasado, pero quizá esa noche pudiera resarcirse. Y gracias al milagroso y repugnante brebaje de Lucinda, el resfriado parecía haberse curado por completo.

La velada, en conjunto, había sido divertida. Las reuniones de sociedad que se avecinaban le producían más zozobra que alegría, pero esa noche Megan St. James había sido una anfitriona tan agradable que Kimberly incluso había olvidado el motivo por el que estaba en Sherring Cross.

La duquesa, en efecto, la había mantenido tan distraída que, por breves instantes al menos, hasta había conseguido que olvidara la presencia del hombre que la fascinaba. A ello había contribuido el que él se sentara al otro extremo de la mesa, lo bastante lejos como para no oír su voz en las conversaciones en que intervenía.

Sólo cuando la acometía la extraña sensación de que los ojos de MacGregor estaban fijos en ella, se acordaba de su presencia. Aunque ni una sola vez se había vuelto hacia él para cerciorarse.

Tenían que ser imaginaciones suyas, ya que Lachlan no iba a fijarse en ella estando presente la bella Megan.
Kimberly sabía exactamente por quien se interesaba el escocés. Al fin y al cabo, había oído todo lo que él había dicho a la duquesa cuando llegó. Y ni por un momento pensó que podía tratarse de uno de los escarceos intrascendentes a que los hombres y las mujeres se entregaban en ocasiones.

El escocés hablaba en serio; estaba decidido a conquistar a una mujer casada. Y la mujer casada, a quien la idea no le complacía en absoluto, estaba furiosa con él. Pero esto no lo detendría. Su conducta de esa noche lo demostraba.

Kimberly oyó pasos a su espalda en el momento en que entraba en el corredor que conducía a su habitación. El sonido hizo que le diera un vuelco el corazón. Podía tratarse de una criada, aunque dudaba que una criada pisara tan fuerte. Tal vez fuese el escocés, a pesar de que ella se había retirado temprano, precisamente para evitar tropezarse con él.

Después de la cena, habían pasado a la sala de música, donde Cynthia les había obsequiado con su habilidad con el arpa. Como los invitados eran pocos para lo que se acostumbraba en casa de los St. James, los hombres habían traído sus copas de brandy, en lugar de quedarse en el comedor, y quienes deseaban fumar se habían congregado al fondo del salón.

Cuando Kimberly se retiró, MacGregor aún tenía una buena cantidad de licor en la copa y conversaba animadamente con lady Hester, por lo que no era probable que fuera él quien se acercaba por detrás. Y a ella le constaba que se acostaba tarde. Pero sus sentidos le decían otra cosa; temblaba no sabía si de alarma o de emoción, y le habría gustado averiguarlo.

Por prudencia, decidió evitar otro encuentro, por breve que fuese, aunque se redujera a un simple saludo. Estaba convencida de que si en efecto era él quien se acercaba y le dirigía la palabra, no podría dormir en toda la noche. De modo que apretó el paso, hasta correr casi, pero al llegar a la puerta de su habitación descubrió que estaba cerrada con llave.

¿Por qué habría hecho semejante tontería? Él seguramente no hablaba en serio cuando dijo que le robaría algo. No se atrevería. Para estar tranquila, bastaba con cerrar la puerta cuando estaba dentro, no cuando estaba fuera. Los pasos se acercaban. Por fin, en el bolsillo disimulado entre los pliegues de la falda encontró la llave y la sacó; estaba tan nerviosa que la dejó caer al suelo. Peor aún, después de recogerla, no acertaba a meterla en la cerradura. Y entonces una mano grande se apoyó en la puerta, a la altura de su cara, y Kimberly sintió el aliento del escocés en la nuca.

-De modo que no me considera un gigante.

Después de tantas prisas y tanta ansiedad, a ella le sorprendió sentirse tan serena, pero lo estaba. Posiblemente, había bebido demasiado de aquel vino tan dulce durante la cena, o quizá sólo fuese resignación ante lo inevitable, pero lo cierto era que estaba tranquila, y cuando se volvió hacia él no se sintió excesivamente desconcertada al encontrárselo prácticamente encima.

De manera que había oído el comentario que le había hecho a Cynthia. Era asombroso que no estuviera azorada. Kimberly lo miró fijamente a los ojos, para lo que no tuvo que levantar mucho la vista, y contestó lacónicamente:

-En absoluto.

La respuesta pareció divertirle, pero señaló:

-Si mal no recuerdo, la primera vez se quedó pasmada, mirándome como quien ve visiones.

-¿Sería porque es usted extraordinariamente atractivo? -dijo ella.
Dicha en forma de pregunta, la frase la hizo enrojecer, aunque quizá hubiera tenido el mismo efecto sin el interrogante. Él bajó el brazo y dio un paso atrás, de modo que ya no resultaba tan amenazador.

-Entonces quizá le deba una disculpa por el modo brusco en que me comporté ayer por la tarde cuando llegué.

Kimberly podría haberse mostrado generosa, aceptar la disculpa y dejar las cosas como estaban. Después de lo cual, sin duda, él habría entrado en su habitación y ella en la suya, sin más comentarios. Pero, en lugar de eso, dijo:

-Presentarme disculpas empieza a convertirse en costumbre para usted.

Era un comentario provocativo. Ella lo comprendió antes de que terminase la frase. Sin embargo, no trató de rectificar ni de mitigar el sutil desafío que tales palabras encerraban.

La reacción de él, no obstante, fue la de echarse a reír diciendo:

-¿De verdad, cariño mío? Y yo que pensaba que era tan magnánimo al pedir perdón... dadas las circunstancias.

Kimberly ignoró su intento de atribuirle la culpa de su mal comportamiento y dijo:

-Le he dicho muchas veces que no me llame de ese modo.

El escocés le dedicó una sonrisa perversa. 0 quizá fuesen nuevamente imaginaciones de Kimberly.

-Con pedir las cosas no conseguirá de mí lo que quiera, a menos que diga lo que deseo oír.

Ella debería haber comprendido que al parecer era imposible hablar con ese hombre sin enfadarse.

-¿Y qué es lo que desea oír? -De su boca, quizá, «por favor».

Ella enarcó una ceja.

-¿Rebajarme porque no es usted capaz de darse cuenta de que no soy ni nunca seré su cariño? Ni pensarlo.

Otro desafío. Lachlan volvió a apoyar la mano en la puerta. Kimberly se sintió atrapada y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Quizá tuviera que cambiar de opinión respecto a lo de gigante.

-Nunca niegues lo que es posible. Y todo es posible si, además del destino, intervienen el capricho de la naturaleza y la determinación del individuo.

-¿Entonces sería posible para usted permitir que me vaya a descansar?

Él rió entre dientes.

-Posible, sí, pero en este caso la determinación del individuo está en conflicto con la acción.

-¿Qué quiere decir?

Él sonrió, quizá con excesiva sensualidad, lo cual habría debido ponerla sobre aviso, pero no fue así.

-Sólo que aún no te he dado un beso, cariño mío. Y lo estoy deseando.

-Ni lo intente...

Fue todo lo que pudo decir, porque en aquel momento él inclinó la cabeza y unió sus labios a los de ella. En un concurso de sorpresas, ésta se hubiera llevado el primer

premio. Kimberly nunca habría imaginado que algo así pudiera suceder, pero los labios de Lachlan MacGregor acariciaban los de ella con un roce ligero y vacilante, y de pronto desaparecía la vacilación y el beso se hacía más profundo y perentorio.

Kimberly estaba anonadada. Permanecía inmóvil, apenas respiraba. Y, por supuesto, no pensaba. Sencillamente, se limitaba a sentir el beso y las gratas sensaciones que lo acompañaban. Cuando la lengua de él indagó en su boca, el placer pudo más que el estupor. Eran muchas las sensaciones que recorrían su cuerpo como para que la sorpresa pudiese perturbarla.

Cuando, por fin, él se enderezó, Kimberly estaba aturdida. Si en aquel momento la hubiera dejado sola, ni se habría enterado. Pero no se marchó. La miraba intensamente, y cuando ella consiguió coordinar las ideas, se sintió invadida por una oleada de pensamientos y contradicciones. El más intenso de sus sentimientos era el ultraje, que se mezclaba con el deseo de que volviera a besarla, dos sensaciones irreconciliables.

Porque Kimberly nunca había experimentado algo ni remotamente parecido. Cuando tenía dieciséis años, Maurice le había dado un beso breve y torpe, el primero que recibía. Luego, antes de partir de viaje, la besó como se suponía que lo hacían los hombres. Pero en ninguno de los dos casos se había sentido afectada. No podía decir lo mismo del beso que acababa de darle el escocés. Y no tenía idea del motivo por el que él había resuelto hacerle esa demostración.

Decidida a averiguarlo, le preguntó directamente:

-¿Por qué ha hecho eso?

De pronto, él pareció tan confuso como ella.

-No lo sé -reconoció-. Es posible que haya bebido más de la cuenta y que deba irme a la cama antes de hacer más tonterías.

Se sintió defraudada por la respuesta, aunque no había razón para ello. ¿Qué esperaba oír, que la había besado porque no había podido evitarlo, que había tenido que hacerlo porque lo deseaba? Estuvo a punto de reírse de sí misma.

-Sí -dijo-, me parece una idea excelente. Y no se moleste en disculparse por la mañana, MacGregor. Quien recibe muchas disculpas acaba por no creérselas. -Dio media vuelta e intentó una vez más abrir la puerta. Él le puso la mano en el brazo para detenerla. Kimberly sintió nuevamente su respiración en la nuca y se estremeció.

-Yo nunca pido disculpas por besar a una mujer. Es algo de lo que nunca me arrepiento, y tú no vas a ser una excepción. Así que no esperes oírme decir que lo siento, porque no es verdad.

Con estas palabras, se alejó, dejándola más confusa de lo que ya estaba.

Tres días después, Kimberly no podía creer que fuera a asistir al baile de los Wiggins. Hubiera jurado que no había tiempo para prepararse, pero sí lo hubo. El grupo de los St. James estaba compuesto por los duques, lady Hester -Cynthia, mal que le pesara, aún no tenía edad para asistir a esa clase de acontecimientos sociales- y Lachlan MacGregor, quienes se trasladaron a Londres la mañana del baile. Se alojarían en casa del duque durante casi una semana, ya que habían aceptado otros compromisos, entre los que figuraba otro baile. Lucinda y Margaret se reunirían con ellos al día siguiente, y Cynthia viajaría con ellas.

Por increíble que pudiese parecer, en un día y medio la señora Canterby había sido capaz de crear un soberbio vestido de baile para Kimberly. Aquella misma semana le entregaría otro. Con ayuda de un par de oficialas, le había hecho también dos vestidos de mañana, y había prometido que le enviaría varios más a Londres.

Como los acompañaban algunos criados y la duquesa llevaba mucho equipaje, otros dos coches seguían a la carroza ducal. A pesar de ello, el duque optó por hacer el viaje en uno de sus magníficos purasangres, posiblemente para no pasar tantas horas en compañía del escocés.

También a Kimberly le habría gustado evitar su compañía, pero no fue tan afortunada. Durante los dos últimos días había conseguido rehuir a Lachlan, salvo a las horas de comer, lo cual era bastante satisfactorio. La mañana siguiente al beso, al entrar en la habitación del desayuno, él estornudó varias veces, y ella no pudo contener la risa. Al besarla se había contagiado de su resfriado, y le estaba bien empleado. Aunque él la miró con cara de pocos amigos, ya que, al parecer, tenía una opinión diferente, ella no pudo evitar que le pareciese muy divertido. También supuso que Lucinda le habría enviado uno de sus brebajes, porque los estornudos apenas si se repitieron.

Esa mañana, sentada a su lado en la carroza, pero no muy cerca ya que había suficiente lugar, Kimberly aún podía simular que no se daba por enterada de su presencia. Megan y Hester ocupaban el asiento de enfrente, y Kimberly imaginaba las miradas que Lachlan debía de lanzar a la duquesa cuando lady Hester estaba distraída, y no dudaba de que, de no haber sido por la buena señora, ellos dos estarían discutiendo otra vez abiertamente los sentimientos de él hacia la duquesa, sin reparar en su presencia. Estaba segura de que, él cuando menos, lo intentaría.

Pero, en las actuales circunstancias, Megan mantenía una expresión fría en el rostro que indicaba su enojo hacia el escocés y que sólo se borraba cuando tenía que dar una respuesta a lady Hester, que no paraba de hablar. Kimberly evitaba intervenir en la conversación, admirando el paisaje, o simulando que lo hacía.
No había nada programado para la tarde, y cuando llegaron a Londres Megan propuso que todos se retiraran por un rato a descansar, ya que seguramente el baile se prolongaría hasta la madrugada. Kimberly aceptó encantada. Tratar de olvidarse de Lachlan teniéndolo tan cerca había exigido un esfuerzo, y el viaje la había fatigado.

Pero enseguida llegó la hora de salir rumbo al baile. Kimberly no podía por menos que reconocer que estaba excitada. Nunca se había sentido tan bonita. Y ello no se debía únicamente al magnífico vestido que tan bien le sentaba. Era de satén gris plata con franjas de encaje azul que rodeaban la estrecha falda y bordeaban el bajo que se prolongaba en una cola bastante larga. También le envolvía los hombros y el

profundo escote que dictaba la moda. Le ceñía la garganta una cinta de satén y encaje a la que ella había prendido un bonito camafeo que había pertenecido a su madre.

Pero lo que hacía que se sintiese distinta, era el peinado, creado para ella por la doncella de Megan. ¡Y pensar que se había puesto nerviosa al ver entrar a la muchacha con sus tijeras y sus tenacillas! Pero había demostrado que sabía lo que hacía. Por eso se la había enviado Megan. Cuando terminó, en el suelo había un montón de guedejas rubias, pero ahora la cara de Kimberly estaba rodeada de unos bucles que le suavizaban las facciones. Después de empolvarse la cara y pintarse los labios, casi no se reconocía.

Tampoco Lachlan la reconoció. Él salía de su habitación en el momento en que ella pasaba por delante, e inició una cortés reverencia, suponiendo que los St. James tenían una nueva invitada. Ella no se paró ni correspondió el saludo, ni siquiera lo miró, sino que se alejó rápidamente por el pasillo, y él, al darse cuenta de quien era, quedó boquiabierto.

No era frecuente que una mujer lo sorprendiera. Sin embargo, lady Kimberly parecía tener esa habilidad. Lachlan sintió el deseo de sujetarla por un brazo y preguntarle cómo diablos se atrevía a tener semejante aspecto. Pero guardó silencio. Se sentía ridículo y no quería decir una tontería.

También lo había sorprendido la noche en que la vio sonreír por primera vez. Aquellos hoyuelos realzaban su belleza, y él se preguntaba cómo luciría esa sonrisa con el atractivo aspecto que presentaría en el baile. Imaginaba que durante la velada lo averiguaría, pero no tenía ganas de descubrir el efecto que tendría sobre él.

Sin embargo, lo más sorprendente de todo era la extraña sensación que aquella mujer le producía.

Desde la noche en que había aporreado su puerta hecha una furia y él había reaccionado de manera desproporcionada, había hecho todo lo posible para olvidarse de ella y concentrarse en su Megan, pero no lo conseguía. No hacia mas que rondarle el pensamiento, cuando no tenía nada que hacer allí. Y, desde luego, aquel beso contribuía a ello.

Aún no comprendía por qué el deseo de besarla había sido tan imperioso. Pero, desde luego, habría preferido que aquello no hubiera ocurrido, porque tampoco podía sacárselo de la cabeza.

Aquel beso había tenido algo que le parecía muy estimulante; la forma en que ella lo había recibido, el modo en que abría la boca seductoramente y su cuerpo fino y dúctil cedía a su abrazo... Además, por una vez, no había tenido que doblar el cuello para besar a una dama. Era una de las ventajas de besar a una mujer alta, pero ¿por qué tenía que haberlo descubierto con ella precisamente?

Esta noche estaba decidido a proseguir su asedio a Megan. Tendría la oportunidad de bailar con ella. Dadas las circunstancias no podría negarse. Y una vez que la tuviera en sus brazos, todo sería posible. Confiaba en poder desmentir aquella ridícula afirmación de que era feliz con el aburrido inglés con quien se había casado. Sencillamente trataba de aceptar de buen grado lo que era una terrible equivocación, y él estaba decidido a demostrárselo por el bien de ambos.

Sí, pero en sus aspiraciones no tenían cabida las cavilaciones sobre aquella bonita mariposa de mal genio que acababa de abandonar el capullo.

13

-Habría jurado que ahora mismo bailaba con otro.

-¿Quién?
-Lady Kimberly.

Megan asintió con aire distraído, como si no diese importancia a la observación. Bailaba con Lachlan, ya que él no habría dejado de importunarla hasta que consintiese. Pero que pusiese sus ojos en otra mujer, y en Kimberly Richards precisamente, después de haberle susurrado al oído tan encendidos requiebros... En fin, Megan estaba encantada.

Lo creía sincero, desde luego, mejor dicho, estaba convencida de que él se creía sincero, pero Megan ya había oído todos los cumplidos imaginables, y no estaba impresionada.
Lo que la impresionaba era la metamorfosis de Kimberly Richards, y al parecer lo mismo le ocurría a Lachlan, y por si acaso él aún no se había percatado, decidió abrirle los ojos.

-Es verdad, ahora mismo bailaba con otro -dijo-. Todos parecen disputársela. No es una conducta muy deportiva, pero los jóvenes son impacientes, ¿no cree?

-No sé qué decir -gruñó Lachlan.

Megan sonrió para sí. Evidentemente, el escocés estaba celoso, lo cual era mucho más de lo que ella esperaba por el momento.

-Ha causado sensación -prosiguió ella observándolo atentamente-. No es tonta ni trivial como esas jovencitas que no hacen más que reír. Y sabe escuchar. Los hombres aprecian esa virtud en una mujer. Además, no sé si se habrá dado cuenta, pero es muy atractiva.

-Tú sí que eres hermosa, Megan, y no veo que los hombres se disputen tus bailes.

-Desde luego que no -dijo ella con una sonrisa-. Hace tiempo que Devlin les quitó las ganas. Pero, hablando de nuestra Kimberly, me parece que antes de que regresemos a Sherring Cross tendrá varias proposiciones de matrimonio. Le preguntaré si tiene preferencia por alguien en particular. ¿Sería tan amable de llevarme hasta ella cuando termine este baile?

Él asintió secamente. Y Megan observó que sus requiebros habían cesado. En realidad, apenas volvió a mirarla, y ella se felicitó y le faltó poco para soltar una carcajada.

Eso de hacer de casamentera era mucho más fácil de lo que pensaba. 0 bien Lachlan y Kimberly estaban hechos el uno para el otro y poco importaba lo que hiciera para ayudarlos a descubrirlo.

En cuanto cesó la música, Lachlan la llevó directamente adonde estaba Kimberly. Casi podría decirse que la arrastró. Y apenas si llegaron a tiempo, porque ya se acercaba un joven decidido a sacarla a bailar. Afortunadamente, Megan lo conocía y le pidió que trajera refrescos. En cuanto a Lachlan ...

-Le ruego que nos perdone -dijo Megan con tono perentorio-. Voy a llevarme a Kimberly a la terraza.

-¿Y qué dirá tu marido, hermosa mía, si no os brindo mi protección en tan arriesgado trance? -preguntó él.

Megan estuvo a punto de reírse de semejante tontería, pero se alegraba de que él quisiera estar cerca. De todos modos, no quería que lo supiera, por lo que se encogió de hombros, y dijo:

-Haga lo que prefiera, pero manténgase a distancia.

Sin esperar respuesta, cogió a Kimberly del brazo y la condujo hacia la terraza, pero no se apartaron mucho de la puerta. Se habían puesto biombos a fin de que los invitados pudieran salir a refrescarse sin exponerse al viento, pero a pesar de tales protecciones era imposible olvidar en que estación se estaba.

En realidad, Megan no tenía el propósito de sonsacar a Kimberly su opinión sobre los jóvenes que le habían presentado, pero ya que Lachlan estaba espiándolas -porque eso hacía- era una oportunidad que no había que desaprovechar.

-¿Se divierte, Kimberly? -preguntó la duquesa con tono neutro.

-Sí, excelencia.

-Dejémonos de ceremonias -dijo Megan con suavidad-. Me gustaría que fuéramos amigas, y mis amigas me llaman Megan, y cosas peores.

Kimberly sonrió con timidez mientras lanzaba rápidas miradas hacia Lachlan, que se mantenía a dos o tres pasos de distancia, fingiendo indiferencia.

-Cuéntame -prosiguió Megan-, ¿has conocido a alguien que te parezca interesante?

-John Kent.

La respuesta sorprendió a Megan por su rapidez.

-Es un joven muy agradable, sí. Y prudente. De una familia... ¿Estás segura? No me interpretes mal, pero parece un poco ceremonioso.

Kimberly no pudo por menos que reír de la definición, que también se le había ocurrido a ella.

-Sí, pero después de pasar toda la vida al lado de un padre, ¿cómo te diría?, muy espontáneo...

-¿Genio fuerte?

-Exactamente. No me vendría mal un marido ceremonioso. Al contrario, incluso podría resultar estimulante.

-¡No lo creas! -exclamó Megan con fingido horror-. Mi Devlin tiene algún que otro ramalazo, nada comparable a lo de antes, pero de vez en cuando todavía sale a la superficie su viejo aire de remilgado, y yo me subo por las paredes. Si quieres descansar de los hombres irascibles, necesitas uno que sea tranquilo o, mejor, que tenga sentido del humor, que te haga reír.

Las dos miraron furtivamente a Lachlan, que silbaba suavemente para si como si no oyera ni una palabra. Kimberly siempre se ponía nerviosa cuando estaba cerca de él, y esa noche más que nunca, pues se lo veía muy atractivo con su traje negro. Ella había tratado de concentrarse en los hombres que le presentaban, pero le resultaba casi imposible estando Lachlan MacGregor en la misma habitación. Y también se sentía un tanto defraudada. No sabía por qué, tal vez porque esperaba que él la sacase a bailar al menos una vez. Pero el escocés bailaba con Megan o no bailaba.

-También está Howard Canston.

Megan frunció el entrecejo sin darse cuenta. Lo malo era que no tenía nada que objetar respecto a Canston. Era un joven atlético y aficionado a los deportes, que también desplegaba gran actividad en la Cámara de los Lores, donde ocupaba el escaño de su padre debido a la enfermedad de éste. La familia era adinerada y poseía excelentes propiedades en el mismo Londres. A su nombre no se había asociado escándalo alguno y Howard heredaría el título de marqués tan pronto como su padre falleciera, lo cual, según los rumores, no podía tardar en suceder; el vizconde de Canston era uno de los mejores partidos de la temporada, ideal para cualquier joven casadera, incluida Kimberly. Además, era bien parecido, para quien gustara del tipo de Adonis rubio.

Megan deseaba sinceramente poder decir algo desagradable de aquel individuo, sencillamente porque ya se había hecho a la idea de que Lachlan era el hombre indicado para Kimberly. Pero no encontraba nada y, en justicia, consideraba que lo menos que podía hacer era invitar a Canston a pasar unas semanas en Sherring Cross. También en justicia, tendría que invitar a lord Kent. En realidad, si tanto le importaba ser justa, debía dejar que Margaret invitase a alguna de las jóvenes que consideraba adecuadas para Lachlan.

Megan suspiró. Había momentos en que ser justa se hacia muy cuesta arriba. Y éste era uno de ellos. Se obligó a decir, aunque no sin cierta aspereza:

-Howard será un excelente marido. ¿Alguien más?

En ese momento no le pareció sorprendente que Kimberly mencionara otros tres nombres. Al fin y al cabo, esa muchacha había venido a buscar marido, y por lo visto no pensaba perder el tiempo en meras diversiones.

A Megan le habría gustado saber por qué, teniendo a mano un ejemplar de hombre tan soberbio como Lachlan, Kimberly no mostraba el menor interés por él. Y, si estaba interesada, lo disimulaba a la perfección.

Pero por mucho que deseara preguntárselo, en ese momento no podía hacerlo, ya que Lachlan estaba allí, escuchando su conversación casi descaradamente.

Sin embargo, habría sido posible proseguir la conversación, ya que las puertas de la terraza se abrieron de pronto y apareció Devlin, cuya figura prácticamente llenaba el vano. No tuvo que buscar mucho para encontrarlas, y estaba claro que traía un propósito. Cubriéndose los labios con la mano, dijo en un susurro perfectamente audible para los tres:

-Megan, cariño, necesito que me rescates de Henrietta Marks, que está decidida a endosarme las opiniones políticas de su marido, con las que todo el mundo sabe que no comulgo. Date prisa, porque viene pisándome los talones.

Parecía agitado e impaciente a la vez, y la impaciencia pudo más que nada. Sin dar a Megan ocasión de excusarse con sus acompañantes, se adelantó, dedicó una generosa sonrisa a Kimberly, ignoró a Lachlan y se llevó a su esposa al salón.

Lo primero que observó Megan fue que no había ninguna temible dama en el horizonte, y así lo manifestó.

-No veo a Henrietta por ninguna parte.

-Ni es fácil que la veas -dijo él con una sonrisa. Le dio una palmada en la mano y la enlazó por el talle, para terminar el baile que estaban tocando-. Los Marks no suelen frecuentar esta clase de fiestas.

Ella quedó atónita por un instante, y luego sonrió.

-Aunque me pese, debo reconocer que has estado muy oportuno. Me has dado la excusa para dejarlos solos en la terraza.
-Exactamente -dijo él con autocomplacencia.

Ella alzó las cejas.

-¿Nos has visto salir?

-Amor mío, yo siempre sé dónde estás y lo que haces.

-No sé si alegrarme o pensar que desconfías de mí -dijo ella con un mohín.

-Puesto que mi confianza es implícita, creo que deberás optar por sentirte complacida.

Ella volvió a sonreír.

-Supongo que sí.

14

Kimberly todavía miraba la puerta por la que acababan de desaparecer los duques, asombrada de la rapidez con que la habían dejado sola con Lachlan, cuando oyó que

este tosía, evidentemente para llamar su atención. Decidió no darse por enterada y se volvió a contemplar la plaza que se extendía delante de la casa de los Wiggins. Las luces que parpadeaban en la bruma revelaban unos bancos solitarios y, en el centro, la estatua de un héroe olvidado.

-No te servirá de nada fingir que no me ves, cariño mío. Abulto demasiado como para pasar inadvertido.

-No sé qué decirle -respondió Kimberly, todavía sin mirarlo-. Tengo mucha habilidad para no ver lo que no me interesa.

-¡Uf¡ -exclamó Lachlan. Su voz sonó ahora muy cerca y Kimberly advirtió que lo tenía justo detrás de ella-. Me has herido en mi sensibilidad.

-Dudo que eso sea posible, pero si así fuera estoy segura de que lo resistirá.

-En el remoto supuesto de que no mintieras, yo expiraría aquí mismo. -Hizo una pausa y agregó con fingida sorpresa-: Vaya, ¿qué te parece? Aún vivo. ¡Qué raro!

Kimberly estuvo a punto de echarse a reír. Le costó trabajo contener la risa. Lo que necesitaba era oír tonterías como aquélla, pero no de boca de un hombre que estuviera interesado por otra persona, y los dos sabían quién era esa persona.

-Tendrá que excusarme, Mac...
-¿Te ha dicho ese inglés envarado lo maravillosa que estás esta noche, Kimber?

Una cálida alegría la inundó. Iba a apartarse de él, pero aquellas palabras la dejaron clavada en el suelo. Sí, esa noche varios hombres le habían dicho que estaba hermosa, pero no era lo mismo oírlo de labios de Lachlan.

Él le puso la mano en el brazo, como si quisiera retenerla, cuando los pies de ella ya habían dejado de moverse. Kimberly prefirió pensar que, sencillamente, deseaba tocarla, aunque de manera inocente.

-¿Te he ofendido? -preguntó él con suavidad.

No estaba ofendida; estaba muda. En realidad, había oído tan pocos cumplidos en su vida que no sabía responder a ellos con naturalidad. Sacudió la cabeza, con la mirada baja, y el gesto pareció animarlo a proseguir con el mismo tono de intimidad:

-Me encanta esa faceta tímida tuya. Es inesperada, pero muy grata.

-Yo no soy...

-Bueno, ahora no te pongas a la defensiva. No me desagrada un poco de timidez.

Ella no quería discutir, pero tampoco que se hiciera una idea falsa.

-En realidad, yo no soy...

-Hace que un hombre desee besarte, y confieso que estoy deseando hacerlo otra vez.

A ella se le cortó la respiración. Levantó la mirada hacia él y en el instante en que sus miradas se encontraron, los labios de Lachlan ya estaban sobre los suyos. Fue un beso

mucho más intenso que el primero. Él la estrechó entre sus brazos y su lengua enseguida se puso a indagar profundamente. Era la clase de beso que ella debería haber ignorado que existía hasta después de estar casada. La clase de beso que despierta la pasión, y la suya se encendió rápidamente.

Pero Kimberly no iba a averiguar adónde habría podido conducirle ese beso, ya que varios invitados de los Wiggins eligieron aquel momento para salir a la terraza a tomar el fresco. Cuando las puertas se abrieron Lachlan puso entre ambos una distancia decente. La repentina falta de apoyo hizo que Kimberly vacilara, y él se vio obligado a tomarla del brazo. La forma más sencilla para disimular ese gesto de intimidad era llevarla directamente al salón de baile.

Cuando Kimberly pudo poner cierto orden en sus pensamientos, ya era tarde para recriminaciones. No es que deseara hacérselas, después de lo que había disfrutado con aquel beso, pero no decir nada suponía que él se creyese con derecho a besarla cuando se le antojara, y ella no estaba dispuesta a eso. Ya se le ocurriría algo que decirle, después, cuando se le pasara el sofoco y él dejase de mirarla.

Y con qué intensidad la miraba.

Lachlan no reparaba hacia dónde la conducía, porque sus ojos no se apartaban de ella. Y había en aquellos ojos verdes un ardor que la excitaba. Uno de los jóvenes que la había asediado anteriormente trató de volver a robarle el baile, y descubrió que Lachlan estaba decidido a desafiar la tradición.

-Piérdete, inglés -le gruñó-. Este baile es mío.

Kimberly se sintió azorada y subyugada a la vez, y no hizo ningún comentario. Sencillamente, se limitaba a gozar del contacto de su mano en la espalda y de la presión de la otra mano en los dedos, y cuando, *accidentalmente*, él se acercó y sus cuerpos se rozaron, sintió que se le aceleraba el pulso. No sospechaba que aquel contacto tal vez no fuera fortuito, que quizá se tratase de una táctica, que él se hubiera propuesto seducirla y estuviera consiguiéndolo. Lachlan procedía con cautela, sin utilizar ni la mitad de sus ardides, ya que temía que un ataque muy evidente fuera contraproducente. Y no podía decir cuándo ni por qué había decidido conquistarla pasara lo que pasara. Ni siquiera había sido una decisión deliberada. No había tenido opción. Ocurría, sencillamente, que su deseo era tan imperioso que tenía que poseerla cuanto antes.

15

Aquella noche Kimberly regresó a casa de los St. James envuelta en una nube de romanticismo, y, como Lachlan iba en el mismo coche era imposible que la nube se disipara.

Su opinión acerca de él había cambiado sustancialmente. Ya se preguntaba cómo podría evitar el escándalo cuando se convirtiese en su esposa y su padre renegara de ella; porque, en efecto, ya había tomado la decisión de casarse con Lachlan.

Lachlan MacGregor le gustaba tanto que ya no tenía por que seguir buscando marido. La única razón por la que no lo había tomado en consideración era su aparente interés por Megan St. James; pero lo ocurrido esa noche dejaba bien a las claras que aquello había acabado y que ahora era ella quien le interesaba. Y estaba segura de que le sería muy fácil enamorarse. Además, un carácter despreocupado y divertido como el de ese hombre era justamente lo que ella necesitaba.

Sonreía, soñando con lo que podría ser el futuro al lado de él, cuando llegó a su habitación y, con lentitud, se dispuso a acostarse. Había reparado vagamente en que también allí habían puesto a Lachlan en la habitación contigua, porque en el pasillo había pasado por su lado. Le pareció curiosa coincidencia ya que la mansión londinense de los St. James también era muy grande, pero no le dio importancia. También en eso había cambiado de parecer, y ahora le gustaba saberlo cerca.

Kimberly había dicho a Mary que no la esperase, y consiguió quitarse el vestido sin grandes dificultades pero con no pocos traspiés.

Le habría gustado seguir soñando despierta con Lachlan, pero en el baile había bebido mucho champán, y se durmió nada más meterse en la cama. Por ello, cuando poco después despertó se sintió tan desorientada que aún creía estar en la terraza de la mansión de los Wiggins, recibiendo los besos de Lachlan.

Todas las maravillosas sensaciones que había experimentado entonces volvían a acometerla, y con mayor intensidad aún. La besaban apasionadamente. Y si en la terraza el aire era fresco, en la habitación hacía un calor abrasador.

Tardó un tiempo en advertir que Lachlan estaba haciéndole algo más que besarla. Sus manos no la estrechaban sino que se deslizaban por todo su cuerpo, encontrando piel donde debería haber habido seda. Esa percepción la desconcertó, pero no llegó a concretarse en pensamiento, ya que aquellas manos despertaban gratas sensaciones, y los sonidos con que manifestaba su placer las estimulaban a continuar.

Pero de pronto experimentó una sensación nueva, una vaga frustración que no conseguía precisar. Le parecía que todas aquellas cosas maravillosas que él le hacía sentir no iban a bastarle, que faltaba algo aún mejor. Y empezó a nacer en ella una sensación de urgencia, como si su cuerpo le dijera: «Este arco iris tiene un destino y, si te apresuras, podrás llegar a él».

El calor aumentaba. El vestido se le pegaba al cuerpo y, no obstante, ya no parecía seda. Era como si le hubiera crecido otra piel, una piel pesada que la aplastaba, una piel dura y firme, cuando la suya era tan suave y flexible. Pero el beso seguía aturdiéndola, no le daba tiempo para analizar qué le ocurría, y aún menos para hacerse preguntas. Además, sin duda debía de estar imaginando todo aquello; no estaba acostumbrada a beber tanto champán, y ahora pagaba las consecuencias.

Entonces sintió el dolor, que fue como un brusco despertar. Y entonces descubrió dos cosas: la primera, que no estaba en la terraza de los Wiggins, sino en su cama, donde debía estar. Y la segunda, que Lachlan MacGregor estaba encima de ella, y no era allí donde él debía estar.

Las implicaciones de la situación, aún sin calibrarlas del todo en su inocencia, le produjeron vértigo. Sólo acertó a preguntar:

-¿Qué hace usted aquí?

Él se incorporo, pero al leve resplandor de las mortecinas brasas de la chimenea, apenas se le veía.

-Oh, cariño, ¿es que no está lo bastante claro? Estoy haciéndote el amor.

-¡Jamás! -exclamó ella, indignada-. ¿Sin mi permiso? Ni lo sueñe.

-Pues es la verdad -respondió Lachlan-. Y siento haberte hecho daño, pero...

-¿Daño? -lo interrumpió ella, y entonces, al recordar, ahogó un grito-. ¿Por qué me ha hecho daño?

-Ha sido sin intención, es decir, sin intención, no; ha sido inevitable, y te juro que no volverá a ocurrir.

-Desde luego que no, porque ahora mismo se marcha de aquí. -Y remachó-: En este instante.

-¿Por qué he de marcharme, si ninguno de los dos lo desea?

-No pretenda saber lo que yo deseo...

-Claro que lo sé. Durante toda la noche has estado diciéndome que me deseabas, cariño, y en este momento yo también te deseo con toda mi alma.

Ella se estremeció al oír esto, pero estaba confusa. No recordaba haberle dicho tal cosa y, en realidad, lo deseara o no, no se imaginaba tan audaz como para decírselo. En fin, era verdad que lo deseaba, pero eso era lo de menos... ¿o no? Si de todos modos pensaba casarse con él, ¿importaba mucho si hacían el amor antes o después de la ceremonia? Y había sido tan bonito, al menos hasta que sintió aquel dolor.

Al recordarlo, preguntó con un hilo de voz:

-¿Por qué me has hecho daño?

Él dejó escapar un gemido y empezó a besarla.

-Ah, vida mía, yo no quería hacerte daño. ¿Tu madre no te ha explicado... en fin... que una virgen tiene que sangrar para que pueda unirse de verdad al hombre?

Kimberly algo recordaba, pero era tan joven cuando se había mantenido aquella conversación que la había olvidado casi por completo. Imaginaba que Lachlan se habría sonrojado al tener que explicárselo. También ella se sentía sofocada.

-¿Quieres decir que ahora estamos... unidos de verdad? -No se le ocurrió que él pudiera entender el significado de esas palabras de modo distinto de como las entendía ella.
La respuesta de él fue simple y escueta.

-¿Es que no lo notas? -preguntó con voz ronca.

En aquel momento, era difícil sentir algo que no fuera el peso del cuerpo de Lachlan, que estaba inmóvil. Pero entonces dejó de estarlo, y ella abrió desorbitadamente los

ojos al sentir que algo se movía dentro de su cuerpo. Ya no le dolía, y sentía una especie de hormigueo, como si por un instante la sangre se hubiera detenido, y ahora volviese a correr por sus venas para llegar a donde debía estar.

-¿Eso lo has hecho tú?

Él rió y respondió:

-Sí, lo he hecho yo, vida mía, y no es más que el principio. Lo que viene ahora te gustará todavía más. Te lo prometo.

Entonces procedió a demostrarle qué había querido decir. ¿Gustarle? La palabra no alcanzaba a describir las exquisitas sensaciones que le producían sus movimientos. Y volvió a besarla apasionadamente, por lo que, aunque ella hubiera querido recordarle que no deberían hacer eso antes de estar casados, no habría podido hablar.

Pero tampoco lo deseaba. El placer la inundaba, no podía pensar y dejaba que fuesen sus sentimientos los que gobernaran sus respuestas. Porque respondía, inocentemente al principio pero con una pasión innata que pronto se apoderó de ella y le hizo seguir el ritmo que él imponía. Deprisa o despacio, ella lo seguía. Eran tantas las sensaciones que la consumían... Y, luego, el clímax. Un grito de sorpresa escapó de su boca. No esperaba aquello, aquel pináculo al que él la había llevado, aquel estallido de gloria, y su secuela increíble, aquel suave descenso, flotando en una burbuja de placer palpitante, y el letargo, y la sensación de plenitud.

¿Cómo darle las gracias por todo aquello? ¿Era costumbre dar las gracias al caballero por dar a conocer ese deleite pecaminoso? Por la mañana lo averiguaría, seguro. Se limitó a suspirar de gusto, abrazó al caballero y se quedó dormida.

16

Mary, como todas las mañanas, entró en la habitación de Kimberly para empezar sus tareas. Los leves sonidos que hacía la muchacha al encender el fuego hicieron que Kimberly despertase poco a poco. Eran sonidos familiares. Nada extraordinario. Nada que le recordara que su vida había cambiado de forma irrevocable.

Cuando estuvo lo bastante despierta como para incorporarse apoyándose en un codo y abrir los ojos, lo hizo con excesiva rapidez. Un dolor le laceró las sienes. Rápidamente, se cubrió los ojos con la mano para protegerlos de lo que parecía el sol más brillante y deslumbrante que había visto en su vida. El baile. Había ido al baile de los Wiggins y había bebido demasiado champán. ¿De modo que ésas eran las consecuencias del pecado de beber más de la cuenta? ¿Latigazos en la cabeza, horror a la luz y una sensación de angustia?

¿Angustia? ¿Qué podía haber hecho que provocara en ella esa sensación? Besar en la terraza, bailar varias veces con el mismo hombre, recibir aquellas miradas cargadas de sensualidad que Lachlan le lanzaba. Lachlan...

Un recuerdo traía otro recuerdo, pero acudían rápidamente, y en el mismo orden en que se grabaron en su mente. Cuando llegaron los últimos, los de hechos vividos en

esa misma habitación, dejó caer la mano sobre la cama y gimió interiormente. Imposible. No podía haber hecho eso, no podía haber dejado que sucediera. Los demás recuerdos podían corresponder a cosas reales, pero no los últimos, aquello tenía que ser un sueño. Pero ¿cuándo había soñado ella algo tan vívido... o tan hermoso?

Entonces vio el camisón en el suelo, al pie de la cama y, con cierta zozobra, se miró y vio que aquél no se trataba de un camisón que hubiera descartado en favor de otro. Debajo de las mantas que le ceñían los pechos, estaba desnuda. Debía haber notado el frío en los hombros, pero seguramente la jaqueca le impedía darse cuenta de cosas tan insignificantes.

La sangre se le agolpó en las mejillas y luego huyó de ellas, dejando su cara tan blanca como las sábanas. ¿Era coincidencia que la primera noche en su vida que dormía desnuda soñase que le hacían el amor? Mucho se temía que aquello no fuese una coincidencia, y mucho se temía también estar perdida... De pronto, supo el porqué de aquella vaga sensación de angustia.

Menos mal que Lachlan no seguía en la cama con ella. No podía ni imaginar la vergüenza que habría sentido, porque por la mañana Mary solía entrar sin llamar para encender el fuego a fin de que la habitación ya estuviese caldeada cuando Kimberly despertara. Pero ¿habría tenido alguna importancia?

Sin duda la habría tenido, y mucha, porque a Mary le gustaba chismorrear y, como llevaba poco tiempo al servicio de Kimberly, no guardaba lealtad hacia ella y no se callaría. Pero de poco servía tener vergüenza, pues de todos modos estaba perdida. Las jóvenes de buena cuna no hacían esas cosas y...

Volvió a gemir y se tapó la cabeza con la sábana, deseando que Mary la dejara sola para sufrir en paz. No
comprendía cómo podía haberse desviado tanto del buen camino, ella que no había hecho nada malo en toda su vida. Lo único cuestionable era haber desafiado a su padre y no quitarse el luto, y había sido muy sensata, pues lo contrario habría servido para pagar las deudas de juego de su prometido. Si Maurice no hubiese sido tan juerguista y poco razonable, en esos momentos ella no se encontraría en esa situación y... y...

Se estaba dejando vencer por el pánico, y todo porque olvidaba un pequeño detalle. Suspiró al recordarlo: la noche anterior había decidido que Lachlan MacGregor le gustaba como marido. El que cuando había tomado la decisión no tuviese la mente muy despejada era algo que... en fin, ya no importaba.

Había decidido casarse con él, y no podía cambiar de idea ni aunque lo deseara. Habían hecho el amor. Y eso sólo se hacía con el marido... o, en su caso, con el que pronto sería su marido. Y al respecto no podía encontrarle defecto alguno. Le gustaría mucho hacer aquello con él regularmente... tan pronto como estuvieran oficialmente casados. Habría sido preferible que él hubiera esperado a que estuviesen casados para demostrarle lo estupendo que iba a ser ese aspecto de la vida conyugal, pero no lo había hecho, y ella pensaba echarle después un buen sermón, por descontado.

Quería saber *por qué* había entrado en su habitación para despertarla con sus besos y luego había procedido a sellar el destino de ambos. Había dicho que ella se lo había pedido, lo cual era absurdo. Por supuesto que ella no había hecho tal cosa.

Sí, había bebido mucho champán, más de lo aconsejable, evidentemente, lo que hacía que le costase recordar incluso por qué había decidido casarse con Lachlan. Pero nunca habría sido tan atrevida como para decirle que lo deseaba, ni aunque fuese verdad, sobre todo porque, dada su inocencia, ni siquiera habría sabido que era así. ¿0 no?

Recordó aquella sensación de echar de menos algo cuando él la acariciaba, y aunque no sabía de qué se trataba, jamás habría imaginado el increíble placer que proporcionaba. Ahora sabía lo que significaba desear, pero en el baile todavía lo ignoraba, a pesar de lo que él pudiera decir.

Oyó cerrarse suavemente la puerta y suspiró, satisfecha de que Mary hubiera comprendido que aún no quería levantarse. Le habría gustado que el problema se resolviese, al menos temporalmente, con sólo volver a dormirse, pero estaba convencida de que nunca más volvería a dormir.

De todos modos, por el momento no deseaba encararse con la doncella. Estaba segura de que a la muchacha le bastaría con verla para saber qué había hecho aquella noche. Y no eran figuraciones. Su expresión de culpabilidad sería lo bastante elocuente. Pero tampoco podía quedarse todo el día en su habitación, por mucho que lo desease.

Tendría que decir a la duquesa que no era necesario que organizara más actos sociales para ella. Megan se alegraría, seguramente. También Kimberly se habría alegrado de que el asunto estuviera resuelto, a pesar del modo en que había ocurrido. Y también tendría que hablar con Lachlan, para asegurarse de que él sabía que se casarían. Era posible, pensó, aunque no probable, que aún no se hubiera percatado de ello.

Dos horas tardó en hacer acopio de valor y convencerse de que su cambio de estado no era visible. Lo único visible, de hecho la prueba fehaciente, eran las manchas de las sábanas, y las había quitado ella misma. Confiaba en que el ama de llaves no notase nada.

Se puso uno de los vestidos nuevos, el verde pálido, que parecía acentuar el color de sus ojos, lo mejor de su cara. Y, sin ayuda de Mary, puesto que la muchacha no parecía dispuesta a presentarse sin ser llamada, el peinado le quedó un poco suelto, aunque descubrió que así le favorecía más, especialmente con el nuevo corte de pelo. Comprobó con satisfacción que estaba casi tan bonita como la noche anterior. Era una suerte que esa mañana, a pesar de todo, sintiese satisfacción por algo.

Llamó a la puerta de Lachlan, pero él no contestó. Después de permanecer allí de pie por espacio de un minuto, se armó de valor para llamar de nuevo; su ausencia era como un jarro de agua fría. No iba a ser fácil mirarlo a la cara después de lo de la noche anterior. Ella nunca había intimado tanto con otra persona, y temía que la idea de que él la conociese hasta el punto que lo había hecho, la cohibiese impidiéndole abordar el asunto del matrimonio.

Pero era preciso. Y, si no estaba todavía en la cama, lo cual era posible, ya que aún no era mediodía y habían regresado del baile muy tarde, tendría que ir en su busca.

Kimberly comprendía que era conveniente hablar con él antes que con la duquesa. Al fin y al cabo iba a decir a Megan que se casaban, y él debía saberlo antes que nadie, ya que quizá no le hiciera ninguna gracia enterarse por otra persona. Pero Kimberly imaginaba que después de lo ocurrido él ya debía de suponerlo. De todos modos, por

simple cortesía tenía que informarle de que ella estaba dispuesta, no fuera a creer otra cosa.

Preguntando a cada criado que encontraba -por supuesto que habían reparado en él, y probablemente habían quedado boquiabiertos- se dirigió, en primer lugar, a la habitación del desayuno, ya vacío, luego a la terraza, fría y desierta y, finalmente, a la biblioteca, en cuyo umbral se detuvo, porque allí lo encontró.

Pero no estaba solo.

También estaba la duquesa, encaramada a una escalera, al parecer buscando un libro en un estante alto. Lachlan sostenía la escalera, a pesar de que parecía ser bastante robusta y no necesitar apoyos; pero ello era un buen pretexto para acercarse a la dama.

Kimberly iba a hacer notar su presencia cuando oyó que Lachlan, con tono de frustración, preguntaba a Megan:

-Lo que dices es que no crees que yo pueda amarte,¿verdad?

Megan ni se molestó en mirarlo al responder:

-Creo que estás encaprichado con mi cara, que siempre ha sido un problema para mí. Piénsalo, Lachlan. Lo que sientes, o lo que crees sentir, no puede ser real, puesto que no sabes nada de mí.

-Sé que desde hace un año sólo pienso en ti. Esto es más que un capricho pasajero.

-¿Quizá porque soy el ave que consiguió escapar? -apunto Megan.

-No soy tan egoísta como para creer que he de conseguir todo lo que deseo. -El tono de Lachlan iba más allá de la mera frustración y denotaba ultraje.

Megan dejó escapar un sonoro suspiro, extrajo un libro del estante, bajó de la escalera y se encaró con Lachlan.

-Es inútil que insistas. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que amo a mi marido? Nadie podría hacerme tan feliz. Por lo tanto, te agradeceré que, sea lo que sea lo que sientes o crees sentir por mí, te lo calles de ahora en adelante. Has venido en busca de esposa, y una que sea rica según tengo entendido, que te saque de la apurada situación en que te dejó tu madrastra al marcharse con tu herencia. Bien, pues ya es hora de que empieces a pensar en ello y busques a una mujer que no esté ya enamorada de otro y felizmente casada.

Kimberly había oído bastante, demasiado incluso. Estaba segura de que si en ese momento reparaban en su presencia, caería muerta. Se retiró apresuradamente hacia un lado de la puerta y corrió en dirección a la escalera que estaba al extremo del corredor. El que hubiese echado a correr, algo que no estaba considerado de buena educación, era un indicio de lo trastornada que se sentía.

Cuando llegó al descanso del primer piso, se paró y tuvo que apoyarse en la pared, pues fue consciente de la magnitud de su desgracia. Con un audible quejido, se golpeó la cabeza contra la pared una y otra vez.

Lachlan MacGregor no se casaría con ella, pues todavía estaba enamorado de Megan St. James. ¿Por qué imaginó Kimberly que aquello había terminado? ¿Sólo porque él la había besado, y más de una vez? ¿Sólo porque se había metido en su cama? ¿Tanta era su ingenuidad? Uno de los oficios más antiguos del mundo era prueba de que un hombre no tenía que estar enamorado de una mujer para acostarse con ella.

Por lo visto, Lachlan se había limitado a jugar con ella, quizá por aburrimiento, o por frustración al no conseguir a la mujer que deseaba realmente. Y, por lo que acababa de oír, no parecía probable que llegara a conseguirla. ¿Y cómo quedaba Kimberly? Deshonrada y sin marido... Bien, deshonrada no, ya que, al menos por el momento, sólo ella y Lachlan estaban al corriente de lo ocurrido. Pero podían suceder dos cosas que harían que la situación cambiase rápidamente.

Tal vez Kimberly no supiera mucho del acto del amor, qué se hacía y qué podía esperarse de él. Pero era bien sabido que a consecuencia de ello nacían los niños. No siempre, pero sí a veces. Ella tenía que hacer frente a esaeventualidad y confiar en que su única infracción no tuviera consecuencias.
Si se libraba, por lo menos tendría tiempo de afrontar la segunda eventualidad, que podía suponer su ruina. Si recibía una proposición de matrimonio, antes de aceptar debería confesar lo ocurrido. Tendría que decir al caballero que ella... que ella ya no... en fin, que no era todo lo pura que debería.

Kimberly no era una cobarde como para callar y confiar en que él no se diera cuenta. Años atrás en su ciudad se había producido un escándalo porque, en la noche de bodas, el novio, de alguna misteriosa manera, había descubierto que la desposada no era virgen, y lo había pregonado por toda la ciudad y pedido la anulación del matrimonio. Eso demostraba que los hombres tenían maneras de saberlo.

Pero, si confesaba, el caballero podía, o bien mostrarse magnánimo y aceptarla, o bien montar en cólera y
proclamarlo a los cuatro vientos.

Imaginaba la reacción de su padre. Lo más probable era que renegase de ella o que la obligara a comprar un marido, literalmente, y en tal caso no tendría mucho donde elegir.

Y en aquel momento la voz que tan bien había llegado a conocer, le preguntó:

-¿Te escondes, Kimber? ¿0 sueñas despierta?

17

Kimberly abrió los ojos lentamente. Como aún tenía la cabeza apoyada en la pared, lo primero que vio fue la cara de Lachlan, quien la miraba con ternura. Fue esta expresión, más que cualquier otra cosa, lo que le hizo sentir el deseo de darle una bofetada.

Claro que ella no haría eso. No era propio de una dama dar bofetadas ni...

Se separó de la pared mientras su brazo describía un amplio arco en dirección a la cara de él, y la palma de la mano dio un golpe seco y sonoro en su mejilla. Con

satisfacción, vio la marca que dejaba y el cálido hormigueo que le recorría la mano.

Pero estaba sorprendida de sí misma. Aunque más sorprendido estaba Lachlan. Y antes de que él pudiera reaccionar, a punto estuvo Kimberly de darle otra bofetada, ésta por mostrarse él sorprendido cuando de su conducta no podía esperar otra cosa.

Sin embargo, en esta ocasión Kimberly consiguió dominarse, y con todo el desprecio de que era capaz, dijo:

-Eres un ser despreciable, MacGregor. No te acerques a mí o no respondo...

No terminó la frase. Estaba a punto de echarse a llorar, y su amor propio no le permitía consentir que él fuera testigo del estado de agitación a que la había reducido. De modo que se alejó corriendo por el pasillo. Volvía a correr, y ni se daba cuenta.

Entró en su habitación y se apoyó en la puerta, apretando los puños contra la madera. No quería llorar. No toleraba la autocompasión. Era mucha la emoción que la embargaba, pero también sentía furia, y se concentró en ella para contener las lágrimas.

Entonces la puerta se abrió empujándola hacia adelante. ¡Qué desfachatez la de ese hombre!

-¡MacGregor, ésta es mi habitación! ¿Cómo te atreves a entrar otra vez sin mi permiso?

La expresión del escocés era amenazadora. Al parecer, ya se había recuperado de la sorpresa inicial y se consideraba injustamente atacado. En realidad, estaba a punto de explotar de indignación.

-¿Otra vez? -dijo con una voz que era un rugido mal contenido, al tiempo que daba un portazo-. ¿Insinúas que la vez anterior no estaba invitado?

-¡Por supuesto que no!

Evidentemente, él no esperaba esta respuesta, ya que frunció el entrecejo y susurró:

-Pues tienes muy mala memoria, cariño mío, si no te acuerdas de tu conducta de anoche.

-¿Qué tiene que ver mi conducta con...?

-Tiene mucho que ver -la interrumpió él-. No rechazaste mis besos, Kimber, sino que me los devolviste con creces. Me devorabas con los ojos. ¿Tan inexperto me crees como para no reconocer una invitación?

Ella lo miró estupefacta.

-¿Estás diciéndome que anoche entraste aquí y te metiste en mi cama porque pensabas que yo te había invitado? Debiste de suponerlo, pues yo no pude decirte tal cosa.

-¿Ahora lo niegas?

-Sólo digo que si te miré de un modo que pudo parecerte indecoroso, lo hice sin

darme cuenta. Y que, si acepté tus besos, se debió a que fui lo bastante estúpida para creer que estabas interesado en mí. Además, había bebido mucho champán, Lachlan. ¿No te diste cuenta?

-No, sólo parecías más amable -respondió él con expresión pensativa-. Y al verte tan amable es posible que creyese que tenías más experiencia en estas cosas.

-¡Experiencia! Yo nunca...

-Sí, ahora lo sé -la atajó él ásperamente con impaciencia-. Yo también bebí demasiado champán; supongo que por eso no vi las cosas con suficiente claridad. Tú eras una mujer hermosa que daba señales de desear mis atenciones, y yo no soy hombre que desaire a una mujer hermosa.

Kimberly no se sintió halagada por el cumplido. Estaba furiosa y, en aquel momento, asqueada.

-Pues eres tan fiel como un gallo de corral -dijo despectivamente-. Mientras dices amar a una mujer, no tienes escrúpulos en jugar con otra.

Al oír esto, él tuvo la audacia de sonreír y encogerse de hombros.

-Mira, niña, tienes mucho que aprender. El hombre es fiel cuando tiene las necesidades cubiertas. Si no, toma lo que encuentra, y gracias.

Con estas palabras tan crudas, consiguió hacer que se ruborizara; pero Kimberly no estaba en situación de hacerle reproches, ya que era ella quien había mencionado el tema. Pero sí pudo decirle:

-El verdadero amor debería ser una excepción.
Él sacudió la cabeza y hasta suspiró, para dar a entender que acuella observación lo defraudaba.

-Eso son monsergas románticas, Kimber. El cuerpo es algo asombroso. Algún día descubrirás que se rige por leyes propias para ciertas cosas, y hacer el amor es una de ellas. ¿No lo descubriste anoche por ti misma? ¿O necesitas otra demostración?

Ella lo atajó con un ademán, por si tenía intención de acercársele, pues lo había comprendido claramente. Pero se resistía a reconocer que hubiera algo de verdad en lo que Lachlan decía, aun cuando recordaba la reacción de su propio cuerpo y el modo en que su voluntad había sucumbido a ella.

Pero de nada servía hablar de eso. Lo que importaba era que ella no había buscado su propia ruina sino que se la había infligido él al interpretar erróneamente su comportamiento.

Pero ella consideraba que ya había dicho bastante al respecto.

-Ya me hiciste una demostración, y te descuartizaría por ello. He venido a buscar marido, como bien debes de saber, pero ¿cómo voy a encontrarlo después de lo que me has hecho?

-¿Pretendes decirme que lo que quieres es que me case contigo ?

Kimberly debería haber respondido que sí. Que pagara su mala acción. Pero su orgullo se lo impedía, y decidió hablar con claridad.

-¿Estando enamorado de otra? -preguntó con voz tensa-. No, gracias.

-Oh, bueno, hace poco me han dado a entender que es posible que no sepa lo que quiero -dijo él con despecho-. De modo que, si me aceptas, me casaré contigo.

-No será necesaria tanta abnegación, porque no te acepto. No quiero por marido a un hombre que siempre estará suspirando por otra. Ya le ocurrió a mi madre, y sé lo intolerable que puede ser.

-¿Estás segura?

-Desde luego. Y te agradeceré que salgas de mi habitación, Lachlan, y no vuelvas a poner los pies en ella. Y para que en lo sucesivo no interpretes erróneamente mis miradas, te aseguro que nunca serás bien recibido. Lo cual no significa que lo hayas sido alguna vez.

-¿Y si insisto? -preguntó él, obstinado.

-¿En entrar en mi habitación?

-En casarme contigo.

-¿Y por qué habías de casarte conmigo si no lo deseas? -preguntó Kimberly.

Él la miró fijamente sin pestañear y, al cabo de un momento, gruñó y se mesó los cabellos furiosamente.

-En este momento, no sé qué deseo. -Entonces, sus ojos verde claro centellearon con un significado que ella no acertaba a descifrar hasta que agregó-: Pero cuando me arrojan el guante acostumbro a recogerlo.

-No... -comenzó ella, pero él la interrumpió.

-Hasta luego, cariño.

Estaba tan confusa por las implicaciones de las palabras de Lachlan, que éste ya había cerrado la puerta cuando consiguió gritar:

-¡Y no me llames cariño!

Le llevó unos segundos darse cuenta de que ya estaba sola, y de un salto se acercó a la puerta y echó la llave. La puerta permanecería cerrada con llave siempre que ella estuviese dentro. Qué descaro el de aquel escocés. Qué impertinencia de su parte sugerir que ella lo desafiaba a cambiar de decisión.

Resopló. ¡Como si fuera posible!

Las actividades sociales en Londres continuaron. Entre ellas hubo una visita al teatro. Las peripecias que tenían lugar en el escenario deleitaron a Kimberly lo suficiente como para que al menos momentáneamente se olvidase de sus problemas.

La última noche Kimberly asistió a otro baile, donde tuvo ocasión de seguir tratando a lord Kent y a Howard Canston, quienes le dijeron que habían sido invitados a Sherring Cross. Los dos parecían encantados, ya que, evidentemente, era un privilegio figurar entre las amistades del duque de Wrothston.

Había en aquel baile más caballeros interesantes, y uno, que estaba un poco bebido, se le declaró mientras bailaban. Naturalmente ella, al observar el estado en que se encontraba, no lo tomó en serio, pero se sintió halagada.

Era la primera proposición de matrimonio que recibía... Bien, la primera no, pero las otras dos no contaban. Su primer compromiso había sido concertado cuando era todavía muy pequeña. Y si bien Lachlan había dicho que estaba dispuesto a casarse con ella, aquello no era exactamente una proposición, aunque lo pareciera, porque entre «estar dispuesto» y «estar deseoso» había un mundo, y ella no le había oído decir que deseara aquel matrimonio.

Era imposible rehuir a Lachlan por completo, desde luego, aunque Kimberly ponía en ello todo su empeño. Tenía que verlo, por ejemplo, durante la cena, que era de etiqueta y a hora fija, y en todos los actos sociales, a los que él también asistía, y ahora ella sabía por qué. Lachlan había ido a Sherring Cross en busca de cónyuge, lo mismo que ella, y, a los ojos de los demás, eso hacía.

Lástima que sus pretensiones respecto a la duquesa hubieran interferido en tales proyectos, y lástima también que Kimberly hubiera descubierto tales pretensiones en el primer momento, o se habría mostrado mucho más propicia, sin importarle la antipatía que su padre pudiese sentir por los escoceses. Lachlan bien valía enfrentarse a las iras paternas. Y al parecer ella le interesaba, o de lo contrario no la habría besado más de una vez ni habría entrado en su habitación aquella noche.

Pero, por desgracia, Kimberly sabía cuál era el verdadero objeto de su afecto. Y, aunque Lachlan recobrara el buen juicio y renunciase a Megan, aunque tratase de encontrar la esposa que por razones económicas necesitaba, esa esposa no dejaría de ser su segunda elección. Él siempre estaría suspirando por la otra, y Kimberly compadecía a la esposa.

A la semana de regresar a Sherring Cross, la mansión albergaba a numerosos invitados, aparte de las habituales visitas de un día. John Kent y Howard Canston ya se habían instalado. Y entre los recién llegados había tres muchachas que acababan de ser presentadas en sociedad y que, al igual que Kimberly, buscaban marido. Habían sido invitadas por la duquesa o por la tía de Lachlan, Margaret.

Kimberly les tomó ojeriza desde el primer momento. Todas eran más jóvenes que ella y, en su opinión, más bonitas. Y, si dos de ellas no hubieran estado acompañadas por hermanos guapos y solteros, Kimberly bien podría haber hecho las maletas y regresar a Northumberland, ya que frente a aquellos tres pimpollos sus posibilidades eran prácticamente nulas.

Lady Monica Elgar tenía los ajos azules y el cabello de un rubio clarísimo. Además,

era menuda y graciosa, hacía reír a todo el que estuviera a su lado, en especial a los caballeros, y de inmediato monopolizó las atenciones de John Kent.

Lady Edith Winestone, de cabello castaño con reflejos rojizos y ojos grises, era pizpireta, y aunque tenía una voz algo estridente, su belleza hacía que nadie pareciese notarlo, salvo Kimberly. Aquella niña no sabía lo que era la discreción, e intervenía en cualquier conversación dando opiniones que casi siempre resultaban equivocadas. En realidad, no era muy inteligente y hacía observaciones ridículas, pero a los caballeros no parecía importarles.

Jane Carlyle, por el contrario, era la damita ideal en todos los aspectos. Muy delgada -escuálida, en opinión de Kimberly-, rubia y con ojos color ámbar, poseía la clase de belleza que estaba de moda. Y sus modales eran impecables. Comía y hablaba con corrección, seguía las reglas de la etiqueta al pie de la letra y, además, tenía un carácter muy dulce, según afirmaba continuamente su enérgica madre a todo el que quisiera escucharla. Nadie que estuviera en su sano juicio dudaría de la palabra de aquella mujer dominante. Pero ¿quién podía desear a semejante suegra...?

Además de los recién llegados Héctor Carlyle y Christopher Elgar, se alojaba en Sherring Cross un marqués viudo que había ido a ver al duque por negocios y había aceptado la invitación de éste a quedarse y tomar parte en las diversiones que Megan había organizado para las semanas siguientes. Se llamaba James Travers y, con sus cuarenta y tantos años, era un poco mayor de lo que Kimberly habría preferido. De todos modos, se trataba de un excelente partido.

James, con su cabello negro y los ojos azules, no sólo era interesante sino también «asquerosamente» rico, según había cuchicheado Lucinda a Kimberly en un aparte. Y aunque no buscaba esposa, puesto que tenía dos hijos varones de su primer matrimonio, tampoco era contrario a la idea de contraer segundas nupcias. Megan decía que aún no había encontrado a la mujer capaz de sustituir a la difunta.

Kimberly simpatizó con James. Sus conversaciones eran siempre animadas y fluidas, lo cual resultaba muy agradable. Le incomodaban los silencios largos, pero con él nunca tuvo que soportarlos. Y una vez que él hubo reparado en su sonrisa, trataba de provocarla con frecuencia, lo que no le resultaba difícil.

Pero Lachlan invariablemente estaba cerca, y ella siempre sentía su presencia, no importaba con quién estuviese hablando en ese momento. Una cosa era rehuirle y otra muy distinta olvidarse de él estando en la misma habitación. Y en ocasiones...

Estando todavía en Londres, se había cruzado con él en el vestíbulo.

-Qué encantadora está hoy, lady Kimberly -le había susurrado, muy serio, para agregar inmediatamente-: ¿Ya sabes que de lo que hicimos pueden nacer niños?

La observación la hizo ruborizarse, pero antes de que atinase a pensar una respuesta, él ya se había alejado. De modo que su intención era sólo advertirle de la posibilidad, por si ella la ignoraba.

A Kimberly le pareció una ruindad que Lachlan hubiera tratado de aumentar sus preocupaciones, en el caso de que ella hubiese ignorado esa posible consecuencia. Pero, como descubriría más tarde, no era ésa la razón de su advertencia. Sencillamente la preparaba para su siguiente observación, otra vez tan ultrajante como fuera de contexto.

Por la noche estaban sentados a la mesa con otros treinta comensales, cuando él, con un pretexto cualquiera, alejó del comedor al caballero que se sentaba a la izquierda de Kimberly. Ella no se explicaba cómo lo había conseguido, pero era evidente que Lachlan no esperaba que el otro volviera, porque ocupó tranquilamente su silla. Y, aunque Kimberly se mostró indiferente, la conversación se desarrollaba de manera que todos los de aquel sector de la mesa intervenían en ella.

Entre comentario y comentario, Lachlan se inclinó hacia ella para decirle:

-Tienes que decirme si vas a tener un hijo mío, Kimber. Me enfadaría mucho si trataras de ocultarme una cosa así.

Una semana después, Kimberly tuvo la satisfacción de decirle:

-No voy a tener hijos, MacGregor, hasta que esté casada como es debido.

Contrariamente a lo que ella esperaba, Lachlan no pareció alegrarse de la noticia. Kimberly sí se alegraba, ya que ahora no tenía por qué casarse precipitadamente ni revelar a su padre lo ocurrido. Aunque tampoco podía demorar mucho la elección, estando el conde tan impaciente por zanjar el asunto. Ni quería abusar de la hospitalidad de los St. James.

Pero el que Lachlan no se alegrara la intrigaba. En realidad, no había delatado qué efecto había producido en él la noticia. Y, antes de que pudieran decir más, Howard Canston se había acercado para invitarla a dar un paseo a caballo, ya que aquél era uno de los mejores días del invierno.

A Kimberly le halagaba el que Howard siguiera interesado en ella a pesar de la llegada de los tres «pimpollos». A John Kent, por el contrario, ya podía tacharlo de su corta lista.

En cuanto a Lachlan, no parecía poner mucho empeño en encontrar esposa. Apenas si había reparado en Edith, aun cuando ésta le dedicaba no pocas caídas de ojos. Y con Jane se mostraba meramente cordial.

Kimberly se preguntaba si lo atormentaría algo que ella le había revelado inocentemente durante aquel último baile en Londres. Al pasar por su lado camino del comedor, lo había visto mirar fijamente a Megan y Devlin, que estaban bailando, y la irritó que se mostrase encandilado. De no saberlo dominado por aquel anhelo, habría podido permitirse enamorarse de él.

Dominada por el resentimiento, le dijo:

-¿Realmente esperas que abandone por ti a un hijo y un marido que la adora?

Él se volvió al instante y casi gritó:

-¿Un qué?

Ella frunció el entrecejo al observar su expresión de incredulidad.

-¿No sabías que tienen un hijo?

-¿Cómo iba a saberlo si nunca la he visto con un niño?

-Pues siento... que lo hayas sabido por mí. -Arrepentida de haber hecho aquel comentario, añadió con suavidad-: Toda Inglaterra se enteró, Lachlan. La noticia se publicó en todos los periódicos, y nadie habló de otra cosa. Creí que tu tía te lo habría dicho, y que no te importaba.

-¿Que no me importaba que no se trate sólo de ellos dos? ¿Que ahora sean una condenada familia?

Soltó una carcajada ronca y se alejó. Kimberly no volvió a verlo por el resto de la noche. Pero estaba inquieta porque la mirada que le lanzó antes de marcharse daba a entender que lo había insultado con su última conjetura, o bien que la despreciaba por suponer que lo que él sentía era trivial. Le habría gustado saber cuál de esas dos explicaciones era la acertada.

19

-¡Te digo que no me importa! Quiero al escocés, mamá. ¡Estoy harta de oír lo que quieres *tú*!

Kimberly acababa de entrar en la habitación del desayuno cuando Jane Carlyle se puso a chillar. Porque eso era lo que estaba haciendo. Hasta en las cuadras debieron de oírla. Y todos los presentes, por lo menos quince invitados, entre ellos el escocés, quedaron asombrados ante aquella explosión de cólera por parte de quien hasta entonces parecía una señorita impecable.

Se oyó una tos, luego otra, después una risita burlona. Y, en el silencio que siguió, una voz murmuró con un acento inconfundible:

-Pienso yo que algo tendrá que decir a eso el escocés.

Se alzó un murmullo de voces; todos hablaban a la vez, tratando de disimular. Jane, que estaba junto al aparador con su madre, se volvió hacia la mesa con gesto de sorpresa, inconsciente de su exabrupto. Pero su madre, ruborizada, la asió del brazo y se la llevó. Kimberly apenas tuvo tiempo de apartarse para que no tropezaran con ella.

Cuando madre e hija hubieron salido, la conversación recuperó el tono normal, y sólo Edith, atolondrada como siempre, dijo con su voz penetrante:

-Y pensar que su madre decía que tenía tan buen carácter.

En aquel momento, la mirada de Kimberly tropezó con la de Lachlan y ella estuvo a punto de echarse a reír al verlo poner los ojos en blanco. Afortunadamente logró contenerse, ahorrándose una mortificación, pero no pudo evitar una sonrisa fugaz, y aquel insolente le guiñó un ojo.

Al acercarse al aparador para llenar su plato, como era habitual desde que la casa se había llenado de invitados, Kimberly pasó por el lado del hermano de Jane, que

estaba sentado a un extremo de la mesa, y oyó decir a Christopher, en un despectivo aparte que nadie debería haber escuchado:

-Yo podría haberte dicho lo fiera que es. Lo mismo dice mi padre de mamá. Créeme, vivir con ellas es un suplicio.

El hermano de Mónica parecía incómodo de tener que oír esa confidencia, lo cual lo honraba. Kimberly hizo chasquear la lengua con suavidad y mentalmente tachó a Héctor Carlyle de su lista. No estaba nada bien criticar a la propia familia...
Ahora compadecía a Jane. A un hombre podía no importarle que su esposa fuese un poco obtusa, incluso podía preferirlo, para sentirse más inteligente. Pero una esposa incapaz de dominar la lengua podía provocar situaciones desagradables.

Nadie se sorprendió de que la pobre lady Carlyle se llevara a su hija aquella misma tarde. Jane había echado a perder todas sus posibilidades en Sherring Cross. Lástima que Héctor no se hubiera ido con ellas, pensaba Kimberly.

Para aquella tarde se habían programado dos actividades. La duquesa llevaría a patinar sobre un estanque helado de los alrededores a aquellos invitados que disfrutaran del ejercicio al aire libre con buen o mal tiempo. Los demás se quedarían jugando a las charadas en el salón.

Kimberly optó por el patinaje, porque le gustaba patinar y porque detestaba las charadas, pero fue una decisión difícil, ya que, estando Megan al frente de la excursión, seguro que Lachlan sería de la partida.

Finalmente, decidió tratar de divertirse y olvidarse de su presencia. Además, en Londres se había comprado un bonito abrigo que la favorecía, y no tenía muchas oportunidades de lucirlo. Y patinaba muy bien, porque a ella y a su madre les gustaba hacerlo juntas.

Megan, que disponía de patines de todos los tamaños, los distribuyó entre sus invitados. También mandó colocar estufas de leña en la orilla del estanque, por si el frío se hacía muy intenso, y dispuso que los acompañaran varios criados, que asarían castañas y servirían tazones de chocolate a las damas y brandy caliente con esencia a los caballeros.

Kimberly advirtió con extrañeza que el atlético Howard Canston optaba por quedarse, y que James, por el contrario, se decidía por el patinaje, aun cuando jamás se había calzado un par de patines. Ella se divirtió enseñándole a hacerlo, a pesar de que cayó sentada más de una vez. Pero el marqués demostró poseer un tesón admirable y hasta decidió seguir practicando cuando ella lo dejó para acercarse a una de las estufas en busca de una taza de chocolate.

Junto a la estufa Kimberly encontró a John y a Monica, quienes, después de unos minutos de animada charla, volvieron a la pista. Kimberly llevaba demasiado tiempo patinando y agradecía el calor de la estufa. Sólo apartaba la mano para saludar a James cada vez que pasaba, a pesar de que él, absorto en sus proezas, no reparaba en ella.

Megan patinaba entre dos de los invitados de mayor edad con los brazos enlazados. Eran muchos los que habían decidido acompañarlos en la excursión, incluidas varias familias con niños. Y también Lachlan...

Cuando le hubo servido el chocolate, el criado tuvo que ir a otra estufa para atender a un grupo de invitados y, en cuanto Kimberly se quedó sola, Lachlan hizo una parada perfecta al borde del estanque, delante de ella, y trepó a la orilla, que no era alta.

-Daba gusto verte patinar, cariño -comentó al tiempo que se quitaba los guantes y arrimaba las manos al fuego.

El cumplido dio a Kimberly más calor que la estufa, y un rubor que la favorecía encendió sus mejillas. Pero eso parecía ser la norma cada vez que aquel hombre se acercaba a ella. Supuso que Lachlan se refería a su destreza con los patines, ya que su aspecto dejaba mucho que desear, después del par de caídas que había sufrido. A la segunda se le había soltado el pelo y las horquillas habían quedado esparcidas por el hielo, de modo que renunció a recogérselo de nuevo.

-Gracias -dijo, halagada-. Patino desde que era niña.

Debería haberle devuelto el cumplido, ya que él tampoco lo hacía mal, pero se abstuvo. Habría sido como reconocer que lo había observado a hurtadillas, y eso era lo último que ella podía admitir.

Pero él la sorprendió al puntualizar:

-Lo que yo admiraba era tu cabello, Kimber. Suelto y ondeando de ese modo, me ha recordado...

Dejó la frase sin terminar, deliberadamente. No hacía falta. A ella le ardía la cara. No podía creer que, al cabo de las semanas, aún aludiera a aquella noche. Cierto que Kimberly, mal que le pesara, pensaba mucho en ello, demasiado, tal vez, pero él ya habría tenido que olvidarlo.

Y entonces Lachlan, con la brusquedad que lo caracterizaba, dijo:

-¿Por qué lo animas? Podría ser tu padre.

Kimberly no fingió que ignoraba de quién le hablaba.

-¿Qué tiene que ver? Y no es tan viejo, Lachlan. James está en la plenitud de la edad, es un hombre sano y con mucha energía, y las mujeres, incluida yo misma, lo encuentran atractivo. ¿O es que piensas que dos personas de edad distinta no puedan tener intereses comunes? James y yo hemos descubierto que los tenemos.

Él farfulló entre dientes antes de murmurar:

-Pero ¿puede hacerte perder la cabeza con sus besos, cariño? ¿Enciende tu pasión lo mismo que yo?

Kimberly tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no ruborizarse otra vez y responder sosegadamente:

-Pues no lo sé, porque todavía no me ha besado. Quizá deba averiguarlo. Pero supongo que, puesto que ha tenido más años para practicar, debe de ser bastante competente.

-Entonces permite que te refresque la memoria, para que puedas comparar...

-¡Ni se te ocurra! -siseó ella-. ¿Estás loco? No estamos solos.

Ahora que había conseguido hacerle perder la calma, él la miraba con una amplia sonrisa.

-Es una verdadera lástima. Pero supongo que podré esperar a que estemos solos.

-Ni lo sueñes -jadeó ella-. Olvídate de volver a besarme, Lachlan MacGregor. No pienso consentirlo. Además, ¿por qué ibas a desearlo?

-¿Besar a una mujer hermosa? -preguntó él con una sonrisa-. ¿No te dije que es una de mis mayores aficiones?

Ella descubrió entonces que bromeaba. Si hubiese estado habituada a esa clase de bromas lo habría descubierto antes, pero su carácter reservado no era el apropiado para tales libertades. Aunque a él no lo arredraba. Y le habría gustado averiguar dónde acababan las bromas y empezaban las veras.

-Sí -dijo mirándolo con cara de pocos amigos-; ya me lo advertiste, y supongo que últimamente habrás estado muy ocupado, con tantas muchachas bonitas alrededor. Me pregunto si la causa de que Jane perdiera los estribos esta mañana, no será que la has trastornado con tus besos y por eso quería que fueses para ella.

-¿Ese dechado de virtudes? Nunca me he fiado de las mujeres perfectas, y una vez más ha quedado demostrado que hago bien, ya que la niña ha resultado un cardo.

-Yo también tengo mis arranques -le recordó Kimberly, tratando de disimular el alivio que le producía saber que Jane no le había interesado en ningún momento-. Pero eso no te impidió...

-Lo tuyo es carácter y valentía, cariño. Es muy distinto.

Kimberly volvió a ruborizarse, naturalmente. Ese hombre le dedicaba demasiados cumplidos, y ella deseaba saber por qué. ¿Trataba de reparar el daño? Unas cuantas flores no compensaban de la pérdida de la virtud, y ella tendría que arrostrar las consecuencias de su desliz cuando se viese obligada a confesarlo al hombre con quien se casara. Pero eran muchos los hombres que parecían ignorar qué era la lógica, y quizá Lachlan pensase que de ese modo podía descargar su conciencia.

-Por aquí había otras muchachas bonitas, además de Jane -observó ella-. Puedes haber estado ocupado con otra. Lady Edith...

-Esa no tiene cerebro ni para darse cuenta de cuándo mete la pata -la interrumpió él-. Con su estúpida cháchara, en cuestión de días podría hacer que un hombre se diera a la bebida.

Kimberly estuvo a punto de darle la razón; pero tenía sentimientos contradictorios: por un lado, la irritaba que él rechazase todas sus sugerencias y, por otro, le complacía que no le hubieran interesado dos de las mujeres que ella consideraba atractivas.

Pero nada podría decir de Mónica Elgar. Era una muchacha tan agradable que hasta la propia Kimberly había simpatizado con ella. Y quería que Lachlan reconociese que

había besado a otra. No le gustaría oírlo, pero estaba segura de que la ayudaría a dejar de pensar tanto en él.

-¿Y lady Mónica? -preguntó.

Él suspiró.

-Por si no te has dado cuenta, Kimber, esa señorita no mide más de metro y medio, como mucho. Cada vez que me acerco a ella me dan ganas de tomarla en brazos y apoyármela en la cadera como si fuese una niña.

-¿A quién has besado entonces? -inquirió ella, impaciente.

-Pues a nadie, cariño.

Kimberly parpadeó.

-¿Por qué?

-Quizá porque estoy esperando que tú recobres el juicio y me aceptes.

Kimberly sintió que le daba un vuelco el corazón. Pero al instante se enfureció. Otra vez bromeaba, y ahora no le hacía ninguna gracia su sentido del humor. Era evidente que no le diría con quién se divertía mientras seguía consumiéndose por la duquesa.

Ella tomó un sorbo de chocolate, dejó la jarra y volvió a ponerse los guantes.
-Si es verdad eso, Lachlan -dijo con una sonrisa forzada-, te sugiero que contengas la respiración mientras esperas.

Si pretendía zaherirlo, no lo consiguió. Él rió y dijo:

-Cariño, ¿sabes que cuando te enfadas te brillan los ojos como un fuego verde? Es muy tentador.

-¿Tentador?

Él soltó otro suspiro.

-Veo que en muchas cosas todavía eres muy inocente. Corre, niña, o te daré un beso sin que me importe quién esté mirando.

Kimberly no entendía qué quería decir, porque no le había explicado a qué lo tentaba. Quizá a darle una paliza. Pero esto último sí que lo entendió, y aunque era peligroso correr por la nieve con patines, consiguió volver al estanque helado con rapidez.

Oírlo reír a su espalda mientras se alejaba la puso de mal humor para el resto del día. ¿Había vuelto a bromear? Eso seguía preguntándose después, cuando ya era tarde para averiguarlo.

-Se me ocurre que deberíamos haberle robado su estupendo caballo cuando tuvimos la ocasión -gruñó Gilleonan, que se había parado con Lachlan a contemplar a una pareja de jóvenes purasangres a los que unos caballerizos adiestraban en el patio contiguo a las cuadras-. Con la cantidad de animales que tiene aquí y los que está criando, no lo habría echado de menos. Y buen dinero que habríamos obtenido por él.

-Baja la voz -le advirtió Lachlan.

Miró a la derecha de Gilleonan, donde otros invitados, apoyados en la cerca, admiraban también el espléndido par de caballos que hacían sus ejercicios, aunque no estaban lo bastante cerca como para oír a Gilleonan y, desde luego, no prestaban atención. A Lachlan le pareció que hablaban de los precios de los purasangres que se criaban en Sherring Cross.

No obstante, tiró de su primo para alejarse, antes de agregar:

-De nada habría servido robarle el caballo, Gill, porque lo hubiera recuperado lo mismo que a la chica. Además, sabes muy bien que yo nunca he robado caballos.

Hablaban del duque de Wrothston y del purasangre que montaba el día en que Lachlan y sus primos asaltaron su coche para robarle y Lachlan, en lugar del dinero, se llevó a Megan. Ahora empezaba a pensar que más le hubiera valido aquel día quedarse en casa.

-Bah, era sólo una idea -reconoció Gilleonan-. Y a propósito, me parece que no estás tomándote muy en serio eso de buscar esposa.

Lachlan miró de soslayo a su primo.

-¿Y qué relación hay entre robar caballos y encontrar esposa?

-¿No lo sabes? -respondió Gilleonan-. Pues el dinero que ambas cosas te proporcionan, y que es la razón por la que estamos aquí, ¿o es que has vuelto a olvidarlo?

No fue la respuesta sino la pregunta lo que hizo que Lachlan frunciese el entrecejo.

-Dime una cosa, Gill. ¿Acaso has creído que me tomo a la ligera mi responsabilidad? ¿O es que el hecho de vivir entre ingleses te ha vuelto más quisquilloso?

Gilleonan tuvo la delicadeza de mostrarse un poco azorado.

-Eso debe de ser, sí, eso... Y es que llevamos aquí casi un mes. Ahora que has recobrado la sensatez y has dejado en paz a la duquesa, ¿sigue sin gustarte ninguna?

A Lachlan se le nubló el semblante.

-Una me gusta.

-Hombre, ¿y por qué no lo has dicho antes? ¿Cuándo piensas declararte?

-Ya lo he hecho.

-¿Y...?

-Me rechazó.

Gilleonan lanzó uno de sus resoplidos.

-Eso no tiene ninguna gracia, Lachlan. Cualquier mujer estaría encantada de...

-Ésta, no.

-¿Lo dices en serio?

-Sí.

-¿Acaso tiene otro pretendiente?

-No; lo que ocurre es que no me quiere.

Gilleonan estuvo a punto de echarse a reír por el aire compungido de Lachlan, pero se contuvo y sacudió la cabeza.

-Bueno, menos mal que, gracias a los buenos oficios de tu tía, todos los días llegan más muchachas. Ya encontrarás a otra, Lachlan. Pero al menos por fin has decidido tomártelo en serio y has sacrificado tus sentimientos por la duquesa en bien del clan.

Al oír esto, Lachlan hizo una mueca despectiva. ¿Sacrificar sus sentimientos? Desde luego, no había sido muy difícil. Se preguntaba si Megan no tendría razón.

¿Habría estado equivocado durante todo aquel tiempo? ¿La deseaba sencillamente porque era hermosa y había escapado de él antes de que pudiese conquistarla? ¿O lo había hecho desistir el que ella y el duque tuvieran un hijo, y varón por añadidura?

Aquel niño lo cambiaba todo, porque un duque nunca renunciaría a su heredero, naturalmente. Y Lachlan no era tan cruel como para separar a una madre de su hijo, por mucho que la amara. Pero no deseaba averiguar cuáles habían sido sus sentimientos, porque ni existían ya ni parecía que hubiesen existido alguna vez.

Sin embargo, era extraño que no tuviese dificultad para saber qué sentimientos le inspiraba la otra muchacha. Enojo, desde luego, eso era lo que sentía últimamente, sobre todo cuando veía a Kimberly divertirse con otros hombres.

No podían ser celos; sencillamente le molestaba verla reír, bailar, jugar a cartas o charlar plácidamente con James Travers. Pero Travers era un hombre mayor. Lachlan no podía estar celoso de alguien que le doblaba la edad. Qué absurdo. Además, ¿cuándo había estado celoso él? Nunca, que recordase. Evidentemente, no era propenso a ese estúpido sentimiento.

Pero no podía negar que estaba molesto. Mal que le pesara, no conseguía dominar aquella irritación. Seguramente, se debía a la negativa de ella a casarse con él. Eso debía de haberlo herido en su amor propio. Primero, Megan no lo tomaba en serio, y luego, Kimberly, después de indicar claramente que le gustaba, se negaba a aceptarlo. ¿Cuándo había tenido tan mala suerte con las mujeres? Nunca. Y seguramente ése era el motivo de que le resultase tan difícil hacerse a la idea.

Era una lástima que hubiera desistido de perseguir a Megan después de seducir a Kimberly y no antes. Si hubiera obrado de otro modo, si no hubiera estado tan ciego pensando que era Megan quien le importaba, quizá hubiese tenido éxito. Pero entonces pensaba que Kimberly no era más que un pasatiempo. Menudo pasatiempo.

No había podido alejarla de su pensamiento ni antes ni después de aquella noche gloriosa. De modo que no tenía nada de particular el que cuando por fin había decidido ponerse a buscar esposa pensara en ella. Pero ya era tarde. Había quemado sus naves. Ella había dejado bien claro que nunca lo aceptaría.

Sin embargo, ¿cuándo le había impedido alguien luchar por lo que realmente quería? Porque la quería. Y qué bien se acurrucaba entre sus brazos. Nunca había experimentado acoplamiento tan perfecto. Y quería repetir la experiencia una y otra vez.

21

-¿Los ves, cielo? ¿Ves los caballitos? -En la ventana desde la que se veían las caballerizas, el niño gorgoteó-. Dentro de un par de años tendrás uno para ti solo — prosiguió Megan-. Quizá no tan grande como esos dos, pero...

-Ni dentro de un par de años -intervino Devlin acercándose por detrás-. Justin aún no tiene un año, Megan.

-Shhh, él no lo sabe. Además, sólo estaba bromeando con él.

-Eres adorable cuando te pones ridicula -rió Devlin-. Como si él pudiera entender una palabra.

-Quiero que sepas, Devlin St. James, que mi hijo es muy inteligente -protestó Megan con altivez-. Entiende más de lo que imaginas.

-Si tú lo dices, amor mío, no seré yo quien te lleve la contraria, especialmente cuando adoptas ese aire desafiante.

Ella soltó un bufido. Él volvió a reír entre dientes y dijo:

-Pero es la hora del baño, conque dáselo a la niñera. La pobre mujer os ha buscado por toda la casa y ha tenido que sacarme de mi estudio para que la ayudara a encontraros.

-Con el debido respeto, excelencia, yo...

Un brusco carraspeo de Devlin interrumpió las protestas de la mujer, que se puso colorada. Megan rió por lo bajo, porque sabía que los planes de su marido habían fracasado debido a la falta de colaboración de la mujer. Devlin parecía pensar que, si conseguía que Megan se sintiera culpable de algo, ella no le exigiría nada por el resto del día. Era una táctica que muy rara vez daba resultado, pero que él no se cansaba de ensayar.

-Esta mañana nos ha costado mucho dar contigo -insistió él-. ¿Por qué te empeñas en traer a Justin a estas habitaciones deshabitadas?

-Porque el paisaje desde aquí es distinto -respondió ella dando un beso en la mejilla a Justin antes de entregarlo a la niñera-. Hace mucho frío para sacarlo tan temprano, y quiero que vea lo hermoso que está el parque por la mañana. Así que todos los días lo traigo a una habitación distinta. No sabía que desde aquí se vieran las cuadras. ¿Y tú?

-Claro que sí -mintió él.

Devlin sin duda había estado en todas y cada una de las habitaciones de la mansión en un momento u otro de su vida, pero no para mirar por la ventana. Ahora miró, y lo que vio le hizo fruncir el entrecejo.

-Hay muchos madrugadores —observó con aspereza.

Megan, que sabía a quién había visto su marido junto a las cuadras, dijo:

-Vamos, vamos, ¿cuándo dejarás de enfadarte cada vez que ves al escocés?

-Cuando deje de verlo.

-Mira que eres terco -susurró ella con una sonrisa.

Devlin se encogió de hombros, la rodeó con un brazo y la atrajo hacia él.

-A propósito -dijo-, en vista de que tu plan no ha dado resultado, ¿crees que podrías encontrar a una dama que sea de su agrado, para que no tengamos que soportar a ese condenado durante todo el invierno?

-Ya he pedido a Margaret que envíe más invitaciones, pero...

El lanzó un largo suspiro.

-¿Cuándo volverán a ser normales las cosas en esta casa?

Ella sonrió, ya que lo «normal» era tener continuamente tres o cuatro invitados.
-Muy pronto, Dev. Pero todavía no he perdido la esperanza en nuestro primer plan.

-Di mejor tu primer plan -replicó él sacudiendo la cabeza—. Y me llamas terco...

-Es que he observado el modo en que la mira últimamente.

-Y yo he observado que ella no le hace ningún caso.

-Me parece que sólo finge indiferencia.

-Pues a mí me parece que finge muy bien. Admítelo, Megan, a esa muchacha el escocés no le interesa en absoluto. Además, ya está prácticamente colocada, y nuestras obligaciones habrán terminado.

-¿Qué quieres decir con eso de colocada?

-Bueno, casada -rectificó él-. James me ha dicho que está pensando en volver a

contraer matrimonio.

-Oh, espero que no.

-Megan...

-No me interpretes mal. Creo que James Travers es una excelente persona y será un excelente marido.

-Me gustaría no detectar un «pero» en eso que dices -murmuró Devlin.

Ella lo miró entornando los ojos antes de proseguir:

-Pero he llegado a conocer bien a Kimberly desde que está con nosotros y... en fin, me parece que sería más feliz con otra persona.

-¿Puedo preguntar por qué, si ella y James congenian perfectamente?

-En realidad, congenian demasiado, y ya sabes las consecuencias que eso puede tener. -Sin darle tiempo, Megan contestó, como si él estuviera de acuerdo-: Exactamente, aburrimiento.

El levantó la mirada al techo:

-¿Puedo sugerir que en ocasiones las consecuencias son una armonía y una felicidad perfectas?

-No, no puedes.

-Si hay una persona terca en esta familia, eres tú. Sabes perfectamente que...

Devlin se detuvo a mitad de la frase y quedó inmóvil. Megan siguió la dirección de su mirada y vio a Kimberly regresar de un matinal paseo a caballo con otras mujeres. Su juventud y vitalidad destacaban entre sus acompañantes de mayor edad. La ceñida chaqueta de su traje de amazona de terciopelo granate realzaba su espléndida figura.

Megan sonrió. Había sido un acierto decir a la señora Canterby, la modista, que procurara que el nuevo vestuario de aquella señorita le quedara más bien estrecho, para dar realce a sus curvas. Y Kimberly, sin sospechar la argucia, había pensado que quizá había engordado un poco.

Lo que había llamado la atención de Devlin era ver cómo Howard Canston, que acababa de aparecer, alejaba con un ademán al mozo de cuadra que se dirigía hacia Kimberly, pues evidentemente quería ser él quien la ayudara a apearse del caballo. Aquello, en opinión de Megan, era un truco demasiado conocido del cual el hombre se valía para tomar en brazos a la dama que le interesaba. Casi todos la soltaban en cuanto ella ponía los pies en el suelo, pero otros no eran tan escrupulosos.

Howard, al parecer, era de estos últimos, porque conservó las manos en el talle de Kimberly mientras ella le hacía una observación y él se tomaba más tiempo del necesario para responder, lo que era una indiscreción tanto más grave por cuanto Abigail y Hilary, las acompañantes de Kimberly, eran unas chismosas consumadas. Quizá el vizconde lo hiciese adrede, para que su interés por Kimberly fuera del dominio público.

Pero probablemente no fuese eso lo que parecía interesar tanto a Devlin, sino el escocés, que había interrumpido bruscamente su conversación en el momento en que apareció Kimberly y no había dejado de mirarla desde entonces. Al ver acercarse a Howard, se había puesto visiblemente tenso, pero cuando el vizconde levantó las manos para ayudar a Kimberly a bajarse del caballo, su actitud se hizo francamente agresiva y, al ver que él no la soltaba, empezó a caminar hacia la pareja hecho una furia.

Devlin debió de pensar lo mismo que Megan, porque dijo:

-Oh, Dios, no irá a... No se atreverá...

No tuvo necesidad de terminar la frase, porque Lachlan se había atrevido. Tan pronto llegó a donde estaba la pareja, propinó un puñetazo a Howard Canston en la ceja, y el vizconde quedó tendido en el suelo, atontado, quizá inconsciente, ya que no hacía nada para levantarse.

Devlin gruñó. Rápidamente, Megan lo asió por la solapa de la chaqueta a fin de impedirle que bajara, y a punto estuvo de quedarse con la chaqueta en la mano cuando él, hecho una furia, se volvió hacia la puerta.

Devlin se detuvo y la miró enarcando una ceja. Era su manera de decirle: «Suéltame si no quieres que te arrastre».

Ella le alisó la chaqueta y dijo con tono apaciguador:

-Devlin, no hay razón para que te mezcles en eso.

-¿Que no hay razón? -preguntó él apretando los dientes—. Howard Canston es mi invitado.

-Vamos, vamos. Estabas deseando encontrar un pretexto para echar al escocés y piensas que ya lo tienes. Pero no es así. Esta cuestión afecta a dos invitados, mejor dicho, a tres, y es personal. Ninguno de ellos te agradecerá tu intervención. Además, al vizconde no le dolerá tanto un ojo morado cuando las señoras le abrumen con sus atenciones. Estará encantado.

-No se trata de eso...

-Quizá. Pero lo que ha ocurrido realmente es que uno ha cometido una incorrección y el otro se ha dejado dominar por los celos. No es asunto que incumba al anfitrión.

-¡Aja! Ya salió la verdadera razón por la que quieres que me mantenga al margen. Te encanta ver que MacGregor está celoso.
-No se trata de lo que yo crea -dijo ella con una sonrisa-. Es que ha sido una fabulosa demostración de celos, y tú lo sabes. ¿Por qué no seguimos mirando a hurtadillas? Si tratan de matarse el uno al otro habrá llegado el momento de actuar.
-¿Y si es la dama quien trata de matar a uno de ellos? -preguntó Devlin ásperamente.

-¿Qué?

Megan se volvió hacia la ventana y vio que la sombrilla que Kimberly llevaba atada a la muñeca a modo de fusta estaba doblada sobre la cabeza de Lachlan y completa-

mente destrozada; afortunadamente, la cabeza había resistido.

-Oh, mal hecho -dijo Megan decepcionada.

-Estoy seguro de que lo mismo pensará él -observó Devlin, riendo entre dientes, evidentemente complacido.

-No tiene nada de gracioso. Debería haberse sentido impresionada y halagada.

-¿Por qué, si él no le gusta?
-Lo que ocurre es que te obstinas en no ver las cosas como yo las veo.

-No es fácil, cuando lo que deseo es darle un puñetazo.

-Te agradeceré que sigas reprimiendo tus deseos.

Después de que la pareja que seguía en pie intercambiara unas acaloradas frases, Lachlan se alejó a grandes zancadas y Kimberly se inclinó sobre Howard a fin de dispensarle sus atenciones, o eso imaginó Megan. Lástima que ella y Devlin estuvieran lejos y detrás de una ventana cerrada. Estaba muerta de curiosidad por saber qué acababan de decirse Kimberly y Lachlan, pero tendría que esperar a que Abigail y Hilary comenzaran con su cotilleo. Conociéndolas, sabía que no tendría que esperar mucho.

22

-Me parece tan romántico.

-Creí que lady Kimberly y el marqués ya estaban prácticamente comprometidos.

-Pues por lo visto no lo estaban, o...

-Pues yo creí...

-Me parece francamente de bárbaros el que...

-Es que los escoceses, por regla general...

-Yo no diría eso. Mi padre tiene un primo escocés. Y juega al golf, ¿sabes? Un juego muy civilizado.

-Me refería al golpe que le ha propinado con la sombrilla. Lástima de sombrilla.

-Pues a mí me han dicho...

-A mí me ha parecido muy gracioso.

-Naturalmente, Abigail. Tú has roto cuatro o cinco sombrillas en la cabeza de tu

Elbert.

-No exageres: sólo fueron dos.

-A mí me han dicho que él...

-Mabel, por Dios, no grites tanto. ¿Qué te han dicho?

Una voz apagada musitó entonces:

-Ya se me ha olvidado.

Hubo risas ahogadas.

-Pues yo sé de buena tinta que ella ya le ha dado calabazas tres veces.

-¿A quién? ¿Al marqués?

-Al escocés, tonta.

-Pero ¿y el vizconde? Es un gran partido, y por lo visto está muy interesado.

-¿Canston? Ése siempre está interesado, pero no precisamente en el matrimonio. Ya me entiendes...

-Vamos, vamos, Hilary, no seas maliciosa. Sólo porque hace unos meses, cuando el vizconde cortejaba a tu sobrina, todo acabó en agua de borrajas...

-El año pasado cortejaba a mi hija, y tampoco a ella le propuso matrimonio.

-En eso habrá salido a su padre. El viejo Canston, en sus buenos tiempos, era un calavera...

-Tonterías. Es sólo que les cuesta decidirse. Cosa de familia.

Ésa era una muestra típica de las conversaciones que Kimberly había sorprendido durante todo el día: en el desayuno, en el recital al que había asistido después, a la hora del té, por la tarde y en la cena, todo habían sido cuchicheos, un silencio repentino cuando se observaba su presencia y un comadreo desenfrenado cuando pasaba inadvertida. Apretando los labios, salió discretamente de la sala para no abochornar a aquellas señoras, a pesar de que se lo tenían merecido.

Le dolía ser causa de habladurías. Era muy desagradable. Pero habría sido mucho pedir que el incidente que Lachlan había provocado aquella mañana no corriese de boca en boca por todo Sherring Cross.

También sería mucho pedir que al día siguiente no se comentase más allá de los límites de la propiedad. Y le sorprendería que antes de una semana no llegara a oídos de su padre y, más aún, que él no se presentara en casa del duque hecho una furia. Porque, al fin y al cabo, el nombre de su hija se asociaba a un escocés, y querría averiguar la razón.

No la sorprendía, sin embargo, que cada relato del incidente fuera distinto e inexacto. Era típico de los cotillees. Al cabo de un tiempo la historia se tornaba prácticamente

irreconocible.

Unos decían que el escocés había dado una tunda al pobre Howard. Otros, que Kimberly había roto su compromiso con Lachlan y que por ese motivo éste se había puesto furioso al verla con Howard. Otros, que quien había pegado al vizconde era James Travers, que ni estaba presente, pero se le metía en el lance porque últimamente la cortejaba. También oyó que ella había rechazado la proposición de matrimonio de Lachlan, dos veces, tres y, según otra versión, seis veces. Suponía que eso era lo mínimo que podía justificar semejante acceso de celos.

¿Acceso de celos? Qué absurdo. Si se hubiera tratado de Megan, quizá, pero ¿ella? Su única relación con él, aparte de varias disputas, había sido compartir una noche de delirio, después de que ambos abusaran del champán. Desde entonces habían sido más enemigos que nada. La única proposición de matrimonio que él le había hecho ni siquiera merecía tal nombre, había llegado tarde y, evidentemente, tenía por objeto tranquilizar su conciencia, y de ningún modo Kimberly podía considerar sincera su declaración.

Entonces, ¿qué lo había impulsado a atacar a Howard Canston?

Después de pensar en ello -en realidad no había hecho otra cosa durante todo el día- Kimberly había llegado a la conclusión de que entre los dos hombres debía de haber diferencias, que podían ser recientes o venir de antiguo, pero que generaban un rencor que, desde que ambos se encontraban bajo un mismo techo, había ido enconándose hasta provocar aquel estallido de violencia que nada tenía que ver con ella. Por una desgraciada casualidad, ella se encontraba presente en el momento en que había hecho explosión la ira... la de Lachlan, para ser exactos.

Pero fue tan repentino que se sintió trastornada. Ni siquiera había visto acercarse a Lachlan, lo que al menos la habría puesto sobre aviso de lo que iba a suceder. Pero nada ni nadie se lo advirtió, y en su estupor e incredulidad se dejó llevar por el impulso. Y su reacción sólo sirvió para empeorar las cosas.

No debió darle aquel golpe con la sombrilla. Enseguida se arrepintió. Semejante acto de violencia era tan odioso como el que lo había provocado, aunque aquella sombrilla tan endeble no debió de hacerle mucho daño.

Y Lachlan no esperaba su ataque, desde luego. Sorprendido, preguntó alzando la voz:

-¿Se puede saber por qué diablos me has pegado?

Quizá si él no hubiera gritado, Kimberly le hubiese pedido perdón... quizá. Pero estaba tan consternada tanto por su propia acción como por la de él, que respondió, casi a los gritos:

-¿Y por qué diablos le has pegado tú a él? Estamos en Inglaterra, no en tus salvajes tierras de Escocia. Aquí la gente discute las cosas en lugar de recurrir a la violencia.

Ante esta perla de estupidez, él contempló largamente la maltrecha sombrilla que ella aún asía con fuerza y después, alzando una ceja, le lanzó una mirada sardónica que la hizo sonrojarse. Por si no había entendido el significado de su mirada, dijo con sorna:

-Bonita manera de discutir, cariño, muy bonita. -Y se marchó sin agregar palabra, pero cada movimiento de su alta figura expresaba claramente el furor que sentía.

Kimberly no volvió a verlo en todo el día, ni tampoco a Howard. El vizconde había tardado sus buenos diez minutos en conseguir ponerse en pie. Y era evidente que también estaba furioso. ¿Quién iba a reprochárselo? Aunque hacía admirables esfuerzos por no demostrarlo, el brillo acerado que había en sus ojos azules (al menos en el que no empezaba a cerrarse) era alarmante.

Pero, cuando la cotilla de Abigail le preguntó por qué lo había atacado Lachlan, se limitó a contestar:

-Maldito si lo sé.

Esto no satisfizo la curiosidad de la gente, y menos aún la de las dos chismosas. En general, se suponía que Lachlan había actuado movido por los celos. Kimberly, sin embargo, sabía que no era así. Si volvía a hablar con aquel hombre insufrible, quizá le preguntase la verdadera razón. Pero dudaba que volviera a dirigirle la palabra.

Una vez más, la había obligado a comportarse de un modo que ella consideraba inadmisible, y estaba indignada. Le habría gustado saber qué tenía aquel hombre que la enfurecía hasta hacerle olvidar los buenos modales y la educación, cuando ella sabía muy bien qué era lo correcto y aceptable.

Había experimentado más exasperación y cólera desde que conocía a Lachlan MacGregor que en los años que llevaba conviviendo con su tiránico padre... aunque reconocía que hacía tiempo que se había acostumbrado a prescindir de él. Pero no conseguía prescindir de aquel apuesto escocés. Ni mucho menos.

23

-Vaya susto me has dado -dijo Megan al entrar en el invernadero y advertir un súbito movimiento a su izquierda-. Pero, mujer, ¿qué haces aquí, a oscuras?

Kimberly se encogió de hombros mientras reseguía con el índice el borde dentado de una de las plantas que había en la mesa que tenía a su lado.

-No está oscuro; las luces de la casa llegan hasta aquí.

-Tienes razón -reconoció Megan, después de lanzar una breve mirada a la cristalera orientada hacia las iluminadas ventanas de la casa-. He traído la lámpara porque no suelo venir al invernadero de noche, pero no voy a necesitarla.

Kimberly trató de sonreír mientras Megan apagaba el quinqué. Quería estar sola. No tenía ganas de conversación, pero no podía hacer un desaire a la duquesa que no había tenido con ella más que atenciones.

Y entonces, aunque había rehuido contestar a la pregunta, Kimberly inquirió a su vez:

-¿Y a usted, qué le trae aquí a estas horas de la noche?

Megan ahogó una risa maliciosa.

-Vengo a buscar una rosa. Mi Devlin ha estado todo el día vanagloriándose de algo que me ha irritado sobremanera. Necesita que le recuerde qué puede esperar si no se enmienda, y he pensado que una bonita rosa de tallo largo, en la almohada, tal vez sirva como mensaje... sobre todo si la encuentra sin los pétalos.

Kimberly soltó una carcajada, y le hizo mucho bien reír, después de un día tan aciago. Muy propio de la duquesa aquel mensaje tan sutil. Un tallo espinoso en la almohada de su marido. Sí, él entendería el significado, y también reiría.

-Esperemos que vea las espinas antes de apoyar la cabeza en ellas.

-Yo me encargaré de eso. Ahora, ¿me ayudas a encontrar la rosa ideal?

Kimberly asintió y juntas avanzaron por el pasillo hasta un rosal granate. Mientras se inclinaba a aspirar el perfume de una de las flores, Megan comentó con naturalidad:

-Me alegro de haberte encontrado aquí. Últimamente no he tenido ocasión de estar a solas contigo y quiero preguntarte si has tomado en consideración al escocés.

-¿Tomado en consideración?

-Para el matrimonio.

-No.

La respuesta fue tan rápida que Megan parpadeó de sorpresa.

-¿No? Con lo apuesto y simpático que es... Sería un marido excelente. Y busca esposa, ¿lo sabías?

-Sí, tiene muchas cosas a su favor. -«Y no menos cosas en contra», agregó Kimberly mentalmente-. Pero no es el hombre adecuado para mí.

-Claro que sí-protestó Megan con tono burlón-. ¿Por qué no te lo parece?

Kimberly podría haber respondido: «Porque está enamorado de ti», pero eso habría hecho que las dos se sintiesen innecesariamente incómodas, por lo que dijo:

-Ahora caigo en que debería haberle advertido a usted que mi padre nunca consentiría que me casase con un escocés.

-¿Lo dices en seno? -preguntó Megan con una sorpresa que era casi estupor.

-Por desgracia, así es -respondió Kimberly de mala gana, deseando que el tema no hubiera salido a relucir-. Tiene prejuicios.

-Imagino que debe de ser por vivir tan cerca de la frontera, ¿verdad? -dijo Megan frunciendo el entrecejo-. Toda esa historia de incursiones y escaramuzas... Ahora que lo mencionas, conozco a varias familias que sienten lo mismo. Aunque en la actualidad ya no se producen enfrentamientos, muchos han heredado una actitud hostil...

-En este caso, no -interrumpió Kimberly-. Lo de mi padre es un asunto personal en el

que, por desgracia, incluye a todos los escoceses.

-¿Personal? ¿Significa eso que tú no compartes sus ideas?

-En realidad, comparto muy pocas ideas con mi padre, y, desde luego, ninguno de sus intolerables prejuicios.

La duquesa dejó escapar un suspiro de alivio.

-Pues me alegra saberlo. Pero ¿es... absolutamente necesario que él apruebe al elegido?

-Si quiero evitar el escándalo, sí.

-¿Quieres decir que renegaría de ti? -preguntó Megan, consternada.

-Desde luego, y sin el menor reparo.

La duquesa volvió a fruncir el entrecejo.

-Me parece una crueldad de su parte.

-Sí, pero es una especie de tirano. Autoritario e inflexible.

-Bueno, me dejas consternada. Lo siento mucho... por ti, desde luego. No podía imaginar... Pero ¿y si te enamoraras locamente de un escocés? No de MacGregor, por supuesto -agregó Megan apresuradamente-, sino de otro que también te adorara. Pensar que no pudieras conocer una dicha como la mía...

-Eso sería diferente.

-¿Sí?

-Claro que sí. No tengo grandes deseos de complacer a mi padre, como tampoco él los ha tenido de complacerme. No, si ocurriera eso, creo que haría frente al escándalo.

-Magnífico... quiero decir que un escándalo semejante sería muy lamentable, pero no creo que necesariamente fatal. Hasta la misma reina se pondría de tu parte, con lo que ella quiere a sus súbditos escoceses. Sería tu padre el más criticado, por su intolerancia y sus prejuicios. Tú serías...

-¿Compadecida?

-No precisamente... -dijo Megan, confusa.

Kimberly sonrió y le dio unas palmadas en el brazo.

-No importa. De todos modos, no vale la pena hablar de ello, ya que no tengo intención de enamorarme de un escocés.

Megan volvió a suspirar.

-Tienes razón. Pero ¿sabes?, no concibo que pueda haber padres como el tuyo. Mi padre me mimaba de un modo terrible. No recuerdo que nunca me negara nada salvo

cuando le pedí que despidiera a Devlin. Se negó en redondo.

-¿Que lo despidiera? ¿De dónde?

Megan rió.

-Se trata de una larga historia y ya es demasiado tarde, de modo que será mejor dejarla para otro momento. Tengo que volver a la casa antes de que Devlin envíe a los criados en mi busca. -Se agachó a cortar una rosa y preguntó-: Por cierto, ¿qué hacías deambulando por aquí?

Kimberly gimió para sí, pero comprendió que no tenía por qué buscar excusas. La duquesa no podía por menos que estar al corriente de lo que era la comidilla en Sherring Cross. De todos modos, respondió de un modo un tanto evasivo:

-Necesitaba estar sola, y no he podido encontrar una habitación donde no hubiera alguien. Debería haberme retirado a mi cuarto, pero aún no me apetecía.

Megan sonrió comprensiva y tomó del brazo a Kimberly para llevársela por el pasillo.

-También yo siento esa necesidad a veces, pero en tu caso debes saber que las habladurías que hoy corren por toda la casa no te perjudican en absoluto. Todo lo contrario. Así verán los otros caballeros lo solicitada que estás.

Kimberly no deseaba discutir al respecto, pero era la manera de rehuir el otro tema.

-He observado que los caballeros implicados han decidido esfumarse.

Megan sonrió.

-Sé de buena tinta que lord Lachlan se ha ido a la taberna más cercana a emborracharse. Y lord Canston ha pasado el día con su procurador. Ha resuelto llevar el caso a los tribunales.

-¿Qué?

-Oh, no temas, que eso no tiene por qué alimentar las murmuraciones. Devlin ha conseguido convencerlo de que con ello no haría más que empeorar las cosas. Está... enfurruñado. Aunque ésta no sea una expresión muy digna ni apropiada para un vizconde, describe perfectamente su actitud.

Kimberly no consiguió imaginar enfurruñado al atlético y varonil vizconde.

-¿Entonces piensa dar por terminada su visita?

-No -respondió Megan, evidentemente contrariada-. Seguramente, mañana estará otra vez en plena actividad, ya que es la cacería del zorro, ¿recuerdas? Me consta que no querrá perdérsela.

Kimberly sí se la perdería. No le gustaban las cacerías de ninguna especie, y los zorros, concretamente, le parecían unos animales muy bonitos...

-¿Vienes? -preguntó Megan cuando llegaron a la puerta del invernadero.

-Enseguida.

Megan asintió y miró en derredor.

-Este lugar me parece muy apropiado para un picnic. Ahora que lo pienso, es una idea excelente.

Sonriendo, Kimberly siguió con la mirada a Megan que se alejaba con su rosa en la mano. Entonces se le ocurrió que debía de ser muy fatigoso hacer de anfitriona de tanta gente y procurarles entretenimiento.

La duquesa lo conseguía de manera admirable, y esa idea del picnic en el invernadero parecía excelente. El aire era húmedo pero tibio y perfumado. Nada como un invernadero para un picnic en pleno invierno, y el de Sherring Cross era más grande que la mayoría. Sí, sería divertido y...

Conque había ido a emborracharse, ¿eh? Bien, ojalá tuviera una buena jaqueca por la mañana. Era lo menos que merecía aquel miserable.

24

Primero sonaron unos fuertes golpes en la pared y después:

-Kimber, ¿estás despierta?

Ahora lo estaba. Y no podía creer que Lachlan fuese capaz de meter tanto ruido en plena noche... otra vez. Durante las últimas semanas había observado un silencio absoluto, y ella hasta había empezado a pensar que quizá a su regreso a Londres le hubiesen dado otra habitación.

¿Qué hora era, por Dios? Las pesadas cortinas se hallaban corridas, y la ventana no podía darle ningún indicio. Pero recordaba lo mucho que le había costado conciliar el sueño. Era más de medianoche cuando había ahuecado la almohada por última vez...
-¿Kimber?

El sonido que salió de la garganta de Kimberly sólo podía llamarse rugido cuando apartó la ropa, se puso de rodillas en la cama y a su vez golpeó con fuerza la pared.

-¡Silencio! ¿Has perdido el juicio? ¿Es que no sabes qué hora...?

-Me parece que... me muero.

-¡¿Qué?! -exclamó ella. Sintió que el corazón le daba un vuelco. No recibió respuesta, ni siquiera cuando volvió a golpear la pared. Un miedo desconocido se apoderó de ella. Saltó de la cama y corrió hacia la puerta, sin otro pensamiento que el de llegar junto a él, de modo que ni siquiera reparó en ponerse la bata. Derribaría la puerta si era necesario... pero no hizo falta, porque se abrió al instante, y hasta golpeó la pared a causa del empujón que le dio Kimberly al entrar impetuosamente.

Lo encontró donde imaginaba, junto a la pared. Estaba de rodillas, encorvado, casi

rozando el suelo con la frente, e inmóvil. No detectó el menor movimiento, ni un suspiro siquiera. Prácticamente sin aliento, Kimberly se arrodilló a su lado.

-¿Lachlan? -Le levantó la cabeza y entonces lo oyó gemir, y habría gritado de alivio si el gemido no hubiera sido tan fugaz. Porque aún no estaba muerto, pero algo grave le ocurría, y ella volvió a sentir pánico-. ¿Qué te duele? ¡Contesta! ¿Estás herido? ¿Te han disparado o...?

-¿Has venido?

-Claro que he venido. Has dicho que te morías. Pero ¿de qué?

-Veneno.

-Ay, Dios mío, entonces no sé qué hacer -exclamó ella-. ¿Cuándo ha sido? ¿Cómo? Hay que avisar al médico sin demora...

-No me dejes, por favor -rogó él. Tenía los brazos cruzados sobre el vientre. Extendió una mano buscando a tientas a Kimberly, encontró el tobillo y lo agarró. El veneno aún no había afectado a su fuerza y ella hizo una mueca al sentirse atenazada.

-Suéltame para que pueda ir a avisar a un médico, Lachlan.

-Un médico no podrá hacer nada, cariño.

-¡No digas eso! -exclamó ella, presa del pánico-. No te mueres, ¿me has oído? El médico sabrá qué hacer.

-Una cama es lo único que necesito, Kimber, y una mano cariñosa que me ayude a pasar lo peor. ¿Crees que podrás tener un poco de compasión?

-Es lo que estoy intentando -empezó ella, pero suavizó el tono-. Está bien, ven, te ayudaré a echarte en la cama. Incorpórate, para que pueda levantarte. -Trató de asirlo por los hombros, pero le resultó imposible. Si él no la ayudaba, nada podría hacer.

Entonces, él apoyó en el suelo la mano libre e irguió el torso, y ella vio que estaba completamente vestido; sin duda había empezado a golpear la pared nada más entrar en la habitación. Vestido, pero desaliñado, con el pelo revuelto y briznas de paja pegadas a la ropa, como si se hubiera revolcado en el suelo de un establo y hubiera olvidado sacudirse. Pero lo que la hizo tambalearse fue el hedor: olía como si se hubiera bañado en vino.

Entonces recordó que Megan le había dicho que Lachlan había ido a emborracharse, y preguntó:

-¿Te has pasado el día bebiendo?

-No, he dormido... no sé dónde.

-Y luego has seguido dándole al vino...

Él hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

-Es que tenía una sed...

Kimberly se puso en cuclillas. No tenía aspecto de moribundo sino de borracho; de hecho, olía y hablaba como un borracho.

-¿Estás seguro de que te han envenenado, Lachlan?

-¿Envenenado?

Ella entornó los ojos.

-Has dicho que estabas envenenado, ¿no lo recuerdas?

-Oh, sí, la bebida te envenena. Nunca me había encontrado tan mal...

-¡Miserable! ¿Me dices que te mueres, me das un susto de muerte y resulta que sólo estás borracho?

Se levantó bruscamente, furiosa, pero olvidó que él la sujetaba por el tobillo. Antes de que lograse volverse hacia la puerta perdió el equilibrio y cayó de espaldas, y habría dado con la cabeza en el suelo si no hubiese puesto los codos.

-Ésta es una invitación que no puedo rehusar, cariño -farfulló él.

-¿Qué?

Aturdida a causa de la caída, ella no supo a qué se refería hasta que reparó en que tenía el camisón enrollado en las caderas y subido, de un lado, hasta más arriba de la rodilla y, del otro, hasta media pantorrilla. ¡Y las rodillas dobladas y separadas!

Entonces entendió el obsceno significado de la frase. Pero lo peor era que él había empezado a arrastrarse hacia ella, aunque despacio y torpemente. Era evidente que tenía la intención de arrojarse sobre ella para aceptar la «invitación». La sola idea hizo que Kimberly sintiese un intenso calor en las entrañas que la asombró y consternó a la vez.

Pero su reacción inmediata, aparte de ahogar una exclamación de vergüenza, fue la de juntar las rodillas y poner el pie libre en el pecho que se le venía encima.

-Ni lo sueñes -le advirtió.

-¿No?

-Categóricamente, no.

Él se acuclilló, se tambaleó, recuperó el equilibrio y la miró con ceño.

-Tienes el corazón de hielo, Kimber, de hielo.

-Para ti, he de tenerlo -murmuró ella para sí, pero él la oyó y pareció animarse.

-Ah, ¿sí? ¿Será acaso que has de luchar contra la tentación, cariño?

Esto estaba peligrosamente cerca de la verdad, y Kimberly, intranquila a causa de ello, irguió la espalda y replicó:

-¿Será que desvarías otra vez? Mírate, apestando a vino, desastrado, con los ojos turbios. ¿Tentación? ¿De qué, si puede saberse? -A punto estuvo de resoplar despectivamente. En su opinión, las palabras que acababa de pronunciar sonaban sinceras y contenían el desdén suficiente como para que él hiciera una mueca de dolor. Lo malo era que Lachlan, a pesar de estar ebrio y desaliñado, seguía pareciéndole atractivo.

-Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, cariño. También tú tienes los ojos turbios y estás tan despeinada como yo, pero me gustaría...

-¡Cállate! -lo interrumpió ella, frenética, temiendo oír algo que pudiera influir en su voluntad-. Y suéltame el pie para que pueda marcharme. No tenías por qué despertarme ni yo tengo por qué estar aquí.

El miró la mano con que le sujetaba el tobillo y pareció sorprendido. La soltó suspirando y dijo:

-Anda, pues, vete a tu lecho caliente. Yo pasaré la noche en este frío suelo, ya que no estoy en condiciones ni de llegar a la cama sin ayuda.

Kimberly lo miró entornando los ojos mientras se levantaba.

-¿Acaso pretendes que me compadezca de ti?

-No... Para eso necesitarías una pizca de compasión, y ya has demostrado que no la tienes.
-Debes saber que tengo tanta compasión como cualquier mujer -respondió ella ásperamente-. ¿Habría entrado en tu habitación si no la tuviera?

-Sí, has entrado. Pero no quieres ayudarme, ni aun viendo el estado tan lastimoso en que me encuentro.

-Lo que veo es que te lo has buscado y que no mereces compasión. ¿Por qué has bebido tanto?

-No quieras saber la respuesta, Kimber.

Ella apretó los dientes, furiosa. Como tantas otras veces, quería decirle que si no le gustaba que la llamase cariño, tampoco el que abreviase su nombre. Pero invariablemente estaba muy enfadada para decírselo o había algo más urgente de qué hablar. Y en ese momento no serviría de nada, porque dudaba que por la mañana se acordara de su protesta.

-Muy bien. No me lo digas. Lo preguntaba por mera cortesía, porque en realidad no me importa. Tus motivos no me interesan en... -Se detuvo a mitad de la frase al advertir que estaba protestando demasiado y con tono de indiferencia, añadió-: En fin, buenas noches. Procura no hacer más ruido, te lo ruego.

Lachlan permaneció en silencio mientras ella se acercaba a la puerta. Kimberly no se volvería a mirarlo, no sentiría pena por él. Si se encontraba mal, lo tenía merecido.

Pero, cuando ya iba a cerrar la puerta, lo oyó decir:

-Te necesito.

Kimberly gimió. Apoyó la frente en la jamba, cerró los ojos y trató de sofocar la emoción que esas dos palabras habían despertado en ella. Era inútil. No podía hacer oídos sordos a esa súplica. Que partía de él. Con ese tono.

Y pensó que podía dar gracias de que sólo fuese ayuda lo que él necesitaba, porque no estaba segura de poder resistirse a aquellas palabras si se las pronunciaba con otra intención. Pero ¿acabar otra vez en la cama con él, sólo por unas palabras? Ni hablar. No podía ser tan tonta. ¿O sí?

25

Kimberly apartó la pesada cortina para mirar por la ventana. Increíble. Los leves sonidos de actividad que se oían en el pasillo y en el exterior de la mansión, un alegre silbido, un golpe seco, el repique de una campana, un saludo en voz baja habían debido indicárselo, y sin embargo no podía creer que ya amaneciera... y que ella aún estuviese en la habitación de Lachlan. ¿Cuántas horas llevaba allí? Demasiadas.

Volvió la mirada hacia él. Ahora parecía dormir profundamente. Pero no podía fiarse, según había comprobado varias veces con irritación. Hasta ese momento no había podido apartarse de la cama sin que él protestase.

Sacudió la cabeza y suspiró. Tuvo que mantenerse firme; ayudarlo había sido una equivocación que sin duda lamentaría. Pero ¿qué podía hacer? Al menos se había mostrado fría y severa, de modo que si algo recordaba él, lo cual era más que dudoso, pensaría que lo había ayudado de mala gana.

Pero lo ayudó. Hasta le quitó las botas y la chaqueta, una vez lo tuvo en la cama, para que estuviera más cómodo. Y, tan pronto como puso la cabeza en la almohada, se quedó dormido.

Pero no por mucho rato, sólo hasta que trató de marcharse. Y, a partir de entonces, cada vez que se apartaba de la cama, Lachlan se ponía a gemir como si estuviera muriéndose. Kimberly no se explicaba cómo podía darse cuenta si no abría los ojos. Y cada vez ella pensaba que quizá por fin se calmase y le permitiese marcharse a su habitación.

De todos modos, contrariamente a lo que ella había pensado al principio, Lachlan no fingía. A pesar de sus bromas y zalamerías de antes, se encontraba realmente mal. Y ella lo atendía solícita, con compresas frías para mitigar el sudor con que su cuerpo trataba de purgar el veneno, y apoyando suavemente una mano en su frente cuando lo expulsaba a borbotones en una palangana. Después se había quedado más tranquilo, pero cuando ella se apartaba la hacía regresar junto a él con sus quejas.

Kimberly no podía evitar que se le cerrasen los ojos. Había dormido una hora cuando él la llamó y, desde entonces, nada. Pero había decidido que, por mucho que él se quejara, estaría en su cama antes de que Mary entrase para despertarla. La chismosa de la criada no iba a tener ocasión de especular acerca de dónde había pasado la noche Kimberly.

Cruzó la habitación y se acercó a la cama por última vez. Ahora Lachlan parecía dormir plácidamente. Tenía un aire tan inocente que Kimberly no pudo por menos que sonreír. Pero luego pensó que hasta el diablo puede parecer inocente cuando duerme. Y las sensaciones que ese hombre despertaba en ella no tenían nada de inocentes. En ese mismo instante, por ejemplo, deseaba apartarle de la frente aquel mechón, como tantas veces había hecho durante la noche. Salió de la habitación antes de ceder al impulso.

Poco después, Kimberly despertó bruscamente, no a causa de los sigilosos movimientos de Mary, que había entrado y salido sin que su señora se diera por enterada, sino por los golpes que sonaban en la pared. Se sentó en la cama, tratando de abrir los ojos.

Otro ruido. Ya no eran golpes en la pared sino el sonido de algo o de alguien al caer al suelo. Y eso trajo a su adormilado cerebro el recuerdo del estado de Lachlan y lo sucedido durante la noche. Seguramente, aquel desgraciado se había levantado con la peor jaqueca de su vida y estaba tropezando con los muebles.

Volvió la cabeza lentamente y miró con ojos centelleantes la pared que tenía detrás, pero sabía perfectamente que no podría dormir hasta que se hiciese el silencio. Ahora no había prisa, como por la noche. Ni siquiera estaba enfadada. Se sentía demasiado cansada incluso para eso. De modo que, tranquilamente, se puso la bata y unas zapatillas y se acercó al espejo del tocador, lo que sin duda fue una equivocación.

Desde luego, parecía tan exhausta como se sentía. Aún tenía los ojos entrecerrados, y el pelo revuelto le daba aquel aspecto negligente que Lachlan encontraba tan atractivo, pero que ella consideraba impropio e inadmisible.

Un cepillo y un rápido lavado de cara recompusieron su aspecto hasta donde era posible. En realidad, lo único que deseaba era volver a su tibio y mullido lecho, pero durante aquellos pocos minutos, en la habitación de al lado se había oído otro estruendo y gritos de dolor, gemidos, gruñidos y demás. Como si Lachlan se hubiera caído de la cama, pero más de una vez. Ahora volvían a sonar golpes, y la cama no estaba cerca de aquella pared.

Kimberly suspiró y se preguntó por qué le habría caído en suerte ser su enfermera. Pero no había alternativa. Nadie acudiría a ayudarlo tan temprano. ¿Dónde estaban aquellos dos hombres del clan que habían venido con Lachlan? ¿Acaso durmiendo la borrachera? Eran ellos quienes deberían haber ayudado a su señor, no ella.

Kimberly salió de su habitación antes de que la ira la dominase. Pero todos los motivos por los que se sentía furiosa se desvanecieron bruscamente cuando vio la puerta de la habitación de Lachlan abierta de par en par y, de pie en el umbral, a la duquesa, que se mordía los labios, se retorcía las manos y parecía horrorizada por lo que veía.

Rápidamente, Kimberly se acercó a Megan y se detuvo a su lado. Tampoco ella dio crédito a lo que veía. En la habitación estaba el duque de Wrothston golpeando con saña al escocés. Lachlan, el muy idiota, no se quedaba en el suelo para poner fin a aquel ataque, aunque Kimberly no estaba segura de que eso hubiera hecho desistir al duque, que parecía furioso. De todos modos, se quedaría con la duda, ya que cada vez que era derribado Lachlan volvía a levantarse. ¿Cuántas veces habría ocurrido lo mismo?

Por su aspecto, demasiadas. Le sangraba la nariz y tenía en las mejillas las huellas de los puños de Devlin. Al recibir un golpe en el estómago, Lachlan dejó escapar uno de esos gruñidos que Kimberly había oído a través de la pared. Otro golpe, esta vez en la mandíbula, volvió a lanzarlo al suelo. Su brazo tropezó con una mesa de noche, que cayó encima de él.

Kimberly hizo una mueca de dolor, al imaginar el modo en que la jaqueca debía de multiplicar por mil el efecto de cada puñetazo que el escocés recibía. Sin embargo, y habida cuenta de las circunstancias, resistía bastante bien, pero no hacía nada por defenderse. Al parecer estaba tan atontado que no acababa de darse cuenta de lo que le ocurría... y Kimberly no podía quedarse allí mirando, como hacía Megan.

Ya completamente despierta, preguntó con tono perentorio:

-¿Puedo saber qué ocurre?

Megan, que no la había oído acercarse, dio un respingo, se volvió hacia ella e hizo chasquear la lengua antes de responder:

-Ahora que ese escocés había dejado de importunar y empezaba a caerme simpático... Pero es una vergüenza que otra vez haya tratado de robarnos. Estoy muy decepcionada.

Kimberly entornó los ojos, desconcertada, pero al instante comprendió.

-¿Ha robado en Sherring Cross?

Megan asintió.

-Nada menos que uno de nuestros mejores sementales y dos de las yeguas. Por lo visto, pensaba que una granja de cría de caballos lo ayudaría a salir de sus apuros económicos. Y no tenía ninguna necesidad, porque para eso le habría bastado con encontrar una esposa rica.

Kimberly estuvo a punto de aceptar que, en efecto, no tenía necesidad. ¿Por qué iba Lachlan a correr ese riesgo? Pero otro estrépito la distrajo. Lachlan había ido a chocar contra la pared al lado de una ventana. Alguien, probablemente el propio Devlin, había descorrido una de las cortinas antes de sacar de la cama a Lachlan, para ver mejor dónde pegaba. Pero debido a ello Lachlan había estado en un tris de caer por la ventana o, por lo menos, cortarse gravemente con el cristal.

Kimberly, al darse cuenta del peligro que corría el escocés, exclamó dirigiéndose al duque:

-¡Basta ya! ¿No ve que no está en condiciones de defenderse? Anoche se hallaba tan borracho que va a tardar días en reponerse.

Como el duque no respondió, Megan decidió intervenir.

-Devlin, Kimberly tiene razón -dijo con tono de preocupación-. Déjalo ya. ¿No ves que MacGregor no se defiende? -Se volvió hacia Kimberly y susurró-: ¿Cómo sabes que está borracho?

Kimberly se sonrojó, pero reaccionó rápidamente e improvisó:

-Me ha despertado varias veces. Lo oí vomitar, caer al suelo, gruñir. Habría jurado que estaba muriéndose, pero como ayer me dijo usted que había ido a emborracharse, supuse...

-Sí, tienes razón. Una deducción lógica... Devlin, déjalo, ¿me has oído? Vas a matar a ese desgraciado.

-¿Olvidé decirte... que ésa es... mi intención? -jadeó el duque entre golpe y golpe.

Megan volvió a hacer chasquear la lengua, pero en otro aparte dijo a Kimberly:

-Me parece que Devlin quiere averiguar qué ha hecho MacGregor con los animales. De lo contrario, ya lo habría enviado a la cárcel. Si recupera los caballos, quizá se avenga a razones. Aunque sólo es una posibilidad, porque con lo que siente por ese hombre...

Lo que Megan quería decir era que tenía sus dudas, lo cual resultaba poco alentador.
-¿Se ha molestado en preguntar dónde están los caballos?

-Desde luego; pero el escocés dice que no sabe nada del robo.

-Tendréis pruebas, supongo.

-Pues... creo que sí. -Megan frunció el entrecejo—. El hombre que descubrió el robo, uno de los mozos de cuadra, dice que oyó hablar en dialecto escocés poco antes de recibir un golpe en la cabeza. Y con el historial de Lachlan, que él es el primero en reconocer, creo que mi marido no necesita más pruebas.

Aquello no auguraba nada bueno. Y Kimberly no tenía por qué defender a aquel hombre, a pesar del ridículo impulso que sentía. De todos modos, la prueba no era terminante. ¿Que alguien había hablado en dialecto escocés? Había otros escoceses en la propiedad, entre ellos varios criados. Si los duques pensaran con lógica, comprenderían que el ladrón tenía que ser alguien de fuera, y que a esas horas ya estaría lejos.

Sin embargo, todos sabían que Lachlan sentía antipatía por el duque, quien se había casado con su amada, de modo que probablemente no tendría escrúpulos en robarle. Y ella había visto briznas de paja en su chaqueta, lo que indicaba que había estado en una cuadra, aunque no tenía por qué ser de Sherring Cross, y haber estado en ella a cualquier hora antes de llegar a su habitación.

No obstante, por lo poco que Kimberly sabía de él estaba segura de que su honor le impediría robar al hombre que le daba hospitalidad, cualesquiera que fuesen sus sentimientos personales. En ciertos aspectos, podía ser despreciable, pero ella habría apostado a que ése no era uno de ellos.

Por otra parte, el hecho de que Lachlan hubiera sido ladrón no lo acusaba forzosamente, menos aún cuando no tenía necesidad de exponerse a un riesgo semejante. Además, considerando el estado en que se hallaba la víspera, y el que nadie lo hubiera visto llevarse los caballos... ¿Su estado?

-¿Cuándo se supone que ocurrió el robo? -preguntó Kimberly.

-Una hora antes del amanecer.

Fue tal el alivio que Kimberly se tambaleó.

-Si entonces él estaba con... -Horrorizada, dejó la frase sin concluir, porque iba a decir «conmigo». Y no podía admitirlo, si no quería destrozar por completo su reputación. Tenía que haber otra manera de demostrar, sin condenarse a sí misma, la inocencia de Lachlan, de la que ahora no le cabía duda. Para disimular, tosió como si se hubiera atragantado y prosiguió-: ...estaba en un estado lamentable, por lo que he podido oír. Y estoy segura de que sus gemidos me han despertado mucho antes del amanecer. La primera vez que lo he oído tropezar con los muebles, debía de ser poco después de la medianoche. ¿Estáis seguros de la hora?

Fue el duque quien respondió. Al parecer, su último golpe había dejado inconsciente a Lachlan.

-El criado dice que miró el reloj antes de salir de su cuarto, que está encima de las cuadras, para ir a investigar el ruido que lo despertó. Era una hora antes del amanecer. ¿Está usted segura, lady Kimberly, de que era MacGregor quien estaba aquí haciendo ruido y no uno de sus hombres, que trataba de despertarla para que usted supusiera que se trataba de este canalla?

Kimberly ahogó un gemido. Tampoco podía contestar a eso con la verdad. Pero volvía a sentirse indignada, porque Lachlan yacía inconsciente en el suelo, después de recibir un castigo tan duro como injusto. Con tono de reproche, respondió:

-De una cosa estoy segura. No veo que su excelencia tenga señal alguna, por lo que supongo que el escocés no ha respondido a sus golpes. Imagino que no lo ha hecho porque es usted su anfitrión o bien porque es el duque de Wrothston o, quizá, porque había bebido más de lo que cualquier persona puede tolerar y se encontraba demasiado borracho como para entender de qué se lo acusaba. Y en tal caso, que es lo más probable, no habría estado en condiciones de cometer el robo.

-O quizá porque estaba tan borracho pensó que no lo descubriríamos.

Era evidente que Devlin St. James no estaba dispuesto a atenerse a razones. Mentalmente, ya había juzgado y condenado a Lachlan.

Pero Kimberly no iba a dar su brazo a torcer. Siempre quedaría el recurso de confesar la verdad, aunque esperaba que no fuese necesario.

-Yo diría que el caso requiere ser investigado -dijo-. Creo haber suscitado dudas suficientes. Por lo menos, hay que dejar el asunto en suspenso hasta que lord MacGregor se serene y pueda responder a sus acusaciones con la mente despejada.

-Es probable que tenga razón, Dev -terció Megan-. No parecía muy despejado cuando lo despertaste.

Él las miró furioso. No estaba dispuesto a esperar. Finalmente, asintió ásperamente y admitió, aunque a regañadientes:

-Está bien. Esperaré para llamar al magistrado. Pero apostaré guardias en su puerta. Os prometo que esta vez no escapará sin pagar sus fechorías.

Kimberly dejó escapar un suspiro de alivio. Por lo menos, había ganado tiempo. Ahora esperaba que Lachlan pudiera defenderse satisfactoriamente sin comprometerla... eso, si cuando recobrara el conocimiento y la sobriedad estaba en condiciones de hablar. Por como tenía los labios cortados e hinchados a causa de los golpes de Devlin, era de suponer que no le resultaría fácil.

Maldición, una vez más tendría que hacer de enfermera.

26

La puerta se abrió después de que sonara un golpecito. Lachlan no levantó la voz para impedir que el intruso entrara porque no quería despertar a la muchacha, que se había dormido en sus brazos. Pero juró entre dientes, y volvió a jurar cuando vio a su primo Gilleonan en la habitación.

Lachlan iba a indicarle con un gesto que guardase silencio, pero el gesto se trocó en mueca de dolor debido a lo magullada que tenía la cara. Aun así, Gilleonan estaba tan sorprendido que no se habría fijado en nada que no fuese Kimberly.

-¿Qué hace ella aquí y... -Gilleonan se inclinó para ver mejor la cara de Kimberly, que estaba apoyada en el pecho de Lachlan- ...durmiendo? ¿Ya sabes que se ha dormido, muchacho?

Era imposible que Lachlan no se hubiera dado cuenta de ello, pues llevaba más de una hora sin mover ni un músculo, para no despertarla. Cuando Kimberly había conseguido hacer que volviera en sí con compresas frías, se habían sentado al borde de la cama y, mientras restañaba los cortes de sus labios, los ojos se le cerraron lentamente.

Él la había sujetado para evitar que cayese al suelo y, tomándola entre sus brazos, le apoyó la cabeza en su pecho; todo lo que hizo Kimberly fue dejar escapar un profundo suspiro.

Pero Lachlan no iba a explicar estas cosas a su primo.

-Cállate -susurró.

-¿Qué?

-Shhh.

Gilleonan parpadeó, y entonces comprendió.

-Ah, sí -dijo volviendo a bajar la voz-. Pero ¿qué está haciendo ella aquí, y qué hacen esos dos fornidos ingleses en la puerta, como si montasen guardia?

-Quizá están haciendo precisamente eso.

Gilleonan resopló al oír el áspero tono de su primo, pero por fin miró a éste a la cara

y entonces ahogó una exclamación.

-Rayos, ¿quién te ha machacado la cara con un mazo?

Lachlan hizo otra mueca.

-¿Tan mal estoy?

-No puede decirse que estés muy bien. ¿Ha sido ella?

Lachlan trató de fruncir el entrecejo, pero tuvo que conformarse con imprimir a su voz un tono burlón.

-No seas ridículo. Ha sido nuestro irascible anfitrión. O eso creo.

-¿Lo crees? ¿Cómo puedes no estar seguro, después de recibir la peor paliza de tu vida? Nunca te había visto tan mal.

-Es que cuando empezó aún no estaba despierto -siseó Lachlan-. Ni sobrio. Veía doble, triple...

Gilleonan lo miró asombrado.

-De modo que te emborrachaste... Debí de figurármelo, con lo furioso que estabas ayer por la mañana. Dar un puñetazo a ese hombre, y sin razón, que yo sepa. Sabía que te pesaría...

-No hablemos de eso, por favor. Tampoco yo sé qué mosca me picó. Pero el estado en que acabé a medianoche es inenarrable -dijo Lachlan asqueado de sí mismo-. Si quieres que te diga la verdad, no me acuerdo ni de la mitad.

-¿No te acuerdas?

Gilleonan estuvo a punto de echarse a reír, pero Lachlan consiguió fruncir el entrecejo, asesar del dolor, de modo que rectificó, tosió y preguntó:

-¿Por qué te pegaba entonces? No me digas que por fin te acostaste con su duquesa y él se enteró.

-Nada de eso -respondió Lachlan, indignado.

-Entonces, ¿por qué?

-Me parece recordar que dijo que le había robado unos caballos.

-¿Y se los robaste?

Era difícil hacer que un cuchicheo resultara amenazador, pero Lachlan lo consiguió diciendo:

-Voy a estrangularte por decir eso, Gill.

-¿Desde cuándo no sabes distinguir una broma? -dijo Gilleonan, a la defensiva.

-Lo mismo digo.

Gilleonan parpadeó y luego dejó escapar una risita.

-Ah, ya me parecía a mí.

Ésa era una de las frases favoritas de Ranald, y Lachlan habría sonreído si no le hubiera dolido tanto.

-No estoy seguro de nada, Gill, pero han puesto un par de guardias ante mi puerta y no tardarán en venir a explicármelo.

-¿Y la chica?

Lachlan miró la cabeza rubia que se apoyaba bajo su barbilla y su expresión se suavizó.

-Lady Kimberly ha sido un ángel. Estaba tratando de reparar los daños, pero me parece que esta noche no he debido de dejarla dormir mucho, porque no ha podido acabar el trabajo.

-¿No te ha explicado qué ha ocurrido? -inquirió Gilleonan.

-Antes de que pudiese preguntárselo ya estaba dormida.

No era verdad. Le había preguntado varias veces qué sabía acerca de la visita del duque, pero ella se limitaba a decir: «Estate quieto» o «Shhh» o «¿Cómo puedo curarte los labios si no cierras la boca?». De modo que él dejó de preguntar. Pensó que de todas formas no tardaría en averiguarlo. Pero entonces ella se había quedado dormida, y como el placer que le producía su proximidad era mucho mayor que la curiosidad, no la había despertado para seguir preguntando.

Pero no tenía por qué explicar estas cosas a Gilleonan.

-Ya que por el momento de ti no sospechan, ve a ver qué puedes descubrir.

-Iré a buscar a Ranald y rondaremos por las cuadras hasta que sepamos qué ha pasado. Lo más probable es que debido a la oscuridad un invitado se equivocara de caballo y aún no se haya dado cuenta.

-Seguro.

Pero Lachlan no lo creía así. St. James no se habría enfurecido por algo tan banal. Alguna prueba tendría; pero Lachlan no imaginaba siquiera cuál podía ser.

Gilleonan, que iba hacia la puerta, se volvió y dijo:

-Tendrías que llevar a la chica a su habitación y descansar un poco.

-No podría.

-¿Quieres que yo...?

-No -respondió Lachlan con excesiva rapidez-. No me molesta.

Gilleonan arqueó las cejas, pero como su primo no dijo nada más, se encogió de hombros y se marchó. Cuando volvió a cerrarse la puerta, Lachlan suspiró.

No le fatigaba ni molestaba sostener a Kimberly, pero el contacto de su cuerpo, suave y cálido, empezaba a perturbarlo de otro modo. Y, exhausto como estaba, con todos los huesos doloridos, le parecía increíble que pudiese desearla de manera tan intensa. Pero de todos modos, aunque ella hubiera estado despierta y dispuesta, él no podría haber hecho nada.

Debió dejar que su primo se la llevara o, por lo menos, moverla un poco para que despertara y regresase a su habitación. Pero se resistía a soltarla, ni siquiera para poner fin a aquella sensación. ¿Qué importaba una incomodidad más, si tantas había tenido que soportar? Y, además, le gustaba tenerla allí.

De modo que se puso a pensar en otra cosa, y lo que más le preocupaba en aquel momento era el duque de Wrothston y el severo castigo que le había infligido. Algún motivo debió de tener aquel hombre para justificar la paliza que le había dado. El que Lachlan estuviese borracho y no pudiera defenderse era ahora lo de menos.

En realidad, el primer puñetazo, que iba dirigido al ojo pero se estrelló en la frente cuando Lachlan trató de esquivarlo, fue decisivo. Lo atontó de tal modo que a partir de ese momento no había sentido los golpes. De todos modos, estaba seguro de que el castigo no habría sido tan duro si St. James no hubiera considerado que tenía viejas cuentas pendientes con él.

Tendría que esperar a oír los argumentos del duque. Por un lado, Lachlan admitía que St. James, lo supiera o no, tenía motivos justificados para darle una zurra., y no por la ofensa de que había sido víctima antaño ni por el supuesto robo de ahora, sino por el intento de seducir a Megan. Es lícito amar a la mujer de otro siempre que uno no la acose, se mantenga a distancia y nadie más se entere. Pero cuando volvió a encontrar a la bella Megan perdió la cabeza y trató de conquistarla, y ahora no se sentía precisamente orgulloso de su conducta.

Por otra parte, ya se había llevado una tunda por la antigua ofensa y no iba a aceptar otra. Tampoco iba a soportar más golpes por algo que no había hecho. No estaba tan loco como para robar unos caballos que, por ser de los mejores de Inglaterra, serían fáciles de identificar.

Pero no haría ni diría nada hasta que conociera todas las circunstancias. Por lo tanto, lo único que podía hacer por el momento era esperar la explicación que le diera St. James.

27

-Bien, ¿oímos ya lo que tiene que decirnos ese canalla? -preguntó Devlin.

Megan, que estaba a su lado, frunció el entrecejo, y no por primera vez aquel día.
—Me parece que aún no te has calmado. ¿Por qué no lo dejas para mañana y lo consultas con la almohada?

Devlin sacudió la cabeza con vehemencia.

-Has estado reteniéndome todo el día, y hasta me has hecho soportar una cena condenadamente incómoda, durante la cual lady Kimberly ha tratado de fulminarme con la mirada, aunque no me explico qué puede tener que reprocharme.

Megan reprimió un bufido, pero a duras penas.

-Quizá imagina que tu manera de tratar al escocés no ha sido un modelo de ecuanimidad. Realmente, esta mañana él no estaba en condiciones de enfrentarse a tus iras. Aunque, con semejante cólera, no creo que hubiera tenido muchas probabilidades ni aun estando fresco como una rosa.

Devlin lanzó otra mirada furibunda a Megan.

-No pienso demorarlo ni un minuto más.

Dicho esto, el duque no admitió más protestas. Abrió la puerta y entró en la habitación del escocés. Su esposa lo siguió, y tras ella entraron los tres recios criados que debían llevar a MacGregor ante el magistrado, cuando Devlin hubiera terminado con él. Aunque, tratándose de un hombre tan corpulento como Lachlan, podían haber hecho falta más de tres hombres de no haberse encontrado tan maltrecho.

La habitación estaba oscura y fría. El fuego se había consumido. Probablemente los guardias de la puerta habían ahuyentado a las criadas encargadas de avivarlo. La luz que entraba del corredor permitía ver a MacGregor en la cama, al parecer, dormido.

Megan hizo chasquear la lengua. El estado de aquel hombre la reafirmaba en la idea de que el interrogatorio debía dejarse para el día siguiente. Pero Devlin ordenó que encendieran el fuego y las lámparas de la habitación; los tres criados obedecieron al instante, en vista del mal humor de su amo. Ella se abstuvo de insistir en que aquello debía esperar. Seguir llevándole la contraria al duque no favorecería en nada al escocés. Y no era que ella deseara favorecerle.

Lady Kimberly había suscitado algunas dudas aquella mañana, pero Megan, en el fondo, se sentía inclinada a dar la razón a su marido. Sólo que... en fin, lo sentía por Lachlan. Y temía tener que decir a Margaret lo que había hecho su sobrino. Hasta ese momento el asunto se había mantenido en secreto, pero pronto trascendería. Y Margaret se llevaría un gran disgusto. Además, se sentiría culpable por haberlo llevado a esa casa.

-Ya tenemos bastante luz -oyó decir a Devlin-. Traed-me ese jarro de agua. Quiero asegurarme de que esté bien despierto.

-Oh, por el amor de Dios -intervino Megan, y se acercó a la cama mientras ordenaba en voz alta-: Levántate, MacGregor, y ve a refrescarte la cara, antes de que lo haga otro... en tu lugar...

De pronto guardó silencio y permaneció inmóvil al ver que Lachlan se incorporaba en la cama y abría los ojos con evidente dificultad. Tenía las mejillas amoratadas, el lado izquierdo de la cabeza hinchado los labios tumefactos y agrietados y un chichón en la frente que el mechón rebelde no lograba disimular.

Sólo sus ojos no habían sufrido daño alguno. Devlin no había acertado en ellos. Pero Lachlan se había quitado la camisa (o alguien lo había hecho por él) y ahora que la ropa de la cama le había resbalado hasta la cintura, tanto su pecho como su estómago revelaban las señales de la paliza. Podía darse por satisfecho si no tenía varias costillas rotas.

-Si te conmueve su aspecto, querida, no tienes más que marcharte -dijo Devlin a su espalda-. No hay motivo para que te quedes...

-De ninguna manera —replicó Megan, sobreponiéndose, y prosiguió enérgicamente-: ¿Estás lo bastante despierto como para responder a las acusaciones que se te han hecho, MacGregor?

-No, iré a refrescarme la cara, si no os importa esperar un momento...

-No habrán... empezado aún... ¿verdad? -jadeó Kimberly desde la puerta. Estaba sin aliento. Cuando advirtió que los duques habían desaparecido de la reunión, subió corriendo por la escalera. Aspiró profundamente antes de añadir-: Excelencia, se suponía que yo debía ser informada cuando se procediera a interrogarlo. Creo haberle dicho que deseaba estar presente.

Devlin suspiró.

-Lady Kimberly, no hay absolutamente ninguna razón por la que deba usted presenciar...

-A pesar de todo, insisto. Después del trato que se le ha infligido esta mañana, debe estar presente alguien que sea imparcial.

-Su defensa puede considerarse cualquier cosa menos imparcial -replicó Devlin.

Kimberly ahogó una exclamación.

-Yo no pretendo defenderlo. Sólo he dicho que...

-¡Basta!

Fue Lachlan quien interrumpió, y en voz tan alta que hasta él mismo hizo una mueca. Pero se había puesto de pie y miraba al duque de Wrothston con expresión de furia.

-¡Dios mío! -exclamó Kimberly.

-Es la segunda vez que me despiertas hoy -continuó el escocés moderando el tono, pero no la cólera-. Me has molido a golpes hasta dejarme sin sentido, me has tenido encerrado y sin comida durante todo el día. De modo que serás tú quien conteste mis preguntas, St. James, y empezarás por decirme de qué diablos se me acusa.

-Eso ya te lo he... -empezó Devlin.

-Repítemelo -lo interrumpió Lachlan con un brillo pétreo en sus ojos verde claro-. Si me acordara, no te lo preguntaría.

Devlin lo miró con hosquedad y luego asintió secamente.

-Está bien. De las cuadras faltan tres caballos muy valiosos y un mozo dice haber oído tu voz antes de que alguien lo dejara inconsciente.

-¿Mi voz?

-Un momento -intervino Kimberly-. La duquesa dijo que sólo se trataba de una voz que hablaba el dialecto escocés, y eso no...

-Lady Kimberly, su preocupación por la justicia me parece muy loable -dijo Lachlan-. Pero ¿le importa dejar que sea yo quien pregunte?

Si tan amablemente se lo pedía, hubiera sido una grosería negarse. Ella asintió sin mirarlo. Aún se sentía turbada por el modo en que se había comportado aquella mañana. Se había dormido literalmente *encima* de él...

Lachlan advirtió que Kimberly se ruborizaba y adivinó la causa. Cuando por fin había despertado en sus brazos, se había sentido tan azorada que había salido de la habitación casi corriendo y murmurando excusas que él no había llegado a captar. Sintió el deseo de ir tras ella, pero entonces recordó que tenía guardias en la puerta y se metió en la cama. Al parecer, había dormido todo el día.

Pero ahora iba a exigir que le explicaran aquel extraño incidente. Volviéndose otra vez hacia el duque, preguntó:

-¿Es cierto lo que ella dice?

-Es lo que dijo el hombre esta mañana al recobrar el conocimiento. Todavía estaba atontado a causa del golpe. Pero para mí fue prueba suficiente -repuso Devlin-. Posteriormente, se le ha interrogado a fondo y ha puesto nombre a la voz que oyó: tu nombre, MacGregor.

-Pues yo no conozco a ese hombre -dijo Lachlan-. Pero por lo visto él sí me conoce, a mí y a mi voz, ¿no es así?

-Él no afirma haber hablado contigo, MacGregor, pero te conoce de vista. No pasas inadvertido. Además, te ha oído hablar.

-Eso es muy interesante -dijo Lachlan-, porque yo no acostumbro a hablar a los mozos de cuadra, por lo menos, a los ingleses, porque no hay quien los entienda con ese acento.

Al parecer, Kimberly fue la única a quien divirtió esta observación, cuando era Lachlan quien hablaba con acento y al que en ocasiones se le escapaban palabras en el dialecto escocés, y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la seriedad que observaban todos los presentes.

Pero Lachlan no había terminado.

-A ver si lo entiendo, St. James. ¿Se me acusa de atacar a tu mozo de cuadra y llevarme tres de tus magníficos caballos?

-En efecto.

-Y supongo que debo de haberlos escondido por los alrededores, puesto que aquí

estoy y no los tengo conmigo, ¿verdad? ¿O ya los he enviado a Escocia confiando en que, por tratarse de animales tan corrientes, nadie reparará en ellos?

-Ahórrate el sarcasmo -le espetó Devlin-. Podrías haber organizado el transporte de muchas maneras. Por ejemplo, en un carro cerrado.

-De modo que no se trata de una idea repentina provocada por la embriaguez sino de un delito planeado de antemano. Muy interesante. ¿Y decidí llevarla a cabo aun cuando estaba tan borracho que casi no me tenía en pie?

-¿Estabas realmente borracho, MacGregor, o sólo lo fingías?

-A eso pueden contestarte los de la taberna, y con detalles. Creo recordar que me echaron a patadas, aunque no sabría decir si era de día o de noche. Tuve que dormir la borrachera antes de que me dejaran volver a entrar, y la dormí en su establo, aunque no estoy seguro. Lo que sé es que cuando volví a entrar no se alegraron mucho de verme.

-Comprobaremos eso, aunque no tiene importancia. El mozo oyó tu voz en el establo momentos antes de que lo atacaran.

-¿Y con quién se supone que hablaba cuando me oyó? ¿Con uno de mis parientes? Se da el caso de que ayer ninguno de ellos me acompañó en mi estúpida salida, y me refiero a la que hice para beber, no para robar caballos. Y, conociendo a mis primos, yo diría, con perdón de las señoras aquí presentes, que ambos estuvieron muy bien acompañados durante toda la noche, lo cual también podrás comprobar fácilmente si hablas con ellos. Vamos a ver, ¿cuándo se supone que cometí el delito? ¿Durante el día, a la vista de todos, o por la noche?

-Como si no lo supieras... -bufó Devlin-. Una hora antes del amanecer.

Lachlan entornó los ojos.

-Entonces estaba en mi cama.

-Eso es lo que dices. ¿O tampoco estabas solo y puedes demostrarlo?

A Kimberly empezaron a encendérsele las mejillas. Imaginó los ojos de Lachlan fijos en ella, o quizá fuese el remordimiento lo que la hacía imaginarlo. No tenía más que reconocer que ella estaba con él aquella noche... y destruir su reputación para siempre.

-No, que yo recuerde, nadie se acostó conmigo -dijo Lachlan finalmente. A ella seguía ardiéndole la cara. Lachlan había expresado su negativa con toda veracidad. Ella no estaba acostada en la cama, sino sentada en ella.

Pero, al mirar en derredor, observó que nadie había reparado en su sonrojo, porque todos miraban fijamente a Lachlan. El duque dijo entonces en tono de triunfo.

-Lo que me figuraba. No puedes demostrar que estabas en la cama.

-No guardo muchos recuerdos de esa noche, pero uno de ellos es que llegué a mi habitación poco después de las doce. No ha sido una noche agradable, me encontraba muy mal.

-¿Quieres decir, sencillamente, que no te acuerdas del robo?

-Es verdad, bebí demasiado. Pero cuando estoy borracho no suelo hacer lo que no haría estando sobrio, St. James, y puedes estar seguro de que nunca robaría tus condenados caballos.

Devlin esbozó una sonrisa burlona.

-Si eso es todo lo que tienes que decir en tu defensa, MacGregor, estoy perdiendo el tiempo.

-Te digo que yo no he hecho eso y me darás la oportunidad de probarlo.

-La oportunidad de escapar, dirás.

-¿Escapar? ¿Adonde, St. James? Tú sabes dónde encontrarme. ¿O imaginas que renunciaría a mi casa de Escocia por tus caballos?

Hasta Devlin tuvo que reconocer que eso no era posible, porque, en lugar de insistir, preguntó:

-¿Cómo piensas probarlo?

-Encontrando a los caballos y al ladrón -respondió Lachlan.

-A los caballos los encontraré yo, y al ladrón ya lo he cogido.

-No lo has hecho. ¿O temes tener que pedirme perdón por tu equivocación?

Se produjo un largo silencio; por fin, Devlin gruñó:

-Está bien. Te doy una semana. Y después tendrás que comerte esas palabras.

Lachlan sonrió, o al menos lo intentó.
-O tú sentirás mis puños, que será mi manera de aceptar tus disculpas.

Devlin se limitó a sorber el aire por la nariz antes de salir airadamente de la habitación. Kimberly, que seguía en el umbral, se apartó rápidamente de su camino. Pero no esperaba que Megan se retirara tan deprisa llevándose a los fornidos criados, ni encontrarse de repente a solas con Lachlan.

Otra vez cohibida, se creyó en la obligación de decirle:

-Gracias.

Lachlan arrugó la frente. En cualidad, era lo único que podía mover; el resto de su cara no le obedecía muy bien.

-¿Gracias por qué, cariño?

-Por no pedirme que confirmara que decías la verdad.

-¿Lo habrías hecho? -preguntó él suavemente.

Ella habría preferido que no le hablara en aquel tono. Hacía que se sintiese como si se derritiera por dentro. Pero no podía admitir que no habría consentido que lo llevara ante el magistrado. Él podía sacar la impresión de que le importaba, cuando no era así. Por supuesto que no. Con aparente indiferencia, se obligó a decir:

-Claro que no. Habría dado por tierra con mi reputación, y no soy tan insensata. Además, ya te he ayudado más de lo que mereces. Incluso he dicho a la duquesa que durante la noche me habías despertado varias veces con tus ruidos.

Observó que su respuesta lo había defraudado, pero no obstante él preguntó:

-¿Y ella te creyó?

-Sí, pero el duque dijo que podía tratarse de uno de tus parientes, que trataba de hacerme creer que eras tú.

-Si está tan seguro de que soy culpable, no me extraña que piense así... -gruñó él.

-No creas que para demostrar que eres inocente voy a confesar que pasé la noche en tu habitación -repitió ella con obstinación-. Tendrás que buscar otra manera.

-Ésa era mi intención. Nunca te pediría que destruyeras tu reputación por mí.

-Entonces, ¿crees que podrás encontrar los caballos? -preguntó ella, y se reprochó aquel tono esperanzado.

Pero él no pareció notarlo.

-No se trata de lo que pueda hacer, cariño; tengo que encontrarlos.

Ella asintió, totalmente de acuerdo. Cuando iba a marcharse, él se sentó en el borde de la cama. Al verlo hacer una mueca de dolor, tuvo que reprimir un gesto de compasión. A la fuerza tenían que dolerle tantos golpes, pero podría resistirlos sin más ayuda suya.

De todos modos, ofrecía una imagen tan lastimosa que Kimberly no pudo mantener su gesto de indiferencia.

-Me gustaría ayudarte... en tus pesquisas, quiero decir. No me hace ninguna gracia que te acusen de esto, sabiendo que no lo has hecho.

Él dejó escapar una risita. Esas últimas palabras lo animaban. Y también ella se encontraba mejor después de reconocer lo que realmente sentía.

-A mí tampoco me hace gracia, cariño -dijo él-. Pero tengo que reconocer que debido a mis andanzas de antaño me he creado mala fama. No puedo reprochar a St. James que sospeche de mí. Pero al fin tendrá que tragarse sus palabras, o no merezco ser laird del clan MacGregor.

Al oír esto, ella no pudo por menos que creerle.

28

-Se llama Will Ables -dijo Gilleonan-. Y me parece que no solamente está confuso, sino que, por alguna razón, miente.

-¿Por qué? -preguntó Lachlan.

Era la mañana siguiente. Gilleonan se había presentado, despejado y madrugador, a informar a Lachlan de lo que él y Ranald habían descubierto la víspera acerca de los caballos desaparecidos.

St. James había dado a Lachlan una semana para demostrar su inocencia, pero éste iba a tardar más que eso sólo en recuperarse de la paliza, por lo que, dada la premura, había tenido que encomendar los primeros pasos de la investigación a sus primos. En estos momentos, todo lo que él podía hacer era dar instrucciones.

-Está muy a la defensiva -respondió Gilleonan- e insiste demasiado en que era tu voz. No cualquier escocés, sino tú en particular. Y yo pregunto: ¿dónde habrá oído él tu voz, si no trabaja en las cuadras normales sino en las de cría?

-Lo mismo me pregunto yo. Lo más que me he acercado a los purasangres de la casa fue en el patio de doma la otra mañana.

-Sí, la mañana que atizaste al vizconde sin motivo aparente. ¿ O existe una razón que puedas dignarte a revelarnos a nosotros, escoceses obtusos?

Lachlan suspiró. Sabía que su primo se sentía marginado, pero no podía explicarle qué le había impulsado a atacar a Howard Canston, si él mismo no lo comprendía. Decir que había actuado movido por los celos, que era la excusa lógica, sonaría absurdo, de modo que prefería no hablar de ello.

-No te devanes los sesos, Gilí. Yo ya lo he olvidado. No hay como beber para olvidar.

El comentario suscitó la sonrisa que esperaba. Esa cuestión podía esperar hasta que Gilleonan sacara sus propias conclusiones, si algún día las sacaba. Ahora volvió al asunto más urgente.

-Vigílame a ese mozo de cuadra, sin que él lo note, si puedes. Fíjate con quién habla, adonde va, qué hace cuando no está ocupado con sus tareas. Habla con los que trabajan con él. Averigua si alguien en particular ha ido a verlo estas últimas semanas. -¿Qué piensas?

-No estoy seguro, pero las posibilidades son muchas. El bueno de Will podría ser el ladrón. Los que viven en las cuadras saben a qué horas no hay nadie rondando por allí. Gilleonan sacudió la cabeza.

-No me parece lo bastante listo, ni lo bastante audaz, como para arriesgarse a hacer eso. Si acaso, en pandilla y obedeciendo órdenes.

-O eso o, sencillamente, alguien le ha pagado para que acuse a otro mientras los verdaderos ladrones escapan y borran el rastro. Pero no me explico por qué tuvo que fijarse en mí.

-Yo sí. -Al ver que Lachlan enarcaba una ceja, Gilleonan explicó—: Dudo mucho que haya aquí mucha gente que no esté enterada de tu pasado, por lo menos en el ala de los criados. El día que llegaste, los duques hablaron de ello abiertamente, y había criados cerca que oyeron más de la cuenta. Hubo muchos comentarios en la cocina. Eso dice Ranald. Y él tiene que saberlo, porque va detrás de la ayudante de la cocinera y pasa mucho tiempo allí metido.

-Bueno, eso no reduce precisamente el número de posibles implicados -dijo Lachlan, malhumorado.

-Y, para semejante plan, tú debiste de ser el primero en quien pensaron. Tampoco el duque se lo pensó dos veces antes de culparte. Pero ya averiguaremos quién ha sido, no te preocupes.

-De eso no me cabe la menor duda -dijo Lachlan. Pero no era exactamente la verdad.

Gilleonan asintió y agregó:

-He enviado a Ranald a recorrer los alrededores y los pueblos vecinos en busca de sitios donde pudieran estar escondidos los caballos, y pienso hacer que siga con ello por el momento. La gente sale a trabajar poco después de la hora en que se cometió el robo, por lo que no creo que los ladrones se llevaran muy lejos a los animales, o se habrían expuesto a que los vieran.
-Es verdad, y por eso iba a pedirte que preguntéis a la gente que de madrugada anda por los caminos de los alrededores -dijo Lachlan-. Muchos harán el mismo recorrido todos los días a la misma hora, y quizá alguien haya visto algo.

-Buena idea, y yo puedo ayudar a Ranald en eso, ya que sólo nos llevará un par de horas. Después cada uno vuelve a su trabajo y podré seguir vigilando a Will Ables.

-Será más fácil dar con los caballos que con el ladrón, aunque con un poco de suerte quizá encontremos a éste con aquellos. Los caballos solos no demostrarán nada, pero por lo menos tendremos algo que nos guíe y un lugar al que podemos estar seguros de que los ladrones volverán. También es posible que el mozo de cuadra, si es cómplice, nos conduzca hasta ellos.

-Lo tendré bien vigilado, descuida —dijo Gilleonan.

-Muy bien. Yo mismo iré a hacerle una visita, en cuanto me sienta con ánimos para meterle el miedo en el cuerpo. Ahora, con esta cara no creo que le inspirase más que desprecio. Sólo sirve para asustar a las criadas en los pasillos oscuros, y poco más.

-Bueno, tampoco es... -Gilleonan quería animarlo, pero suspiró y dijo-: Todavía no se nota mucha mejora.

-Tengo ojos y espejos -dijo Lachlan, y soltó una carcajada-. Pero si no los tuviera me habría bastado la mirada de horror de la chica que me ha traído el desayuno.

Gilleonan hizo una mueca.

-Es verdad, no lo había pensado; eso retrasará tus planes para encontrar esposa.

-En efecto -convino Lachlan.

En realidad, aún no había empezado a pensar seriamente en tales planes, por la sencilla razón de que no podía olvidarse de Kimberly el tiempo suficiente para decidir a cuál de las jóvenes que en ese momento se encontraban en Sherring Cross podía pretender. Porque en su fuero interno sólo la pretendía a ella.

Había empezado a creer que no tenía posibilidades. Kimberly se lo había dejado bien claro. Pero eso era antes de que entrara en su habitación la otra noche y lo atendiera tan solícitamente y de que saliera en su defensa a la mañana siguiente. Quizá se había mostrado un poco brusca, pero Lachlan empezaba a pensar que lo hacía para disimular. Siempre trataba de mostrarse fría y serena, pero pocas veces lo conseguía. Aquella muchacha tenía que esforzarse mucho para dominar su carácter apasionado.

Se había negado a sacarlo del apuro por la vía más fácil, pero él no esperaba que llegara tan lejos. De todos modos, había acabado por ofrecerle su ayuda. De modo que quizá hubiese cambiado de parecer respecto a él. Debía tratar de averiguarlo, porque de nada servía negar que no tendría el menor inconveniente en casarse con Kimberly Richards.

¿A quién pretendía engañar? Cada día se le hacía más evidente que deseaba casarse con ella.

29

Will Ables era un muchacho larguirucho de cabello negro y lacio y grandes ojos de mochuelo. A primera vista, inspiraba compasión, sin que uno supiera por qué, por lo menos hasta que se engallaba.

A Kimberly le pareció tan compungido que, antes de abordarlo, tuvo que recordarse a sí misma que aquel hombre, por el motivo que fuera, había mentido. A ella le constaba que Lachlan no había estado allí, y el mozo de cuadra había jurado lo contrario.

Hacía dos días que Kimberly sabía que las explicaciones que había dado Will Ables no se ajustaban a la verdad, y eso la indignaba. Pero a menos que obtuviese pruebas, no podía acusarlo abiertamente de mentir. Ese silencio forzoso la contrariaba, y su impotencia la enfurecía.

Y, puesto que ya habían pasado tres días de la semana que se había concedido a Lachlan, sin que hubieran salido a la luz nuevos datos, por lo menos que ella supiera, decidió ir a hablar con el mozo de cuadra. Si conseguía descubrir algo, por poco que fuera, que indicase que el sirviente mentía, Lachlan podía quedar libre de sospechas. Valía la pena intentarlo.

Comprendía que la única razón que aquel hombre podía tener para mentir era que estuviese complicado en el robo. Y eso la hacía dudar de que el golpe que le habían dado en la cabeza hubiese sido real.

¿Alguien había examinado la lesión? ¿Se había comprobado su existencia? ¿O acaso con la agitación del momento se había pasado por alto este detalle? Kimberly tenía la intención de descubrirlo.

Desde luego, cabía la remota posibilidad de que Will Ables sencillamente se hubiera confundido, que creyera realmente haber oído a Lachlan. Pero no debía hacerse una

acusación tan grave sin una certeza absoluta.

Había tenido que preguntar a cada mozo de cuadra que veía si era Ables, ya que no conocía al hombre. Pero por un proceso de eliminación al fin lo descubrió, sentado en una bala de heno, comiendo un gran pastel de carne. Y parecía realmente afligido, con aquellos lúgubres ojazos azules. Pero eso sólo era apariencia, no reflejo de lo que pasaba por su cabeza, según tendría ocasión de comprobar.

-¿Will Ables?

El hombre se levantó de inmediato y se quitó la gorra, quizá con una celeridad excesiva para un hombre que recientemente había recibido una lesión en la cabeza. Un movimiento tan brusco tenía que haberle producido dolor, y su cara no lo había acusado.

-Servidor, señora.

-Por favor, no se levante -dijo ella con una sonrisa-. Me he enterado de su percance y vengo a ver cómo se encuentra.

-¿De qué, señora?

-De su encuentro con los ladrones de caballos. En mi opinión fue usted muy valiente.

-No fue nada -respondió él, ruborizándose por el cumplido-. Sólo cumplí con mi obligación.

-Si usted lo dice. ¿Qué ha dicho el médico de la herida? ¿Sanará pronto?

-No hizo falta que me viese el médico. Mi cabeza se ha llevado mamporros peores, con perdón.

-Pero lo examinaría un médico, ¿no? -Necesitaba su nombre para hablar también con él.

-¿Por un chichón de nada? -dijo él con tono burlón-. Les dije que no había necesidad.

Kimberly enarcó una ceja. Ni médico, ni nadie que comprobara que el hombre había recibido un golpe en la cabeza. Pero ¿acaso no lo sospechaba ya?

-¿No habrá sido una imprudencia, señor Ables? ¿Y si necesita unos puntos de sutura? ¿Me deja ver, para asegurarme...?

Él retrocedió tan bruscamente que tropezó con la bala de heno y a punto estuvo de caer. Cuando recobró el equilibrio, su mirada era ligeramente acusadora. Estaba claro que lo había pillado por sorpresa. Pero se rehizo rápidamente, con una sonrisa de suficiencia.

-No se moleste, señora. Ya le he dicho que no es nada. Ni un rasguño, ni sangre. Y del chichón ya casi no queda nada.

Kimberly asintió, y se dijo que si tal chichón había existido alguna vez, estaba dispuesta a comerse su gorro de invierno. Realmente, era una lástima que el duque no hubiera insistido en que un médico examinara a aquel hombre en el momento en que

había ocurrido la supuesta agresión. Entonces habría descubierto que mentía. Porque Kimberly ya no tenía duda de ello.

Pero ya había transcurrido demasiado tiempo como para poder demostrarlo. El chichón debía de haberse reducido. Tendría que buscar otra prueba.

Se preguntaba qué diría aquel hombre si lo llamase embustero. Protestar, naturalmente. Suspiró. De ese modo no conseguiría nada.

-Es una vergüenza que aún no se hayan recuperado los caballos -comentó-. Pero, por lo menos, gracias a usted el escocés no ha conseguido escapar. ¡Vaya osadía robar a su anfitrión! Qué falta de escrúpulos y de ética. Es casi tan vil como robar al propio amo.

El mozo de cuadra volvió a enrojecer, ahora de bochorno, estaba segura. Sin embargo, él optó por referirse al elogio.

-No conozco personalmente a ese hombre -dijo-, pero le había oído hablar en un par de ocasiones. Es difícil confundir su voz.

-Ya sé a qué se refiere. Tiene un acento muy marcado, ¿verdad? Fácil de reconocer. Y a veces habla en dialecto.

-Sí, señora.

Volvía a mentir. Eso era absolutamente falso. Lachlan apenas si tenía acento y, desde luego, nunca hablaba en dialecto escocés. Indignada, tuvo que desviar la mirada para dominarse.

Pero había descubierto algo que podía servirle: Ables no conocía la voz de Lachlan; probablemente, nunca la había oído. Si oía hablar a Lachlan y a otros dos escoceses, no sabría distinguirlo.

Había que decírselo al duque... No, a Devlin, no. No le agradaba Lachlan, había querido echarlo desde el primer momento. Le gustaba saberlo culpable, porque ahora tenía una excusa para expulsarlo de su casa. Sólo lograría convencerlo si le entregaba al verdadero ladrón.

Se lo diría a Megan. La duquesa podía estar decepcionada y disgustada con Lachlan, pero Kimberly no creía que sintiese antipatía por él. Sería imparcial. Y entre las dos quizá lograsen idear un plan para obligar a Will Ables a demostrar su acusación.

Una idea excelente. Kimberly estaba tan satisfecha que hasta pudo dirigirse otra vez al hombre sin fulminarlo con la mirada.

-Bien, me alegro de que se encuentre bien y dispuesto a volver al trabajo -dijo al marcharse-. Claro que ahora tiene menos animales que cuidar. Esperemos que esto pronto se remedie. Estoy segura de que el duque no descansará hasta que haya recuperado los caballos y puesto al ladrón entre rejas.

-¿Es que todavía anda por aquí el escocés? ¿Aún no lo han encerrado?

Ella descubrió entonces que Ables no estaba al corriente de la situación. Por supuesto, un señor no tenía por qué informar de sus actos a sus criados. Probablemente, el

hombre tampoco sabía que Lachlan había sido golpeado y debía permanecer en su habitación mientras se recuperaba.

Ables parecía alarmado, pero eso no era prueba de su culpabilidad. Con la corpulencia de Lachlan, quien lo acusara de algo, fuese verdad o no, no se sentiría seguro hasta que lo arrestaran impidiéndole vengarse o ajustar cuentas.

Kimberly se preguntaba si al mozo de cuadra no se le ocurriría desaparecer ahora que sabía que el escocés podía venir en su busca. Ello podía ser indicio de culpabilidad... o no, porque el temor al desquite del escocés podía ser también un motivo poderoso.

No, no era conveniente que se sintiera amenazado.

-Él jura que es inocente -respondió-, y el duque, que es un hombre justo, le ha dado tiempo para que lo demuestre. Pero no puede hacer mucho, tullido como está.

-¿Tullido?

-Sí, de una paliza que le han dado. Aunque bien merecida se la tenía, desde luego.

El hombre, al oír esto, se tranquilizó visiblemente.

Kimberly confiaba en no haberse equivocado al tratar de impedir que desapareciera. Pero él era el único que podía demostrar la inocencia de Lachlan, y lo necesitaban.

Kimberly lo obsequió con una sonrisa de despedida y le deseó buenos días. Tenía prisa por regresar a la casa. Pero en el momento en que se volvía, apareció por la esquina Howard Canston, que, al verla, se detuvo bruscamente.

-¡Lady Kimberly! -exclamó-. ¿Qué hace...? Precisamente venía en su busca. Me han dicho que la habían visto dirigirse hacia aquí. Quería preguntarle si le gustaría salir a dar un paseo a caballo, hoy que el sol se ha dignado salir.

Ella no quería; estaba deseando hablar con la duquesa a fin de revelarle lo que acababa de descubrir. Pero también tenía intención de explorar los alrededores de Sherring Cross, por si casualmente conseguía dar con los caballos.

El duque, indudablemente, tendría a su gente buscando a los animales, pero había que cubrir mucho territorio, bosques y prados. Y ella deseaba ser quien los encontrara, para compensar su silencio.

De modo que accedió. Tampoco haría ningún daño cultivar la amistad de Howard. Al fin y al cabo, tenía que casarse, y él aún figuraba en su lista de candidatos.

Pero Kimberly estaba cavilosa mientras se dirigían de las cuadras de cría a las normales, situadas al lado de la casa, en busca de una yegua dócil. Si Canston andaba buscándola, como decía, ¿por qué pareció tan sorprendido al encontrarla?

30

En la habitación de Lachlan habían instalado una mesa y vanas sillas para que pudiera hacer sus comidas en privado, ya que no estaba en condiciones de bajar a reunirse con los demás invitados. Gilleonan se dejó caer en una de las sillas y levantó la tapadera de la fuente que había sido servida antes de que él llegara, y que seguía intacta.

-Por lo menos, te alimentan bien -dijo, olfateando el salmón al horno, las patatas asadas y la enorme rebanada de pan untada de mantequilla.

Lachlan se volvió de espaldas a la ventana, donde contemplaba, pensativo, su reflejo en el cristal.

-¿Creías que me mataban de hambre?

-Se me había ocurrido la posibilidad.

-Pues tranquilízate, porque durante todo el día no hacen más que venir criadas con tartas, pasteles y comidas completas. También ellas deben de pensar que me muero de hambre. Ésa es mi segunda cena, conque sírvete si gustas.

-Encantado -dijo Gilleonan con una sonrisa acercándose a la bandeja. Después de tomar un par de bocados, miró a Lachlan y empezó su informe-. Hoy lady Kimberly ha ido a hablar con Ables. Esa mujer te desprecia, ¿verdad?

Lachlan se puso rígido.

-¿Por qué lo dices?
-Porque le daba la razón al hombre, y le ha dicho que te habían dado una paliza y que te la tenías merecida, por carecer de escrúpulos y de ética. -Gilleonan frunció el entrecejo al recordar algo más-. Pero también le ha hecho decir que tenías un acento muy marcado, cuando ella y yo sabemos que no es así.

Lachlan pareció desconcertado, pero sólo un momento. Soltó una carcajada, y dijo:

-Seguro que quiere ayudarnos, Gilí. Piénsalo: si ese hombre cree que ella está de su parte y que no sospecha nada, quizá le cuente cosas que a ti no te contaría.

-Ahora que lo dices, quizá era eso. Y hasta ha tratado de hacer que le enseñara el chichón, pero él no ha querido, y por poco se cae de culo, al apartarse.

-Eso significa que no tiene tal chichón.

-Yo ya lo sospechaba -convino Gilleonan, y agregó-: Y entonces se ha presentado el vizconde, que venía buscándola. A punto ha estado de descubrirme. No he tenido más que unos segundos para desaparecer.

-¿Lord Canston?

-Sí, quería llevarla a pasear a caballo.

-¿Y se la ha llevado?

Gilleonan se encogió de hombros.

-No los he seguido para comprobarlo sino que me he quedado cerca de Ables, pero

hoy no ha ido nadie más a hablar con él.

A Lachlan le resultaba difícil dejar de imaginar a Kimberly y Canston paseando juntos, pero al fin lo consiguió.

-¿Y Ranald? ¿Ha tenido suerte?

-No, pero dice que le parece que se ha suspendido la búsqueda.

-¿Por qué?

-Supone que ya han encontrado los caballos, pero nadie lo ha dicho.

-Maldita sea, quería encontrarlos yo y montar guardia para cazar al ladrón cuando apareciera para darles de comer o llevárselos... Un momento, si no lo han dicho, es que aún no los han traído. Eso significa que St. James ha montado la guardia.

-¿Tú crees?

-Es lo que haría yo en su lugar. Pero él espera atraparos a ti o a Ranald, seguro. Y ojalá no lo eche todo a perder. Di a Ranald que deje de buscar. No quiero que lo pillen en el sitio por casualidad.

-Eso sí que sería mala suerte, pues nadie creería que es inocente.

-Como tampoco me creyeron a mí -dijo Lachlan con amargura.

-No -convino Gilleonan riendo para sí, mientras se metía en la boca otro trozo de salmón-. Pero yo diría que todas las criadas de la casa tienen bastante fe en ti, o no comerías tan bien.

Kimberly deseaba cabalgar hacia un claro del bosque en cuyo centro se levantaba lo que parecía una cabaña de leñadores abandonada. Al verla, pensó que era lo bastante grande como para que cupieran los tres caballos, y se preguntó si la habrían registrado ya.

Propuso a Howard ir a investigar, pero entonces él dijo que debía regresar, que había olvidado que tenía una cita y que, si no volvían de inmediato, llegaría tarde. Ella no puso en duda sus palabras, al verlo tan agitado, porque el vizconde hasta fustigaba al caballo sin necesidad, por lo menos mientras estuvieron en el bosque (el pobre animal mostraba señales de que ésa no era la primera vez que sufría malos tratos), pero cuando le sugirió que regresara solo, él se negó en redondo.

Kimberly no llegó de muy buen humor a Sherring Cross. La contrariedad que sentía por no haber podido visitar la cabaña de los leñadores era tanto mayor por cuanto no creía poder encontrar "el camino ella sola. Luego, fue en busca de Megan y no pudo dar con ella, lo que aumentó su frustración.

Ya estaba servida la cena cuando apareció Megan, sola. El duque no venía con ella, ni había que esperarlo aquella noche, según anunció la anfitriona a sus invitados. Kimberly no lo lamentó, porque todavía estaba furiosa con él por haber condenado a Lachlan tan a la ligera.

Hasta acabada la cena no podría hablar con la duquesa en privado. Cuando por fin

estuvieron a solas en la biblioteca, también Megan tenía novedades que revelar.

-Ya han encontrado los caballos.

Kimberly pestañeó.

-¿Los han encontrado?

-Sí, en una cabaña, en el lado oeste de los bosques.

-Es asombroso -dijo Kimberly sacudiendo la cabeza, sorprendida por la coincidencia-. Me parece que esta misma tarde he pasado por allí. Quería entrar a investigar, pero iba con el vizconde de Canston y él tenía prisa porque llegaba tarde a no sé qué cita y hemos tenido que regresar. Pensaba volver mañana.

-Oh, no, no vayas. Devlin se encuentra ahora allí, con una docena de hombres, esperando a que alguien se presente. Y está aún más enfadado que antes, porque han dejado a los tres animales juntos. Dos yeguas y un semental sin nada que los separe. Es un milagro que la cabaña siga en pie.

Kimberly se ruborizó. No eran palabras aptas para los oídos de una señorita.

-Si el duque aún está allí, supongo que el que los robó no ha aparecido. Pero ¿han encontrado alguna pista del posible ladrón? -preguntó.

-Kimberly, ya sé que tú crees que Lachlan es inocente... -empezó Megan con suavidad.

-No es que lo crea, es que... -Titubeó. Había llegado el momento de decir la verdad. Y estaba segura de que Megan no hablaría de ello con nadie, a excepción del duque, naturalmente. Y eso era lo malo.

Porque, con lo íntegro y formal que era el duque, se sentiría en la obligación de contárselo a su padre. Cuestión de responsabilidad y demás. También se creería obligado a preguntarle si durante la noche que había pasado con Lachlan había ocurrido algo fatal. Ella podía responder, sin faltar a la verdad, que no había ocurrido nada. Pero el sonrojo por lo sucedido aquella otra noche la delataría y entonces... No, no podía confesar, y mucho menos después de lo que ese mismo día había descubierto acerca de Will Ables.

De modo que volvió a empezar y rectificó:

-Permítame una pregunta, Megan. ¿Diría que el acento escocés de Lachlan es muy marcado?

-Al contrario, en ocasiones es casi imperceptible. Tengo un lacayo al que apenas si logro entender una palabra de lo que dice. Lo de MacGregor es un deje casi lírico.

Kimberly asintió y prosiguió, más confiada:

-Lo mismo pensaba yo. Pero Will Ables, el mozo de cuadra, tiene otra opinión.

-¿Sí?
-¿No le sorprende?

-Desde luego. Pero ¿tú cómo lo sabes?

-Hoy he ido a hablar con él -reconoció Kimberly-. Por cierto, ¿sabe usted que el señor Ables no quiso que un médico le examinara la herida de la cabeza? ¿Por qué se negaría, si no le hubiese costado ni un céntimo?

-Parece extraño, desde luego -dijo Megan frunciendo el entrecejo.

Mientras la duquesa digería esa información, Kimberly dijo:

-Megan, ese hombre mintió, me consta, y es fácil demostrarlo.

-¿Cómo?

-Dice usted que tiene un lacayo escocés, y por aquí debe de haber otros escoceses, además de los parientes de Lachlan. Si los reúne a todos, incluido Lachlan, donde el mozo de cuadra pueda oírlos pero no verlos, y hace que cada uno diga algo, estoy segura de que no sabrá cuál es Lachlan, y eso demostrará que miente.

Megan sonrió.

-Muy bien pensado. Pero ¿y si elige a uno de los parientes de Lachlan? Eso también lo comprometería a él indirectamente.

-Tiene usted razón -dijo Kimberly, y dejó escapar un suspiro-. Habrá que excluir a los parientes. ¿No habrá más escoceses en la casa?

-Por lo menos, uno. Y hay otro que no trabaja para nosotros, pero vive cerca de aquí y estoy segura de que no tendrá inconveniente en participar.

-¡Magnífico!

-Podríamos hacerlo mañana o, a lo sumo, pasado mañana. De todos modos, Kimberly, si como dices Ables ha mentido y ahora le pedimos que identifique la voz de Lachlan, sospechará que no nos fiamos de él. Y también cabe la posibilidad de que acierte por casualidad.

-Desde luego -concedió Kimberly-. Pero si estoy en lo cierto y nadie le atacó sino que sólo lo simuló, eso lo convierte en cómplice del robo. Por lo tanto, espero que se ponga nervioso y cometa una tontería.

-¿Como, por ejemplo, la de confesar?

-Eso sería estupendo -dijo Kimberly con una sonrisa-. Pero usted... no dirá nada de esto a su esposo, ¿verdad? Por lo menos, hasta después.

Megan rió.

-Supongo que Devlin pasará varios días en el bosque. Se ha emperrado en pillar al sujeto in fraganti. No te apures, ya se enterará de la buena, o mala, noticia cuando regrese.

31

Después de su conversación con Megan, Kimberly empezó a sentirse más optimista. Estaba segura de que el plan daría resultado. Lo contrario era... inadmisible. Y una vez solventado este asunto ella podría concentrarse en la misión que la había llevado a Sherring Cross: buscar marido.

Aquella noche, al ir a sentarse a la mesa, James Travers, que le sostenía la silla, se había inclinado para susurrarle que al día siguiente deseaba hablar con ella en privado. Estaba segura de que pensaba pedirle que se casara con él, y la perspectiva la habría complacido si en aquel momento no se hubiese hallado tan absorta pensando en la conversación que había mantenido con Ables y en la forma de plantear a Megan su sugerencia.

Pero puesto que ya había hablado con la duquesa, podía concentrarse en James... y le habría gustado saber por qué la idea de casarse con él seguía sin entusiasmarla. Estaban hechos el uno para el otro. Ella sabía que aquel hombre podía hacerla feliz o, por lo menos, estaba casi segura. Y su padre se mostraría encantado.

También estaba Howard Canston, quien, después de unos días de cierto alejamiento, volvía a demostrarle su interés en ella. Era más joven, más guapo y menos rico que James, y también sería marqués cuando muriera su padre.

Para ella era importante que su futuro esposo tuviese dinero. Y ni con James ni con Howard tendría que temer que sólo les interesase la fortuna que heredaría de su padre. Hasta después de la boda, cuando ella lo conviniese, no sabrían lo rica que era. La herencia de su madre sería una agradable sorpresa.

Aquella noche, después de su conversación con Megan, Kimberly entró en su habitación pensando en qué diría a James al día siguiente, cuando...

-Te acuestas tarde, Kimber.

-¡Dios mío! -exclamó ella-. Acabas de darme un susto de muerte.

En la oscuridad sonó una risita.

-No ha sido mi intención.

-Pues cualquiera diría lo contrario -murmuró ella, acercándose a la chimenea para prender una varita con que encender las lámparas-. ¿Puedo preguntar qué haces al acecho en mi habitación, Lachlan?

Ni ella ni nadie podía tener dificultad alguna para identificar la voz de Lachlan en la oscuridad, ya que era inconfundible.

-¿Al acecho? No, sólo estaba esperándote -dijo-. Quería verte y no podía arriesgarme a que entraras y te metieras en la cama sin que te oyese. Por eso he venido a esperarte.

-¿Querías verme? -preguntó Kimberly después de encender la primera lámpara.

Recorrió la habitación con la mirada y lo vio sentado en el sillón de lectura, al lado de la ventana-. Pues ya me has visto, de modo que...

-Y es un placer, como siempre -respondió él mirándola fijamente con sus ojos verdes.

Ante cumplido tan inesperado, Kimberly se ruborizó. Pero la intensa mirada de Lachlan encendió una hoguera.

Kimberly estaba nerviosa y no pudo mantener su tono displicente. Además, tenía que informarle del pequeño plan que habían ideado para Ables. Pensaba ir a su habitación por la mañana, pero sería mejor explicárselo ya. La situación no podía ser más incorrecta, pero con él eso parecía ser la norma.

Mientras se dirigía hacia la siguiente lámpara, dijo:

-Han encontrado los caballos.

-Ya lo sé.

Ella enarcó una ceja al oír el tono de su voz.

-No pareces muy contento.

Lachlan se encogió de hombros, se inclinó y apoyó los codos en las rodillas.
-Quería ser yo quien los encontrase y esperar a que apareciese el ladrón.

-Eso precisamente es lo que está haciendo el duque.

-Pero no me fío de que lo haga como es debido. Tendrá demasiados hombres con él y por los alrededores. Delatarán su presencia y el ladrón desaparecerá para siempre.

Expuesto el caso de ese modo, las perspectivas no parecían muy alentadoras, por lo que ella le dio la otra noticia.

-He pensado en otra manera de acabar con este asunto.

Ahora le tocó a él enarcar una ceja. Kimberly observó que su cara tenía mejor aspecto, algunos cardenales ya se habían borrado, el bulto de la frente había desaparecido y los labios habían recuperado su tamaño normal, aunque aún tenían costras. Pero, con una sola lámpara encendida en una habitación tan grande, estaba francamente atractivo. Demasiado.

Cuando se dio cuenta de que estaba embobada mirándole los labios, Kimberly volvió a ruborizarse y dijo rápidamente:

-La duquesa pondrá a prueba un plan, mañana o pasado mañana a más tardar.

Encendió la lámpara del tocador y se acercó a la chimenea, para arrojar la varita al fuego. Pero al volver la mirada hacia Lachlan descubrió que la nueva luz también lo favorecía, pues ponía unos insólitos destellos rojizos en su cabello oscuro, suelto sobre la camisa blanca.

-¿En qué consiste? -preguntó él sin dejar de mirarla fijamente.

Kimberly hizo un esfuerzo para recordar de qué estaban hablando, lo cual provocó en ella otro sofoco. Confió en que él no lo notara.

-Hoy he hecho una visita a Ables -dijo-. Y he comprobado que no conoce tu voz. De modo que haremos que te oiga hablar a ti y a varios escoceses más y le pediremos que te identifique. No podrá. Tendrá que elegir al azar.

Lachlan reflexionó en silencio y dijo lo mismo que Megan:

-Podría tener suerte.

-Y sería muy mala suerte... para nosotros. Si no da resultado y si... en fin, si se acaba el plazo y no encuentran al ladrón, confesaré dónde estaba yo esa noche.

Había conseguido sorprenderlo. Lachlan se levantó y al instante estuvo a su lado. Kimberly se alarmó ante su proximidad. Y no le faltaba razón, pues él le tomó suavemente la cara entre las manos y preguntó:

-¿Eso harías por mí, cariño?

Su mirada era tan intensa que la obligó a bajar los ojos. Y el contacto de sus manos, oh, Dios...

-No tendría más remedio que hacerlo —susurró ella—. No podría dejar que fueras a la cárcel, pudiendo demostrar...

El beso no la dejó terminar. Sabía que eso ocurriría. Podría haberlo impedido, alejarse... quizá. Pero ya era tarde. Ahora volvía a sentir su sabor, notaba el roce áspero de las costras, la suavidad de la lengua, su aroma embriagador. Al principio, sus labios se movían sobre los de ella con precaución, casi vacilando, pero había firmeza en las manos que la tenían cautiva para impedir que interrumpiera el beso. Aunque ella no tenía tal intención. Sabía que debía hacerlo, pero... La palabra «deber» perdía toda su fuerza cuando Lachlan MacGregor estaba cerca.

Vibraba en Kimberly el latido de una expectación febril. Los labios le ardían, sentía un cosquilleo en el vientre y un hormigueo en los senos... a pesar de que sus cuerpos aún no se tocaban; sólo aquellos labios en los suyos, y aquellas manos en su cara.

Ella dejó escapar un profundo suspiro y apoyó las manos en el pecho de Lachlan, pero no para empujarlo, sino para tocarlo, y ésa pareció ser la señal que él esperaba para envolverla con sus brazos y estrecharla contra su cuerpo. Su lengua sensual invadió su boca y sus manos le recorrieron la espalda y las caderas, haciéndole sentir la dureza y el calor de su deseo. Por fin, la tomó en brazos y, suavemente, la depositó en la cama.

Kimberly sabía qué iba a hacer él a continuación. Sabía que lo que nunca debería haber ocurrido volvería a ocurrir. Pero estaba intoxicada por el placer que él despertaba en ella, por el calor de su cuerpo, por las suaves caricias de sus manos, que la desnudaban lentamente. Ella sabía... y no podía ni quería pararlo. Si acaso, apremiarlo.

Pero él no iba a precipitar algo con lo que soñaba noche tras noche desde que la tuviera en sus brazos por primera vez. Había encendido una llama y quería avivarla poco a poco.

Kimberly se estremeció cuando notó su lengua primero en el borde y luego dentro de la oreja; gimió cuando la sintió jugar con su duro pezón, y casi saltó de la cama cuando la deslizó por su vientre y... ¡Dios, no podía dejar que hiciera eso! Pero el deseo la dejaba inerme y el éxtasis anulaba su voluntad. Y él estaba firmemente decidido a conocer cada una de sus facetas y a colmarla de placer.

Era un placer casi excesivo que la acometía en oleadas palpitantes y persistentes y que, cuando Lachlan entró en lo más profundo de su vientre llenándola de su carne caliente, volvió a culminar a los pocos segundos y, minutos después, otra vez, cuando él exhalaba el gemido de su propio éxtasis.

Ella dormía ya antes de que su respiración se calmara, y. tan profundamente que no sintió cómo él la envolvía con sus brazos ni le oyó suspirar de alegría.

-Ya eres mía, cariño. Te guste o no, por la mañana lo comprenderás.

Kimberly tampoco oyó sus palabras, afortunadamente, o no habría podido dormir en toda la noche.

32

Lachlan tenía la intención de permanecer despierto, desde luego. En primer lugar, porque quería que aquella noche de amor pareciese interminable a fin de que por la mañana a Kimberly no le quedara ni asomo de duda de que tenían que ser el uno para el otro. No más excusas. Ya no podría negarse a casarse con él. Y Lachlan no cabía en sí de gozo.

Curiosamente, aquella noche él no había ido a la habitación de Kimberly con la intención de seducirla. No porque no pensara en ello continuamente, pero en esta ocasión sólo quería saber por qué había ido a hablar con Will Ables.

No había tenido que preguntárselo. Ella se lo había explicado sin demora. Pero él no pensaba oír que estuviese dispuesta a sacrificar su reputación para probar que él era inocente. Y lo había estado desde el principio.

Se sintió tan conmovido al comprender que lo amaba, que tenía que amarlo aunque declarase lo contrario, que no había podido dejar de hacerlo sin pérdida de tiempo. Y ella había consentido. Si alguna duda le quedaba, aquella entrega apasionada la había disipado.

Pensaba quedarse despierto, sí, y marcharse antes del amanecer, como la vez anterior. Después, a una hora más decente, volvería para poner las cosas en claro. Pero la primera señal de que no podría cumplir con su propósito fue la voz que lo despertó canturreando una cancioncilla, y a juzgar por los sonidos que la acompañaban, la dueña de la voz debía de estar avivando el fuego en la chimenea.

En su habitación, él era quien se encargaba de eso. Las criadas no entraban en su habitación hasta mediodía, cuando tenían la seguridad de que él ya no estaba.

No obstante, no cabía duda de que en esa habitación alguien estaba encendiendo el fuego, y no era Kimberly, porque percibía claramente el calor de su cuerpo junto a él, mejor dicho, envolviéndolo, porque tenía un brazo alrededor del cuello y un muslo cruzándole las caderas. Habría sido difícil no percibir el contacto de su piel, pensó divertido.

Pero Lachlan no contaba con esa situación. Y no pensaba que aquel maldito corpachón suyo pudiera pasar inadvertido, a menos que la criada estuviese prácticamente ciega. Pero eso sería mucho pedir a su buena estrella, que últimamente parecía bastante apagada.

Y lo que ocurrió fue francamente cómico, o al menos así lo consideró Lachlan más tarde.

En aquel momento, desde luego, no tuvo nada de divertido. Kimberly, a la que también había despertado el ruido que hacía la criada, se desperezaba sensualmente. Eso tampoco había estado mal; por el contrario, era muy agradable, pero apenas empezaba a pensarlo así cuando ella ya estaba sentada en la cama, gritando. Y al segundo la maldita criada chillaba también como una condenada.

Lachlan se incorporó a su vez, murmurando palabras irrepetibles acerca de sus pobres oídos. La criada lo miraba estupefacta, cubriéndose la cara con las manos tiznadas de hollín. Bastó una mirada fulminante de Lachlan para que saliera corriendo, mientras Kimberly exclamaba:

-¡Mary, Mary, vuelve aquí ahora mismo!

Fue inútil; la puerta se cerró violentamente y no volvió a abrirse. Luego, dejando escapar un grito que más parecía un rugido, Kimberly se tapó la cara con la almohada.

Lachlan volvió a echarse, con los brazos cruzados en la nuca y enarcando las cejas dijo con un tono más que áspero:

-Podría ser peor, cariño. Podría haberse quedado.

-¡Ohhh! -exclamó Kimberly saliendo de debajo de la almohada para fulminarlo con la mirada-. No tienes ni idea, no concibes... ¡Esa mujer es la mayor chismosa de este lado del Atlántico! ¿Sabes lo que eso significa?

-Significa que nos casaremos -dijo él, y no pudo evitar sonreír. Si hubiese estado en condiciones de elegir, por nada del mundo habría sellado su destino de modo tan dramático, pero ahora que la cosa ya no tenía remedio, no lo lamentaba.

Sin embargo, Kimberly no parecía precisamente complacida. Todo indicaba que deseaba emprenderla a puñetazos, si no con él, por lo menos con la almohada.

-Lachlan, si crees que va a ser tan fácil, eres un necio.

Después de hacer esa enigmática afirmación, Kimberly saltó de la cama en busca de una bata. Él tuvo que recordar a su cuerpo que aquél no era momento para reparar en que ella andaba desnuda por la habitación. Pero su cuerpo no parecía inclinado a obedecer.

Kimberly estaba furiosa, más consigo misma que con el hombre que yacía en su cama. Esta vez no podía echar la culpa al champán. No había bebido ni una sola copa de vino con la cena. Estaba completamente sobria y sabía muy bien lo que hacía.

Y lo que había hecho era arruinar su vida. ¿Por qué? Por el placer. Ella ansiaba aquel placer que Lachlan le daba a manos llenas. Pero ahora tendría que pagar con dos escándalos en lugar de uno, y atarse a un marido que estaba enamorado de otra. Y todo porque no había tenido la fuerza de voluntad necesaria para rechazar a Lachlan MacGregor.

Volvió a la cama, atando el cinturón de una bata de terciopelo rosa que apenas le cubría los pechos, ya que estaba diseñada para ir encima de un camisón y tenía un profundo escote.

Estaba tan furiosa que no había reparado en este detalle, pero Lachlan, que era extraordinariamente sensual, sí que lo hizo, a pesar de que los ojos de esmeralda lo miraban echando chispas.

-¿Por qué sigues aquí? -le espetó ella-. ¿Estás esperando a que entre alguien para comprobar la veracidad del escabroso relato de Mary? Seguro que cuando salgas en el corredor te encontrarás a diez criadas que habrán venido para eso. ¿Por qué decepcionarlas?

Él hizo caso omiso del sarcasmo.

-Estoy esperando oírte decir que te casarás conmigo.

-¿Me he perdido algo, MacGregor? ¿Acaso no te han encontrado en mi cama como si fuese tuya? En cuanto el duque se entere, no habrá alternativa.

No fue la mención de St. James lo que hizo saltar de la cama a Lachlan, claramente disgustado. Tampoco era su intención escandalizar a Kimberly, pero lo consiguió.

Ella se puso como la grana. Era todavía muy nueva en las relaciones amorosas como para aceptar con naturalidad la visión de la rotunda masculinidad de Lachlan.

-Aunque nadie se hubiera enterado, tampoco habría alternativa, Kimber. Pero aún no te he oído decir que te casarás conmigo, y no me iré hasta oírlo.

Esto la hizo salir de su estupor.

-¡Sí, me casaré contigo! Y espero que estés contento, pero no te durará mucho la alegría. Cuando mi padre se entere...

-Yo me ocuparé de tu padre, cariño, no temas -dijo él con tono de autosuficiencia.

Ella iba a decirle que no sabía con quién tendría que vérselas, que no tendría sencillamente que enfrentarse a un padre indignado, sino a una verdadera fiera. Pero estaba demasiado furiosa para extenderse en explicaciones, y de todos modos ya se lo había advertido. Si él lo tomaba a la ligera...

-¿Sabes una cosa, Kimber? -prosiguió Lachlan mientras buscaba la ropa y empezaba a vestirse-. Ahora me parece que si dices que estabas conmigo la noche en que robaron los caballos, no te creerán. Pensarán que tratas de protegerme. De modo que

nosotros no tendremos más remedio que encontrar al verdadero ladrón.

En aquel momento Kimberly no se sentía muy propicia a hablar de ese tema, y optó por no contestar. Sólo deseaba que él se marchara lo antes posible, a fin de afligirse y lamentarse a sus anchas. Pero la mirada que le lanzó indicaba claramente que aquel «nosotros» estaba fuera de lugar.

Con dolor, advirtió que la mirada de él denotaba todo lo contrario.
Cuando Lachlan salió de la habitación, sólo había ocho criadas merodeando por el corredor.

33

Hacia mediodía, un criado se presentó ante Kimberly para decirle que su excelencia la duquesa la esperaba en su gabinete. Ella suspiró apesadumbrada. La falta que había cometido no había tardado mucho en llegar a oídos de Megan.

Pero eso no debería haber sorprendido a Kimberly. Minutos después de que se hubiese marchado, Lachlan golpeó en la pared divisoria y gritó:

-Te has equivocado, cariño. Sólo he contado ocho criadas en el pasillo.

Ella lanzó un libro contra la pared, que ojalá hubiese sido la cabeza de Lachlan. Pensaba despedir a su doncella en cuanto se atreviera a presentarse ante ella. Eso no remediaría su situación, pero al menos le enseñaría a la muchacha a tener en lo sucesivo un poco de lealtad, aunque lo dudaba.

Kimberly llegó a los aposentos ducales a la hora en que había sido citada. Iba preparada para la entrevista más incómoda y embarazosa de su vida. Se había vestido de oscuro, para presentar un aspecto acorde con su situación. No habría estado más nerviosa si hubiese tenido que presentarse ante su propio padre. Pero seguramente estaría Devlin St. James, que habría dejado su guardia en los bosques para imprimir a la entrevista el sello de su reprobación oficial.

Sin embargo, en el gabinete sólo estaba el secretario de Megan. Las puertas de las habitaciones que daban a la estancia estaban cerradas, aunque ahora el secretario llamó con los nudillos a una de ellas, por la que al cabo de un momento apareció la duquesa.

-Ah, bien -dijo con una sonrisa-. Ahora traen a Will Ables, y aquí al lado, en la habitación de Devlin, tengo a cuatro escoceses. -Señaló la otra puerta con el mentón-. Ha habido suerte, porque el señor Kennedy, nuestro vecino, tiene en su casa a su tío, que ha venido de visita y ha accedido a ayudarnos. ¿Qué te ocurre? Pareces sorprendida. ¿Acaso no creías que pudiese poner en práctica nuestro pequeño plan tan deprisa?

¿Sorprendida?, se preguntó Kimberly boquiabierta. Casi se echó a reír. El alivio era increíble. Megan no la miraba con desagrado sino con extrañeza. Evidentemente, aún no se había enterado de lo ocurrido.

No había que dar por hecho que la temida entrevista no fuera a celebrarse más adelante, desde luego, pero por el momento tenía un respiro. Y también una sorpresa. Sus tribulaciones habían eclipsado el problema de Lachlan y, ocupada en hacerse reproches a sí misma, se había olvidado de Will Ables y del plan.

-Eso es -dijo—. Creí que tardaría un poco más.

-No, he conseguido arreglarlo todo a primera hora de la mañana. Lo único que podía demorarnos era que el señor Kennedy no estuviese en casa. Todo esto me parece muy emocionante. Desde el principio tuve mis dudas acerca de la culpabilidad de MacGregor, pero Devlin estaba tan convencido... De todos modos, de vez en cuando me gusta demostrarle que está equivocado -dijo con una sonrisa Megan-. Es la forma de mantenerlo en vereda. Y me parece que esto saldrá bien. Especialmente ahora, que el señor Ables va a tener más probabilidades de equivocarse.

Kimberly asintió. Sería mala suerte que acertara, pero tenía razón Megan, mejor cuatro escoceses que tres.

Tenía que salir bien.

Lachlan había estado en lo cierto respecto a que el ladrón no aparecería por la cabaña. Con tantos hombres vigilando, sin duda olería la trampa y se mantendría alejado. Pero ahora ella estaba involucrada en el asunto, hasta el punto de que tendría que casarse con el hombre al que acusaban del robo. Si no salía limpio... Bien, tendría otro escándalo que añadir a los dos anteriores. Tal vez pudiese arrastrar dos escándalos, pero ¿un marido en la cárcel? Ya podía hacer las maletas y marcharse a otro país.

Tenía que salir bien.

Pero no estaba en condiciones de darlo por descontado. Ables podía tener suerte. Y entonces ¿qué? Sí, ésa era su última esperanza. Si no daba resultado, necesitaría un plan alternativo. Pero ¿cuál? Maldición. Debería haberlo pensado antes.

Mientras esperaban, repasó mentalmente todos los hechos conocidos. ¿Había pasado por alto alguna cosa? Pensó una y otra vez en cada detalle, analizando el cuándo y el porqué, sin olvidar la circunstancia de que el ladrón no parecía entender mucho de caballos, ya que no se había molestado en tratar de separarlos. El inexistente golpe en la cabeza, la hora del robo, la borrachera de Lachlan, su causa, la mentira de Ables, evidente para ella y Lachlan...

Finalmente, reparó en algo que no le había llamado la atención hasta entonces: que una persona de la clase social de Ables acusara a un lord, aunque fuera escocés. Era inaudito, algo que un hombre como Ables no haría jamás, a menos, desde luego, que fuera cierto. Pero como no lo era, parecía probable que alguien que no tenía reparos en acusar a un lord le hubiese dicho que lo hiciera. ¿Otro lord, tal vez?

-Pero bueno, ¿qué es esto?

Dos criados entraron con Ables en el gabinete. Al parecer, no le habían informado del motivo por el que la duquesa reclamaba su presencia. El hombre sonreía con petulancia pero era evidente que estaba nervioso, lo cual parecía una reacción lógica, salvo, quizá, en el caso de que no tuviera de qué preocuparse. ¿No sería más apropiada una expresión de simple curiosidad?

Megan sonrió para tranquilizarlo.
-Muchas gracias por venir, señor Ables. No lo entretendré mucho tiempo, sólo unas preguntas y una pequeña demostración, y podrá volver a su trabajo.

-¿Preguntas?

-Respecto al robo.

-¿No contesté todo lo que había que contestar a su excelencia? -preguntó él, a la defensiva.

-Estoy segura de que sí, pero en aquel momento mi esposo estaba muy enfadado. Al fin y al cabo, era la primera vez que robaban caballos en Sherring Cross. Por lo tanto, quizá olvidara algún detalle. Por ejemplo, ¿qué fue exactamente lo que oyó decir a lord MacGregor cuando reconoció su voz?

-Ah... No recuerdo, excelencia.

-Haga memoria, señor Ables. ¿Hablaba con otra persona, consigo mismo o con los caballos? ¿Hablaba en voz baja o a gritos?

-Hablaba con un tono normal, y por eso pude reconocer su voz -respondió Will, con más aplomo.

-Muy bien. ¿Y qué decía? Tómese todo el tiempo que necesite, señor Ables. Queremos saberlo con exactitud.

-¿Y qué importa qué dijera? Oigo ruido, voy a ver qué es, oigo hablar al escocés y me dan un golpe en la cabeza.

-Sí, muy sencillo, salvo que podía haber estado hablando con un cómplice, o pronunciando un nombre. O usted haberse confundido. Al fin y al cabo, acababa de despertar de un sueño profundo. Quizá no estuviera del todo despierto cuando oyó la voz.

-Con perdón de su excelencia, sé lo que oí. Sé que era la voz del escocés MacGregor. No hay duda.

-Entonces, ¿la reconocería si volviera a oírla? -preguntó Megan con indiferencia.

-Desde luego.

-Está bien. Para que las cosas queden bien claras, ¿podría decirme cuál de las voces que ahora oirá es la de Lachlan MacGregor?

-¿Qué voces? -preguntó Will con ceño.

Megan hizo una seña con la cabeza a uno de los criados, que cruzó la estancia y abrió la puerta de la habitación contigua, en la que todo lo que se veía era el mobiliario propio de un suntuoso dormitorio.

Kimberly lanzó una rápida mirada al dormitorio y volvió su atención hacia Will Ables, que parecía más preocupado que nunca. Aún no entendía lo que ocurría ni lo

que se esperaba de él. Pero cuando en la habitación de al lado sonó la primera voz, palideció y abrió mucho los ojos.

-¿Soy yo el que oíste, muchacho? Si es así, adelante, dilo ya.

-¿O quizá me oíste a mí, amigo? No te andes por las ramas, que de cosas peores me han acusado, y no pienso protestar.

-Puede que oyeras mi voz, muchacho. Porque si algo me gusta más que los caballos es machacar cabezas.

-A que era yo, ¿verdad que sí? Dicen que como mi voz no hay dos y que es muy difícil confundirla.

La propia Kimberly estaba asombrada de la gran diferencia que había entre las voces, tanto en el tono como en lo acusado del acento. No había semejanza alguna, por lo que tenía que ser muy fácil para el mozo de cuadra elegir la tercera de las voces, en la que ella había reconocido la de Lachlan, a menos que nunca la hubiese oído.

Pero Will Ables parecía haber perdido el habla y permanecía boquiabierto y con una expresión de angustia en la cara. En opinión de Kimberly, su silencio lo condenaba, ya que él comprendía que si se equivocaba estaría perdido.

Lo mismo debía de pensar Megan, porque su sonrisa tenía un aire de triunfo cuando dijo:

-Bien, señor Ables, ¿quién fue? ¿Cuál de estas voces oyó en las cuadras antes de que lo atacasen?

Era tal el pánico del hombre que preguntó atolondradamente:

-¿MacGregor es uno de ellos?

-¿Necesita preguntarlo? -inquirió Megan enarcando una ceja.

Ables estaba blanco como el papel.

-No, no, he oído su voz ahora mismo... sí. Es el orden, el contarlas... es que no se me dan bien los números. Si viera a los caballeros, podría decir cuál de ellos es.

-Vamos, señor Ables, eso anularía el valor de esta pequeña demostración, ¿no le parece? -dijo Megan con severidad—. Aparte de que lord MacGregor es una persona que se distingue por su elevada estatura, ¿cómo habría podido identificarlo aquella noche si antes no lo hubiera oído y visto?

Él se aferró a la palabra clave.

-Exactamente -dijo con tono jactancioso—. Si ya lo identifiqué, ¿a qué viene ahora esto?

Megan suspiró.

-¿No he dicho que quedaban ciertos detalles por aclarar? ¿O es que no se da cuenta de la gravedad de la acusación? Sería muy lamentable que, inocentemente, se hubiera

confundido, estando lord MacGregor emparentado con mi esposo...

-¿Estando qué?

-Emparentado con mi esposo. ¿No lo sabía? Una tía de su excelencia también es tía de lord MacGregor, por matrimonio.

Megan debía de haber comprendido, lo mismo que Kimberly, que esa circunstancia podía inducir a Ables a rectificar su declaración. Pero no era eso lo que se pretendía, por lo que agregó rápidamente:

-Aunque este detalle no debe preocuparle, señor Ables. Si MacGregor es culpable, recibirá su castigo. Si lo he mencionado es para que comprenda por qué deseamos que no haya ni sombra de duda.

-Yo no lo dudé -gruñó Will.

-Desde luego que no, pero lord MacGregor niega la acusación y, puesto que no hay más testigos, es su palabra contra la de él. Y por eso estamos aquí, para disipar cualquier duda. Usted, sencillamente, identifíquelo otra vez y quedará demostrado que, además de ladrón, es un embustero.

Se hizo otra vez el silencio, y el pánico del mozo de cuadra casi podía olerse. Había tratado de salirse por la tangente y no lo había conseguido, y tampoco había sido lo bastante listo como para ampararse en la excusa que Megan involuntariamente le brindaba y decir que no estaba seguro. La mayoría de las personas no quieren morder la mano que les da de comer, y eso era precisamente acusar a un miembro de la familia del amo.

De todos modos, el plan no estaba dando el resultado que ellas deseaban. Salvaría a Lachlan de lo peor, pero a los ojos de Devlin St. James no demostraría su inocencia. Y Kimberly estaba segura de que Lachlan prefería ser exonerado por completo. Sobre todo porque había sido golpeado por algo que no había hecho.

Como el silencio se prolongaba, Megan volvió a suspirar y dijo en voz alta:

-Por favor, caballeros, el señor Ables necesita volver a oír sus voces. Esta vez, les ruego que elijan cada uno un nombre, Matthew, Mark, Luke y John servirán, para que no sea necesario... contar.

Los escoceses hicieron lo que se les pedía, no sin que algunas voces denotasen cierta impaciencia. Y cada uno adoptó uno de los nombres que Megan había indicado, y en el mismo orden, para que Ables no tuviera que poner a prueba su capacidad para la aritmética al responder «primero» o «segundo». Pero después de que hablara el último, el hombre seguía indeciso y angustiado. No podía estar más claro que no tenía idea de qué voz pertenecía a Lachlan. No sabía por cuál apostar.

Megan finalmente se impacientó y dijo con tono áspero:

-Señor Ables, esto no es una adivinanza. O lo sabe, o no lo sabe.

-Luke -soltó él, encogido, como si esperara que le cayera la casa encima.

La casa cayó encima de Kimberly. ¡No era posible que fuese tan desafortunada! Y,

seguramente, porque había asociado Luke con Lachlan, la única similitud que había encontrado. Ya podía el escocés haber escogido otro nombre en lugar de respetar el orden...

-Vaya -dijo Megan con evidente decepción-. Veo que lo sabía.

Will Ables por fin se relajó, y casi pudo verse cómo la tensión se desprendía de su persona. Sonrió. Fue un verdadero milagro que no soltase una carcajada.

-Claro. Es lo que yo decía.

Kimberly no pudo por menos que sentirse indignada ante la jactancia del mozo de cuadra. Estaba tan furiosa que decidió imitar a Ables y hacer un disparo al azar. Mirándolo fijamente a los ojos, dijo con firmeza:

-Pero ya no importa. Howard Canston me lo ha confesado todo.

-Oh, cielos -dijo Megan que, tan sorprendida como Kimberly, vio a Ables palidecer de nuevo y luego ponerse rojo cuando el espanto dio paso a la indignación.

-¡El maldito hijo de Satanás! -profirió con una voz que era medio gemido medio grito, y agregó, para defenderse-: Dijo que me daría quinientas libras, más dinero del que vería en toda mi vida. No podía rechazarlo.

-Por lo visto, no -dijo Megan ásperamente-. Pero no habría tenido escrúpulos de enviar a un inocente a la cárcel.

-Le juro, excelencia, que no habría llegado tan lejos. Él dijo que sólo quería un pequeño desquite, porque ese hombre lo había humillado. Dijo que cuando el escocés hubiera sufrido un poco, soltaría los caballos donde pudieran encontrarlos y diría al duque que en una taberna había oído a unos forasteros de Cornualles ufanarse de haberlos robado, y que el escocés quedaría libre de culpa.

-¿Y cómo quedaría usted, señor Ables, después de haber acusado a MacGregor? No en muy buen lugar, creo yo.

El mozo de cuadra volvió a ponerse blanco.

-¡Ese condenado canalla! -exclamó-. De eso no dijo nada, y yo no pensé...

Escapó corriendo sin terminar la frase, dominado por el pánico. Los dos criados salieron tras él. Kimberly se dejó caer en la primera silla que encontró. Le temblaban las piernas. Al hombre lo había salvado un tiro al azar y otro tiro al azar, el de ella, lo había condenado. Asombroso.

Y desde la puerta de la suite del duque, Lachlan observó:

-Diría que lo dejaran marchar si no me doliese todavía todo el cuerpo por culpa de sus mentiras. Pero ahora es Canston quien me interesa.

-No te lo reprocho, Lachlan -intervino Megan, un tanto confusa-. Pero creo que debes dejar que sea mi marido quien se encargue del asunto.

-Hasta este momento, tu marido no lo ha hecho muy bien.

Megan enrojeció.

-Va a sentirlo muchísimo, te lo aseguro.

-De eso no me cabe duda -convino Lachlan. Entonces fulminó a Kimberly con la mirada y preguntó-: ¿Por qué has esperado tanto para hablar de esa condenada confesión?

A ella no le gustó su tono acusador y se puso rígida.

-Quizá porque no hubo tal confesión. Ha sido, sencillamente, una suposición, lo mismo que la de Ables cuando te ha elegido a ti. Y ya podías haber usado otro nombre que no fuera Luke. Prácticamente estabas pidiéndole que te eligiera.

Lachlan la miró y parpadeó. Luego se echó a reír, cruzó la habitación, la levantó de la silla y la besó.

A su espalda, Megan carraspeó y dijo:

-Bien... Pondré inmediatamente a Duchy y a Margaret a trabajar en los preparativos de la boda... habida cuenta de las circunstancias.

34

Habida cuenta de las circunstancias.

A Kimberly aún le ardían las mejillas mientras se alejaba apresuradamente por el corredor. Qué forma más delicada había elegido Megan para decir que sabía dónde había pasado Lachlan la noche. Pero no por eso resultaba menos embarazoso. Y pensar que durante la entrevista con Ables la duquesa no había dejado traslucir en ningún momento que ya estaba al corriente de las habladurías.

-¿Se puede saber por qué corres tanto? -preguntó detrás de ella una voz acariciadora.

Kimberly se sobresaltó. No había advertido que Lachlan la seguía. Pero llegó a la escalera y no se detuvo.

-¿Correr? -dijo por encima del hombro-. Nada de eso. Es que tengo hambre. En realidad, estoy desfallecida. ¿Adivinas adonde voy?

-Sí, pero no por qué corres.

-Yo no... -se volvió para protestar, pero la sonrisa de Lachlan la enmudeció.

Otra vez bromeando. Ese hombre no tenía el menor sentido de la oportunidad. Y era evidente que no pensaba dejar que se marchase. Debería estar tan azorado como ella. O, por lo menos, disgustado de que el amor de su vida supiese que había pasado la noche con otra mujer. Pero no, ahí estaba, con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Deseas algo en particular? -preguntó ella con tono de forzada naturalidad.

-Sí, me gustaría saber cómo se te ha ocurrido pensar que Canston había organizado el robo de los caballos sólo para echarme la culpa. Ni una sola vez pensé en él.

Conque era eso. Aún pensaba en el robo y sentía la satisfacción de verse libre de toda sospecha. Ella no había tenido tiempo de saborear su propio alivio, porque al oír hablar a Megan de planes de boda se había sumido otra vez en sus cavilaciones. Pero tuvo que reconocer que él tenía mucho más que perder si la verdad no llegaba a descubrirse.

Kimberly se encogió de hombros.

-En realidad, no estoy segura del motivo por el que mencioné su nombre. Probablemente, por haber pensado en todo lo que había pasado aquel día en lugar de concentrarme en lo ocurrido después del robo. Por ejemplo, y entre otras cosas, que aquella mañana le habías pegado un puñetazo.

-¿Y por un simple puñetazo me habría enviado a la cárcel? -preguntó él.

-Yo sabía que tenía intención de presentar una denuncia. Y también que el duque lo había disuadido.

-¿St. James? -dijo él con un gesto de sorpresa, y añadió con tono burlón-: No sería para hacerme un favor, estoy seguro.

Ella no pudo por menos que mostrarse de acuerdo.

-No. Probablemente para evitar un escándalo entre sus invitados -respondió con intención, ya que de todos los escándalos en que ella se había visto envuelta o pudiera verse en el futuro pensaba echarle la culpa a él-. De todos modos, Megan dijo que Howard estaba... enfurruñado. Pero no volví a pensar en él.

-¿Y eso es todo? ¿Me salvas de ir a la cárcel porque la duquesa dijo que él estaba enfurruñado?

-Bueno... Había otras cosas que, sumadas, me han dado qué pensar. Por ejemplo, ayer, cuando estaba en las cuadras de cría hablando con Will Ables, se presentó Howard. Afirmó que le habían dicho que me encontraría allí, que estaba buscándome para invitarme a dar un paseo a caballo; pero, en realidad, pareció sorprendido de verme, como si no esperara encontrarme allí. Y aparte de mí no había nadie más que el mozo de cuadra.

-¿O sea que iba a hablar con Ables y tu presencia se lo impidió?

-Eso supongo. Y luego, cuando salimos a cabalgar, no pude por menos que darme cuenta de que su caballo tenía marcas de malos tratos, como si con él se hubiera usado mucho la espuela y el látigo.

Él la miró enarcando una ceja.

-¿Y eso qué tiene que ver con el robo de caballos?

-Nada, salvo que, cuando repasaba los detalles, recordé que Megan me había dicho

que los caballos estaban juntos en la cabaña, que no se había separado al semental de las yeguas...

-Lo que se habrá divertido la bestia...

Ella lo miró severamente.

-Creo que el duque estaba furioso por el estado en que se hallaban los animales.

-Ese hombre siempre está furioso, Kimber, ¿no lo has notado?

-Yo diría que sólo cuando tú estás cerca. Pero estoy divagando. El que los animales no hubieran estado bien atendidos me hizo pensar en Howard, que no trata bien a los caballos ni entiende de ellos. Y, por último, ayer pasamos cerca de esa cabaña y cuando le propuse ir a echar un vistazo él dijo que había olvidado que tenía una cita y que iba a llegar tarde, y me hizo volver al galope.

Lachlan sacudió la cabeza.

-No me sorprende que no pensara en el vizconde, ya que no sabía nada de eso. -Sonrió, y añadió—: Menos mal que estabas de mi parte y no de la de él y que sacaste tus conclusiones antes de que se me acabara el tiempo.

-Pero no era suficiente para acusar a Howard. Sólo ha sido una corazonada y, afortunadamente, Ables ha sido lo bastante crédulo como para tragarse que el vizconde había confesado. Pero yo no estaba de tu parte. Sólo quería que se supiera la verdad.

-Bien, cariño, te doy las gracias. -Le tomó la mano y se la oprimió con suavidad-. No importa el cómo ni el porqué, lo cierto es que me has librado de las garras del magistrado y puedo seguir en las tuyas.
Kimberly se ruborizó. No había razón para ello, como no fuera la de que él siempre la hacía ruborizarse. Y ahora había en sus ojos verdes un calor que...

-Kimberly, ¿podríamos hablar un momento, por favor? -preguntó lord Travers desde el pie de la escalera.

-James -musitó ella, y de pronto recordó que aquel hombre iba a proponerle matrimonio, o eso pensaba ella, por lo menos. Si era así, tendría que hablarle de Lachlan. Si realmente tenía la intención de declararse, sería un duro golpe para él.

Gimió interiormente. ¿Quién iba a imaginar que acabaría ante una situación semejante, cuando al llegar allí creía que no recibiría ni una sola proposición?

Se volvió hacia James con una sonrisa más forzada de lo que habría deseado.

-Desde luego...

-No -la interrumpió Lachlan detrás de ella, poniéndole las manos en los hombros en ademán posesivo-. En este momento, Kimber y yo tenemos que hablar de planes de boda.

-¿Qué boda? -preguntó James con ceño.

-La nuestra -respondió Lachlan, y a Kimberly le pareció estar viendo su amplia sonrisa-. Es usted el primero en saber que lady Kimberly ha accedido a casarse conmigo. Por lo tanto, creo que lo que tenga usted que decirle puede decírselo en mi presencia... si no tarda demasiado. Tenemos mucho de qué hablar.

-No... no era importante... Enhorabuena, desde luego. Es una noticia... inesperada.

-Llevaba mucho tiempo pidiéndoselo -dijo Lachlan-. No ha sido fácil convencerla, pero por fin lo he logrado.

Si Lachlan no hubiera parecido tan feliz, Kimberly lo habría asesinado allí mismo. Estaba furiosa. Y el pobre James parecía estupefacto. Trataba de disimular, pero no podía. No tenía por qué decírselo tan bruscamente. Ella lo habría hecho con suavidad, preparando el terreno; pero no había podido pronunciar ni una palabra. Y Lachlan no tenía derecho a ser tan despótico con ella... al menos por el momento. Y, cuando lo tuviera, no pensaba aceptar sumisamente que hablara por ella. Él ya la conocía lo suficiente como para saberlo.

-Lo siento, James -dijo Kimberly tratando de suavizar la voz. Pero el marqués ya había dado media vuelta y se alejaba rápidamente.

-¿Lo sientes? -preguntó Lachlan.

Ella se volvió y le dirigió una mirada cargada de furia.

-¡Siento que le hayas hablado de manera tan brusca! No debiste hacerlo. Podrías habérselo dicho más suavemente.
-Estas cosas, cuanto más rápido se digan mejor.

-¿Y qué sabes tú? Maldita sea, ese hombre quería casarse conmigo. No sabía que tú y yo... que nosotros...

-Eso ya lo sé, Kimber. -Lachlan tomó su rostro entre las manos-. Pero ahora eres mía. -La besó con fuerza, sin soltarle la cara-. Y quiero asegurarme de que todo aquel que se haya hecho ilusiones respecto a ti se entere.

Ella quedó atónita, pero sólo por un momento.

-¿Te das cuenta de que estás mostrándote celoso?

-¿Y tú te das cuenta de que vas a ser mía para siempre? -Le acarició la mejilla antes de soltarla-. ¿Que vas a quererme siempre? ¿Que yo...?

-No digas cosas que los dos sabemos que no son sinceras, Lachlan -lo interrumpió ella con desagrado-. Los dos vamos a este matrimonio obligados...

-Habla por ti, cariño -la atajó él a su vez-. Yo más bien me alegro de casarme contigo. Ahora ve a llenar esa tripa escandalosa. Eres una fiera cuando tienes hambre -agregó con gesto risueño.

Entonces la hizo girar sobre sí misma y le dio una palmada en el trasero para hacerla marchar. Kimberly se quedó clavada en el suelo, con la angustia de que alguien pudiera haber sido testigo de aquella audacia. No había nadie, pero cuando, ruborizada, volvió la cabeza, él ya se había ido.

35

-¡Maldita sea!

-No sé por qué, imaginaba que dirías eso —comentó Megan desde la puerta, mientras contemplaba al duque pasearse por su estudio.

Habían transcurrido varias horas desde que le informaran de la confesión de Will Ables. Los dos culpables habían sido entregados al magistrado. Howard, por supuesto, proclamaba su inocencia. Incluso había tenido la desfachatez de decir: «¿Es que va a dar más crédito a la palabra de un criado que a la mía?». Como si no fuera precisamente eso lo que él pretendía cuando había hecho acusar a Lachlan. Y lo consiguió.

Hasta ese momento, Devlin había dominado su genio de modo admirable. Pero para ello había tenido que volver a ser el de antes, el duque hierático y frío que nunca perdía la calma, cuando Megan sabía que estaba deseando moler a golpes a Canston como había hecho con el escocés, o con mayor saña aún.

Porque el vizconde había dado a Devlin el pretexto que necesitaba para desahogar su vieja inquina contra el escocés. Y ahora tendría que presentar excusas y ofrecer reparación a un hombre al que odiaba. Y eso lo sublevaba.

Ahora que por fin estaba solo en su estudio (o casi solo, pues Megan no contaba), había dejado de reprimir su mal humor. Ella sabía que si no conseguía distraerlo cuanto antes se pondría frenético. Y en ese momento, no era conveniente, porque habían enviado a buscar a Lachlan, que llegaría de un momento a otro, para recibir sus excusas.

La duquesa carraspeó para llamar la atención de su marido.

-¿Hablabas en serio cuando dijiste que te lavabas las manos en este asunto y que dejarías que Canston y Ables se las apañaran por su cuenta en los tribunales?

Él, sin dejar de pasearse, asintió secamente.

-He recuperado los animales. No pienso perder más tiempo con esto. Además, Canston tiene parientes poderosos. Estoy seguro de que su tío tratará de tapar el asunto. Pero su familia comprenderá que ahora tienen en mí a un enemigo y no se lo perdonarán. Algún castigo tendrá.

-¿Y eso basta para ti?

-He cometido una estupidez, Megan, y prefiero que no se hable más del asunto.

-Bien, tengo una noticia que quizá dé mejor sabor al sapo que vas a tener que tragarte.

-¿Qué noticia?

-Lachlan ha seducido a Kimberly.

Devlin se detuvo tan bruscamente que casi dio un traspié.

-¿Que Lachlan qué?

Ella asintió y explicó rápidamente.

-Ha seducido a nuestra lady Kimberly, ha pasado la noche con ella y esta mañana ha sido sorprendido en su cama.

-¡Maldita sea!

-Vamos, vamos, creí que esto haría que te sintieras un poco menos estúpido.

-¡Esto hace que ahora tenga que explicar al padre cómo he podido permitir que ocurriese semejante cosa!

-Bobadas -sentenció ella-. ¿Qué podías hacer tú? Estas cosas, si tienen que ocurrir, ocurren. Y nadie puede impedirlo.

Naturalmente que habría podido impedirlo, separando a la pareja por el simple procedimiento de echar al escocés de su casa, tal como quería hacer desde el principio. Pero no lo dijo, pues de nada habría servido. Su encantadora esposa rebatiría todos sus argumentos con tonterías románticas.

De modo que la miró con los ojos entornados y preguntó:

-Supongo que estarás satisfecha.

-Pues... no puedo decir que lo lamente. Sería preferible que hubieran empezado por casarse de acuerdo con los cánones, pero... no soy hipócrita, Dev. Recuerda que nosotros hicimos lo mismo.

Al advertir que el rostro de su marido se ruborizaba bastante, Megan comprendió que su observación había surtido efecto.

-¿Entonces va a casarse con ella?

-Por supuesto. Y parece muy contento. Ella, no, pobrecita. Está abochornada.

-Razones no le faltan.

-No se te ocurra... -empezó Megan con tono de reproche, pero entonces vio el rictus de sus labios y concluyó-: Canalla. Nosotros dos somos los últimos que podemos arrojar piedras. En cuanto al padre...

-Montará un buen escándalo y con razón -dijo Devlin, y dejó escapar un suspiro.

-Me parece que el escándalo no tendrá nada de bueno, sino todo lo contrario -confesó Megan, incómoda.

Él la miró interrogativamente.

-¿Cómo? ¿Acaso sabes algo de lo que no he sido informado?

-Sólo que al conde no le gustan los escoceses.

-¿Tiene prejuicios?

Ella hizo una mueca despectiva.

-Sí. Tanto los odia que probablemente renegará de su hija si se casa con uno.

-¡Maldita sea! -barbotó otra vez Devlin al oír aquellas palabras-. ¿Tú lo sabías y a pesar de ello querías propiciar la boda?

-No lo supe hasta la noche en que robaron los caballos. Desde entonces no he propiciado nada -se defendió ella con indignación.

-Entonces te pido perdón.
-Es lo menos que puedes hacer. Además, no se trata de que quieran casarse contra la voluntad del conde, sino que tienen que casarse. Hay que convencerlo, y estoy segura de que tú lo conseguirás.

-¿Yo?

-Claro. No querrás que lo haga yo todo, ¿verdad? -dijo ella airadamente, giró sobre sus talones y salió de la habitación con andares de reina. En la puerta, casi tropezó con Lachlan, a quien preguntó entornando los ojos-: ¿Cuánto tiempo llevas aquí, MacGregor?

-Acabo de llegar -respondió él con expresión de curiosidad.

-Bien, pasa. Pero no entretengas demasiado a mi esposo. No quiero que llegue tarde a la cena. Le daré una buena ración de sa...

-Ya está bien, Megan -gruñó Devlin.

Ella se volvió hacia su esposo esbozando una sonrisa.

-Lo que tú digas, mi vida.

Cuando Megan hubo salido, Lachlan cerró la puerta y comentó:

-Ya me gustaría que mi Kimber fuese tan sumisa.

-No sabes lo que dices, MacGregor, créeme, no lo sabes -murmuró Devlin.

Dicho esto, ambos recordaron a la vez el motivo de la entrevista. Lachlan se cruzó de brazos y sonrió. Era una sonrisa diabólica, cargada de malsana satisfacción. Devlin se apoyó en su escritorio con un suspiro de mal humor.

-Lord Canston y el mozo de cuadra han sido arrestados y acusados.

Lachlan se crispó visiblemente.

-¿Antes de que yo pudiera ponerles las manos encima? ¿Te parece justo,

considerando...?

-Considerando que tú empezaste la cuestión atacándolo aquella mañana —lo interrumpió Devlin-. No he visto la necesidad de que volvieras a enfrentarte con él, puesto que no estás en condiciones y él se encuentra en perfecto estado de salud y, además, practica el boxeo.

Lachlan fue a protestar, pero reconoció que el duque estaba en lo cierto. No habría sido muy satisfactorio salir derrotado otra vez, cuando aún no se había recuperado del último encuentro.

Devlin dijo entonces, cambiando de tono:

-He recuperado los caballos.

-Sí, ayer me enteré.

-A juzgar por las dentelladas, el semental ha debido de disfrutar de su estancia en los bosques -dijo Devlin, visiblemente irritado-. Se han desbaratado los planes de cría de las dos yeguas. No queríamos cruzar con ese caballo a ninguna de las dos.

-¿Pretendes que me eche a llorar?

-No, pero he pensado que podría interesarte, ya que tengo la intención de regalártelos. El semental es bastante irregular. Sus descendientes pueden ser ejemplares soberbios o mediocres, por lo que no sabemos qué saldrá de esas yeguas. Pero es buen corredor. En eso se parece a mi César. Garantizo que puede ganar a cualquier caballo escocés.

-De modo que tratas de compensarme, ¿eh?

-Yo prefiero considerarlo una pequeña reparación. Aunque no quieras dedicarte a criar caballos, ese animal puede hacerte ganar mucho dinero.

-Si lo aceptara -respondió Lachlan-. Pero no quiero tus caballos. No vas a descargar tu conciencia tan fácilmente.

Devlin se irguió.

-Entonces quizá se los dé a lady Kimberly... como regalo de boda.

Esa alusión al nuevo embrollo en que se había metido debería haber puesto a Lachlan a la defensiva, pero se echó a reír:

-No creas que lo lamento ni que me remuerde la conciencia. Quiero casarme con ella, St. James. Y ahora que me ha dado el sí no pienso renunciar por nada del mundo.

-Quizá su padre tenga algo que decir al respecto -apuntó Devlin.

-No te preocupes, que ya me ocuparé de su papá. Y ahora quiero oír esas disculpas. ¿O creías que podrías ahorrártelas?

Los labios de Devlin se tensaron en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

-Por supuesto que no. Ahí van. Te pido disculpas por todo este condenado lío y por

haberte atacado sin... provocación directa. No te di ocasión de defenderte y créeme que lo siento.

-Unas disculpas muy bonitas. Pero no puedo aceptarlas.

Devlin se apartó del escritorio gruñendo por lo bajo.

-Ahora verás si no puedes.

Lachlan enarcó una ceja.

-Tienes que dominar ese genio. Si no fueses tan impulsivo ahora no tendrías que disculparte. Y no me has dejado terminar. No puedo aceptar tus disculpas... por el momento.

Con la celeridad del rayo, el puño de Lachlan se estrelló contra los labios de Devlin, que cayó de espaldas sobre la mesa. Cuando levantó la cabeza vio que Lachlan lo miraba con expresión risueña.

-Ahora sí las acepto. Y tienes suerte, St. James, de que hoy esté de buen humor por lo de la chica, o aún estaríamos negociando las disculpas.

Con estas palabras, Lachlan salió y cerró la puerta. Devlin, lentamente, giró sobre sí mismo y se incorporó. Se tocó los labios. Los tenía insensibles, pero notó el sabor de la sangre. De pronto, se echó a reír. Qué insolente. Si aquel condenado escocés no se andaba con cuidado, Devlin podía empezar a tomarle afecto.

36

-Ven, te divertirás -dijo Megan, casi arrastrando a Kimberly por la explanada del jardín-. Y rectifícame si estoy equivocada, pero creo recordar que te pareció una buena idea.

-Eso fue antes... en fin, antes de que en un momento de locura se decidiera por mí quién tenía que ser mi marido.

Megan parpadeó y luego se echó a reír.

-¿Locura? Vaya, qué bonita manera de llamarlo. Tendré que recordarla la próxima vez que Devlin... me enloquezca. Vamos, mujer, no te ruborices. Si lo piensas, hasta resulta divertido.

Kimberly protestó:

-Es que fue una locura, y todavía no puedo creer...

Megan se detuvo bruscamente y la abrazó.

-Tienes que dejar de atormentarte por esto. No fue locura, sino pasión, y en un momento u otro, o en muchos momentos, si hay suerte, todos sucumbimos a ella. Re-

cuerdo que antes de casarnos Devlin me dijo... A ver, ¿cuáles fueron exactamente las palabras? Ah, sí... Que el deseo no elige el lugar, el momento ni el individuo.

-¿Hablaban de esas cosas antes de estar casados? -preguntó Kimberly, casi en un susurro, ya que el tema no le parecía muy apropiado.

-Verás, es que nosotros tuvimos un noviazgo muy... ¿cómo te diría...? Muy tórrido. -Megan rió-. En realidad, más que noviazgo fue una guerra. Aquel día Devlin se lamentaba de que yo despertara su deseo. También me dijo: «Cuando eso te ocurra a ti, y te ocurrirá, no podrás controlarlo mejor que yo. O satisfaces el deseo o tienes que sufrir». Con el tiempo he comprobado que tenía razón. Lo mismo debió de ocurrirte a ti, imagino.

-Pero no debí averiguarlo antes del matrimonio. Usted no...

-Voy a decirte un secreto, para que no sufras tanto. Yo lo descubrí antes de que nos fugáramos a Gretna Green.

-¿Sí? -dijo Kimberly abriendo mucho los ojos-. ¿Usted y el duque...?

-Sí, y no te sorprendas tanto. Mi matrimonio empezó exactamente igual que empezará el tuyo, y tampoco yo estaba muy contenta... en aquel momento. Pero ahora sólo deseo que tu matrimonio sea tan maravilloso como el mío, o que al menos te lo parezca. Porque lo que importa es lo que tú pienses, no lo que piensen los demás... Bueno, imagino que también tendrás que tomar en consideración lo que piense tu escocés. Eso mantiene la armonía en la familia, ¿comprendes?

Kimberly no pudo evitar sonreír. Ya se sentía mejor, o un poco mejor, por lo menos. Pero seguía sin querer ir al picnic que Megan había organizado en el invernadero. Allí estarían casi todos los invitados, y aún no los había afrontado en masa, ya que había permanecido en su habitación la mayor parte del tiempo.

-No me siento con fuerzas –dijo-. Todos deben de saber ya...

-¿Y qué? También saben que vas a casarte con él. Devlin lo anunció anoche. Te asombrará comprobar lo tolerante que es la gente, si enmiendas tus errores. Y tú los enmendarás casándote con el escocés. De lo contrario, sí que habrías tenido que esconder la cabeza debajo del ala durante el resto de tus días.

-¿Cómo se las arregla usted para hacer que todo parezca tan sencillo... y tan tonto? -preguntó Kimberly con una sonrisa.

-Eso, querida mía, requiere disciplina. Debo procurar poner un poco de tontería en la vida de Devlin, para que no vuelva a ser el hombre remilgado y pagado de sí mismo que era antes de conocerme. Y entonces sí que habría guerra entre nosotros. Anda, vamos ya, o cuando lleguemos ya estarán vacías todas las cestas.

-¿Estará... James?

-No -respondió Megan con suavidad-. Regresó a su casa ayer por la tarde.

-Siento mucho lo de James -suspiró Kimberly-. Creo que quería casarse conmigo.

-No te hagas reproches. Estas cosas suelen ocurrir. Pero es un hombre hecho y

derecho y lo superará, y probablemente seguirá buscando esposa, ahora que ha vuelto a pensar en el matrimonio. Además debes escuchar a tu corazón y aceptar tus sentimientos.
-Pero mi corazón...

-Shhh, no tienes que contarme nada -la interrumpió Megan-. Sé por experiencia que es mucho más fácil cerrar los ojos y negar tus sentimientos. Yo lo hacía muy bien. Pero también sé que el hombre que puede arrastrarte... a la locura tiene muchas posibilidades de conquistar tu corazón. Me parece que has hecho una buena elección.

¿Que había hecho una buena elección? No era Kimberly quien había elegido sino su cuerpo, pero no podía decir eso a la duquesa. Al parecer, Megan tenía un criterio distinto acerca del amor. Y Lachlan no tenía ningún derecho sobre su corazón, ni lo tendría mientras siguiese enamorado de otra.

Por fin llegaron al invernadero. Eran tantos los presentes, que hacía mucho calor. Se habían instalado unas cuantas mesas para las personas de más edad, entre ellas Lucinda y Margaret, que no deseaban sentarse en el suelo, pero la mayoría de los invitados se habían acomodado sobre grandes mantas extendidas entre las frondas.

Megan saludaba cordialmente a los grupos de invitados, y también Kimberly, que iba con ella. No hubo desaires, ni miradas reprobadoras, ni sonrisitas sardónicas. Era como si el escándalo de que se creía responsable, no existiese.

Pero existía, y Kimberly temía ser objeto de alguna vejación, de modo que el apoyo que le prestaba Megan dándole el brazo en público era su tabla de salvación. Porque la duquesa de Wrothston tenía gran influencia en la opinión de la gente. ¿O acaso, tal como había apuntado la propia Megan, la sociedad, en efecto, se mostraba tolerante con aquel que había enmendado sus errores? Comoquiera que fuese, Kimberly se sentía sorprendida... y aliviada.

-Ahí está -dijo Megan al localizar a su marido-. Y no parece haber comido demasiado de esa cesta.

-Seguramente, porque ese adorable angelote que tiene en brazos no lo ha dejado -apuntó Kimberly con una sonrisa.

-Es probable.

Kimberly había tenido el privilegio de ser llevada ante presencia del heredero de los Wrothston poco después de llegar a Sherring Cross y al momento se había prendado de la criatura, a quien había vuelto a ver en numerosas ocasiones.

Se sentó al lado de Megan en la gran manta y extendió los brazos.

-¿Puedo sostenerlo?

-¡Claro que sí, por Dios! -respondió el duque entregándole a su hijo. Miró a Megan con irritación y añadió-: Por si no fuera bastante tener que hacer un picnic en pleno invierno, no he podido comer nada y estoy muerto de hambre. No he conseguido llevarme a la boca ni un bocado sin que este pilluelo me lo quitara.

-Permíteme que te lo traduzca, Kimberly -terció Megan-. Quiere decir que hasta ahora ha estado alimentando a Justin con tanta abnegación que se ha olvidado de comer.

-Pues entonces aún habrá suficiente para los demás.

Kimberly se puso muy seria, pero Lachlan se sentó a su lado con la mayor tranquilidad. No era de extrañar que al entrar en el invernadero no lo hubiese visto a pesar de que había mirado, porque venía siguiéndolas desde la casa.

-Por favor, Lachlan, siéntate con nosotros -dijo Megan ásperamente, porque él ya se había sentado sin esperar a que lo invitaran.

Él sonrió plácidamente, como siempre.

-Hermosa tarde para un picnic -dijo, pero sus cálidos ojos verdes se volvieron hacia Kimberly y ya no se apartaron de ella-. ¿No te parece, Kimber?

-Supongo que sí -respondió ella a regañadientes.

No podía relajarse teniéndolo al lado. Era el efecto que siempre le producía. También el duque parecía incómodo, aunque por otras razones. De todos modos, había saludado a Lachlan con un movimiento de la cabeza. Kimberly estaba sorprendida. Al parecer, existía entre los dos hombres una cierta cortesía distante. En cuanto al labio del duque, no sería Kimberly quien preguntara a éste por qué lo tenía hinchado, aunque la intrigaba.

-Estás preciosa con un niño en brazos, cariño —le susurró Lachlan al oído—. Pero imagino que más me gustarás cuando el niño sea hijo mío.

Kimberly se ruborizó al oír aquellas palabras, pero como en ese momento Megan y Devlin estaban sacando cosas de la cesta y disponiéndolas sobre la manta para compartirlas, probablemente no lo habían oído. De todos modos, como siguiera mostrándose tan atrevido delante de la gente, Lachlan acabaría por ponerla en evidencia.

-Lo menos que podrías hacer es mantener la discreción cuando no estamos solos -susurró ella, furiosa—. ¿O es mucho pedir?

-Me temo que sí -replicó él con un suspiro, como si realmente lamentara no poder complacerla... y como si ella pudiera creérselo—. Cuando estoy a tu lado, no puedo evitar el pensar en la procreación.

Ella ahogó una exclamación y volvió la cara hacia otro lado. A esto no pensaba responder. Y entonces oyó a su espalda aquella risa ahogada.

-Cuidado con esos sonrojos, cariño. Ya sabes cuánto me gustan. Y quizá tenga que darte un beso para demostrártelo.

Kimberly se volvió a mirarlo echando chispas por los ojos.

-Si haces eso, yo...

-Sí, ya lo sé, me devolverás el beso. Y entonces te sonrojarás todavía más y yo pensaré en buscar un sitio donde pueda besarte como es debido.

A Kimberly le resultaba extraño sentirse escandalizada y, al mismo tiempo,

entusiasmada por la idea de que él se la llevara de allí para besarla, por muy incorrecto que eso fuese.

Tenía que estar loca para consentir que la enfureciera con su audacia, que consiguiese que se ruborizara con aquellas bromas sensuales, y en público, donde no podía responder como él se merecía sin hacer una escena. Pero, si no conseguía hacerla reaccionar, desistiría. Tendría que esforzarse en reprimir toda reacción.

Con este propósito, dijo a Megan:

-Si hay fruta en la cesta, tomaré un poco, por favor.

A su espalda, Lachlan susurró:

-Cobarde. -Y soltó una carcajada diabólica.

Kimberly no le dijo nada más, pero no pudo evitar sonrojarse.

37

En los días que siguieron, los invitados fueron abandonando poco a poco la mansión. Algunos volvieron a sus casas con premura, para preparar la Navidad. A otros hubo que darles un empujoncito, y Duchy no tuvo empacho en anunciar que, oficialmente, la invitación había terminado.

Kimberly y Lachlan no se marcharon, ya que se casarían en la capilla de Sherring Cross, en una ceremonia sencilla a la que sólo asistirían la familia y los duques. St. James había conseguido una licencia especial a fin de que no tuvieran que esperar las tres semanas preceptivas para las amonestaciones. Lo único que esperaban era la llegada del padre de Kimberly.

Devlin había escrito al conde de Amburough, y así se lo hizo saber a Kimberly, quien no preguntó si le daba detalles de su vergonzosa conducta, aunque no era probable, ya que no era éste tema apropiado para referirlo por carta. Además, un escueto: «Su hija contraerá matrimonio tan pronto como usted llegue» bastaría para que Cecil Richards acudiese de inmediato. Si el duque hubiera precisado: «Su hija se casará con el lord del clan MacGregor», el efecto habría sido aún más rápido.

De todos modos, era probable que se hubiera mencionado el nombre de Lachlan, por lo que podía estar segura de que su padre no vendría dispuesto a acompañarla al altar, sino todo lo contrario. La escena sería sonada, porque, o Kimberly no conocía a su padre, o el conde de Amburough no tendría reparos en descargar su ira por muchos testigos que hubiese delante.

El conde llegó después de la cena, cuando todos se encontraban en el salón entregados a tranquilos pasatiempos, pues como los invitados se habían marchado ya no era necesario organizar diversiones.

Lachlan y Margaret estaban en un rincón, terminando una partida de ajedrez. Megan daba instrucciones a unos criados que colocaban velas en el árbol de Navidad que

habían traído aquella mañana.

Kimberly ayudaba a Duchy a sacar ángeles de madera tallada de unas bolsitas de terciopelo, destinados también a adornar el árbol. Devlin contemplaba la escena desde su lugar favorito, junto a la chimenea, y entre sorbo y sorbo de brandy hacía alguna que otra observación sobre la colocación de las velas.

Y entonces una voz agria que Kimberly conocía bien preguntó desde la puerta:

-¿Se puede saber por qué diablos un escocés se ha peleado por mi hija en Sherring Cross?

-Yo también celebro verlo, Cecil -dijo Devlin ásperamente-. Supongo que habrá recibido mi carta.

-¿Qué carta? Estoy aquí porque el nombre de Kimberly anda en boca de la gente mezclado con el de un escocés. Sepa usted que eso me ha dejado anonadado. ¿Quién es ese condenado escocés y qué hace aquí?

-Ese condenado escocés, como usted lo llama, es pariente mío -respondió Devlin con un tono que indicaba lo poco que le agradaba el que utilizaba Cecil.

-¿Pariente suyo? -exclamó Cecil, que al parecer no podía imaginar desgracia peor-. ¿Y cómo es posible que yo nunca oyera hablar de ello?

-Quizá porque a nadie debe importar -replicó Devlin con ceño-. Y sugiero que continuemos esta conversación en mi estudio, antes de que mi esposa, que tiene a un par de escoceses entre sus antepasados, haga que lo echen por su grosería.

El conde se sonrojó, ya que nunca nadie le había hecho comprender con tanta claridad que su conducta era lamentable. Kimberly no se sentía avergonzada por él, pues estaba habituada a sus intemperancias, aunque le dolía que las personas que con tanta amabilidad la habían acogido en su casa tuvieran que soportar semejantes arrebatos de ira.

Cecil miró en derredor y topó con la mirada de la duquesa, quien lo contemplaba con el entrecejo fruncido.

-Le pido perdón, excelencia -dijo el conde-. A veces, cuando me disgusto, pierdo los estribos, y esto me ha disgustado mucho.

-Es comprensible -admitió Megan con generosidad-. Aunque fue un incidente trivial que, a causa de otras cosas, todos hemos olvidado ya.

-Venga conmigo, Cecil -dijo Devlin cruzando la habitación rápidamente para llevarse a su estudio al conde antes de que pudiera preguntar a qué otras cosas se refería la duquesa.

Cecil asintió, pero al volverse vio a Kimberly y dijo bruscamente:

-Tú vienes con nosotros, muchacha, ya que tendrás que dar explicaciones.

No esperó respuesta, porque no imaginaba que su hija pudiese desobedecerlo. Pero ella estaba decidida a resistirse. Las diatribas de su padre podían ser agotadoras, y la

que se avecinaba prometía ser mucho peor que todas las que había tenido que soportar. Pero no había manera de evitarla. Él estaba allí. Aún no sabía que, en efecto, se casaba con el escocés, pero lo sabría pronto y... mejor acabar de una vez.

Se levantó, y antes de empezar a andar miró a Lachlan, cuya expresión, curiosamente, era inescrutable.

-Quizá debas venir también -sugirió-. Ya te advertí que no le gustaría.... -Vaciló, pensando que más valía no hablar de ciertas cosas delante de otras personas-. Ahora sabrás por qué.

Kimberly no esperó a ver si él la seguía. No era necesario que estuviera presente en la «confesión del pecado», y lo mismo le daba si lo hacía o no. Sólo le evitaría tener que explicárselo después. De todos modos, el conde era perfectamente previsible.

Cuando ella llegó al estudio, Devlin estaba sentado detrás de su mesa. Había varias sillas en la habitación, y Kimberly ocupó una situada junto a la pared, un poco apartada, aunque no esperaba permanecer al margen durante mucho tiempo. Su padre parecía tener intención de permanecer de pie. Ella supuso que lo prefería, ya que estaba acostumbrado a ser él quien ocupase el puesto de autoridad detrás de la mesa, y allí no podía, porque aquél no era su estudio.

-Hace más de un mes que no ve a su hija -comenzó Devlin-. ¿Quiere quedarse a solas con ella unos minutos, para...?

-¿Para qué?

Una pregunta elocuente y reveladora de los sentimientos de Cecil hacia su única hija. Kimberly estuvo a punto de sonreír al ver la sorpresa de Devlin. Pensó que a ciertas personas la actitud de Cecil podía parecerles poco natural. Ella, sin embargo, la encontraba absolutamente normal. Por lo menos, estaba acostumbrada. Si alguna vez había dejado de mostrarse brusco o autoritario con ella, no lo recordaba. Por lo tanto, lo anormal sería que la tratase con afecto.

-Está bien -dijo Devlin-. Ya que se puso en camino antes de que llegara mi carta, le haré un breve resumen de su contenido, para que podamos discutir...

-No es necesario, excelencia. Como le decía, estoy al corriente. Por eso he venido, a averiguar cómo pudo ocurrir tan lamentable incidente.

-¿Se refiere a la mañana en que el escocés atacó al vizconde Canston por causa de su hija? -preguntó el duque.

-Sí.

-¿Y es ése el único incidente del que ha tenido noticias?

-Sí. -Ahora Cecil arrugó la frente-. ¿Por qué?

-Porque estamos hablando de cosas diferentes. En mi carta yo no hacía mención de ese incidente. Aquello fue un episodio sin mayor importancia que al cabo de un par de días dejó de tener interés.

-¿Por qué me escribió entonces?

-Le escribí para comunicarle que Kimberly ha aceptado una proposición de matrimonio...

-¿Del vizconde de Canston? -inquirió Cecil, y la idea hizo que mejorara su actitud-. ¡Excelente! Tuve ocasión de tratar mucho a su padre cuando era...

-El vizconde ha resultado ser un ladrón y un embustero -lo interrumpió Devlin con frialdad-. Y no volveremos a hablar de ese canalla, muchas gracias.

-Un momento, St. James, ésa es una acusación muy grave contra un miembro de la familia Canston.

-Pero cierta y probada.

-Entonces, ¿quién es el que quiere a la chica? -preguntó Cecil con un tono que daba a entender que no creía que alguien pudiera querer a Kimberly. Probablemente por ello Devlin respondió con galantería:

-Su hija tuvo mucho éxito entre nuestros invitados, y estoy seguro de que habría recibido otras proposiciones, pero ha decidido casarse con el jefe del clan MacGregor, y en mi carta le informaba de que apoyo plenamente su decisión.

-¿Qué diablos está diciendo? -gritó Cecil, estupefacto.

-¿Es que no me he explicado con bastante claridad? —dijo Devlin con un gesto sardónico.

-¿Con bastante claridad? ¡Con bastante claridad! -Cecil estaba lívido de furor, incapaz de pensar-. ¡Ni hablar de eso! ¿Es una broma?

-¿Me cree capaz de exponerme a semejante reacción por una broma, Cecil?

Cecil se serenó lo suficiente como para decir:
-Ella se guardará bien de mezclarse con escoceses y mucho más de pensar en casarse con uno de ellos. Tiene que ser una broma y maldita sea la gracia.

Devlin suspiró y miró a Kimberly.

-Lo siento. Esperaba poder ahorrarnos las explicaciones, pero su padre no pone mucho de su parte.

-No importa, excelencia -dijo ella, y hasta consiguió esbozar una sonrisa-. Gracias por intentar evitarlo, pero para que él comprenda que no hay otra alternativa resulta inevitable mencionar los detalles más sórdidos.

-¿De qué detalles sórdidos hablas? -Ahora Cecil miraba a su hija-. ¿Qué has hecho, muchacha?

-Nada raro, sólo francamente escandaloso -respondió Kimberly-. Lachlan MacGregor fue sorprendido en mi cama. Por desgracia, yo estaba con él.

Cecil parecía al borde de la apoplejía.

-¡Ramera! -rugió. Dio unos pasos para situarse frente a ella. Kimberly se encogió y cerró los ojos, porque él ya levantaba la mano. Con lo furioso que estaba, si le .daba una bofetada sería tan fuerte que la dejaría sin sentido.

Entonces se oyó otra voz que decía con tono suave pero amenazador.

-Póngale un solo dedo encima, y le prometo que le pesara.

Kimberly volvió la mirada hacia la puerta. De modo que Lachlan la había seguido después de todo... afortunadamente para ella. Devlin se había levantado, y aunque hubiese acudido en su ayuda ella ya habría tenido unas cuantas contusiones antes de que llegara.

También su padre miraba ahora hacia la puerta. El que Lachlan casi llenara el vano con su cuerpo podía ser la razón por la que el conde, mucho más bajo, quedó momentáneamente desconcertado. Pero lo más probable era que su reacción se debiera a que el tono de amenaza de Lachlan no era nada comparado con la expresión de furia que había en su cara.

Aunque Cecil estaba intimidado, su indignación era tal que no pudo permanecer callado más que por un instante, si bien cuando habló el tono de su voz era mucho menos agresivo. Kimberly no salía de su asombro.

-¿Así que usted es el lord MacGregor? -dijo Cecil despectivamente.

-En efecto, pero lo que ahora importa es que soy el hombre que se casará con esta mujer, lo que me da todo el derecho a protegerla, sea cual sea la relación que lo une a ella.

-Es mi hija...
-Por desgracia para ella, imagino.

-Y no se casará con un bastardo escocés, por muy lord de clan que sea.

-Nada de insultos, por favor -terció Devlin, pero ninguno de los dos le prestaba atención.

-¿Es que no me ha oído, hombre? -dijo Lachlan-. No es ningún secreto que me acosté con ella. A estas horas lo sabe todo el mundo. De modo que no hay más remedio. O se casa conmigo o sufre las consecuencias...

-Exactamente -barbotó Cecil-. Sufrirá las consecuencias. Se lo ha buscado. Y podrá considerarse afortunada si encuentro un marido sin un céntimo que a cambio de la dote cargue con ella y su destrozada reputación.

-¿Eso le haría a su hija, cuando casándose conmigo evitaría el escándalo? -preguntó Lachlan con incredulidad.

-El daño se lo ha hecho ella a sí misma -resopló Cecil-. Sabía que yo nunca daría mi consentimiento a que se casara con un condenado escocés. Si ahora no puede ir con la frente alta, la culpa sólo es suya.

-¿Qué dices tú, Kimber?

-Yo...

-Ella no tiene nada que decir -la interrumpió el conde-. Hará lo que yo le ordene -agregó confiadamente-. Sabe que si me desobedece renegaré de ella, y eso sería un escándalo que no podría superar.

-Y usted, tampoco, imagino -dijo Lachlan con repugnancia-. ¿Tan necio es que no se da cuenta?

Cecil volvió a enrojecer.

-Aquí no hay más necio que usted, escocés. Y no tiene nada más que hacer aquí, por lo que le agradeceré que se marche.

-Y yo le agradeceré que se abstenga de echar a nadie de mi estudio, Richards -intervino Devlin con frialdad-. Yo me reservo el derecho.

Pero Lachlan ya había girado sobre sus talones jurando entre dientes y había desaparecido. Kimberly permaneció mirando el hueco de la puerta, con una decepción devastadora pintada en el rostro. No era eso lo que había esperado. Había advertido a Lachlan que no se alegraría de convertirse en su esposa, cierto, pero daba por descontado que él insistiría y se casaría con ella contra viento y marea. Se había portado bien, desde luego. Y era evidente que su padre le parecía despreciable. Pero lo esencial era que Lachlan, en sus difíciles circunstancias, no podía contraer matrimonio con una mujer pobre. Si su padre renegaba de ella, no tendría dote, y él creía que ésta era indispensable.

38

Cuando a la mañana siguiente Kimberly bajó a desayunar, aún se sentía agotada. Era gracioso, nunca había tenido dificultades para dormir, pero desde que conocía a Lachlan MacGregor... En realidad, de gracioso no tenía nada. Y esa noche no había sido el ruido lo que la había mantenido despierta sino el nudo que sentía en la garganta y que no le permitía conciliar el sueño.

Podía dejar a un lado el sentido común y decir a Lachlan que el dinero de su padre no les hacía falta, que ella era tan rica o más que él, que tenían más dinero del que podían necesitar. Entonces él se casaría con ella, pero ya no le cabría la menor duda de que no lo hacía porque la amaba sino por el dinero. Aunque esto ya lo sabía, sería doloroso que quedara demostrado de forma tan patente. Pero ¿más doloroso de lo que en ese mismo momento sentía?

La idea de que su padre tuviera que comprarle un marido, un hombre al que ni siquiera habría visto, la aterraba todavía más que la de que Lachlan no deseara casarse con ella. Y, a fin de cuentas, si compraba a Lachlan por lo menos sabría qué estaba comprando. Porque no podía olvidar aquello de la cama. Acostarse con él daba gusto, casi demasiado. Mientras que con otro... sólo de pensarlo se le ponía la carne de gallina.

Podía decirle la verdad y que fuese él quien decidiera. Si sólo esperaba una excusa

para librarse de aquel matrimonio, se escudaría en el escándalo de la ruptura con su padre. O se casaría con ella a pesar de todo...

Decidió decirle la verdad. Y la ocasión se presentó antes de lo que esperaba. Cuando Kimberly bajó a la habitación del desayuno, Lachlan se encontraba en el vestíbulo. Al verla, se acercó a ella, la cogió del brazo y en lugar de llevarla al comedor la condujo hasta el salón, que a aquella hora de la mañana estaba desierto.

Antes de empezar a hablar, Kimberly esperó a saber qué tenía él que decirle, y no tuvo que esperar mucho, porque nada más cerrar la puerta, Lachlan empezó:

-He pensado, Kimber, que ya tienes edad de casarte sin permiso de tu padre.

-Es verdad -respondió ella con cautela-. Pero él no bromeaba anoche, Lachlan. Si me caso sin su consentimiento, renegará de mí.

-Eso no lo dudo. Me parece increíble y despreciable que un padre pueda ser tan cruel.

Ella se encogió de hombros; estaba acostumbrada a ver esta reacción en las personas que tenían que tratar con el conde.

-Quizás si supieras la causa por la que odia a todos los escoceses, lo comprenderías -observó, y se la expuso en pocas palabras. Pero al terminar reconoció-: Si bien se mira, no sirve de mucho saber el porqué, ¿no crees? Su odio siempre a sido irracional.

-No importa el porqué de que sea como es -respondió él-. A menos que exista la posibilidad de que cambie. Pero no me parece un hombre capaz de rectificar. Claro que yo no lo conozco tanto como tú.

Kimberly suspiró.

-Se que enmendarse casi siempre es posible, pero en su caso lo dudo. Ni siquiera el haber conocido a otra mujer después de que muriera mi madre y desear vehementemente casarse con ella lo ha hecho cambiar. Porque no es sólo que tenga prejuicios contra los escoceses, sino su carácter autoritario y despótico. Siempre ha sido así y no creo que cambie.

-Lo que suponía. Entonces quiero preguntarte si estarías dispuesta a desafiarlo y casarte conmigo sin su consentimiento. Debí preguntártelo anoche, pero estaba tan furioso que no pensaba más que en retorcerle el maldito pescuezo.

Kimberly había quedado boquiabierta.

-¿Te das cuenta de lo que eso significa? -preguntó por fin.

-Sí, que tendrías que romper con tu padre definitivamente, que no volverías a verlo. ¿Podrías soportarlo, cariño, o lamentarías...?

-Lachlan, no me importaría en absoluto no volver a ver al conde de Amburough. Para mí nunca ha sido un padre sino el tirano que vivía en la misma casa que yo. Pero ¿te das cuenta de lo que eso significaría para ti? Aparte del escándalo...

-Los MacGregor saben lo que es el escándalo -dijo él con una sonrisa.

-No habría dote.

-Eso ya lo suponía.

Ella parpadeó.

-¿Te casarías conmigo aunque no tuviera dote?

-Puedes estar segura de ello.

Había decidido ser caballeroso. A Kimberly no se le ocurría otra explicación. ¿Y qué otra cosa podía decir, al fin y al cabo, sin quedar como un bellaco?

-Pero yo tenía entendido que necesitas el dinero -le recordó ella-. ¿Es que lo has olvidado, o la situación ha cambiado?

-No, no tenemos dinero y sí muchas deudas -dijo él-. Ahora debes saberlo. Cuando murió mi padre, hace varios años, mi madrastra desapareció con un cofre lleno de dinero; él no confiaba en los bancos, ¿comprendes? También se llevó las joyas de los MacGregor, a las que no tenía ningún derecho. Y no hemos podido encontrarla. De modo que tenemos muchas tierras, pero muy pocos medios para hacerlas productivas.

Mayor razón para casarse por dinero, en lugar de sacrificarse porque ella no hubiera tenido la fuerza de voluntad necesaria para impedir que la sedujese. Era verdad que él había hecho mal, pero ella podría haberle parado los pies, debería haberlo hecho, y no lo hizo. Y él ni siquiera sabía que casándose con ella resolvería sus problemas, a pesar de todo. Aún no se lo había dicho y, por el momento, no parecía que fuera necesario.

Necesario, tal vez no; pero sí justo. Al fin y al cabo, él era sincero con ella. Pero de pronto Kimberly sintió curiosidad.

-Es decir, que aún necesitas la dote. ¿Cómo te las arreglarás sin ella?

-Tú no te preocupes, cariño. Ya me las ingeniaré para encontrar el dinero. Una esposa rica era la solución más fácil. Pero hay otras.

Parecía tan seguro de sí que ella decidió callar por el momento. En realidad, quería saborear la sensación de saber que no se casaba con ella por cuestiones monetarias, aunque tampoco por la razón que ella deseaba. Sin embargo, el que no lo hiciese sólo por el dinero ya era algo.

-Está bien. Si realmente lo deseas, me casaré contigo.

Él la miró con una sonrisa tan brillante que le cortó la respiración, y al estrecharla entre sus brazos hizo que le diese un vuelco el corazón.

-Hoy mismo se lo diré a tu padre -dijo Lachlan.

Debido a la proximidad de su cuerpo, a ella le era casi imposible concentrarse en lo que le decía, y tardó unos instantes en responder:

-Creo que deberías dejar que se lo dijera yo. Tú probablemente volverías a perder los estribos. A aquellos que no lo conocen bien suele sucederles.

-Puede que tengas razón. Pero estaré cerca, por si me necesitas.

A Kimberly le encantaba esa tendencia que mostraba a protegerla, ya antes de estar casados. Y sus labios la encantaban aún más, y a pesar de que suponía que la besaría, de hecho esperaba que lo hiciese, se estremeció como las otras veces. El contacto de sus labios producía en ella una deliciosa sensación de vértigo...

No oyó abrirse la puerta, pero reconoció la voz dulce de la viuda Marston.

-¿Estás aquí, Cecil? -Al ver a la pareja que se besaba, la mujer se disculpó-: Oh, perdón. Debí llamar...

Kimberly sintió que Lachlan se ponía rígido antes de soltarla para volverse hacia la intrusa, pero supuso que se debía a que le importunaba aquella interrupción. No sospechaba que también él había reconocido la voz de la viuda.
Pero lo adivinó cuando le oyó decir con aquel mismo tono amenazador que había utilizado la noche anterior con su padre:

-Hola, madrastra.

Winnifred Marston ahogó una exclamación, dio un paso atrás y se llevó una mano a la garganta. Había horror y pánico en su cara, y también en su voz:

-Lachlan, muchacho, puedo explicártelo.

-¿Lo dices en seno?

39

Kimberly contempló con incredulidad cómo su futura madrastra ponía los ojos en blanco y caía al suelo, desvanecida. Eso, después de oír que Winnifred Marston era la madrastra de Lachlan... ¿o había oído mal? Sí, seguramente. Sería mucha coincidencia que la misma mujer desempeñara idéntico papel en la vida de uno y otro.

Lachlan, a su lado, profirió un sonido de repugnancia mientras observaba también a la mujer que yacía en el suelo. Aquel sonido tuvo el efecto de sacar a Kimberly de su azoramiento.

-Levántala y ponía en el sofá, Lachlan, ¿quieres? -dijo.

-Si le pongo las manos encima será para estrangularla.

Kimberly, escandalizada por la respuesta, lanzó a su vez una exclamación de impaciencia.

-Hazme el favor de ponerla en el maldito sofá. Y para estrangularla espérate a que recobre el conocimiento y pueda disfrutar del acto.

No esperó a ver si él obedecía la orden sino que, sorteando a Winnifred, se encaminó hacia la puerta para llamar a un criado y pedirle que trajera las sales. Cuando se volvió, vio que Lachlan dejaba caer a la mujer en un sofá rosa y oro.

-Recuérdame que no me desmaye si estás cerca —dijo ásperamente.

Lachlan se sacudió las manos como si las tuviera sucias y la miró.

-No, cariño, a ti te llevaría como a un niño pequeño. Pero ella no merece tantas consideraciones.

Ella volvió a su lado.

-¿Es la mujer de la que estabas hablándome? ¿La que te robó la herencia?

-Sí. No sé qué está haciendo aquí, pero esta vez no se me escapará, te lo aseguro.

Kimberly frunció el entrecejo. Suponía que Winnifred Marston había llegado la víspera a Sherring Cross con Cecil. Dado lo avanzado de la hora, probablemente había sido conducida directamente a su habitación mientras ellos estaban en el estudio del duque. Ello explicaba que no la hubieran visto hasta ese momento.

Pero era tan... asombroso, que Kimberly no pudo por menos que preguntar otra vez:

-¿Es tu madrastra?

-Sí.

-¿La viuda Marston, tu madrastra?

Él la miró con gesto de irritación.

-Sí, y no me lo hagas repetir. No me importa cómo se haga llamar ahora, pero es la mujer que estuvo doce años casada con mi padre y una semana después de que él muriera desapareció en plena noche llevándose la fortuna de los MacGregor.

Su insistencia empezaba a impacientarlo, pero a ella seguía pareciéndole increíble.

-¿No estarás equivocado? Quizá sólo se le parece.

Él resopló entre dientes.

-Se ha desmayado al verme. Si hubiese tenido alguna duda, esto la habría disipado, pero no la tenía.

Era asombroso. Kimberly había tratado a Winnifred Marston docenas de veces, ya en vida de su madre, antes de que su padre se interesara por ella. La viuda siempre le había parecido una persona agradable, aunque un poco egocéntrica.

Se trataba de una mujer de menos de cincuenta años, cabello castaño todavía sin canas, ojos color avellana y físico algo exuberante. Desde luego, era menos alta que Cecil, y en conjunto resultaba una mujer atractiva para su edad.

Kimberly nunca le había prestado mucha atención. Sabía que Winnifred no quería

casarse con Cecil hasta que ella abandonase la casa paterna para contraer matrimonio, y la exigencia le parecía razonable. Sabía que cuando dos mujeres no estaban unidas por lazos de sangre, la convivencia se tornaba difícil. A veces, ni aunque fueran familia directa; en una casa no podía haber más que un ama. Además, ella estaba deseando marcharse.

Todos sabían que la viuda era una mujer rica. Cuando, hacía un par de años, llegó a Northumberland, compró la vieja casa de los Henry, una mansión que llenó de docenas de criados. Era una anfitriona espléndida. ¿Con dinero robado?
Era increíble. Kimberly no podía ni imaginar cómo reaccionaría su padre cuando lo supiese. Se negaría a creerlo. Y, menos, si el acusador era escocés.

Kimberly sacudió la cabeza, atónita.

-Me cuesta creer que Winnie sea una ladrona. De verdad.

-¿Winnie? -preguntó Lachlan, sorprendido-. ¿Conoces a esta mujer, Kimber?

¿Acaso no se lo había dicho ya?

-Esto va a parecerte...

-¿Quién se ha desmayado? -preguntó Megan irrumpiendo en el salón. Al parecer, el criado la traía junto con las sales-. Ah, la recién llegada, lady... ¿Marston? ¿Está enferma? ¿Hay que avisar al médico?

-Me parece que no será necesario -dijo Kimberly esbozando un sonrisa-. Se ha desmayado de la impresión de ver a Lachlan.

Megan enarcó una ceja y se volvió hacia el escocés.

-¿Ahora se desmayan a tus pies, MacGregor? No estaría mal que llevases un frasco de sales en el bolsillo.

-Se ha desmayado de miedo -bufó él-. Y con razón.

Megan parecía aún más sorprendida.

-¿En serio? Bien, con esa expresión tan feroz, no me sorprende.

Lachlan apretó los labios con irritación. Megan se había sentado en el borde del sofá y agitaba el frasco de sales bajo la nariz de Winnifred. Dio resultado: la viuda levantó la mano, para defenderse del ofensivo olor y empezó a parpadear.

Al principio, estaba confusa, ya que sólo veía a Megan.

-¿Qué me ha pasado? -balbuceó-. ¿Por qué estoy echada?

Entonces recordó y una expresión de miedo desfiguró su rostro. Asió el brazo de Megan y preguntó en un susurro frenético:

-¿Sigue aquí?

-¿Quién?

-MacGregor.

-Pues... sí, en realidad...

La viuda se incorporó bruscamente, porque sintió un fuerte dolor de cabeza y estuvo a punto de tirar al suelo a Megan. Winnifred gimió, buscó a Lachlan con la mirada y, cuando lo localizó, volvió a gemir e hizo un ademán de súplica.

-Lachlan, deja que te explique, antes de que hagas algo que los dos lamentaríamos.

-¿Los dos? -respondió él con frialdad-. Le aseguro, señora, que lo que yo haga me dará mucha satisfacción, y a usted, ninguna.

-¿No podríamos hablar en privado, por lo menos? -suplicó Winnifred, mirando a Kimberly y a Megan, avergonzada-. No hay por qué molestar a estas señoras con un asunto de familia.

-¿Un asunto de familia lo llamas?

Era evidente, por lo menos para Kimberly, que Lachlan no pensaba acceder a la petición de la viuda. No le importaba lo turbada que se sintiese. Kimberly lo comprendía, pero aun así se compadeció de la mujer.

De modo que carraspeó y miró significativamente a Megan.

-Todavía no he desayunado. ¿Me acompaña?

Megan asintió con un suspiro. Cuando estuvieron al otro lado de la puerta, confesó:

-Tienes razón, ya lo sé, pero no habría abandonado esa habitación por nada del mundo. Me devora la curiosidad. ¿Sabes de qué se trata?

-Sí, por desgracia -respondió Kimberly-. Y no creo que Lachlan quiera mantenerlo en secreto. Al contrario. Es difícil ser discreto cuando haces arrestar a una persona.

En el salón, Winnifred hablaba deprisa.

-Yo quería a tu padre, Lachlan. Esto tú ya lo sabes. Su muerte repentina fue un duro golpe para mí. Estaba anonadada, no sabía lo que hacía...

-Todos estábamos anonadados. Si ésa es la única excusa que puedes dar...

-También estaba asustada.

-¿De qué?

-De encontrarme sola.

-¿Estás loca? ¿Sola, en un castillo lleno de gente?

-Todos MacGregor -le recordó ella.

-¿Y quién querías que hubiera? También tú eras una MacGregor, ¿o ya lo has

olvidado?

-No de nacimiento-—insistió Winnifred.

-¿Cómo que no? ¿Pensabas que te echaríamos? Sabes muy bien que no. Siempre habrías tenido un hogar en Kregora.

-¿Sin tu padre? -dijo ella sacudiendo la cabeza—. Yo no tenía amigos allí.

-¿Y de quién es la culpa?

-Mía, ya lo sé, pero eso no modifica las cosas. Tu padre era toda mi vida y mi amparo. Sin él no tenía nada.

-Si crees que eso te daba derecho a robarme la herencia...

-No, no, ya sé que hice mal. Y lo hice sin pensar, porque estaba asustada de volver a encontrarme sola. Créeme, me he arrepentido muchas veces.

-¿En serio? -preguntó él con tono burlón-. Pues has tenido muchos años para enmendar tu mala acción, y todavía no he visto que devolvieras las joyas de los Mac-Gregor, ni el dinero.

Ella hizo una mueca.

-Ya lo sé, pero me convencí a mí misma de que yo los necesitaba más que tú. Al fin y al cabo, eras joven y podías abrirte camino por medios que no estaban a mi alcance.

-Sí, y quizá no me hubiera sido difícil, de haber tenido que procurar sólo para mí. Pero a la muerte de mi padre tuve que hacerme cargo del clan y de mantener Kregora. ¿Y cómo iba a hacerlo, si lo que había estudiado en la universidad no me servía para ganarme la vida? No había aprendido un oficio, aunque tampoco habría bastado para alimentar tantas bocas ni para reparar el viejo castillo.

Al oír esto, ella empezó a sentir pánico.

-¡Lachlan, tienes que comprenderlo! Yo he sido muy pobre. Mi padre era un manirroto y un jugador. Mi madre murió cuando yo era pequeña. A veces, no sabía ni si comeríamos al día siguiente. Yo no podía volver a aquella vida. Tu padre fue mi salvación. Cuando murió, estaba desesperada. ¿No lo comprendes?

-No, Winnifred, lo mires como lo mires, cualesquiera que fueran tus razones, me robaste, y no sólo a mí sino a todo el clan. Pero pienso recuperarlo todo, hasta la última libra, hasta el último anillo y collar...

-El dinero ya no lo tengo.

Lachlan se quedó petrificado. Le llameaban los ojos. Habida cuenta de la suma sustraída y el tiempo transcurrido... no podía creerlo. Nadie podía gastar tanto en sólo tres años, a no ser que viviera como un condenado rey.

Lo único que pudo decir fue:
-¿Cómo es posible?

La viuda se encogió de hombros y cerró los ojos.

-No quería gastarlo, créeme. Me escondí en una casita en Bath durante casi un año, sin ir a ninguna parte, sin hacer nada. Pero me aburría. Necesitaba tener gente alrededor. Y decidí vivir a lo grande durante una temporada, con otro nombre, por supuesto. Me fui a Northumberland y compré una casa para hacer vida de sociedad. También jugué un poco, no mucho, pero no tengo mejor suerte que mi padre...

-¡Basta! -tronó él-. ¡Estamos hablando de más de cien mil libras! No puedes haberlo gastado todo.

-Tengo las joyas -respondió ella rápidamente—. Bueno, casi todas. Últimamente me he visto obligada a vender varías cosas. Y tengo la casa. Estoy dispuesta a cedértela en cuanto me case, que será pronto.

-¿Estás dispuesta a cederme una casa que compraste con mi dinero? -preguntó él con incredulidad. Casi tenía ganas de reír. La mujer no parecía darse cuenta de lo grotesco de su oferta ni de que cuanto poseía le pertenecía a él. Era inconsciente, estúpida, frívola, egoísta. En Kregora no la había tratado lo suficiente como para darse cuenta.

-Estoy segura de que a mi prometido no le importará la pérdida de la casa -dijo ella-. Incluso tal vez consiga convencerlo de que te reembolse el dinero en mi nombre. Es muy bueno, y también muy rico. No le importará desprenderse de unos cientos de libras...

-¡Son cien mil libras!

-Sí, eso.

Se abrió la puerta y Kimberly asomó la cabeza.

-¿Sabes que se te oye desde el vestíbulo?

-Como si se me oye desde el condado vecino -replicó Lachlan, colérico-. Esta mujer ha dilapidado la mitad de mi herencia, Kimber. ¡Y tiene la audacia de decir que su prometido va a devolverme cien mil libras!

-Yo no contaría con ello -respondió Kimberly con calma-. Porque, ¿sabes?, el prometido es mi padre.

40

-En el fondo lo encuentro divertido -dijo Megan, echando pie a tierra y entregando al mozo las riendas de Sir Ambrose, su yegua.
Que el animal tuviese el mismo nombre que el duque desde mucho antes de que se conocieran era... en fin, era una larga historia. Y a Devlin ya no le importaba, aunque en otro tiempo le había mortificado amargamente.

Volvían de dar un paseo, durante el que ella lo había puesto al corriente de los últimos acontecimientos del caso MacGregor-Richards. Generalmente, Megan salía a

cabalgar por la mañana temprano, pero si quería que la acompañara su marido tenía que amoldarse al apretado programa del duque, que esa mañana había estado muy atareado, razón por la que aún no se había enterado del nuevo escándalo en ciernes.

-¿Y qué es lo divertido? -preguntó él, tomando del brazo a su esposa, camino de la casa- ¿Que tenga que pedir disculpas al escocés otra vez?

-No, no es eso... -Ella se detuvo, sorprendida-. ¿Por qué, disculpas otra vez?

-Por no haber creído la historia de que le habían robado la herencia -dijo Devlin ásperamente-. Creí que era una excusa para ganarse las simpatías de la gente.

-Pero, como él no sabe que lo pensabas, no tienes por qué pedirle disculpas.

-Opino que sí. Esa suposición condicionaba mi opinión acerca de él. Si hubiera aceptado esa explicación desde el principio, tal vez lo habría tratado de otro modo y no me habría echado encima de él cuantió desaparecieron los caballos, no...

-Ay, cielo, ahora lo sientes, ¿no es así?

Él asintió bruscamente.

-Un poco.

-Pues pídele disculpas si quieres, pero me parece que eso no lo disuadirá de lo que vaya a hacer.

-¿Y qué va a hacer?

-No tengo la menor idea. Me parece que ni el mismo MacGregor lo sabe. Y es que, a fin de cuentas, la viuda Marston es una irresponsable y una infeliz. Sería como castigar a una niña. Pero ha puesto a sus parientes a vigilarla. Ella no se moverá de aquí hasta que esto no se resuelva.

-¿Y qué dice el conde? -preguntó Devlin reanudando la marcha hacia la casa.
-Me parece que aún no sabe nada. Por lo menos cuando salimos nadie lo había dicho. Quizá ahora ya esté informado. Ojalá. Me temo que será una escena un tanto... estridente.

-Bien, anoche yo ya cumplí con mi cometido, que fue bastante desagradable. No pienso volver a intervenir en esto.

-No te lo reprocho -dijo Megan-. Pocas veces he conocido a un hombre más desagradable que lord Richards. Es extraño que Kimberly haya salido tan encantadora con un padre semejante. Y cómo me alegro de que al fin se case con el escocés. Es un hombre extravagante y simpático que pondrá alegría en su vida, que buena falta le hace.

-¿Me he perdido algo más, cariño? -preguntó Devlin con gesto de extrañeza-. Habría jurado que anoche te dije que el conde se negaba en redondo a autorizar esa boda.

Megan agitó una mano.

-Lo sé, lo sé; pero estoy segura de que esos dos se casarán a pesar de todo.

-¿Lo dices en serio?

-Absolutamente.

Al abrir la puerta de su habitación, Kimberly esperaba ver en el umbral a Lachlan que venía a comunicarle lo que había decidido. Después de su conversación con la viuda estaba exasperado y, sin decir palabra, se había llevado a Winnifred a su habitación, había enviado a un criado en busca de sus parientes y había esperado allí hasta que éstos llegaron para vigilarla. Luego se marchó a «pensar en el asunto» y Kimberly regresó a su propia habitación, para pensar a su vez en lo que le diría a su padre.

En lo concerniente a su decisión de casarse, pensaba mostrarse clara y terminante. Al fin y al cabo, no había nada que discutir ni que negociar, ni era necesario plantear el tema con delicadeza. El conde podía ponerse hecho una fiera, y ella no esperaba otra cosa, pero estaba acostumbrada a hacer oídos sordos a sus diatribas, o no habría podido resistir todos aquellos años.

Sin embargo, el asunto de la madrastra de Lachlan y casi madrastra suya era distinto. Kimberly no deseaba hacer sufrir a su padre. El que ella rompiera con él para siempre no le dolería en absoluto, estaba segura. Pero esto...

¿Estaría realmente enamorado de la viuda?

Era posible, pero no probable. En realidad, Kimberly dudaba incluso de que fuera capaz de sentir afecto por alguien. A pesar de que años atrás había estado enamorado de aquella mujer, ella suponía que era más bien una obsesión.

No, seguramente volvía a casarse porque necesitaba una anfitriona y no podía confiar en que Kimberly, con su indiferencia hacia sus necesidades, siguiera desempeñando esas funciones durante mucho tiempo. Si había elegido a la viuda Marston se debía a que disfrutaba de buena posición social y era muy estimada en su pequeña comunidad.

¿Le haría sufrir que Winnifred fuese arrestada y acusada de aquel delito? ¿O lo consideraría un nuevo contratiempo y se limitaría a buscarse otra novia? Kimberly no sabía qué pensar.

Sin embargo, era innegable que el conde había invertido mucho tiempo en cortejar a la viuda. Asistía a sus cenas y fiestas y también ella había estado en casa de los Richards en muchas ocasiones.

Además, todo el mundo sabía que estaban prometidos. Si no se casaban, el conde tendría que explicar el motivo, lo cual sería muy desagradable para él. Pero, si era posible evitar el escándalo, probablemente encontraría una excusa plausible que le evitara reconocer la verdad.

Si... si... ¿Y tenía que ser Kimberly quien le planteara la situación? Siendo su hija, a ella le incumbía. No podía contar con Lachlan para eso. Y Winnifred... a saber cómo lo expondría.

Kimberly por fin tendría la oportunidad de hacerlo, porque no era Lachlan sino el conde quien estaba en el umbral mirándola con el entrecejo fruncido. Y, ¿cómo no?, parecía furioso.

-Es la cuarta vez que vengo en tu busca -se quejó-. Debí encerrarte en tu habitación...

-¿Deseabas algo, padre?

-Sí, vengo a decirte que hagas el equipaje. Nos vamos hoy mismo.

-Me parece que no.

-¿Cómo has dicho?

-Tú puedes marcharte, desde luego, pero yo me quedo; por lo menos, hasta después de mi boda.

-¿Tan pronto has encontrado a otro que quiera casarse contigo? No me lo puedo creer. ¿Quién es?

-No es otro que el escocés. Me casaré con él tal como le he prometido.

-¡Te lo prohibo!

-Sí, ya lo sé, pero me convertiré en su esposa de todos modos -respondió ella serenamente.

-¡Desafías mi autoridad! Ninguna hija mía...

-Soy tu única hija...

-¡Ya no, por Dios! Desde este momento reniego de ti. Reniego de ti, ¿me has oído?

-Sí, eso también lo sé -dijo Kimberly-. Y ahora que este asunto ya está zanjado... -Se detuvo a mitad de la frase, porque él ya había dado media vuelta, con la cara roja de ira. Al parecer, ya había dejado de existir para él y ni siquiera merecía una despedida. Se marchaba, sencillamente... Indignada, le espetó-: ¡Quédate donde estás! No sé por qué tengo que preocuparme por esto. No debería importarme si te casas con Winnifred o...

El se volvió, como movido por un resorte, para escupirle:

-Desde luego que ahora no debe importarte.

-Ni ahora ni antes, ¿o es que no te has dado cuenta de que no me interesa lo que hagas? Pero no se trata de eso. Lo que iba a decirte es que la viuda está en un grave aprieto y es posible que acabe en...

-¿Se puede saber de qué diablos hablas?

-Si dejaras de interrumpir, quizá pudiera explicártelo. Hace años robó mucho dinero a su hijastro, más de cien mil libras, además de una fortuna en joyas. No tenía ningún derecho a llevárselo. Era el patrimonio de él. Pero se lo llevó. El que tú la trajeras aquí le ha permitido encontrarla. Quizá desee darte las gracias, aunque lo dudo, ya que se trata de Lachlan MacGregor.

Una expresión de sorpresa se dibujó en el rostro de Cecil, pero sólo duró un segundo,

porque enseguida se repuso, o simuló hacerlo, y preguntó:

-¿Qué truco intentas, muchacha? ¿Imaginas que voy a creerme esas patrañas?

-No me importa si lo crees o no -respondió ella-. Pero me ha parecido que, puesto que pensabas casarte con la viuda, te interesaría saber que pueden enviarla a la cárcel por ese delito.

-¡No existe tal delito! Y me niego a escuchar...

-Lo ha reconocido, padre. Y también ha confesado que se ha gastado todo el dinero. Conserva la mayor parte de las joyas, que serán devueltas a Lachlan, junto con la casa, pero no creo que él se dé por satisfecho. Es mucho dinero como para que se resigne a darlo por perdido. Era toda su fortuna. Todavía no ha decidido qué va a hacer, por lo que quizá debas hablar con él. También querrás hablar con ella, estoy segura, ya que no espero que te conformes con mi palabra.

Él miraba al suelo, aturdido. Kimberly imaginaba cómo debía de sentirse. Al cabo de casi un minuto, él dijo, todavía desconcertado:

-¿Cómo pudo cometer semejante estupidez?

Era una de las frases más normales que había oído de labios de su padre. La conmovió y hasta sintió cierta compasión por él, de modo que decidió no responder: «Porque tu prometida es imbécil», como habría hecho en otras circunstancias, sino que contestó con diplomacia:

-Tenía sus motivos, aunque no son excusa. Estoy segura de que te dará una explicación. Probablemente, ahora necesita quien la consuele.

Él volvió a asumir entonces su habitual gesto de mal humor, pero enrojeció porque Kimberly había sido testigo de su momento de vulnerabilidad y carraspeó antes de gruñir:

-¿Ese escocés ya está totalmente decidido a hacer arrestar a Winnie?
Kimberly parpadeó y sintió ganas de reír. Nunca hubiera imaginado que un día se encontraría en una posición de fuerza frente a su padre. ¿De manera que seguía empeñado en casarse con la viuda? ¡Menuda sorpresa!

41

Kimberly tardó más de una hora en encontrar a Lachlan, ya que el escocés no permanecía en un mismo sitio mucho rato sino que deambulaba sin rumbo por toda la finca. Por fin dio con él en el sendero del lago, hacia donde lo habían visto dirigirse.

No debió de permanecer allí por mucho tiempo. El viento que soplaba del agua, que los guardas mantenían libre de hielo, seguramente lo había ahuyentado, porque no iba abrigado para permanecer a la intemperie. Llevaba las manos en los bolsillos, tenía la cara roja y le castañeteaban los dientes. Pero al verla acercarse la saludó con una sonrisa cálida.

-Cariño, ¿querrías compadecerte de mí? -preguntó sin más preámbulos.

-¿Por qué? -dijo ella al llegar a su lado.

-Necesito un poco de calor. -Mientras lo decía, la abrazó por dentro del abrigo. Ella se estremeció al sentir sus frías manos en la espalda y entonces lo oyó reír por lo bajo-. ¿Tan fuerte es la impresión?

-No -respondió ella ruborizándose ligeramente-. Ha sido sólo un momento. Pero esto no será suficiente para hacerte entrar en calor. Necesitas un buen fuego y...

-Te sorprendería saber cómo me calientas -le susurró al oído.

Ella volvió a estremecerse, y los dos sabían que ahora no era de frío. Pero entonces Lachlan le puso la helada nariz en la mejilla y ella lanzó un grito y se desasió. Él se echó a reír contagiándole la risa. Después suspiró con resignación.

-Está bien, tendré que conformarme con calentarme al fuego... por ahora.

-Debiste abrigarte más -lo reconvino ella cuando él la cogía del brazo para llevarla hacia la casa.

-Esto no es nada comparado con el frío de Escocia.

-O el de Northumberland -dijo ella-. Pero ¿cuánto hace que estás aquí fuera?

-Desde que te dejé.

Kimberly sacudió la cabeza.

-Podrás darte por satisfecho si esta noche no tienes un buen catarro.

-Si mal no recuerdo, te debo uno.

La sonrisa maliciosa de Lachlan hizo que ella volviese a ruborizarse. Recordaba que él se había contagiado de su resfriado cuando la besó por primera vez y, para distraerse de aquellos pensamientos, se puso a hablar del motivo por el que había salido a buscarlo.

-He hablado con mi padre -dijo repentinamente.

Él se detuvo para volver a abrazarla, sorprendiéndola con aquella muestra de consuelo.

-Lo siento, cariño. ¿Te hace sufrir el romper con él?

-No, pero...

-No debes fingir por mí -la atajó él cariñosamente.

-Lachlan, nuestra relación nunca fue afectuosa. -Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos-. No me importaría no volver a verlo, y estoy segura de que otro

tanto podría decirte él. Pero no ha renegado de mí. Bueno, al principio, sí, pero después ha cambiado de parecer.

-Comprendió que quien peor parado saldría del escándalo sería él. Confiaba en que se diera cuenta, por tu bien.

-Y quizá lo hubiese hecho -dijo ella con una triste sonrisa-. Pero cuando ya fuese tarde para remediar el daño. Cuando está enfadado, que es casi siempre, no se para a pensar en las consecuencias de sus actos.

Él la soltó y la miró con extrañeza.

-¿Es que has conseguido disuadirlo?
-Digamos que le he ofrecido un trato.

-¿Con qué contabas para negociar?

-Contigo.

Lachlan parpadeó. Ella rió al ver su expresión de sorpresa y decidió bromear. Se colgó de su brazo y lo arrastró por el sendero, pero él no dio más de tres pasos antes de clavar los pies en el suelo y ella no pudo hacer que se moviera ni un palmo.

-No pensarás que podrás librarte de darme una explicación, ¿verdad, Kimber?

-Pues, quizá; en fin, ahora que lo dices...

Lachlan esperaba, expectante, pero al ver que ella callaba, quedó atónito. Kimberly no pudo evitar reír, y entonces él sacudió la cabeza y sonrió, aunque con expresión vengativa. De modo que, al verlo abrir los brazos, ella comprendió que estaba en peligro y, lanzando un grito, se recogió la falda y echó a correr por el sendero.

Por supuesto, era absurdo imaginar que podría escapar de él, que no tuvo que dar más que unas cuantas zancadas para darle alcance. Lo que no esperaba Kimberly era acabar en el suelo, en una postura muy poco digna, encima de él, riendo sin parar.

-Estás loco -lo regañó mientras trataba de levantarse, pero él no se lo permitía-. No somos niños.

-Cuando me considere demasiado viejo para jugar, ya usaré bastón y podré contarme los pelos de la cabeza. Y es probable que ni siquiera entonces deje de jugar contigo.

Ella lo miró con severidad, pero no pudo mantener el gesto más que unos segundos, al ver su cara de chico travieso. Además, sus palabras resultaban excitantes: estaba segura de que lo había dicho con segunda intención, porque todos sus pensamientos tomaban el mismo rumbo.

Como era de esperar, se ruborizó, y Lachlan, al advertirlo, acabó dándole un beso. Una cosa trajo a la otra y cuando ella quiso recordar sintió en el muslo una mano helada que contrastaba con el calor de los labios, y que la hizo temblar, tanto de frío como de placer.

Y entonces reparó en la expresión de contrariedad con que él la miraba.

-Reconozco que éste no es un juego al que pueda jugarse en pleno invierno y a la intemperie.

-Aparte de que cualquiera podría pasar por aquí -apuntó ella.

-Eso no me importaría.

-A mí, sí...

-Tendrás que acostumbrarte, cariño. Ya verás cuando estemos en casa.

Naturalmente, Kimberly volvió a sonrojarse. Confiaba en acostumbrarse pronto a sus insinuaciones, o cada vez que estuviese a su lado parecería que padecía una insolación permanente.

-Ahora, si quieres que te suelte -dijo él, repentinamente serio-, tienes que explicarme qué le has dicho a tu padre. ¿O es que ya has olvidado por qué estás en el suelo?

Kimberly, en efecto, lo había olvidado. Porque, cuando Lachlan la abrazaba, se olvidaba de todo y de todos...

-¿Y bien?

-Bien. Le he expuesto el pequeño problema de Winnifred.

-¿Pequeño problema?

-El gran problema, si lo prefieres. Y le he sugerido que, si aún quiere casarse con ella, debe reembolsarte lo que esa mujer te quitó. Y entonces quizá, y sólo quizá, podría convencerte de que no la denunciaras.

Él se incorporó y la ayudó a sentarse a su lado.

-Y él se habrá reído de buena gana, naturalmente -dijo entre dientes.

-No se ha reído. Mi padre te pagará la mitad de ese dinero y yo pondré la diferencia.

-De modo que él pagará, ¿eh? Y eso debe compensarme de las fatigas y privaciones que ella... Pero ¿qué es eso de que pondrás la diferencia? ¿Acaso dispones de fortuna propia?

-Sí.

-¿En serio? -dijo él con expresión de incredulidad.

Su sorpresa parecía tan grata que ella no pudo por menos que reír.

-En serio.

-¿Y cuándo pensabas decírmelo?

-Pues supongo que cuando estuviéramos casados -respondió Kimberly-. Pero, como te digo, él te dará la mitad del dinero. Porque sigue queriendo casarse con ella. Y, además, si te avienes a olvidar el asunto, para mayor incentivo está dispuesto a no

renegar de mí, por lo menos oficialmente, en el caso de que me convierta en tu esposa. Pero en lo de la dote se ha mostrado intransigente. No quiere que vaya a parar a manos de un escocés.-Soltó una carcajada.

-¿De qué te ríes?
-A él no puedo decírselo, pero viene a ser lo mismo. El importe de la reparación equivale al de la dote. Cuando se dé cuenta tendrá otro berrinche. ¿Qué dices? ¿Te parece aceptable?

Lachlan se frotó el mentón con gesto pensativo.

-Pues no sé qué decirte, cariño, tendré que reflexionar.

Kimberly entornó los ojos.

-No hay nada que... ¿Vas a dejarlo en la incertidumbre adrede?

Lachlan abrió los ojos con expresión de pretendida inocencia.

-¿Imaginas que haría tal cosa sólo porque ese hombre querría verme muerto antes que casado con su única hija? ¿Sólo porque es ruin, despótico y merece sufrir un poco?

Ella había oído aquella palabra a Megan tantas veces que ahora le salió casi sin darse cuenta:

-Absolutamente.

Lachlan sonrió.

-Me gusta que creas conocerme bien. Pero en este caso... debo reconocer que has acertado.

42

Kimberly no pensaba que demorar el momento de dar una respuesta a su padre fuese necesariamente una buena idea pero estaba de acuerdo en que había que hacer esperar a Winnifred. Si Lachlan decidía aceptar el dinero y la devolución de las joyas a cambio de no presentar denuncia alguna -y ella estaba segura de que ésta sería al fin su decisión-, la viuda quedaría impune.

Esta incertidumbre, unida al confinamiento en su habitación, sería todo el castigo que recibiría por su acción. Era muy poco, si se tenía en cuenta las penalidades y fatigas que había causado a los MacGregor, pero era mejor que nada.

Desde luego, Cecil Richards no se tomaba la espera con paciencia, y estaba de un humor endiablado, lo que hacía muy difícil soportarlo. Afortunadamente, permanecía en su habitación o en la de la viuda, por lo que el resto de moradores de Sherring Cross no tenían que sufrir su compañía con frecuencia.

Kimberly no había preguntado a Lachlan cuándo anunciaría su decisión, pero suponía

que, a fin de mortificar al conde, esperaría hasta después de la boda. Estaba segura de que Cecil preferiría ausentarse antes de que ella desafiara públicamente su voluntad.

Desde luego, su padre podía no asistir a la ceremonia. Ello quizá hubiese perturbado a Kimberly, si hubiera esperado su asistencia. Pero no era ése el caso, y le daba igual que asistiera o no. Mientras estuviese Lachlan...

Puesto que la Navidad se hallaba tan próxima, Megan sugirió celebrarla antes que la boda —no quiso ni oír hablar de que no la pasarían en Sherring Cross-, que tendría lugar al cabo de un par de días. Y cuando la duquesa sugería algo, todo el mundo estaba de acuerdo.

A Kimberly este plan le convenía, ya que tenía muchas cosas que hacer, tales como ir de compras, escribir a las pocas amigas íntimas que tenía en Northumberland explicando por qué no regresaría y enviar instrucciones al ama de llaves de los Richards para que embalara y enviase a Escocia sus efectos personales y todo aquello que consideraba suyo.

Lo más importante para ella eran los objetos que había heredado de su madre, como el gran cuadro que colgaba encima de la chimenea del salón, la vitrina del comedor con la porcelana y el reloj de pie estilo reina Ana, que pertenecía a la familia de su madre desde mediados del siglo XVIII.
Esas cosas no significaban nada para su padre, y para ella eran tesoros por los que habría peleado con uñas y dientes. Pero no fue necesario.

Cuando dio al conde la lista de objetos que reclamaba, él se limitó a asentir con la cabeza y volver a lo que estaba haciendo, sin dedicar más atención al asunto ni a ella. Qué familiar le resultaba a Kimberly esa reacción. Así la había tratado siempre.

Pronto llegó Navidad, y fue una de las más alegres que Kimberly había vivido en su vida. Había comprado pequeños presentes para todos los St. James y, para su padre, una caja de sus cigarros favoritos. Él nunca le había regalado nada. Su madre solía decirle que los presentes que recibía eran de los dos, pero cuando Kimberly fue mayor y comprendió la verdad, dejó de fingir.

Por ello, no le importó que en esta ocasión tampoco recibiese regalo alguno. Nada había podido amargarle la fiesta, gracias a Lachlan, que estuvo bromeando todo el día y la besó tantas veces debajo del muérdago que acabó por provocar los comentarios jocosos de los demás. Pero lo mejor de todo fue que los dos tuvieron la idea de hacerse regalos de broma.

Lachlan rió de buena gana cuando ella le entregó un bastón, en recuerdo del comentario que él hiciera días atrás. Y la amenazó:

-En tu espalda he de probarlo como trates de contarme los pelos de la cabeza antes de que cumpla... treinta años por lo menos.

A lo que ella respondió muy seria, contemplando su espesa melena castaña.

-¿Tan pronto piensas quedarte calvo? Bueno, para algo están las pelucas. Ya te la tendré preparada cuando haga falta. No hay nada más molesto que encontrar pelos por todas partes y hasta en la sopa. A propósito, ¿tomáis sopa en Escocia?

-No, pero solemos cenarnos a las inglesas deslenguadas.

Kimberly no pudo conservar la seriedad por más tiempo y respondió riendo:

-No creas que soy buen bocado.

-Permíteme estar en desacuerdo, cariño; yo sé muy bien lo apetitosa que eres.

Y, para demostrarlo, la arrastró hasta debajo del muérdago y, después de relamerse ruidosamente, le dio media docena de besos mientras ella no paraba de reír. Duchy levantó la mirada del nuevo estuche de papel de cartas que estaba examinando, para comentar:

-Vaya, tendría que haber una ley que prohibiera esa clase de ruidos. Dev, muchacho, ¿por qué no le enseñas cómo se hace?

El duque obedeció a su abuela, llevándose hacia el muérdago a Megan, que se debatía riendo, y al poco todos celebraban la demostración que, además de silenciosa, fue dilatada.

Poco después, Lachlan le hizo su regalo, que en ironía no iba a la zaga al de ella: una sombrilla, que le presentó con una reverencia.

-Un objeto muy peligroso —dijo ella con una sonrisa burlona.

-Por ti, cariño, me enfrentaría a cualquier peligro -replicó él, y ella habría jurado que no bromeaba.

Kimberly sonrió. Lachlan tenía el don de decir en cada momento lo más oportuno. Y también lo más inoportuno, pensó después recordando las atrevidas frases que ella no debería haber oído, por el momento, y que tanto la hacían sonrojarse.

Kimberly le había comprado también unos gemelos de brillantes que le valieron otro beso, largo y apasionado, esta vez lejos del muérdago. Y entonces él la sorprendió con otro regalo que ella no esperaba.

Estaba en una caja pequeña y, mientras ella la abría, él dijo:

-Lo compré antes de que llegara tu padre.

Cuando Kimberly vio el anillo de compromiso, comprendió por qué Lachlan había creído necesaria la explicación: era su manera de disculparse por la modestia de la alhaja.

De todos modos, se trataba de una esmeralda de buena calidad, aunque pequeña, y ella sabía que en el momento de comprarla Lachlan no tenía dinero. Y seguía sin tenerlo, por lo que preguntó:

-Pero ¿cómo?

Él se encogió de hombros, tratando de restar importancia al asunto.

-Vendí el caballo. No soy un gran jinete, y no lo echaré de menos. Quizá acepte los que me ha ofrecido el duque, aunque sólo sea para que nos lleven a casa.

Kimberly se emocionó. Él no tenía necesidad de regalarle aquel anillo. Podría haber esperado a disponer de dinero. Ella lo habría comprendido, puesto que conocía su situación. Era conmovedor que hubiese querido que lo tuviera antes de la boda, como era tradición. A los ojos de Kimberly, eso confería un valor superior al de cualquiera de sus propias joyas.

Para no hacer el ridículo llorando, Kimberly se refirió a lo que él había dicho acerca de aceptar los tres purasangres de Devlin:

-Eso ya lo he hecho yo.

-¿Qué has hecho?

-Aceptar los caballos -respondió ella con naturalidad-. Son un valor seguro, y yo entiendo de esas cosas.

-¿En serio? -inquirió él con escepticismo, pero entonces observó la sonrisa de suficiencia de Kimberly y concedió -: Pues si es así, me alegro de saberlo, cariño. Los MacGregor no hemos estado muy afortunados en esto. Ya es hora de que las cosas cambien.

43

Al día siguiente por la tarde, horas antes de la fijada para la boda, Kimberly se encontraba con la señora Canterby, cuando una de las criadas fue en su busca.

Uno de los vestidos nuevos parecía ideado para una novia -Kimberly estaba segura de que tal había sido la intención de la modista-, y no necesitaba más que un retoque y algunos adornos, en los que la mujer había estado trabajando durante toda la semana, para que resultase perfecto para la ocasión. Cuando Kimberly fue para la prueba y el visto bueno definitivos, tal como esperaba no pudo poner el menor reparo a la labor de la señora Canterby, que era una persona de un gusto exquisito.

La criada que entró en ese momento, una de las jóvenes camareras, solicitó hablar con Kimberly en privado. Cuando estuvieron en el corredor, la muchacha cuchicheó:

-Yo limpio el cuarto de su padre, señora, y me alegro cuando no está él... pero hoy sí que está y no me deja entrar ni contesta cuando llamo a la puerta. Sin embargo, sé que está dentro, porque lo he oído llorar.
-¿Llorar?

-Sí, señora.

-¿Has dicho llorar?

-Sí, señora. -La muchacha asintió con un gesto enfático, como si de ese modo esperara conseguir que Kimberly dejase de dudar de sus palabras.

Pero no lo consiguió. Kimberly no creería aquello hasta que lo viera con sus propios ojos. Qué tontería. Probablemente, algún gato se habría colado en la habitación y

ahora no podía salir. Lo más seguro era que su padre ni siquiera estuviese allí. Aquella muchacha era incapaz de distinguir entre el maullido de un gato y el llanto de una persona.

-Está bien -dijo Kimberly, y dejó escapar un suspiro-. Tan pronto como me haya cambiado iré a ver qué ocurre. Muchas gracias por avisarme.

Kimberly no se apresuró. Aquello era absurdo. Cuando salió de las habitaciones de la señora Canterby, casi estaba decidida a no hacer nada. La habitación de su padre se encontraba bastante lejos, en otra ala de la mansión. Sería perder el tiempo... Pero ¿y el pobre gato? No podía dejarlo allí, maullando, desesperado por salir.

Así pues, se encaminó hacia la habitación de su padre. Cuando llegó, al otro lado de la puerta no se oía nada. Llamó con suavidad, pero no obtuvo respuesta. Entonces abrió lentamente, esperando que el gato saliese corriendo. Pero no había tal gato. Abrió aún más la puerta y entonces vio a su padre, sentado en un sillón, con una mano sobre los ojos. Todavía estaba en bata.

Esto la sorprendió y hasta empezó a preocuparla. Si realmente había llorado... No, era inconcebible, pero...

-¿Te encuentras bien? -preguntó con tono vacilante.

El conde dio un respingo. Apartó la mano de su rostro y Kimberly vio que tenía los ojos enrojecidos, pero sin rastro de lágrimas. Claro que podía habérselas enjugado.

-¿Bien? -barbotó él-. Por supuesto que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

Kimberly parpadeó. Su padre hablaba arrastrando las sílabas. Entonces vio a su lado, en la mesa, una botella de licor casi vacía.

Estaba borracho. Increíble. Cecil Richards era muy prudente con la bebida: una copa de vino con la cena y, en las fiestas, una sola copa y basta.

Kimberly nunca lo había visto así, y dudaba que alguien lo hubiera hecho. Era inesperado, inaudito, y muy curioso.

Fue precisamente la curiosidad lo que hizo a Kimberly preguntar:

-¿Por qué bebes tan temprano?

-¿Bebo?

Ella enarcó una ceja.

-Eso parece.

-Pues sí, bebo -resopló él-. ¿Cómo no he de hacerlo si ese condenado canalla con el que vas a casarte aún no se ha dignado tomar una decisión?

De modo que era eso... La espera lo había afectado más de lo que ella imaginaba. Pero un arrebato de cólera habría sido más propio de su padre que aquello. A menos que temiese que Lachlan se enfadara.

-Me recuerda a Ian -murmuró él.

-¿El qué? -preguntó Kimberly, suponiendo que se refería a la indecisión de Lachlan.

-La bebida. Él tampoco la toleraba, el muy necio.

-¿Quién es Ian?

El extendió el brazo hacia la botella, falló y se olvidó de su propósito mientras decía:

-Mi mejor amigo. Por lo menos, lo fue en un tiempo. Canalla. Tú no lo conoces, muchacha. Puedes estar contenta, porque no merece la pena.

¿Su mejor amigo? Que ella supiera, su padre no tenía más amigo que Thomas, el padre de Maurice, y su relación era más bien de negocios. Su mal carácter le impedía hacer amistades. Por lo tanto, debía de hacer muchos años que había conocido a ese tal Ian. Quizá entonces su talante fuese más propicio a la amistad. Al parecer, había sido la muerte de su gran amor lo que había hecho de él un amargado, y aquello había ocurrido antes de que Kimberly naciera.

Pero su curiosidad acerca del motivo que había incitado a su padre a beber, estaba satisfecha. Su pasado no le interesaba. Ahora buscaba la manera de sugerirle con delicadeza que se acostara y durmiese la borrachera, porque no le gustaba la idea de dejarlo allí sentado. De modo que preguntó:

-¿Qué hacía Ian cuando bebía demasiado? ¿Dormir?

Él no captó la indirecta. En realidad, aquello era lo peor que podía decirle. Se puso rojo, señal de uno de sus estallidos de ira. En su actual estado, el arrebato podía resultar francamente desagradable.

Kimberly ya había empezado a retroceder hacia la puerta cuando él explotó:

-¿Que qué hacía Ian cuando bebía? ¡Por ejemplo, robarme a mi Ellie, y matarla! ¡Condenado, así se pudra en el infierno si es que aún no está en él!
Aquello era nuevo para ella. Sólo sabía que, en opinión de Cecil, a la mujer la había matado un escocés, y por eso los aborrecía, pero los demás decían que había sido un accidente. ¿Muerta por un escocés?

-¿Ian, tu mejor amigo, era escocés?

Él la miró con expresión airada.

-De eso hace mucho tiempo. Pero sí, en mi juventud fui tan estúpido como para cometer ese error. De nada me he arrepentido tanto, y no pienso volver a hacer el disparate de confiar en un escocés.

-No comprendo. ¿Por qué había de robártela, si era tu amigo?

-Porque también él la quería. Y se lo calló, no me lo dijo hasta que ella había muerto. Quise matarlo, debí hacerlo. Siempre me ha pesado no haber acabado con él.

Kimberly no sabía qué había ocurrido exactamente, sólo había oído frases sueltas, generalmente cuando su padre se enfadaba con su madre y exaltaba las virtudes de su

primer y verdadero amor.

-¿Cómo murió ella? -preguntó con precaución.

-Ian MacFearson tuvo la culpa porque estaba borracho. De haber estado sobrio no se habría atrevido. La secuestró de madrugada y cruzó con ella la frontera. Ella cayó del caballo y murió en el acto. Estoy seguro de que saltó adrede, para que aquel canalla no la deshonrase. Él dijo que fue un accidente, que el caballo tropezó en un hoyo, se rompió una pata y la arrojó al suelo. -Cecil resopló-. Condenado embustero. Sólo pretendía librarse de toda culpa.

-Si también él la quería, ¿cómo lo afectó su muerte? Estaría tan desesperado como tú.

-Me culpó a mí de lo ocurrido, desde luego. Si no, ¿por qué había de querer venganza?

-¿Venganza?

-Sí. Yo seguía necesitando una esposa. Como estaba seguro de que no volvería a enamorarme, no vi motivo para esperar y elegí a Melissa, tu madre. Ian esperó a que estuviéramos prometidos para seducirla. Quería que yo supiese lo que se siente cuando se ama a una mujer a la que otro quiere. Ésta fue su venganza, porque Ellie no lo quería a él sino a mí. Y consiguió que Melissa se enamorase de él. Estoy seguro de que lo amó hasta el día de su muerte.

¿Podía ser verdad esa historia? Kimberly siempre había sospechado que sus padres no se amaban, porque nunca había observado entre ellos muestras de ternura. Sencillamente, vivían en la misma casa y asistían juntos a los mismos actos, pero rara vez se hablaban. ¿Podía su madre haber estado enamorada de otro hombre durante todos aquellos años?

Entonces Cecil soltó una risa tétrica y agregó con malsana satisfacción:
-Pero erró el tiro, porque yo no la quería. Sólo me casé con ella porque necesitaba una esposa, cualquier esposa. Pero él regresó a Escocia antes de que yo pudiera decirle que sus esfuerzos habían sido en vano. Y fui el último en reír, porque él ni llegó a enterarse de tu existencia, el muy necio.

-¿Por qué tenía que enterarse de mi existencia? -preguntó Kimberly, atónita.

Cecil parpadeó, como si aquella pregunta le sorprendiera. Pero se encogió de hombros y dijo:

-Tú has elegido tu propio destino y vas a cometer la tontería de casarte con ese escocés. Ya no hay razón para que no sepas la verdad.

-¿Qué verdad?

-No eres hija mía, muchacha. Eres suya, su viva imagen: los mismos ojos, el mismo cabello, la misma boca... la misma sonrisa. Detesto esa sonrisa tuya que me lo recuerda. Además, tu madre lo admitió, y estaba orgullosa, por Dios. Pero yo te di mi apellido. No podía hacer otra cosa. Tampoco me importaba. No esperaba que ella me diese un heredero, porque sabiendo que amaba a Ian no quise ni tocarla. Y no quise divorciarme, a pesar de lo mucho que me habría gustado hacerlo. El escándalo, ¿comprendes? De modo que tuve que soportaros a ella y a ti.

Kimberly sacudió la cabeza. Estaba tan trastornada que casi no podía articular palabra.

-No es verdad. Mamá me lo habría dicho.

-¿Después de que yo le hiciese jurar que no lo haría? No seas estúpida, muchacha. Su promesa fue lo único que me impidió echaros de mi casa a las dos y proclamar su vergüenza.

No era su padre. No era su padre. No era... Kimberly repetía mentalmente la frase tratando de encontrarle sentido, hasta que por fin tuvo la revelación de que nada la unía a aquel tirano atrabiliario. Y entonces, súbitamente, se deshizo aquel pequeño nudo de remordimiento que siempre había sentido por no quererlo, por haberlo odiado. Casi sonrió. En realidad, tenía ganas de reír. El no era su padre, y ella estaba... alborozada. Hasta ese momento él no se lo había dicho a nadie. Pero, conociéndolo, Kimberly dudaba de que fuese la promesa de su madre lo que le había hecho mantener el secreto, sino más bien el afán de impedir que se supiera que era un marido burlado, pensó con cinismo. -¿Vive todavía?

-¿Quién?

El tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y los ojos cerrados. Empezaba a adormilarse. Pero ella no estaba dispuesta a que su pregunta quedase sin respuesta.

-lan MacFearson. ¿Vive todavía? El abrió los ojos lentamente y la miró bizqueando.

-Ojalá no. Ojalá esté pudriéndose en el infierno.

-Pero no lo sabes con seguridad, ¿verdad?

-¿Piensas ir en su busca? -preguntó él con tono burlón-. No te dará las gracias por decirle que tiene una hija bastarda. Él no quería a tu madre, estúpida. Sólo la sedujo para vengarse de mí. ¿Por qué iba a querer saber algo de ti?

Seguramente tenía razón. Pero si aquel hombre vivía, por lo menos podría hacerle una visita, ¿no? No tenía por qué decirle que era su padre. Podía callárselo. Pero al menos sabría cómo era él... ¿Se sentiría desesperada si descubría que era amable, bueno y todo lo que Cecil Richards no había sido para ella? ¿Si tomaba conciencia de lo que se había perdido durante todos aquellos años, sin un verdadero padre, solícito y cariñoso?

Suspiró. Quizá fuera preferible ignorarlo. En realidad, le bastaba saber que no era hija de Cecil.

Kimberly se fue hacia la puerta, pero allí se volvió a mirarlo.

-Deberías acostarte y dormir -dijo-. Es probable que mañana conozcas la decisión que esperas y... -Guardó silencio al recordar qué la había conducido allí-. ¿Por qué llorabas?

-¿Llorar, yo? -Cecil se irguió bruscamente, muy colorado-. ¿Llorar? En absoluto. Seguramente reía al pensar en la cara que pondrá ese canalla cuando le diga que se ha casado con una bastarda.

Mentía, desde luego, y nunca reconocería haber hecho algo tan natural como llorar. Ella pensó que quizá la bebida le hubiese hecho sentir melancolía por su amor perdido, pero nunca lo sabría con seguridad... y tampoco le importaba.

En cuanto a su amenaza, ella sonrió.

-¿Y si yo te ahorrase la molestia? Estoy segura de que Lachlan se alegrará de saber que tengo sangre escocesa.

44

-Ha vuelto a escribir -dijo Ranald dejando caer un sobre en el escritorio de Lachlan.

-¿Dice lo mismo que en las otras? -preguntó el escocés.

-Sí.

Lachlan suspiró. Nessa se había tomado muy mal sus planes de matrimonio. Lloró y suplicó que no se fuera a Inglaterra a buscar esposa. Se negó a escucharlo cuando él trató de explicarle por enésima vez que en ningún caso se casaría con ella, porque para él sería como tomar por esposa a una hermana. Ella juró que se las ingeniaría para encontrar el dinero que necesitaban y que entonces él cambiaría de parecer.
Cuando Lachlan llevaba dos semanas en Sherring Cross, Nessa escribió una carta, y desde entonces le había escrito media docena de veces, diciendo siempre las mismas cosas, suplicándole que regresara, asegurándole que ella había conseguido todo el dinero que necesitaban, pero sin explicarle cómo.

Era mentira, por supuesto, un recurso desesperado, porque aún creía estar enamorada de él y no quería perderlo. Pero ella no podía haber conseguido el dinero necesario para mantener el castillo. Sin embargo, aunque hubiese sido cierto Lachlan tampoco habría cambiado de parecer. Había encontrado a la mujer de su vida. Y hasta deseaba casarse con ella cuando creía que no tenía dinero.

De las cartas de Nessa sólo leyó la primera. Le contrarió tanto que ella no renunciara a su obsesión por él que dijo a sus primos que, si llegaban más cartas, las leyeran ellos. Y así lo habían hecho, a pesar de lo mucho que les molestaba el encargo.

-¿Tampoco piensas contestar ésta? -preguntó Ranald con curiosidad al ver que su primo ni siquiera la miraba.

-¿Para qué, si mañana emprendemos el regreso? Quizá cuando vea a mi esposa se convenza de que hablo en serio. -Soltó un bufido y añadió-: Será la única manera.

-No le gustará -le previno Ranald.

-Ni lo espero, pero tendrá que hacerse a la idea. No quiero disensión en mi casa.

-Pues la tendrás, o no conozco a Nessa -vaticinó Ranald con una sonrisa.

-No, ella aceptará a mi Kimber y me deseará que sea feliz, o se irá a vivir a las Hébridas con su tío.

A última hora de aquella tarde Lachlan se preguntaba si Kimberly no se habría enterado ya de la existencia de Nessa y de los problemas que podía crear, porque parecía preocupada. Claro que su ensimismamiento tal vez se debiese a que al día siguiente por la mañana se celebraría la boda. Desazón, nervios, cosas corrientes en esos casos. El estaba tranquilo, pero las mujeres se tomaban las cosas de otro modo y se preocupaban sin necesidad. Por fin, le preguntó.

-¿Qué te pasa, cariño? No me digas que has cambiado de idea, porque si así es te llevaré a Kregora y allí viviremos en pecado hasta que recobres la sensatez.

-No será necesario -dijo ella con una sonrisa-. Sólo estaba pensando.

-¿En qué?

En lugar de responder, ella inquirió:

-¿Conoces a un tal Ian MacFearson?

-Vaya, ¿dónde has oído tú ese nombre? -preguntó él a su vez, evidentemente sorprendido.
-¿Lo conoces o no?

-No... es decir, sí.

.

-¿No o sí?

-No lo conozco, Kimber, pero he oído hablar de él. Me parece que no hay en Escocia quien no haya oído hablar de Ian MacFearson. Hay quienes se preguntan si es un hombre de carne y hueso. Se cuentan de él cosas tan extraordinarias...

-¿Qué clase de cosas?

-Tiene fama de ser uno de los bellacos más ruines y malvados de Escocia, un sujeto que con la misma facilidad te clava una mirada que una daga. Unos dicen que no ha salido de su casa desde que regresó a ella hace más de veinte años, que no es más que un viejo solitario y misántropo. Otros, que no se ha casado pero que tiene tantos bastardos que no te alcanzarían los dedos de las dos manos para contarlos, y que todos y cada uno de ellos son tan viles y crueles como él. Incluso hay quien dice que se divierten tratando de matarse los unos a los otros y que él los azuza.

-Bromeas, ¿verdad? -preguntó Kimberly con incredulidad.

-Son habladurías, nada más. No creo que alguien sepa qué hay de verdad y de exageración en todo ello. Pero las madres dicen a los niños que si no son buenos Ian MacFearson se los llevará y se los dará a sus sanguinarios hijos. Recuerdo que cuando tenía quince años mis primos y yo fuimos en busca de su casa, para descubrir si era un hombre o una leyenda.

-¿Y lo descubristeis?

-Pues no lo vimos. Encontramos una casa que nos pareció que podía ser la suya, un

caserón lúgubre en lo alto de un promontorio, entre árboles desnudos y bajo unos nubarrones oscuros. No nos acercamos. Aquel lugar siniestro hacía más verosímiles las historias de sus tropelías.

-O quizá las inspiró -apuntó ella, resistiéndose a pensar lo peor.

-Quizá, pero no tengo interés en averiguarlo. Dime, ¿dónde has oído ese nombre?

-Por mi pa... por Cecil. Al parecer, Ian MacFearson puede sumar otro bastardo a la cuenta. -Hizo una pausa, y con una sonrisa triste, añadió-: La que te habla.

Lachlan se echó a reír, pero al advertir que Kimberly se había puesto muy seria, su risa acabó en un quejido.

-Bromeas, ¿verdad?

-No y a ti no te hace ninguna gracia, ¿verdad? -dijo ella con un hilo de voz-. ¿Te molesta que sea hija ilegítima?

Él le tomó una mano y se la llevó a los labios.

-¿Por qué habría de molestarme? Pero la hija de Ian MacFearson... Cuesta trabajo hacerse a la idea.

Aquellas palabras la tranquilizaron lo suficiente para permitirle reconocer:

-Yo todavía no acabo de creérmelo.

-¿Significa eso que no te lo ha dicho hasta hoy? ¿La víspera de tu boda? Ese cerdo...

-Estaba borracho. No creo que pensara decírmelo nunca. Pero se le escapó... y me alegro. Nunca ha sido un padre para mí, y por lo menos esto explica por qué. Creí que te gustaría que yo fuese medio escocesa.

-Cariño, no me importa qué sangre corra por tus venas, pero la sangre escocesa es buena. -Sonrió-. Y me alegro mucho de que el conde no sea tu padre. No me importa reconocer que he llegado a temer el que un día pudieras parecerte a él.

-No te creo.

-Palabra. Pero dime, ¿estás segura de que eres la única hija de MacFearson?

-¿La única? Has dicho que tenía un montón de bastardos.

-Eso dice la leyenda, pero todos varones y, la mayoría, de distintas madres.

Ella se ruborizó al conocer ese detalle.

-Pues, respondiendo a tu pregunta, sí, estoy casi segura, porque Cecil no pensaba decírmelo. También dice que me parezco al escocés, sobre todo, en la sonrisa.

-¿Un bandido con sonrisa de ángel? -dijo él con escepticismo.

-No creo que siempre haya sido un bandido. Pero supongo que Ian MacFearson es el

único que podría decirnos con seguridad si soy hija suya o no. Si no conoció a mi madre ni a Cecil, de quien, al parecer, hace tiempo era muy buen amigo, entonces todo sería mentira, ¿no crees?

-Sí.

-Por otra parte, no es algo que Cecil quisiera que se supiese después de haberme reconocido como hija suya. Sería humillante para él. Y hoy no se le habría escapado de. no haber estado tan borracho. -Se encogió de hombros-. También es posible que todo haya sido una treta, que ni siquiera estuviese borracho y que con esa historia pensase conseguir que renunciaras a casarte conmigo.

Lachlan hizo una mueca despectiva, y dijo:

-Las personas coléricas no suelen tener paciencia para urdir un engaño semejante.
-Pues yo le creo. Al principio, no podía. Era tan inesperado. Pero después he comprendido que eso explicaría por qué durante todos esos años nos trataba a mi madre y a mí del modo que lo hacía. Y, sinceramente, me gustaría que fuese verdad. No me importa que ese Ian MacFearson tampoco sea una buena persona. No me importa quién sea mi padre, mientras no lo sea el conde.

-Casi estoy de acuerdo contigo.

-¿Casi?

-Verás, preferiría que tu padre no fuera un tenebroso personaje de leyenda. Tú... no habrás pensado en ir en busca de MacFearson, ¿verdad? -preguntó él con una sonrisa tan maliciosa que Kimberly no pudo evitar sonreír.

-¿Después de lo que me has contado? No, gracias.

Él suspiró con alivio, pero rápidamente dijo:

-No es que no quisiera acompañarte a buscarlo, si lo deseas. Pero me parece que será preferible que no trates de descubrir si esas historias son verdaderas. Ciertas cosas es mejor ignorarlas.

-Quizá tengas razón -reconoció ella-. Y hablando de cosas ignoradas o, por lo menos, que todavía ignoras, me parece que mi padre no asistirá a la ceremonia, pero el duque se ha ofrecido para acompañarme al altar. Él será quien otorgue a la novia.

-¿En serio? -preguntó Lachlan enarcando una ceja. Entonces se echó a reír-. Ahora recuerdo que lo último que me ofreció no lo quise, pero te aseguro que no tendré el menor inconveniente en aceptarte, cariño.

45

Kimberly se sentía flotar en la nube de una felicidad que no acertaba a explicarse. Se casaba, sí, y debía ser un momento de dicha, salvo por un detalle: lo hacía con un hombre que no estaba enamorado de ella. De modo que no había motivos para

sentirse tan ridículamente feliz.

Ya estaba ante el altar, al lado de quien en unos minutos se convertiría en su marido. Él, muy apuesto con su traje negro, la había recibido con una sonrisa que le había cortado el aliento.

Casi parecía que deseaba casarse con ella, que no se limitaba a cumplir con un deber de honor. Pero Kimberly comprendía que, si quería tener un poco de paz en su matrimonio, debía cerrar los ojos a la realidad y aceptar a su marido tal como era, un hombre encantador y sensual.

Se sentía hermosa. El vestido color crema, con el nuevo corpiño, sobrefalda y cola de encaje blanco, le sentaba admirablemente. Y Jean, su nueva doncella, debía de haber aprendido de la de Megan el arte de crear peinados favorecedores.

Megan le envió a aquella muchacha cuando se enteró de que Mary había sido despedida. Jean era amable y servicial y, lo más importante, estaba dispuesta a marchar a Escocia con Kimberly.

-Puesto que marcharás a un lugar completamente nuevo y desconocido para ti, debes llevar tu propia doncella- le había dicho Megan-. Y Jean es leal, puedes estar tranquila.

Kimberly tuvo que prestar atención a la ceremonia porque había llegado el momento de formular los votos. «Amarte y respetarte... hasta que la muerte nos separe.» Unas palabras graves y solemnes que contrastaban con su desbordante felicidad. Casi no pudo reprimir una sonrisa.

Y entonces Lachlan tomó su mano y ella vio que no sólo iba a ponerle la alianza de oro sino también un magnífico anillo de compromiso con el brillante más grande que había visto en su vida, rodeado de perlas rosa perfectas. Era una de las joyas de los MacGregor que habían llegado la víspera. Quedó impresionada y casi no acertó a impedir que él le quitara el anillo de la esmeralda para ponerle el del brillante. Pero lo impidió.

Él la miró con gesto interrogativo, a punto de fruncir el entrecejo, y ella susurró rápidamente:

-Me gusta el primero, lo prefiero, si no te importa.

Él parecía azorado, pero en su rostro pronto apareció una sonrisa deslumbrante. Aunque todavía no había llegado el momento de besar a la novia, lo hizo de todos modos. El pastor, sorprendido, tuvo que carraspear vanas veces para que Lachlan le permitiera terminar la ceremonia. Y entonces volvió a besarla.

Ya eran marido y mujer. Kimberly casi ni oía las felicitaciones a causa de la emoción. Al cabo de una rato, partía de Sherring Cross.

Devlin les había prestado para el viaje uno de los varios carruajes ducales, con cochero y escolta. Y sorprendió a todos, incluida su esposa, al decir a Lachlan que siempre sería bien recibido en su casa. Y era sincero. Pero agregó, aunque con una sonrisa:

-Pero no muy a menudo, ¿eh?

Esto mitigó la tristeza de la despedida cuando Kimberly, con los ojos arrasados en lágrimas, dijo adiós a Megan, su buena amiga, la mejor que había tenido. La echaría de menos. Pero se escribirían, y Megan había prometido visitarlos algún día.

Como tenían intención de partir por la mañana temprano, inmediatamente después de la ceremonia, Kimberly había ido a visitar por última vez a su... al conde. Estaba sobrio, adormilado y tan adusto como de costumbre. Ella no abrigaba la vana esperanza de oír una amable palabra de despedida. Más tarde, al recordar aquella entrevista, le sorprendería que no le hubiese estropeado el día. Todo lo contrario. Probablemente, el saber que no volvería a ver a aquel hombre había hecho que su felicidad se acrecentara.

-No espero que asistas a mi boda -dijo-. Sería un acto de hipocresía, y tú no eres hipócrita.

-Tampoco soy tolerante con los necios —le espetó él—. Y eso eres tú, si te obstinas en casarte...

-Vamos a dejar eso. Me caso y a ti no debe importarte, por lo que guárdate tu opin... Lo siento, no he venido a pelearme contigo.

-Desagradecida -murmuró él.

-No soy desagradecida. Al contrario, quiero darte las gracias por haberme tenido en tu casa durante todos estos años, por haberme vestido y dado de comer. Lástima que no me dieras también un poco de ti mismo, ya que habías decidido educarme, pero comprendo que, despreciándome como me desprecias, habría sido pedir demasiado.

Había pulsado una fibra sensible, porque él enrojeció:

-Nunca te he despreciado, muchacha. Despreciaba a tu padre, y tú me lo recordabas.

-Pues no te lo recordaré más, porque no es necesario que volvamos a vernos. Adiós. Deseo sinceramente que seas feliz con Winnifred.

-Entonces, ¿no piensa acusarla? ¿Va a olvidarse del asunto?

-Ha recuperado las joyas de los MacGregor y tiene la escritura de propiedad de la casa de Winnifred. Si le entregas un pagaré antes de que partamos esta mañana, el asunto quedará zanjado.

-Gracias.

Al oír esa palabra, Kimberly parpadeó, asombrada. Sólo pudo sacudir la cabeza antes de volverse. Pero aún le quedaba una pregunta a la que sólo él podía responder, una pregunta que la intrigaba.

Se paró en la puerta y miró a aquel hombre a quien durante veintiún años había creído su padre, pero que ni había sido un padre para ella ni un verdadero marido para su madre. Lo que Kimberly quería saber, lo que necesitaba saber, era por qué su madre había aceptado aquella vida.

-¿Por qué no te dejó? -preguntó-. Medios no le faltaban. ¿Por qué permaneció a tu

lado, si era tan desgraciada?

Él la miró sombríamente y contestó:

-Porque sabía comportarse. No era como tú. Ella nunca habría desobedecido a sus padres. Le ordenaron que se casara conmigo y obedeció. Y se conformó, como era su deber.

-¿Que se conformó? -dijo ella con incredulidad-. ¿Toda una vida de tristeza, y dices que era su deber?

Él había vuelto a enrojecer. No pensaba decir nada más... pero entonces agregó:

-También se quedó por ti. No quería que tuvieses que cargar con el estigma de ser ilegítima. Sabía que, si se marchaba, yo no lo mantendría en secreto.

Kimberly sacudió nuevamente la cabeza.

-Conseguiste engañarla, ¿eh?

-¿Qué diablos quieres decir?

-Como tú eras desgraciado, ella también tenía que serlo, ¿verdad?

-Yo habría...

-No habrías dicho nada. Como tampoco ahora dirás que no soy hija tuya. Porque, ¿de quién se ríe la gente, de la esposa infiel o del marido burlado, el idiota que se deja engañar? Tú nunca reconocerías que has sido un necio. Eso sólo lo sabemos tú y yo. Ojalá también mamá lo hubiera sabido. En realidad, preferiría que la hubieras echado de casa cuando te enteraste. Ella habría sido mucho más feliz. Y yo, también.

-No seas estúpida, muchacha. La sociedad no acepta a una mujer sola, con una hija ilegítima. Tu madre no lo habría soportado, pues tenía mucho orgullo. El escándalo la habría destrozado. A mi lado, por lo menos, podía llevar la frente alta y ocupar un lugar en la sociedad, y eso siempre lo agradeció. Tampoco fue tan desgraciada. Te tenía a ti, te adoraba. Pero ¿qué tenía yo? Nada.

-También pudiste tenerme a mí. Pudiste hacerte querer. Pero se me olvidaba que en mí veías al otro.

-¿Y crees que no me pesa, muchacha? -dijo él con brusquedad.

-Si es así, lo siento. Lo siento por nosotros tres, pero, sobre todo, por mamá. Ella no tendrá una segunda oportunidad de ser feliz, como la tenemos nosotros.

-Pues si te casas con ese escocés tú tampoco la tendrás, muchacha -replicó.

-Pienso demostrar que estás equivocado.

46

«Pienso demostrar que estás equivocado.»

Y eso había hecho Kimberly durante todo el día. Había sido feliz después de ver al conde por última vez y olvidarse de aquella visita. Pero por la noche las dudas volvían a inquietarla.

Habían hecho un alto, no en una posada, como ella suponía, sino en una de las propiedades de los duques que, por orden de éstos, había sido preparada especialmente para la noche de bodas de la joven pareja. Lachlan estaba tan sorprendido como Kimberly. El cochero y la escolta habían recibido las oportunas instrucciones, lo mismo que la servidumbre del pabellón.

Kimberly fue conducida directamente al dormitorio principal. Dos criadas ayudaron a Jane a prepararle rápidamente el baño en la cámara contigua. Al regresar al dormitorio, vio, a la suave luz de las velas, una mesa puesta y, a su lado, un carrito con fuentes que despedían apetitosos aromas.

A los pies de la ancha cama, con sus sábanas de satén azul ya abiertas, Kimberly encontró, para su sorpresa, un camisón y una *négligée*. Sin duda creación de la señora Canterby por encargo de Megan. Eran de gasa azul verdoso, y refulgían como una turquesa. Al levantar el camisón, se dijo que ella nunca habría elegido una prenda como aquella, de tirantes estrechos, escote profundo, cuerpo ceñido hasta las caderas y falda sesgada en abanico.

Cuando Kimberly se puso el camisón y vio la cantidad de piel que quedaba al descubierto, rápidamente alargó la mano hacia la bata, pero enseguida advirtió que no se parecía a ninguna que hubiese visto antes. Tenía mucha tela en las mangas y en la espalda, que flotaba alrededor de ella al menor movimiento, y muy poca, o ninguna, delante. Bien, para ser exactos, el salto de cama tenía un volante de encaje negro de unos cinco centímetros, que le pasaba por la nuca, cubría los tirantes del camisón y caía a cada lado del pecho hasta los pies.

Aquello era sólo media bata, una especie de capa con mangas que, más que cubrir el camisón, lo exhibía. La horrorizaba la idea de cenar con Lachlan así vestida.

Kimberly se miraba al tiempo que sacudía la cabeza con expresión de desagrado, cuando una de las criadas dijo:

-Espero que le guste, lady Kimberly, o su excelencia la duquesa se sentiría defraudada.

Kimberly sintió deseos de estrangularla. Ahora se veía. obligada a llevar aquello. Ni serviría la excusa de que tenía frío, puesto que en el hogar ardía un gran fuego.

La buena de Jane le sugirió que se pusiera el camafeo. Sí, cualquier cosa que la tapara un poco. Pero los pechos seguían saliéndose del escote, y se sentía más desnuda que si no llevara absolutamente nada. Estaba decidida a buscar otra prenda en cuanto las criadas de Megan salieran de la habitación, y así lo hubiera hecho si antes de que ellas

se fueran no hubiera entrado Lachlan.

El camafeo fue un fracaso, porque no sirvió sino para atraer la mirada de él hacia el escote, y Kimberly se ruborizó al advertir que también él parecía atónito o, por lo menos, sorprendido, porque quedó boquiabierto. Y no tuvo siquiera la discreción de apartar la mirada sino que se quedó contemplando los pechos sin pestañear hasta que una de las criadas carraspeó, y entonces también él se sonrojó.

Pero de inmediato afloró su encanto natural, y empezó a actuar como si nada ocurriese, para comodidad de ambos. Habló del viaje, de la ruta que seguirían al día siguiente, de lo gratamente que lo había sorprendido el duque al disponer para ellos aquel alojamiento. Incluso confesó que Devlin lo había dejado pasmado al pedirle disculpas por no haber creído la historia de que le habían robado la herencia.

Kimberly, distraída con la conversación, se olvidó de su escote y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, ya casi habían terminado la cena y las criadas se habían retirado. Fue entonces cuando las dudas empezaron a atormentarla.

¿Era mucha presunción esperar una noche de bodas? El que estuvieran cenando juntos en el dormitorio no significaba necesariamente que también fueran a dormir juntos. Lachlan había cumplido con su deber casándose con ella. ¿Y si pensaba ser su marido sólo de nombre? ¿Sería ese matrimonio una farsa como la triste unión de sus padres? Iba a costarle mucho trabajo fingir que su felicidad era completa.

Ensimismada como estaba, tuvo un sobresalto cuando Lachlan se levantó bruscamente, dejó la servilleta, rodeó la mesa y la cogió de la mano.

-¿Qué...? -Fue todo lo que ella pudo decir antes de que él la arrastrara consigo y, al llegar junto a la cama, le pusiera las manos en las mejillas y le diera un beso que hizo que se le doblaran las rodillas y tuviera que apoyarse en él.

Lachlan gimió y dijo contra sus labios:

-No sé cómo he podido contenerme. Cómo me habría gustado echar a las malditas criadas, saltar sobre la mesa y comerte a ti en lugar de la cena. Si vuelves a ponerte este
camisón, no respondo de mí. ¿Es que no lo sabes Kimber? No necesitas provocarme, porque siempre te estoy deseando.

Parecía enfadado, pero eran cariñosas las manos que le acariciaban la nuca y deslizaban la bata por los hombros y los brazos, hasta que cayó al suelo. Y eran cálidos los ojos que miraban la gasa del camisón sin su cubierta de encaje.

-Cariño, yo tenía planes para esta noche. Iba a amarte muy despacio, para que me desearas tanto como te he deseado yo a ti todas estas semanas. Quería que suplicaras... pero yo soy el que suplica.

Se arrodilló, le abrazó las piernas y le oprimió el vientre con los labios. Ella estaba sin aliento, casi no se tenía en pie.

-¿Y qué suplicas...? -consiguió decir sin saber cómo.

-Que me perdones, porque no puedo esperar ni un minuto más. Te juro que me siento morir.

Ella le acarició la cabeza y susurró:

-No deseo quedarme viuda tan pronto, Lachlan MacGregor.

El alzó la cara y la miró con aquella sonrisa que la estremecía. Pero no bromeaba sobre su urgencia. Casi con un solo movimiento, se puso en pie, la levantó en brazos y la cubrió con su cuerpo. Kimberly no tuvo tiempo ni de parpadear antes de sentir la acometida de su lengua en la boca y la aún más profunda de su virilidad en su vientre cálido y anhelante.

Lachlan gimió al sentirla preparada para recibirlo. ¿Cómo no había de estarlo? La sola mención de que la deseaba hizo que una oleada de calor recorriera su cuerpo. Sin duda él sabía que al pronunciar aquellas palabras, ella sería como arcilla en sus manos. Al cabo de unos segundos Kimberly se abría con ansia a sus embates y se elevaba con él sobre la ola del éxtasis.

Su corazón tardó en recuperar el ritmo normal, y también su respiración. Lo abrazaba con fuerza mientras se sosegaba y lo acariciaba, admirada del placer único de los cuerpos al unirse y de la fuerza que puede adquirir el deseo cuando se lo estimula del modo apropiado. Lachlan MacGregor era todo el estímulo que ella necesitaba, ahora y siempre.

Él aún tenía la cara hundida en su cuello y la respiración jadeante cuando susurró:

-¿No te había dicho que quería hacerlo despacio?

-Creo que sí.

Él se incorporó y con una sonrisa, preguntó:

-¿Y que ibas a tener que suplicar?

-Me parece que eso lo has soñado.

Lachlan rió suavemente. Ella elevó la vista al techo. Fue una noche muy larga.

47

Kimberly había oído hablar del castillo de Kregora en más de una ocasión, pero imaginaba algo menos imponente y, por supuesto, menos vetusto. La mayor parte de los castillos que conocía conservaban parte de su primitiva planta, la torre circular, el gran salón, la capilla, pequeña pero sólida, junto a posteriores construcciones, tan bien ensamblada con la original que apenas se distinguían entre los esbeltos frontones, cúpulas y chimeneas más recientes.

Kregora era todo lo contrario. Si algo moderno había detrás de sus altos muros de piedra, no se distinguía desde el exterior. Tenía dos enormes torres rectangulares, torreones, almenas y, ¡santo Dios!, hasta puente levadizo y rastrillo. ¿Sería posible que aún estuviera en uso, al cabo de los siglos?

Después de la primera sorpresa, Kimberly tuvo que reconocer que aquel era un castillo verdaderamente majestuoso, que se alzaba en la alta orilla de un gran lago que se extendía por el paisaje formando meandros, sobre un fondo de montes en los que se divisaba alguna que otra casita de piedra. A lo lejos, al otro lado del lago, se veía otro castillo, aunque no tan grande como Kregora.

En esa época del año, el paisaje aún era pardo, pero aquellos montes de nevadas cumbres constituían una vista magnífica. Kimberly contemplaba fascinada el espectacular panorama.

Lachlan, atento a su reacción, sonrió complacido.

-Bienvenida a tu hogar, cariño.

-A pesar de ser tan áridas y agrestes, debo reconocer que las Highlands tienen su encanto.

-Ya te has dado cuenta, ¿eh? -respondió él con orgullo.

-Y también lo tiene tu Kregora.

-Y que lo digas.

-Pero ¿hay chimeneas ahí dentro? ¿Y mantas en las camas? ¿Y braseros?

Durante la última parte del viaje, a medida que se dirigían hacia el norte, el frío había ido acentuándose, y era comprensible que ella pensara en esas cosas, aunque bromease.

Lachlan se echó a reír.

-No temas, Kimber. Yo te tendré caliente y cómoda, y a salvo de las ratas.

-Me alegra saber... ¿Has dicho ratas?

-Bien, algún que otro ratón, quizá.

Ella lo miró con los ojos entornados, temiendo que esta vez no bromeara del todo. Sabía que los castillos albergan a esa clase de huéspedes, sobre todo si no se ocupaban de limpiarlos bien.

-Pues, si hay ratones, te prometo que muy pronto van a estar buscando otra casa -dijo con un brillo de determinación en la mirada.

Lachlan sonrió. Winnifred, justo era reconocerlo, llevaba la casa a la perfección y sin esfuerzo aparente. Nessa, que había asumido sus funciones, prefería pasar el tiempo en las perreras jugando con sus sabuesos o salir a cazar urogallos, y, aunque ella no quería reconocerlo, el castillo había sufrido un fuerte deterioro bajo su gobierno.

Al pensar en su turbulenta prima, Lachlan preguntó:

-¿Te he hablado de Nessa?

-¿La prima que se cree enamorada de ti y piensa que deberías haberte casado con ella? -repuso Kimberly-. ¿Esa Nessa?

Lachlan, furioso, preguntó:

-¿Cuál de esos dos cotillas te lo ha contado?

-Los dos -respondió ella con una sonrisa-, pero por separado, sin saber que habían tenido la misma idea. Y me pareció divertido oír a Gilleonan decirme exactamente lo mismo que me había dicho Ranald.

-Yo te lo habría contado -gruñó él.

-Sí, lo imagino. Pero no te enfades con ellos, porque los dos creían que te hacían un favor. Querían que supiera que todo lo que sientes por esa muchacha es un afecto fraternal. Quizá pensaban que podía sentir celos, o cualquier tontería. -Soltó un bufido, y añadió-: Como si yo fuera celosa.

Lachlan sonrió al recordar la tarde en que había ido a patinar al estanque y sus supuestamente inexistentes celos la habían traicionado, lo mismo que a él.

-Espero que, cuando te conozca, Nessa se olvide de su manía y recobre la cordura -dijo muy serio-. No hay razón que os impida ser amigas.

¿Amigas, dos mujeres enamoradas del mismo hombre? No sería fácil...

Kimberly se quedó inmóvil y cerró los ojos. No, ella no se creía capaz de semejante cosa. Se mantendría fría y distante. Gozaría con él y sería una buena esposa, pero la única dueña de su propio corazón. Si se enamoraba de él, querría que él la amara también, y para siempre, y eso no podía ser.

Fue una lástima sentirse apesadumbrada precisamente en el momento en que entraban en el castillo de Kregora por el puente levadizo. Pero ya se esforzaría ella en situar las cosas en su justa perspectiva, para vivir allí con su marido con un mínimo de armonía... y seguir fingiendo que todo era como ella deseaba que fuese.

Hacía días que se esperaba el regreso del lord, y esa mañana un emisario se había adelantado para anunciar la hora aproximada de la llegada. Una ruidosa multitud aguardaba en el gran patio de armas. Eran los MacGregor, que habían recorrido muchos kilómetros para dar la bienvenida a Lachlan... y ver a la novia inglesa. A pesar del frío, muchos hombres vestían el kilt, y hombres, mujeres y niños lucían el tartán azul, verde y negro del clan de los MacGregor.

Había que corresponder a los cordiales saludos y parabienes, por lo que tardaron un buen rato en cruzar el umbral del gran salón, o lo que Kimberly suponía que sería el gran salón. Pero, al dejar atrás las enormes puertas, Lachlan quedó gratamente sorprendido al descubrir que, si bien el castillo de Kregora no había cambiado exteriormente, su interior había sido completamente modernizado.

Lo que en otro tiempo había sido el gran vestíbulo estaba dividido en la serie de estancias habituales en cualquier casa: un salón, un comedor de tamaño normal, una sala de billar y varias habitaciones más que Kimberly visitaría con calma después, reparando en que las paredes interiores estaban cubiertas de madera a fin de aislarlas del frío, y algunas, además, empapeladas.

Ya había descubierto el sitio ideal para el reloj de pie de su madre, en el amplio vestíbulo. Y al pasar por el comedor observó que no había vitrina, por lo que vendría muy bien la suya, que ya debía de haber llegado, junto con el resto de los muebles.

-De modo que es ésta...

Kimberly no vio a la joven que se había acercado por detrás, pero supuso que aquella voz sarcástica pertenecía a Nessa MacGregor, y Lachlan se lo confirmó al hacer las presentaciones.

Era más baja que Kimberly, quien le sacaba por lo menos quince centímetros, y extraordinariamente bella, con el cabello negro recogido en una trenza y grandes y tempestuosos ojos grises. También era muy delgada, y a pesar de su estatura tenía porte de reina.

Después de las presentaciones, que no pareció escuchar, la muchacha lanzó una breve mirada burlona a Kimberly y, dirigiéndose a Lachlan, dijo a voz en cuello, para que todos oyeran:

-Si que debe de ser rica, porque de bonita tiene poco. ¡Y es una percha! ¿En qué estabas pensando, Lach, para casarte con una mujer tan fea?

Las personas que los seguían quedaron en silencio. Kimberly contuvo la respiración y se puso colorada. Ninguna mujer le había hablado jamás con tanta malevolencia. Nessa sonreía satisfecha, al menos hasta que Lachlan rugió:

-Eres una pequeña bruja. Ella tiene una belleza única y especial, y si no lo ves es porque estás ciega. Y no es una percha. Su estatura es perfecta para mí. Si a ti no te lo parece es porque tienes la estatura de una niña.

Al parecer, aquello ofendió a Nessa, porque exclamó:

-¡Una niña que ha conseguido el dinero que necesitabas! ¡No hacía falta que te casaras con una maldita inglesa del demonio por su dinero!
-La verdad, Nessa, es que cuando le pedí que se casara conmigo creí que era pobre como las ratas. ¿Es que en esa cabeza tan dura no cabe que pueda estar enamorado de ella? Y no vuelvas a llamarla maldita inglesa, porque su padre es tan escocés como tú y como yo.

-¿Quién es?

-No te importa...

-Ja, lo que me figuraba -lo interrumpió ella con una sonrisa maliciosa-. Es una mentira, para que tu gente la acepte, pero no la aceptará.

El ceño de Lachlan se hizo francamente amenazador al oír la acusación.

-Así que ahora soy embustero, ¿eh? Si quieres saberlo, su padre es Ian MacFearson.- Miró alrededor al oír el murmullo de sorpresa que siguió a sus palabras-. No quiero que esto se sepa fuera de Kregora, porque prefiero que la leyenda no nos haga una visita.

Hubo un movimiento de asentimiento general, y hasta Nessa guardó silencio. Lachlan estaba furioso con ella por haber perturbado la bienvenida con sus celos y turbado a Kimberly, que seguía con las mejillas rojas y los labios apretados.

Pero Kimberly, más que turbada, estaba horrorizada. Los celos no justificaban una conducta tan mezquina ni un vocabulario tan deliberadamente hiriente. Aquella muchacha se merecía una buena bofetada. ¿Nadie se había preocupado de enseñarle modales?

Al parecer, no, y Kimberly comprendía que la cosa no acabaría allí. ¿Esperaban de ella que soportara semejantes ataques cada vez que topase con Nessa? Eso, ni soñarlo.

Lachlan había salido en su defensa. No era la primera vez y, al parecer, ésa era su inclinación natural. Además, ahora ella era su esposa y, delante de la familia, no podía actuar de otro modo. Incluso había mentido al decir que la amaba. Aunque, bien mirado, no lo había afirmado. Lo había dado a entender con su pregunta, pero no lo reconocía.

De todos modos, Nessa MacGregor vivía en aquel castillo, y Lachlan no estaría siempre presente para poder defenderla. Kimberly no sabía cuánto tiempo podría resistir antes de contraatacar. Pero suponía que no tardaría en averiguarlo.

48

Kimberly habría preferido permanecer en su habitación hasta recuperarse por completo de aquel desastroso primer encuentro con Nessa. Pero el laird había regresado a casa y, en su primera noche en Kregora se celebraría un banquete de gala al que asistirían todos los miembros del clan y señores de los alrededores.

Lachlan condujo a Kimberly al piso de arriba para mostrarle sus aposentos privados, y le pidió disculpas por la incalificable conducta de Nessa. Incluso trató de disipar su disgusto diciendo que de la suite de cuatro habitaciones comunicadas entre sí -una era un cuarto de baño grande y moderno, con agua corriente caliente y fría- podía disponer de una para vestidor o lo que quisiera, menos para dormir. Allí sólo habría una cama para los dos.

Esta vez ella no se ruborizó, ni siquiera se inmutó, y al fin él la dejó sola para que descansara y se instalase.

Lo que necesitaba Kimberly no era descanso, sino actividad. Sí, comprendía que ésa sería la mejor cura para el mal humor, y se puso a ayudar a Jean a deshacer el equipaje y guardar sus pertenencias. La muchacha, no paraba de parlotear a fin de distraer a su señora, salpicando su cháchara con algún que otro comentario sobre las bárbaras mujeres de aquellas tierras.

Cuando terminaron, Kimberly la envió a averiguar dónde se habían almacenado las cosas traídas de Northumberland. Kregora no le parecería su verdadero hogar hasta que sus tesoros estuvieran colocados en su sitio. Sería como imprimir a aquel castillo su sello personal.

Más tarde Kimberly examinó las habitaciones de Lachlan, y descubrió que eran magníficas. Sus grandes ventanas, por las que la luz entraba a raudales, ofrecían espléndidas vistas del lago y las montañas. La estancia principal, el dormitorio, tenía incluso un pequeño balcón que daba a un embarcadero. Sería muy agradable desayunar allí las mañanas de verano.

Enmarcaban las ventanas cortinas de terciopelo verde oscuro recogidas con gruesos cordones provistos de borlas. En las paredes, empapeladas en diversos tonos de azul, había cuadros de damas y caballeros de la corte francesa que lucían empolvadas pelucas. Gruesas alfombras cubrían casi por completo el suelo de madera; seguramente habían sido tejidas por encargo, ya que el diseño de arabescos en azul y negro sobre fondo verde, estaba realizado en los colores del clan MacGregor.

Una de aquellas habitaciones debía de ser el vestidor de Lachlan -el armario estaba lleno de ropa suya- y también el estudio, pues había una *chaise-longue*, un gran escritorio y sillones y mesitas de lectura. Era grande y podía servir para ambos fines. También era espaciosa la otra habitación, que Kimberly utilizaría como vestidor y gabinete, al menos hasta que llegase el momento de habilitar una *nursery*. Eso, si no había ya una por allí.

Al imaginar a sus propios hijos correteando por aquellas habitaciones, Kimberly se animó. Incluso volvió a sentir deseos de explorar el resto del castillo. Y, cuando Jean volvió y le dijo que sus pertenencias habían sido almacenadas en la bodega, no se paró a preguntarse por qué las habrían llevado allí sino que, sencillamente, decidió ir con la doncella a averiguar si también la bodega de ese castillo sería distinta de las demás bodegas.

Pero no lo era. Se trataba de una estancia lóbrega y húmeda, y el único lugar del castillo en que las paredes de piedra todavía estaban al descubierto y servían de morada a infinidad de arañas. También estaba sucia, ya que allí se almacenaba el carbón, principal combustible de Escocia, donde no abundan los bosques.

Tuvieron que retroceder en busca de un farol y un par de fornidos criados para que subieran los baúles y los muebles. Pero sería difícil localizarlos. Había allí abajo muchas habitaciones, pequeñas unas (que en otro tiempo debieron de ser calabozos), mayores otras, y un dédalo de pasillos. En todas partes se amontonaban trastos viejos, cubiertos de telarañas, probablemente desde hacía siglos.

Por fin encontraron la habitación en que se hallaban los efectos de Kimberly, pero la sonrisa de alivio de ésta duró apenas un segundo, hasta que levantó el farol y contempló la ruina total en que se habían convertido sus reliquias familiares.

El reloj de pie estaba tumbado de lado, sin manecillas, con la madera abierta, astillada, como si lo hubieran golpeado con un hacha. La vitrina tenía las patas y las puertas arrancadas, y la intrincada talla había sido destrozada a hachazos.

El gran cuadro estaba partido por la mitad, como si alguien se hubiera puesto de pie en un extremo tirando del otro hasta doblarlo. Las mesitas, el banco del recibidor estilo renacentista, los jarrones, el arcón chino tallado... todo estaba roto, rasgado, destrozado. Hasta los baúles de ropa habían sido forzados y los vestidos se encontraban esparcidos por el suelo de tierra.

Kimberly contemplaba la escena horrorizada. Dio un paso adelante, luego otro, se arrodilló, extendió el brazo sin llegar a tocar nada, y entonces las lágrimas empezaron

a resbalar por su cara. Aquello era todo lo que conservaba de su madre, y ahora, destrozado como estaba, sólo podía servir para alimentar el fuego. Aquella destrucción deliberada (porque, incluso en su estupefacción, comprendía que había sido hecho alevosamente), era inconcebible. En Kregora no había más que una persona a quien creía capaz de un acto semejante.

Lentamente, Kimberly se puso en pie, con un nombre en los labios:

-Nessa...

-Señora, no será esto... lo que buscamos, ¿verdad?-preguntó Jean, horrorizada, a su lado.

Kimberly no contestó. Miró uno a uno a los confusos criados y preguntó con voz suave y fría:

-¿Dónde puede estar Nessa ahora?

Uno se encogió de hombros y el otro respondió:

-Allí donde esté el laird. La muchacha siempre ha sido su sombra.

-¿Y dónde puede estar él?

Los dos se encogieron de hombros. Kimberly no tenía más preguntas que hacer. Daría con ellos aunque tuviera que registrar el castillo palmo a palmo, por dentro y por fuera. Y cuando los encontrara verían de qué era capaz. La pena la ahogaba, no sabía qué haría, pero no descartaba el asesinato.

No le fue difícil encontrar a Lachlan, que estaba en una especie de despacho. Terminados los saludos, docenas de parientes querían hacerle llegar informes, quejas, buenas noticias y demás. En Kregora, tal como Kimberly tendría ocasión de comprobar, no se observaban formalidades. En lugar de esperar turno en el vestíbulo para despachar con el laird uno a uno, todos estaban reunidos, y menos mal que la habitación era grande.

Él sonrió al verla entrar, hasta que reparó en las lágrimas de las que ella misma no era consciente. Kimberly apenas lo miró, porque buscaba a la prima. Al no verla, ya se disponía a salir cuando la distinguió, y sólo porque Nessa había movido la cabeza para ver qué llamaba la atención de Lachlan.

La muchacha estaba sentada en un escabel, junto a la pared, escuchando discretamente. Lachlan probablemente ni supiese que se encontraba allí.

-Kimber, ¿qué ha pasado? -preguntó el escocés con ansiedad al tiempo que se acercaba a ella.

Kimberly no lo oyó. Miraba fijamente a Nessa y no pensaba más que en llegar hasta ella. Pero Nessa, al verla, no se quedó esperando. Se puso en pie y se refugió detrás del escritorio, poniendo a media docena de personas entre ambas.

-¡Lach, no dejes que esa giganta se acerque a mí! -gritó-. ¡Está loca!

-¿Estoy loca? -dijo Kimberly, mientras sorteaba parientes-. ¿Sabes siquiera lo que has

hecho? Has destruido recuerdos de familia, reliquias de mi madre, que está muerta.

-¡Yo no he destruido nada! ¡Esas cosas llegaron así!

Kimberly titubeó por un instante, hasta que recordó las marcas del hacha.

-No te creo.

-Es la verdad -insistió Nessa, y agregó rápidamente-: El carretero dijo que se había salido una rueda de la carreta y que la carga se había caído porque no iba bien atada.

-¡Una caída de varios palmos no explica que se haya roto absolutamente todo!

-Ocurrió al lado de un barranco, y todo cayó sobre unas rocas.

Era posible. Improbable, desde luego, pero posible. Y el que Nessa se hubiese mostrado hostil con ella no significaba que también tuviera que ser responsable de aquel acto tan vil.

Kimberly desistió de llegar hasta donde se encontraba Nessa, contrariada al no poder conseguir satisfacción inmediata.

-Hablaré con el carretero.
-Ya se marchó. ¿Por qué iba a quedarse? Ha regresado al lugar de donde vino.

Kimberly se puso rígida. Había demasiada complacencia en la cara de Nessa. Estaba mintiendo. Y entonces tuvo la confirmación que necesitaba.

-No hace falta preguntar al carretero -dijo uno de los hombres mirando severamente a la muchacha de la trenza negra-. Eres una embustera, Nessa MacGregor, y me avergüenzo de que seas de mi familia. Yo ayudé a descargar el carro y todo llegó en perfecto estado. Hasta te pregunté por qué hacías llevar a la bodega cosas tan buenas.

Nessa estaba roja. Kimberly también, y la ira se apoderó nuevamente de ella, esta vez multiplicada por diez. Mientras Nessa todavía estaba mirando con rabia a su acusador, ella se acercó y le dio una bofetada que la hizo tambalearse.

La muchacha la miró con incredulidad y se llevó una mano a la mejilla.

-¿Cómo te atreves a...?

-Y puedes dar gracias de que no te dé con el hacha como hiciste tú con mis cosas. El daño que has causado con tu rencor y tu ruindad es irreparable, Nessa. No pienso vivir bajo el mismo techo que un ser tan perverso como tú.

Enseguida se dio cuenta de que plantear un ultimátum era un error, porque el orgullo no le permitiría retractarse. Pero ya estaba dicho. No obstante, descubrió con gran alivio que su marido estaba de acuerdo.

-No será necesario, Kimber -dijo Lachlan a su espalda, abrazándola-. Esta misma noche, Nessa hará el equipaje y por la mañana se marchará, porque yo tampoco quiero tener en mi casa a una persona tan rencorosa. Te juro que traeré los mejores artesanos para que reparen los recuerdos de tu madre, y mi prima les pagará con ese dinero que dice haber conseguido.

Nessa palidecía a medida que Lachlan hablaba.

-Ésta es mi casa -dijo con voz temblorosa.

-Ya no. Con tu acción has perdido el derecho a llamarla así.

-¡No es justo! ¡Es ella quien debe marcharse, no yo! ¡Ella no es de esta casa, y yo sí!

-Nessa, ¿aún no te das cuenta de lo que has hecho? -preguntó Lachlan con tristeza.

Probablemente, su tono de reproche reavivó la cólera de la muchacha.

-¿Así me agradeces todo lo que he hecho por ti? ¿Quieres saber cómo he conseguido el dinero? ¡Vendiéndome a Gavin Kern! -Se lo escupió en la cara, como si esperara herirlo.

Lachlan la miró sorprendido, y de inmediato montó en cólera, pero no por la causa que ella deseaba.
-Entonces vamos a tener otra boda -dijo Lachlan con tono frío y terminante.

-¡No me casaré con él! -chilló Nessa.

-Has dormido con él, y te casarás con él. Es el laird MacGregor quien te lo dice, Nessa.
Ella palideció otra vez. Kimberly comprendió que aquella forma de expresar la orden la hacía irrevocable. Nessa salió corriendo de la habitación.

En el tenso silencio que siguió, alguien dijo:

-Con lo que odia a Gavin Kern, lo más probable es que se esconda...

-Una docena de veces le ha pedido que se case con él -dijo otro-. Ahora se alegrará de que ella misma se haya atado la cuerda al cuello. Ya no podrá seguir rechazándolo.

-Antes tendrá que encontrarla.

-Detenedla -ordenó Lachlan bruscamente a los dos hombres que estaban más cerca de la puerta-. Y que alguien traiga a Gavin para la boda. Será esta misma noche, o de lo contrario os haré responsables de ello.

Al oír esto, Kimberly, por increíble que pudiera parecer, compadeció a Nessa. No le parecía bien que se obligara a una mujer a casarse con un hombre al que detestaba. Pero se guardó su opinión. Al fin y al cabo, tampoco la compadecía tanto.

49

Casi todos se divirtieron aquella noche en el banquete, con escasas y notables excepciones que no consiguieron amargar la alegría de la bienvenida. Y cuando Lachlan anunció que por fin había aparecido Winnifred y él había recuperado su

herencia, creció el júbilo de la fiesta.

De todos modos, las obras de modernización a que había sido sometido el castillo tenían sus inconvenientes. Después de dividir el gran salón, no quedaba una estancia que pudiese albergar a los invitados a un banquete de las proporciones del que se celebraba aquella noche. Las viandas se habían dispuesto en el comedor, pero los comensales habían tenido que distribuirse entre el vestíbulo y el salón, en bancos y sillas colocadas a lo largo de las paredes y en todos los espacios libres.

Una de las pocas personas que no participaban del festejo era Nessa, por supuesto. Estaba sentada en un sofá, con la cabeza baja, los brazos cruzados y una expresión tan amenazadora en el rostro que nadie se habría atrevido a dirigirle la palabra.

Kimberly procuraba mantener el gesto afable y distendido, que era lo correcto. Una señora no debe manifestar sus pesares en público. Pero su disgusto era grande y no le permitía prodigarse en sonrisas. Ni siquiera la promesa de Lachlan de que todos sus objetos serían reparados y quedarían como nuevos, había conseguido consolarla. Por un
lado, dudaba de que ello fuera posible, ya que era mucho el daño causado por el hacha. Y, por otro lado, ella no quería que sus cosas parecieran nuevas. Eran cosas viejas y, aunque bien conservadas, tenían que parecerlo.

Pero su marido estaba decidido a remediar el daño, y se encargaría de que se hiciera de la mejor manera posible. Eso ya bastaba para mitigar un poco la pena, y hacía crecer su afecto hacia él, y no era que su corazón necesitara muchos estímulos para eso.

Gavin Kern sí que era esa noche un hombre feliz. Al parecer, llevaba años pidiendo a Nessa que se convirtiera en su esposa. A Kimberly le preocupaba que se obligara a la muchacha a casarse contra su voluntad, hasta que tuvo ocasión de hablar unos minutos a solas con Gavin.

Lachlan, que había permanecido a su lado toda la noche, fue requerido para poner paz entre dos impulsivos hermanos, enzarzados en una acalorada discusión, antes de que llegaran a las manos. En aquel momento, estaba hablando con Gavin, por lo que su marcha repentina dio a Kimberly la ocasión de satisfacer su curiosidad.

Gavin vivía en el castillo que se veía al otro lado del lago; mejor dicho, era propietario de él. Allí había nacido, hacía más de treinta años, por lo que, aunque vecino, no fue compañero de juegos de Lachlan y Nessa, pero sí uno de los primeros en darse cuenta de que ella se convertiría en una hermosa mujercita. Cuando Gavin comenzó a cortejar a Nessa, ésta era todavía como un muchacho, indiferente a los galanteos.

Kimberly se enteró de todo esto cuando le preguntó:

-¿No le preocupa casarse con una mujer que...?

-¿Que me detesta? Antes me lo creía, pero ya no. Siempre que necesita ayuda acude a mí. Soy su paño de lágrimas. Me cuenta sus sueños y sus ilusiones. Sufría mucho al oírle decir lo mucho que ama al MacGregor, hasta que comprendí que no era más que una costumbre que tiene desde niña.

Parecía un hombre bueno, demasiado bueno para alguien como Nessa. Tenía el

cabello castaño claro y ojos afables color avellana. No era más alto que Kimberly, y sus facciones eran agradables, no tan atractivas como las de Lachlan, pero denotaban energía y franqueza.

-Pues, para ser sólo una costumbre, la impulsa a cometer ciertas locuras. Hasta acudió a usted para... -No pudo terminar la frase, porque el tema la turbaba.

Pero él entendió y respondió:

-Como le digo, siempre viene a mí cuando necesita algo. Yo le habría dado el dinero a cambio de nada, y ella lo sabía. Pero es orgullosa, ¿comprende?, y como sabía que no podría devolvérmelo se ofreció a sí misma. Yo debería haber rehusado, pero... -Gavin se sonrojó-. Hace mucho tiempo que la quiero, y esperaba que cuando el laird se enterara, ocurriese precisamente esto.

-¿Que la obligara a casarse con usted?

-Sí -respondió él con una sonrisa-. Y estoy seguro de que también ella sabía que ésta sería su reacción. Porque, después de rechazarme tantas veces, su orgullo no le permitía aceptarme ahora.

Kimberly estaba atónita.

-¿Insinúa que cambió de parecer y quería casarse con usted pero no era capaz de confesarlo?

Él asintió.

-Yo pasé toda una noche con Nessa, ¿comprende?, y descubrí en ella sentimientos que no creo que ella misma conociera aún. Ahora protesta, pero es sólo apariencia, orgullo. Es una mujer complicada mi Nessa.

Y también rencorosa, y pérfida, y... Bien, una vez que se casara Kimberly no tendría que preocuparse por ella. Nessa podía ser todo lo complicada que quisiera, pero no en el castillo de Kregora, sino al otro lado del lago.

Hablaron un poco más antes de que Lachlan regresase, y pocos minutos después empezaba la ceremonia de la boda, en el mismo salón.

Nessa mantenía el gesto huraño. No se había cambiado de vestido ni se había peinado. Tampoco había probado bocado. Y no contestó a las preguntas que le hacía el oficiante.

Pero el pastor era otro MacGregor, y cada vez que ella se negaba a responder, él miraba a los presentes y decía:

-Y el laird declara que ella consiente, y esto me basta.

En opinión de Kimberly, aquélla era una costumbre un tanto feudal, pero Nessa no parecía sorprenderse de que la casaran sin su consentimiento, y la concurrencia, tampoco. Una vez terminada la ceremonia, el discreto y plácido Gavin Kern lanzó un alarido de alegría, se cargó a Nessa al hombro y se la llevó como si fuera un trofeo.

Los MacGregor prorrumpieron en aclamaciones ante ese gesto de audacia y por fin

Nessa abrió la boca para gritar:

-¡Que tengo pies, cafre! ¡Ponme en el suelo!

Gavin soltó una alegre carcajada y respondió:

-No hasta que te tenga segura a mi lado del lago, Nessa, amor mío.

-Si crees que el matrimonio te da autoridad sobre mí... -Nessa se detuvo a mitad de la frase al comprender que sí se la daba. Pero, obstinada, porfió-: Eso ya lo veremos.

Lachlan dijo a Kimberly:
-Me parece que la he puesto en buenas manos -dijo Lachlan dirigiéndose a Kimberly.

Ella lo miró de soslayo.

-No parece que Nessa sea de la misma opinión.

-Noo -replicó Lachlan con una sonrisa-. Si de verdad lo detestase, ahora mismo estaría jurando arrancarle el corazón. Verás cómo antes de un mes me da las gracias.

-O será a ti a quien jure arrancarle el corazón.

Él rió y le dio un apasionado beso delante de todos sus parientes, que volvieron a prorrumpir en aclamaciones. Y Kimberly, aunque azorada por el beso en público, se sintió halagada por la actitud de los presentes. Por lo menos, el resto de los MacGregor la aceptaban. Y Nessa... bien, ahora Nessa era una Kern.

Después de un día tan agitado, Kimberly se retiró temprano. Lachlan se excusó con sus invitados y fue a su encuentro, pero no trató de hacerle el amor como ella pensaba sino que se limitó a estrecharla entre sus brazos y susurrarle trivialidades al oído, mientras ella lloraba. Pero lloraba menos por los muebles de su madre que por comprender que de ese momento en adelante ya no podría contemplar con su entereza de antaño el que Lachlan no la quisiera, porque ya no era dueña de su propio corazón, sino que éste pertenecía a él.

50

Aproximadamente una semana después, aparecieron unos treinta o cuarenta jinetes, todos con el tahalí de tartán rojo y verde sobre la gruesa chaqueta. Cruzaron el puente levadizo como si el castillo fuera suyo, se alinearon en el patio de armas y llamaron a gritos a Lachlan MacGregor.

El escocés observaba su llegada desde el salón con aprensión y disgusto, imaginando que aquello era obra de Nessa. Probablemente, en un arrebato de ira, les había enviado un mensaje y, aunque después se hubiera arrepentido, la cosa ya no tenía remedio. Y allí estaban ahora. No había más remedio que salir a hacerles frente, de mala manera si era necesario.

Pero cuando abrió las grandes puertas, vio ante ellas a Kimberly, que salía de las

cuadras en el momento en que ellos llegaban y había regresado al castillo rápidamente, ya que no sabía quiénes eran los recién llegados. Lachlan decidió que, por el momento, sería preferible que siguiera ignorándolo.

Por lo tanto, asiéndola por la cintura, la metió en el vestíbulo y antes de cerrar la puerta, le ordenó:

-Quédate dentro.
Esta orden, dada sin explicaciones, surtió el efecto contrario al deseado, ya que Kimberly era curiosa por naturaleza, y las puertas volvieron a abrirse en el momento en que él gritaba:

-Soy Lachlan MacGregor. ¿Qué queréis?

Un joven de cabello oscuro que estaba en el centro de la fila y que, al parecer, había sido designado portavoz, respondió:

-Nos han dicho que tienes a nuestra hermana. Venimos a verla.

-¿Todos sois hermanos suyos? -preguntó Lachlan con incredulidad.

-No -respondió el portavoz alzando una mano.

A aquella señal, se adelantó un caballo de la fila, después otro, y otro, hasta que casi la mitad de los recién llegados lo hubo hecho. Aquello no suponía alivio alguno.

Y entonces Kimberly susurró a la espalda de Lachlan.

-¿De quién hablan?

-De ti, cariño -respondió él con un suspiro-. Son los MacFearson, todos ellos. -Se volvió hacia el que había hablado, y dijo-: Podéis verla, pero no penséis que os la llevaréis con vosotros. Ahora pertenece a Kregora, y a mí.

El joven asintió secamente y desmontó. Kimberly ya había salido de detrás de Lachlan y miraba boquiabierta la larga fila de jinetes. La mitad de los que se habían adelantado y en ese momento echaban pie a tierra, eran jóvenes por lo menos de una edad aproximada a la de Kimberly y los demás, más jóvenes aún. El más pequeño debía de tener unos siete años.

¿Sus hermanos? Los contó, muda de asombro. Eran nada menos que dieciséis, y casi todos muy parecidos entre sí. La mayoría tenía el cabello dorado oscuro y los ojos tan verdes como ella.

Y entonces Kimberly supo que no era de la familia de su madre de quien había heredado su estatura. El que había hablado, que parecía el mayor, era casi tan alto como Lachlan. Había otros cuatro tan altos como él, cinco más a los que poco les faltaba y los más jóvenes... bien esos todavía estaban creciendo.

Era increíble; ella, que se había criado sin hermanos, ahora tenía más de los que podía contar con las dos manos. Si las historias que se contaban del legendario MacFearson eran ciertas, como parecía serlo ésta, ¿cuántas más lo serían?

-No nos caracterizamos por nuestra paciencia, MacGregor -dijo uno de los más

jóvenes cuando los recién llegados se congregaron frente a la puerta-. ¿La traes?

Otro mozalbete dio un codazo en las costillas al que acababa de hablar y señaló con un movimiento de la cabeza a Kimberly, a quien sonrió con picardía. Se oyeron risas. Todos la miraban ahora sonriendo y se pusieron a hablar a la vez.

-¡Anda, si es más mayor que tú, Ian Uno! ¡Me parece que ya no podrás ser tan mandón con nosotros!

-Todavía tendrás que lamerme las botas, Johnny, cuando quiera que me las limpien- replicó Ian Uno obsequiando a su hermano menor con una mirada que indicaba que muy pronto iba a necesitar que le limpiasen las botas.

Johnny lo miró a su vez con actitud belicosa, pero antes de que pudiera responder, otro intervino:

-¿No os parece muy bajita para ser una MacFearson?

-Es una chica, zoquete -replicó otro más-. Y las chicas son pequeñitas.

-Yo siempre quise tener una hermana -dijo un pelirrojo tímidamente.

-Donald tiene una -apuntó uno de los pequeños, algo desconcertado.

-Pero la hermana de Donald no es una MacFearson, Charles, y no es hermana tuya ni mía. Esta es una MacFearson y es nuestra, ¿comprendes?

-Es igual que Ian Seis. ¿No lo veis? Al parecer, Ian Seis era el más joven, porque se ruborizó y dijo:

-No se parece a mí.

Kimberly miró a Ian Seis con una sonrisa. Era gracioso el detalle de la numeración, y le hizo recordar que todos esos hermanos suyos, o al menos la mayoría de ellos, eran hijos de madres diferentes. Imaginaba que cada una de aquellas mujeres habría decidido poner a su hijo el nombre del padre, a pesar de la confusión que ello pudiera causar, y por eso habían tenido que numerarse.

Kimberly se preguntaba cómo podría llegar a recordar los nombres de todos. ¿Se quedarían el tiempo suficiente como para que pudiera aprendérselos? En ese momento, deseaba abrazar a aquel pequeño. En realidad, deseaba abrazarlos a todos. Pero resultaban impresionantes, y no sólo pOr su número, sino también por sus melenas, su estatura y aquellos puñales colgados del cinto. Eran muchos y, hermanos o no, todavía unos desconocidos para ella.

-Vaya, esa sonrisa es la de él -dijo sorprendido un muchacho de cabello negro-. Ya no podrá dudar que es hija suya.

-Y tal vez ahora se le pase el mal humor.

-Eso será después de que despelleje a Ian Uno por tenerlo esperando -terció Johnny, y soltó una carcajada.

Ian Uno, preocupado por haber olvidado sus órdenes, se volvió bruscamente e hizo

una seña con la cabeza a uno de los hombres que seguían montados. Kimberly tuvo un ligero sobresalto al comprender que allí debía de haber otros MacFearson, primos, primos segundos y hasta primos terceros, según descubriría más tarde. Pero la rápida mirada con que recorrió la fila de jinetes, le indicó que ninguno de ellos era lo bastante viejo como para ser su padre.

Empezaba a relajarse cuando uno de aquellos hombres hizo volver grupas al caballo y salió por el rastrillo. Si Ian MacFearson estaba al otro lado de la muralla... Pero ¿qué podía temer ella? ¿No gustarle? ¿Que él no le gustara? Según Cecil, aquel hombre había seducido a su madre, sólo para vengarse de él. ¿Cómo iba a gustarle, con semejante antecedente? No obstante, su madre lo había amado. Cecil también le había dicho eso. Alguna cualidad debía de tener aquel hombre para que la dulce Melissa lo amara.

Entonces, el jinete que había salido regresó acompañado de un hombre enorme al que el tabardo de piel de cordero hacía aún más corpulento y daba un aspecto rudo, acentuado por la larga melena rubia veteada de gris. Sus toscas facciones no dejaban de ser interesantes y tiempo atrás bien podían haber fascinado a una muchacha.

Nada más dejar atrás el rastrillo, el hombre posó la mirada en Kimberly y no la apartó de ella mientras iba acercándose lentamente. Tenía unos ojos incisivos e inquietantes, verde oscuro como los de ella, pero fríos, como si no vieran nada bueno en la vida.

Cuando se apeó del caballo, sus hijos le abrieron paso apresuradamente. Kimberly se arrimó a Lachlan, que le rodeó los hombros con el brazo. No se sentía preparada para aquello.

Ya lo tenía delante, Ian MacFearson, la leyenda, el coco de los niños, su padre. Pero entonces advirtió que también él la miraba con recelo, y respiró aliviada. Estaba tan nervioso y azorado como ella, y esto la conquistó.

-Hola, padre -dijo con una sonrisa.

51

Kimberly dio a Ian una copa de vino caliente con especias antes de sentarse a su lado en el sofá del gabinete. Seguramente, le saldrían cardenales en los costados después del abrazo de oso que él le había dado en la puerta, antes de que ella consiguiera hacerlos entrar en el castillo, al resguardo del frío de la mañana.

Ian había llorado. Ella no salía de su asombro, y asfixiada como estaba entre sus brazos no se habría dado cuenta si uno de sus hermanos no lo hubiera comentado.

Lachlan se había ocupado de disponer alojamiento para tantos invitados, a fin de que Kimberly pudiera estar un rato a solas con su padre. Ella no estaba segura de que fuese una buena idea, puesto que acababan de conocerse. De todos modos, eran tantas las preguntas que quería hacerle que comprendía que la curiosidad no le dejaría esperar.
-¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? -empezó con cautela.

-Esta semana recibí una carta de Cecil Richards. Al principio creí que era una broma

de mal gusto. Me decía que su esposa había muerto. -Cerró los ojos con gesto de aflicción, pero prosiguió-: Y también que ya no hay motivo para que él siga reconociendo como suya a la hija bastarda de Melissa.

-Eso no es exacto. Por lo menos, no es una decisión que haya tomado por su propia voluntad. Mi madre murió hace más de un año, pero hasta hace un par de semanas él no me dijo que mi verdadero padre eres tú. No quería decírmelo, pero se le escapó. Después ha debido de pensar que yo te buscaría, y ha querido ser él quien te lo dijera.

-Aún no puedo soportar la idea de que Melissa haya muerto -susurró él-. Hace años que perdí toda esperanza de conseguirla y hasta de volver a verla, pero no he dejado de quererla. Lo nuestro era para siempre. Y no pensé que moriría... -Se le quebró la voz, y tardó un momento en agregar-: Perdona, niña. Para mí es como si acabara de morir, y todavía no me resigno.

-Comprendo, pero estoy sorprendida. Cecil me dijo que tú querías a Ellie y que sedujiste a mi madre sólo para vengarte de él.

Al oír esto, Ian enrojeció de ira.

-Es un vil embustero. ¿Ahora miente para tapar sus propias faltas ? Si alguien buscaba venganza, era él.

-¿Qué pasó en realidad?

-Él amaba ciegamente a Eleanor. No se daba cuenta de que era interesada y falsa. A sus ojos, no tenía ningún defecto. Y ella consintió en casarse con él. Deseaba su fortuna y ser la esposa de un conde... o creía desearlo. La verdad es que no lo soportaba, y poco antes de la boda comprendió que no podrían vivir con él ni por todo el oro del mundo.

-¿Rompió el compromiso?

-No. Él le había hecho regalos valiosos, y ella quería conservarlos. Sabía que si no se casaban él le exigiría que se los devolviera, y con razón. Pero eso yo no lo comprendí hasta después. Ella vino a mí llorando y suplicando que la trajera conmigo a Escocia y la escondiese. Me dijo que habían tenido una pelea terrible y que si la encontraba él le pegaría. Yo sabía que Cecil tenía reacciones imprevisibles, de modo que podía ser verdad. Por lo menos, en aquel momento me lo pareció. Pero fui un estúpido.

-¿No hubo tal pelea?

-No, era sólo una argucia dé Eleanor para conseguir que la ayudase. Lo reconoció después de que cruzáramos la frontera, y se rió de mí por ser tan crédulo. Entonces debí dejar que se marchara y contárselo todo a Cecil para que fuera él quien la buscase, si era tan idiota como para seguir queriéndola. Pero estaba furioso, y en mi obcecación quise obligarla a que regresara y le diese una explicación. Ése fue mi segundo error.

-¿Por qué?

-Ella se negó y, cuando insistí, se rió de mí y escapó al galope en plena noche. Yo aún no sabía si perseguirla o dejarla marchar cuando la oí gritar. Ya estaba muerta cuando llegué a su lado. El caballo se había roto una pata. Me avergüenza confesar que me

dolió más tener que matar al caballo que ver muerta a esa intrigante manipuladora.

-Y Cecil creyó que también tú la querías y que habías tratado de robársela. Por lo menos, eso me dijo él. Pero ¿por qué había de creer tal cosa?

-Porque no tuve valor para decirle que ella trataba de escapar de él. Pensé que eso lo hundiría para siempre, y quería evitarle el disgusto. De modo que le dije que también yo la quería y que, estando borracho, pensé que podría escapar con ella y conseguir retenerla a mi lado. Me pareció que para él sería mejor odiarme que enterarse de los verdaderos sentimientos de ella.

-En mi opinión, ése fue tu tercer error. Desde entonces odia a todos los escoceses y ha sido un hombre amargado y frío.

-Me alegro de saberlo.

-¿Es que lo odias tanto como él a ti? -preguntó ella, sorprendida ante aquellas palabras-. ¿Por qué le ocultaste entonces la perfidia de Eleanor?

-Eso fue antes de que se vengara de mí, cuando yo todavía me consideraba su amigo y me sentía culpable de aquel maldito desaguisado. Kimberly frunció el entrecejo.

-Ahora me he perdido. Cecil afirma que fuiste tú el que se vengó de él. ¿Sedujiste a mi madre?

-No, hijita, yo amaba a tu madre y la había amado desde siempre, pero no creía poder conseguirla. Ella era rica, ¿comprendes?, y me constaba que sus padres querían para ella un título. Nosotros no éramos pobres, pero no pertenecíamos a su clase social. Cuando me enteré de que me correspondía, me sentí el hombre más feliz del mundo. -¿Eso fue antes de que se casara con Cecil? -Sí, y antes de que él pidiera su mano, íbamos a fugarnos. Manteníamos nuestro amor en secreto, porque sus padres no lo habrían consentido. Pero Cecil imaginó que me interesaba por ella. Y yo era tan dichoso que no podía disimular.

-¿Y trató de robártela?

-No sólo trató, sino que lo consiguió. Yo estaba ciego y no vi lo que se proponía -respondió Ian con amargura. -Pero ¿cómo?

-Un día vino a verme. Me dijo que comprendía lo que yo sentía por Eleanor, porque era imposible conocerla y no amarla, y que me perdonaba.

-¿Cecil te dijo que perdonaba? -preguntó Kimberly con tono de incredulidad.

-Era mentira, hijita, pero yo no lo sabía. Dijo que mi presencia le resultaba dolorosa porque le recordaba lo ocurrido y me pidió que me alejara una temporada, para darle la oportunidad de superarlo sin tener delante un recordatorio constante. Yo no pude negarme, me remordía la conciencia por haberle dicho que la quería sólo para ahorrarle un disgusto. Debí confesarle la verdad aquel día, y éste fue otro error, pero dudo que entonces me hubiera creído. No obstante, quizá le hubiera hecho abandonar sus planes.

-¿Y te fuiste?

-Sí, accedí a marcharme una temporada.

-¿Por qué no te llevaste a mi madre entonces, si ya habíais pensado en fugaros?

-Ella estaba en Londres. Su madre daba una gran fiesta de cumpleaños. Y yo decidí marchar a Londres para reunirme con ella. Pero cada vez que iba a su casa, o había salido o estaba indispuesta. A pesar de todo, yo no recelaba nada, y día tras día seguía preguntando por ella y me marchaba sin poder verla.

-¿No quería verte?

-Ella no sabía que yo estaba en Londres. No se lo dijeron. Sólo le dijeron que su padre había descubierto nuestras relaciones y que me había dado dinero para que la dejara. Y, como se lo dijo su padre, ella lo creyó; pensó que yo la había dejado por dinero y quedó destrozada. No sé qué le contaría Cecil a aquel hombre, pero consiguió que mintiera a Mellie y que consintiese en casarla con Cecil de inmediato. Y ella estaba tan apenada que ya nada le importaba.

-Dios mío, su propio padre...

-No lo culpes, hijita. El hombre probablemente pensó que la protegía de mí. Sabe Dios lo que le diría Cecil, ese intrigante que nos manipuló a todos con sus mentiras, para quitarme a la mujer a la que yo amaba. Ni siquiera la quería, sólo deseaba impedir que fuese mía.

Kimberly sacudió la cabeza con expresión de tristeza.

-¿Se casaron en Londres, antes que tú pudieras verla para decirle la verdad?

-No, se casaron en cuanto ella volvió al campo. Pero yo tardé más de una semana en descubrir que ya no se encontraba en Londres. Y estaba tan desesperado por verla que, a pesar de que Cecil me había pedido que me mantuviera dejado, regresé a Northumberland. Cuando llegué, un vecino me dijo que se habían casado hacía un par de días.

-¿Por qué no te la llevaste de todos modos? -preguntó Kimberly, casi con irritación-. ¿Por qué la dejaste a su lado, para que la hiciera desgraciada?

-¿Crees que no lo intenté? La ahogaba la pena cuando me dijo que no, que no podía ir conmigo, que estaba casada.

-¿Aun sabiendo que os habían engañado a los dos?
-Ay, tu madre tenía un sentido de la moral muy estricto. Ya estaba casada, ya había hecho los votos. Aunque me quisiera, no faltaría a su juramento.

Kimberly se dejó caer hacia atrás en el sofá. Recordó cosas de su niñez que creía olvidadas, como el hecho de que su madre nunca se quedara en la habitación con ella cuando iban a verla sus abuelos, y que no les hablaba ni fue su entierro cuando los dos murieron en un accidente de carruaje.

-Si te sirve de consuelo, me parece que no perdonó a sus padres. Yo era muy pequeña, pero recuerdo que nunca se dirigía a ellos cuando venían a vernos.

Él le oprimió una mano.

-Nada puede remediar la tragedia de tres vidas destrozadas, hijita.

-Supongo que no -suspiró ella-. ¿Y ni siquiera te habló e mí?

-Fue poco después de... No creo que la última vez que hablamos supiera todavía algo de ti.

Kimberly se ruborizó ligeramente. Era difícil imaginar que su madre había mantenido relaciones con aquel hombre sin ser su esposa. Pero pensaban casarse, pasar toda la vida juntos. Mientras que ella y Lachlan... Y, paradójicamente, ella y Lachlan habían acabado casados mientras que Ian y Melissa, por la perfidia ajena, habían tenido que renunciar a una vida en común.

-Sé que entonces regresaste a Escocia, pero ¿nunca has vuelto a Inglaterra?

-Ni una sola vez. Sabía que si volvía a verla me la llevaría contra su voluntad, y ella no me lo perdonaría. Además, si topaba con Cecil... durante años pensé en matarlo. Así que me aturdí con el whisky y las mujeres, y... -Se encogió de hombros-. Ya has visto los frutos de mis excesos.

Lo dijo con naturalidad, sin pizca, de cohibimiento. Dieciséis bastardos tenía, diecisiete contándola a ella. Y, al parecer, se ocupaba de ellos y de su educación, porque todos vivían con él. Si ahora conseguía olvidarse de la historia de que trataban de matarse los unos a los otros por mera diversión...

-Tienes unos hijos... encantadores -dijo Kimberly con una sonrisa.

-Pero ninguno me ha dado un nieto todavía -murmuró él.

Ella casi se atragantó.

-Bueno, ninguno estará casado aún, ¿verdad?

Ian la miró enarcando una ceja hirsuta, como preguntando: «¿Y eso qué tiene que ver?». Él no había necesitado del matrimonio para traer un hijo al mundo. A Kimberly le habría gustado saber si también las madres de sus hijos vivían con él, pero no se atrevió a preguntar.
-¿Así que te gustaría tener nietos? -inquirió entonces.

-Sí, a mi edad da gusto tener chiquillos alrededor, pero mi actual mujer es estéril. ¿No estarás embarazada?

Kimberly no pudo evitar ruborizarse.

-No, acabo de casarme -respondió, aunque en su original familia eso no suponía impedimento alguno. Afortunadamente, él se abstuvo de hacer el comentario.

-Eres feliz con el laird MacGregor, ¿verdad?

-Él no me quiere, pero nos llevamos muy bien.

¿Por qué se le había ocurrido decirlo? Ian la miraba ahora con ceño, y querría saber.

-Entonces, ¿por qué te has casado con él, muchacha?

Pregunta lógica, y el sonrojo de Kimberly debió de darle la respuesta, porque resopló por la nariz. En aquel momento entró Lachlan...

-¿Así que no amas a mi hija, Lachlan MacGregor? -preguntó Ian a bocajarro.

Kimberly se puso roja. No podía creer que Ian hubiera dicho eso, a pesar de que estaban hablando de ello en aquel momento. Y Lachlan, que entraba sonriendo, se había puesto muy serio.

-Por supuesto que la amo. ¿Quién dice lo contrario?

-Ella.

Lachlan la miró con expresión de sorpresa, y también de decepción. Suspiró, se inclinó, la levantó y se la cargó al hombro. Dominando con la voz la exclamación de sorpresa de Kimberly y la risa de Ian, dijo:

-Tendrá que perdonarnos, Ian, pero hay varias cosas que tengo que explicar a tu hija, por ejemplo, la diferencia entre irse a la cama con una mujer y hacerle el amor. Por lo que se ve, no sabe distinguir lo uno de lo otro.

-¡Cómo has podido decirle eso a mi padre! -exclamó Kimberly-. ¡Cómo has podido!

Lachlan la había llevado al dormitorio contiguo y la había dejado caer en la cama. Ahora estaba inclinado sobre ella y la miraba muy serio, pero Kimberly, abochornada, no podía reparar en su expresión.

-Pues ya ves, he podido, y al parecer eres la única que no se ha enterado.

-¿Cómo te has atrevido?

-Tu padre sabe mucho de esas cosas, Kimber. Prueba de ello es el tiempo que me ha llevado buscar acomodo para todos sus hijos. Tú eres la única que está avergonzada, y con razón, porque como me digas que no me has oído decirte que te quiero, voy a hacerte ampollas en...

-No me lo has dicho. Ni una sola vez. A ver, dime cuándo...

-El día en que llegamos se lo dije a Nessa, y tú lo oíste. Pero eso es lo de menos. ¿Cómo no te has dado cuenta de que te amo, cariño, si cada vez que te miro o te toco, y, sobre todo, cada vez que te hago el amor, estoy diciéndote lo mucho que te quiero?

Ella abrió la boca para protestar, pero la cerró lentamente al darse cuenta de lo que acababa de oír. En aquel momento no le importaba cuándo ni cómo se lo hubiera dicho antes, porque acababa de decírselo.

-¿Me quieres?

Él la miró, exasperado por su sorpresa.

-¿Aún quieres que te haga esas ampollas?

Kimberly sonrió y le rodeó el cuello con los brazos.

-No, pero aceptaré esa muestra de amor de la que hablas, la que dice cosas que yo, al parecer, no he entendido porque soy torpe.

-Debe de ser tu sangre inglesa -dijo él, y soltó una carcajada-. Menos mal que yo soy más listo. Hace tiempo que sé que me amarás eternamente.

-Eso es demasiado tiempo, Lachlan. ¿No te conformarías con unos cincuenta años?

-No, cariño, contigo ha de ser eternamente.

52

-¡Por Dios, si es francamente medieval! Pero ¿tú ves esto, Megan?

Megan miró por la ventanilla del carruaje y volvió a apoyarse en su marido.

-Tiene aspecto de castillo. ¿Y qué esperabas que fuera el castillo de Kregora?

-Bueno, hay castillos y castillos...

-De acuerdo, es un castillo muy castillo.

El le dirigió una mirada torva.

-Si tengo que bañarme en una tina de madera, me marcho.

-¿No podrías hacer el favor de dejar de quejarte? -replicó ella con una sonrisa-. Hace tiempo que espero hacer esta visita a Kimberly. No pensarás amargármela con tus malas caras, ¿verdad?

-Quizá sí.

Ella lo miró enarcando una ceja.

-Está bien, ponte antipático si quieres. Quizá yo le explique a Lachlan que fue idea tuya regalar por el nacimiento de Melissa la pareja de caballos de cría idénticos que traemos.

-Eres una canalla.

Ella le dedicó una dulce sonrisa. Al cabo de un momento, él se inclinó para darle un beso, y aún seguían besándose cuando el carruaje se detuvo delante de las puertas del castillo. Y, para colmo, fue Lachlan quien abrió la portezuela.

-Si aún no os apetece dar por terminado el viaje, tenemos un hermoso camino que rodea el lago -dijo, y soltó una carcajada.

El duque y la duquesa de Wrothston se separaron; Megan, con un bonito rubor en la

cara y Devlin, con gesto adusto.

-Quizá en otro momento, MacGregor. Ahora preferimos ver esta antigualla que llamas tu casa.

-Con mucho gusto os la enseñaré cuando estéis instalados. Hemos trabajado mucho en ella todo este año y está ansiosa de lucir sus encantos.

Al advertir que Megan lo miraba con expresión de curiosidad, Devlin explicó:

-Me parece que habla del castillo.

-Naturalmente, ya lo suponía. Y vosotros podéis deambular por él cuanto os apetezca, pero lo que yo quiero es ver cuanto antes a Kimberly y a su hija. Dime sólo hacia donde he de ir para encontrarlas, Lachlan.

-Mis señoras están en el salón, haciendo los honores a la familia de Kimber, que ha venido para el bautizo.

-¿Está aquí Cecil? -exclamó Devlin-. Pues ahora sé que no me quedaré mucho tiempo.
Megan le dio un codazo con impaciencia.

-Se refiere a los MacFearson. Habría jurado que te había hablado de ellos.

-Ah, sí, tienes razón. He debido de olvidarlo.

Lachlan rió al oír esto.
-Pues te garantizo que, cuando los conozcas, no volverá a ocurrirte.

Más tarde comprobarían que no exageraba. Los MacFearson eran inolvidables. Y, cuando estaban juntos en una habitación, no pasaban cinco minutos sin que se suscitaran acaloradas discusiones. Pero Kimberly ejercía un efecto sorprendente en sus hermanos. Le bastaba una mirada para hacer que callaran, avergonzados.

Y todos adoraban a la niña, que llevaría el nombre de su abuela. Kimberly había escrito a Megan contándole brevemente la trágica historia de su madre, y decía en su carta que esta Melissa conocería toda la felicidad que a la otra le había sido negada. Megan no lo dudaba. Dieciséis tíos tenía la pequeña, de modo que no le faltaría quien la mimase.

-No es que me guste remachar, pero ya te lo dije -susurró Megan a Devlin, señalando con un movimiento de cabeza a Kimberly, que en aquel momento sonreía a Lachlan-: ¿Has visto mujer más feliz que ésta?

-¿Quizá... tú?

Megan pareció reflexionar antes de contestar:

-Sí, supongo que soy una excepción.

-¿Sólo lo supones?

-Verás, no es cosa de que pienses que puedes dejar de esmerarte. Hace falta mucho

para hacerme feliz, ¿comprendes?

-¿Lo dices en serio? -gruñó él a su oído.

Ella sonrió.

-Pero he de reconocer que lo haces bastante bien.

Aquella noche, antes de acostarse, dijo a Lachlan:

-Ya te decía yo que no sería difícil. Reconócelo, hoy tú y Devlin lo habéis pasado bien juntos.

Él la tomó entre sus brazos como todas las noches y esperó a que ella apoyara la cabeza en su hombro. Solían charlar un rato antes de dormirse... o de hacer otras cosas.

Era un ritual con el que ambos disfrutaban.

-No es mal tipo cuando deja su aire envarado -reconoció Lachlan a regañadientes.

-Algo bueno tendrá para que Megan lo quiera tanto. Kimberly se puso tensa. Le pesaba haber mencionado a Megan, aunque hacía tiempo que quería hablar de aquello, no encontraba el momento.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Lachlan.
Kimberly sonrió. Qué bien la conocía. Y ella no podía negar que le gustaba que así fuese.

-Me pregunto... ya sé que me quieres... Él la estrechó contra su pecho con un fuerte abrazo.

-Con todo mi corazón, cariño.

-Pero ¿todavía sientes algo por la duquesa?

Como él tardaba en responder, ella se incorporó para mirarlo... y vio que reía en silencio.

-A veces, Kimber, eres un poco tonta. No habrás estado atormentándote con esa idea, ¿verdad?

-Bueno, en realidad ya no. Pero antes sí.

El sacudió la cabeza.

-Cariño, incluso cuando decía a la bella Megan que la quería, eras tú la que me había robado el sueño y el corazón. Ella misma lo dijo muy bien. Lo que sentía por ella no era real, porque no la conocía. Y tenía razón. Sólo estaba fascinado por su belleza. Tú sí que me vuelves loco. Ahora, ¿me prometes una cosa?

-¿El qué?

-Que me amarás eternamente. Quiero más de una vida a tu lado, cariño. Quizá ni

siquiera una eternidad sea suficiente.

Ella sonrió ante esa extravagancia.

-Con una condición.

-No, sin condiciones. Kimberly lo miró largamente antes de conceder:

-Está bien, pero...

-Sin peros, cariño.

-Pero prométeme que podré encontrarte en esa eternidad tuya. Si tuviera que vivir una sola vida sin ti...

-Eso jamás, Kimber -dijo él con vehemencia-. Tú estarás siempre a mi lado y yo al tuyo. Y te lo dice el laird MacGregor.

Ella rió. Dicho así, no podía por menos que creerlo.